Las Aventuras de Huckleberry Finn

Por

Mark Twain

Freeditorial

Capítulo I

No sabréis quién soy yo si no habéis leído un libro titulado Las aventuras de Tom Sawyer, pero no importa. Ese libro lo escribió el señor Mark Twain y contó la verdad, casi siempre. Algunas cosas las exageró, pero casi siempre dijo la verdad. Eso no es nada. Nunca he visto a nadie que no mintiese alguna vez, menos la tía Polly, o la viuda, o quizá Mary. De la tía Polly —es la tía Polly de Tom— y de Mary y de la viuda Douglas se cuenta todo en ese libro, que es verdad en casi todo, con algunas exageraciones, como he dicho antes.

Bueno, el libro termina así: Tom y yo encontramos el dinero que los ladrones habían escondido en la cueva y nos hicimos ricos. Nos tocaron seis mil dólares a cada uno: todo en oro. La verdad es que impresionaba ver todo aquel dinero amontonado. Bueno, el juez Thatcher se encargó de él y lo colocó a interés y nos daba un dólar al día, y todo el año: tanto que no sabría uno en qué gastárselo. La viuda Douglas me adoptó como hijo y dijo que me iba a cevilizar, pero resultaba difícil vivir en la casa todo el tiempo, porque la viuda era horriblemente normal y respetable en todo lo que hacía, así que cuando yo ya no lo pude aguantar más, volví a ponerme la ropa vieja y me llevé mi pellejo de azúcar y me sentí libre y contento. Pero Tom Sawyer me fue a buscar y dijo que iba a organizar una banda de ladrones y que yo podía ingresar si volvía con la viuda y era respetable. Así que volví.

La viuda se puso a llorar al verme y me dijo que era un pobre corderito y también me llamó otro montón de cosas, pero sin mala intención. Me volvió a poner la ropa nueva y yo no podía hacer más que sudar y sudar y sentirme apretado con ella. Entonces volvió a pasar lo mismo que antes. La viuda tocaba una campanilla a la hora de la cena y había que llegar a tiempo. Al llegar a la mesa no se podía poner uno a comer, sino que había que esperar a que la viuda bajara la cabeza y rezongase algo encima de la comida, aunque no tenía nada de malo; bueno, sólo que todo estaba cocinado por separado. Cuando se pone todo junto, las cosas se mezclan y los jugos se juntan y las cosas saben mejor.

Después de cenar sacaba el libro y me contaba la historia de Moisés y los juncos, y yo tenía ganas de enterarme de toda aquella historia, pero con el tiempo se le escapó que Moisés llevaba muerto muchísimos años, así que ya no me importó, porque a mí los muertos no me interesan.

En seguida me daban ganas de fumar y le pedía permiso a la viuda. Pero no me lo daba. Decía que era una costumbre fea y sucia y que tenía que tratar de dejarlo. Eso es lo que le pasa a algunos. Le tienen manía a cosas de las que no saben nada. Lo que es ella bien que se interesaba por Moisés, que no era ni

siquiera pariente suyo, y que maldito lo que le valía a nadie porque ya se había muerto, ¿no?, pero le parecía muy mal que yo hiciera algo que me gustaba. Y además ella tomaba rapé; claro que eso le parecía bien porque era ella quien se lo tomaba.

Su hermana, la señorita Watson, era una solterona más bien flaca, que llevaba gafas, acababa de ir a vivir con ella, y se le había metido en la cabeza enseñarme las letras. Me hacía trabajar bastante una hora y después la viuda le decía que ya bastaba. Yo ya no podía aguantar más. Entonces pasaba una hora mortalmente aburrida y yo me ponía nervioso. La señorita Watson decía: «No pongas los pies ahí, Huckleberry» y «No te pongas así de encogido, Huckleberry; siéntate derecho», y después decía: «No bosteces y te estires así, Huckleberry; ¿por qué no tratas de comportarte?» Después me contaba todos los detalles del lugar malo y decía que ojalá estuviera yo en él. Era porque se enfadaba, pero yo no quería ofender. Lo único que quería yo era ir a alguna parte, cambiar de aires. No me importaba adónde. Decía que lo que yo decía era malo; decía que ella no lo diría por nada del mundo; ella iba a vivir para ir al sitio bueno. Bueno, yo no veía ninguna ventaja en ir adonde estuviera ella, así que decidí ni intentarlo. Pero nunca lo dije porque no haría más que crear problemas y no valdría de nada.

Entonces ella se lanzaba a contarme todo lo del sitio bueno. Decía que lo único que se hacía allí era pasarse el día cantando con un arpa, siempre lo mismo. Así que no me pareció gran cosa. Pero no dije nada. Le pregunté si creía que Tom Sawyer iría allí y dijo que ni muchísimo menos, y yo me alegré, porque quería estar en el mismo sitio que él.

Un día la señorita Watson no paraba de meterse conmigo, y yo empecé a cansarme y a sentirme solo. Después llamaron a los negros para decir las oraciones y todo el mundo se fue a la cama. Yo me fui a mi habitación con un trozo de vela y lo puse en la mesa. Después me senté en una silla junto a la ventana y traté de pensar en algo animado, pero era inútil. Me sentía tan solo que casi me daban ganas de morirme. Las estrellas brillaban y las hojas de los árboles se rozaban con un ruido muy triste; allá lejos se oía un búho que ululaba porque se había muerto alguien y un chotacabras y un perro que gritaban que se iba a morir alguien más, y el viento trataba de decirme algo y yo no entendía lo que era, de forma que me daban calofríos. Después, allá en el bosque, oí ese ruido que hacen los fantasmas cuando quieren decir algo que están pensando y no pueden hacerse entender, de forma que no pueden descansar en la tumba y tienen que pasarse toda la noche velando. Me sentí tan desanimado y con tanto miedo que tuve ganas de compañía. Luego se me subió una araña por el hombro y me la quité de encima y se cayó en la vela, y antes de que pudiera yo alargar la mano, ya estaba toda quemada. No hacía falta que me dijera nadie que aquello era de muy mal fario y que me iba a traer

mala suerte, así que tuve miedo y casi me quité la ropa de golpe. Me levanté y di tres vueltas santiguándome a cada vez, y después me até un rizo del pelo con un hilo para que no se me acercaran las brujas. Pero no estaba nada seguro. Eso es lo que se hace cuando ha perdido uno una herradura que se ha encontrado, en vez de clavarla encima de la puerta, pero nunca le había oído decir a nadie que fuese la forma de que no llegara la mala suerte cuando se había matado a una araña.

Volví a sentarme, todo tiritando, y saqué la pipa para fumar, porque la casa estaba ya más silenciosa que una tumba, así que la viuda no se iba a enterar. Bueno, al cabo de mucho tiempo oí que el reloj del pueblo empezaba a sonar: bum... bum... bum... doce golpes y todo seguía igual de tranquilo, más en silencio que nunca. Poco después oí que una rama se partía en la oscuridad entre los árboles: algo se movía. Me enderecé y escuché. En seguida escuché apenas un «¡miau! ¡miau!» allá abajo. ¡Estupendo!, y voy y digo «¡miau! ¡miau!» lo más bajo que pude y después apagué la luz y me bajé por la ventana al cobertizo. Entonces me dejé caer al suelo y me fui arrastrando entre los árboles, y claro, allí estaba Tom Sawyer esperándome.

Capítulo 2

Fuimos de puntillas por un sendero entre los árboles que había hacia el final del jardín de la viuda, inclinándonos para que no nos dieran las ramas en la cabeza. Cuando pasábamos junto a la cocina me tropecé con una raíz e hice un ruido. Nos agachamos y nos quedamos callados. El negro grande de la señorita Watson, que se llamaba Jim, estaba sentado a la puerta de la cocina; lo veíamos muy claro porque tenía la luz de espaldas. Se levantó, alargó el cuello un minuto escuchando y después dijo:

—¿Quién es?

Se quedó escuchando un rato; después salió de puntillas y se puso entre los dos; casi podríamos haberlo tocado. Bueno, apuesto a que pasaron minutos y minutos sin que se oyera un ruido, aunque estábamos muy juntos. Me empezó a picar un tobillo, pero no me atrevía a rascármelo, y después me empezó a picar una oreja, y después la espalda, justo entre los hombros. Creí que me iba a morir si no me rascaba. Desde entonces lo he notado muchas veces. Si está uno con gente fina, o en un funeral, o trata de dormirse cuando no tiene sueño, si está uno en cualquier parte en que no está bien rascarse, entonces le pica a uno por todas partes, en más de mil sitios. Y en seguida va Jim y dice:

—Eh, ¿quién es? ¿Dónde estás? Que me muera si no he oído algo. Bueno,

ya sé lo que voy a hacer: voy a quedarme aquí sentado escuchando a ver si lo vuelvo a oír.

Así que se sentó en el suelo entre Tom y yo. Se apoyó de espaldas en un árbol y estiró las piernas hasta que casi me tocó con una de ellas. Me empezó a picar la nariz. Me picaba tanto que se me saltaban las lágrimas. Pero no me atrevía a rascarme. Después me empezó a picar por dentro. Luego por abajo. No sabía cómo seguir sentado sin hacer nada. Aquella tortura duró por lo menos seis o siete minutos, pero pareció mucho más. Ahora ya me picaba en once sitios distintos. Pensé que no podía aguantar ni un minuto más, pero apreté los dientes y me preparé para intentarlo. Justo entonces Jim empezó a respirar de forma muy regular, y en seguida me sentí cómodo otra vez.

Tom me hizo una señal —una especie de ruidito con la boca— y nos fuimos arrastrando a gatas. Cuando estábamos a unos diez pies, Tom me susurró que sería divertido dejar atado a Jim al árbol. Pero le dije que no; podía despertarse y armar jaleo, y entonces verían que yo no estaba en casa. Tom dijo que no tenía suficientes velas y que iba a meterse en la cocina a buscar más. Yo no quería que lo intentase. Dije que Jim podría despertarse y entrar. Pero Tom prefería arriesgarse, así que entramos gateando y sacamos tres velas, y Tom dejó cinco centavos en la mesa para pagarlas. Después salimos, y yo estaba muerto de ganas de que no fuéramos, pero Tom estaba empeñado en que antes tenía que ir a gatas adonde estaba Jim y gastarle una broma. Esperé y me pareció que pasaba mucho rato, con todo aquello tan callado y tan solo.

En cuanto volvió Tom nos echamos a correr por el sendero, dimos la vuelta a la valla y por fin llegamos a la cima del cerro al otro lado de la casa. Tom dijo que le había quitado a Jim el sombrero y se lo había dejado colgado en una rama encima de la cabeza, y que Jim se había movido un poco, pero no se había despertado. Después Jim diría que las brujas lo habían hechizado y dejado en trance, y que le habían estado dando vueltas por todo el estado montadas en él y después le habían vuelto a colocar debajo de los árboles y le habían colgado el sombrero en una rama para indicar quién lo había hecho. Y la siguiente vez que lo contó, Jim dijo que lo habían llevado hasta Nueva Orleans y después cada vez que lo contaba alargaba más el viaje, hasta que al final decía que le habían hecho recorrer el mundo entero y casi le habían matado de cansancio y que le había quedado la espalda llena de forúnculos. Jim estaba tan orgulloso que casi ni hacía caso de los demás negros. Había negros que recorrían millas y millas para oír lo que contaba, y lo respetaban más que a ningún negro de la comarca. Había negros que llegaban de fuera y se quedaban con las bocas abiertas contemplándolo, como si fuera una maravilla. Los negros se pasan la vida hablando de brujas en la oscuridad, junto al fuego de la chimenea, pero cuando uno de ellos se ponía a hablar y

sugería que él sabía mucho de esas cosas, llegaba Jim y decía: «¡Bueno! y tú qué sabes de brujas?», y aquel negro estaba acabado y tenía que quedarse callado. Jim siempre llevaba aquella moneda de cinco centavos atada con una cuerda al cuello y decía que era un talismán que le había dado el diablo con sus propias manos diciéndole que podía curar a cualquiera con él y llamar a las brujas cuando quisiera si decía unas palabras, pero nunca contó lo que tenía que decir. Llegaban negros de todos los alrededores y le daban a Jim lo que tenían, sólo por ver aquella moneda de cinco centavos, pero no la querían tocar, porque el diablo la había tenido en sus manos. Jim prácticamente ya no valía para sirviente, porque estaba muy orgulloso de haber visto al diablo y de que las brujas se hubieran montado en él.

Bueno, cuando Tom y yo llegamos al borde del cerro miramos desde allí arriba hacia el pueblo y vimos tres o cuatro luces que parpadeaban, donde quizá había gente enferma, y por encima las estrellas brillaban estupendas, y al lado del pueblo pasaba el río, que medía toda una milla de ancho y que corría grandioso en silencio. Bajamos del cerro y nos reunimos con Joe Harper y Ben Rogers y dos o tres chicos más, que estaban escondidos en las viejas tenerías. Así que desamarramos un bote y bajamos dos millas y media por el río, donde estaba la gran hendidura entre los cerros, y desembarcamos.

Fuimos a una mata de arbustos y Tom hizo que todo el mundo jurase mantener el secreto, y después les enseñó un agujero en el cerro, justo en medio de la parte más espesa de los arbustos. Después, encendimos las velas y entramos a cuatro patas. Recorrimos unas doscientas yardas y después la cueva se abrió. Tom estudió los pasadizos y en seguida se metió debajo de una pared donde no se notaba que había un agujero. Pasamos por un sitio muy estrecho y salimos a una especie de sala, toda húmeda, sudorosa y fría, y allí nos paramos. Entonces va Tom y dice:

—Ahora vamos a fundar una banda de ladrones que se llamará la Banda de Tom Sawyer. Todo el que quiera ingresar tiene que hacer un juramento y escribir su nombre con sangre.

Todos querían. Entonces Tom sacó una hoja de papel en la que había escrito el juramento y lo leyó. Cada uno de los chicos juraba ser fiel a la banda y no contar nunca ninguno de sus secretos, y si alguien le hacía algo a algún chico de la banda, el chico al que se le ordenara matar a esa persona y su familia tenía que hacerlo, y no podía comer ni dormir hasta haberlos matado a todos y marcarles con el cuchillo una cruz en el pecho, que era la señal de la banda. Nadie que no perteneciese a la banda podía utilizar esa señal, y si lo hacía había que denunciarlo, y si volvía a hacerlo, había que matarlo. Y si alguien que pertenecía a la banda contaba los secretos, había que cortarle el cuello y después quemar su cadáver, tirar las cenizas por todas partes y borrar su nombre de la lista con sangre, y nadie de la banda podía volver a mencionar

su nombre, sino que quedaba maldito y había que olvidarlo para siempre.

Todo el mundo dijo que era un juramento estupendo y le preguntó a Tom si se lo había sacado de la cabeza. Dijo que sólo una parte, pero que el resto lo había sacado de libros de piratas y de ladrones y que todas las bandas de buen tono tenían un juramento.

Algunos pensaron que estaría bien matar a las familias de los chicos que contaran los secretos. Tom dijo que era una buena idea, así que sacó un lápiz y la escribió. Entonces va Ben Rogers y dice:

—Pero está Huck Finn, que no tiene familia; ¿qué haríamos con él?

—Bueno, ¿no tiene un padre? —preguntó Tom Sawyer.

—Sí, tiene padre, pero últimamente no lo encuentra nadie. Antes estaba siempre borracho con los cerdos en las tenerías, pero hace un año o más que no lo ve nadie. Siguieron hablando del tema, y me iban a dejar fuera de la banda, porque decían que cada chico tenía que tener una familia o alguien a quien matar, porque si no no sería justo para los demás. Bueno, a nadie se le ocurría nada que hacer; todos estaban callados y pensativos. Yo estaba por echarme a llorar, pero en seguida se me ocurrió una salida y les ofrecí a la señorita Watson: podían matarla a ella. Todos dijeron:

—Ah, estupendo. Eso está muy bien. Huck puede ingresar.

Después todos se clavaron un alfiler en un dedo para sacarse sangre para la firma y yo dejé mi señal en el papel.

—Bueno —va y dice Ben Rogers—, ¿a qué se va a dedicar esta banda?

—Nada más que robos y asesinatos —dijo Tom.

—Pero, ¿qué vamos a robar? Casas o ganado, o...

—¡Bah! Robar ganado y esas cosas no es robar de ver dad; ésos son cuatreros —va y dice Tom Sawyer– –. No somos cuatreros. Eso no resulta elegante. Somos salteadores de caminos. Paramos las diligencias y los coches en la carretera, con las máscaras puestas, y matamos a la gente y les quitamos los relojes y el dinero.

—¿A la gente hay que matarla siempre?

—Pues claro. Es lo mejor. Algunas autoridades no están de acuerdo, pero en general se considera que lo mejor es matar a todos... salvo a algunos que se pueden traer aquí a la cueva y tenerlos hasta que queden rescatados.

—¿Rescatados? ¿Qué es eso?

—No lo sé. Pero eso es lo que hacen. Lo he visto en los libros, así que desde luego es lo que tenemos que hacer nosotros.

—Pero, ¿cómo vamos a hacerlo si no sabemos lo que es?

—Bueno, maldita sea, tenemos que hacerlo. ¿No os he dicho que está en los libros? ¿Queréis hacerlo distinto de los libros y que salga todo al revés?

—Bueno, Tom Sawyer, eso está muy bien decirlo, pero, ¿cómo diablos van a quedar rescatados esos tipos si no sabemos cómo se hace? Eso es lo que me gustaría saber a mí. ¿Qué crees tú que es?

—Bueno, no sé. Pero a lo mejor si nos quedamos con ellos hasta que queden rescatados significa que nos tenemos que quedar con ellos hasta que se hayan muerto.

—Bueno, algo es algo, es una respuesta. ¿Por qué no podías haberlo dicho antes? Nos los quedamos hasta que se queden muertos de un rescate, y vaya una pesadez que van a resultar: comiéndolo todo y tratando de escaparse todo el tiempo.

—Qué cosas dices, Ben Rogers. ¿Cómo van a escaparse cuando hay una guardia que los vigila dispuesta a pegarles un tiro si mueven un dedo?

—¡Una guardia! Ésa sí que es buena. O sea que alguien tiene que quedarse sentado toda la noche sin dormir nada, sólo para vigilarlos. Me parece una bobada. ¿Por qué no podemos darles un garrotazo y que se queden rescatados en cuanto los traigamos?

—Porque no es lo que dicen los libros, por eso. Vamos, Ben Rogers, ¿quieres hacer las cosas bien o no? De eso se trata. ¿No crees que la gente que ha escrito los libros sabe lo que está bien hacer? ¿Crees que tú vas a enseñarles algo? Ni mucho menos. No, señor, vamos a rescatarlos como está mandado.

—Bueno. Me da igual; pero de todas maneras digo que es una tontería. Oye, ¿matamos también a las mujeres?

—Mira, Ben Rogers, si yo fuera tan ignorante como tú trataría de disimularlo. ¿Matar a las mujeres? No; nadie habrá visto nada parecido en los libros. Las traes a la cueva y te portas con ellas de lo más fino del mundo, y poco a poco se enamoran de ti y ya no quieren volver a sus casas.

—Bueno, si es así, estoy de acuerdo, pero tampoco me dice mucho. En seguida tendremos la cueva tan llena de mujeres y de tipos esperando al rescate que no quedará sitio para los ladrones. Pero adelante, no tengo nada que decir.

El pequeño Tommy Barnes ya se había dormido, y cuando lo despertaron tenía miedo, se echó a llorar y dijo que quería volver a su casa con su mamá y que ya no quería ser bandido.

Así que todos se rieron mucho de él, y cuando lo llamaron llorón él se

enfadó y dijo que iba a contar todos los secretos. Pero Tom fue y le dio cinco centavos para que se callase y dijo que todos nos íbamos a casa y nos reuniríamos la semana que viene para robar a alguien y matar a alguna gente.

Ben Rogers dijo que no podía salir mucho, sólo los domingos, así que quería empezar el domingo que viene; pero todos los chicos dijeron que estaría muy mal hacerlo en domingo, y se acabó la discusión. Decidieron reunirse para determinar la fecha en cuanto pudieran y después elegimos a Tom Sawyer primer capitán y a Joe Harper segundo capitán de la banda y nos fuimos a casa.

Subí por el cobertizo a rastras hasta mi ventana justo antes del amanecer. Mi ropa nueva estaba toda llena de manchas de barro, y yo, cansado como un perro.

Capítulo 3

Bueno, por la mañana la vieja señorita Watson me echó una buena bronca por lo de la ropa, pero la viuda no me riñó, sino que limpió las manchas y el barro, y parecía estar tan triste que pensé que si podía, me portaría bien durante un tiempo. Después la señorita Watson me llevó al gabinete a rezar, pero no pasó nada. Me dijo que rezase todos los días y que todo lo que pidiera se me daría. Pero no era verdad. Lo intenté. Una vez conseguí un sedal para pescar, pero sin anzuelos. Sin anzuelos no me valía para nada. Probé a conseguir los anzuelos tres o cuatro veces, pero no sé por qué aquello no funcionaba. Así que un día le pedí a la señorita Watson que lo intentase por mí, pero me dijo que era tonto. Nunca me explicó por qué y yo nunca pude entenderlo.

Una vez fui a sentarme en el bosque a pensarlo con calma. Me dije: «Si uno puede conseguir todo lo que pide cuando reza, ¿por qué no le devuelven al diácono Winn el dinero que perdió con lo de los cerdos? ¿Por qué no le devuelven a la viuda la cajita de plata para el rapé que le robaron? ¿Por qué no puede engordar la señorita Watson? No, me dije, todo eso no tiene sentido». Fui y se lo conté a la viuda, y me dijo que lo que podía conseguirse rezando eran los «bienes espirituales». Aquello era demasiado para mí, pero me explicó lo que significaba: tenía que ayudar a otra gente y hacer todo lo que pudiera por ellos y cuidar siempre de los demás y no pensar nunca en mí mismo. Según me pareció, aquello incluía a la señorita Watson. Fui al bosque y me lo estuve pensando mucho tiempo, pero no le veía la ventaja, salvo para la otra gente; así que por fin calculé que no me iba a preocupar más, sino que lo olvidaría. A veces la viuda me llevaba con ella y me hablaba de la

Providencia de forma que se le hacía a uno la boca agua, pero a lo mejor al día siguiente la señorita Watson lo volvía a deshacer todo. Me pareció que podía ser que hubiera dos Providencias y que a uno, pobrecillo, le iría muy bien la Providencia de la viuda, pero que si era la de la señorita Watson, no tenía nada que hacer. Me lo pensé todo y calculé que si ella quería, me iría con la de la viuda, aunque tampoco veía qué iba a sacar con tenerme de su lado que no tuviera antes, dado lo ignorante y lo poca cosa y corrientucho que era yo.

A padre hacía más de un año que nadie lo veía, y yo tan contento; no quería volver a verlo. Siempre me atizaba cuando estaba sereno y podía echarme mano, aunque cuando él andaba cerca yo solía largarme al bosque. Bueno, hacia entonces lo encontraron en el río ahogado, unas doce millas arriba del pueblo, decía la gente. Por lo menos, creían que era él; decían que aquel ahogado medía igual que él y estaba vestido de harapos y llevaba el pelo muy largo, todo igual que padre, pero por la cara no sabían nada, porque llevaba tanto tiempo en el agua que ya no parecía en absoluto una cara. Dijeron que flotaba de espaldas en el agua. Lo sacaron y lo enterraron en la ribera. Pero yo no me quedé tranquilo mucho tiempo, porque se me ocurrió una cosa. Sabía muy bien que un ahogado no flota de espaldas, sino de cara. Así que entonces comprendí que no era padre, sino una mujer vestida de hombre. Y volví a ponerme nervioso. Pensé que el viejo aparecería algún día, aunque por mí ojalá que no.

Jugamos a los bandidos durante un mes, de vez en cuando, y después yo me salí. Todos los chicos hicieron lo mismo. No habíamos robado a nadie, no habíamos matado a nadie, no habíamos hecho más que fingir. Salíamos de un salto del bosque y cargábamos contra los porqueros y las mujeres que llevaban las cosas de sus huertos al mercado en carros, pero nunca les hacíamos nada. Tom Sawyer llamaba a los cerdos «lingotes» y a los nabos y eso «joyas», y nos íbamos a la cueva y hablábamos de lo que habíamos hecho y de cuánta gente habíamos matado y marcado con nuestra señal. Pero yo no le veía ninguna ventaja. Una vez Tom mandó a un chico que fuera corriendo por el pueblo con un palo encendido que él decía que era una «consigna» (señal de que la banda tenía que reunirse) y después dijo que sus espías le habían mandado noticias secretas de que al día siguiente un montón de comerciantes españoles y árabes ricos iba a acampar en la Boca de la Cueva con doscientos elefantes y seiscientos camellos y más de mil mulas de carga, todas transportando diamantes, y que sólo llevaban una guardia de cuatrocientos soldados, así que teníamos que ponerles una emboscada y matarlos a todos. Dijo que debíamos preparar las espadas y las escopetas y estar listos. Nunca podía llevarse ni siquiera una carreta de nabos, pero se empeñaba en que las espadas y las escopetas estuvieran todas limpias, aunque, como no eran más que listones de madera y palos de escoba, podía uno limpiarlas hasta morirse del aburrimiento y no valían ni un centavo más que antes. Yo no creía que

pudiéramos vencer a tantos españoles y árabes, pero quería ver los camellos y los elefantes, de forma que al día siguiente, que era sábado, me presenté a la emboscada, y cuando nos dio la orden salimos corriendo del bosque y bajamos el cerro. Pero no había españoles ni árabes ni camellos ni elefantes. No había más que una gira de la escuela dominical, y encima de los de primer curso. Los dispersamos y perseguimos a los niños por el cerro, pero no sacamos más que mermelada y unas rosquillas, aunque Ben Rogers se llevó una muñeca de trapo y Joe Harper un libro de himnos y un folleto de propaganda, y entonces llegó corriendo el maestro y nos hizo dejarlo todo y salir corriendo. No vi ningún diamante, y se lo dije a Tom Sawyer. Me contestó que de todos modos los había a montones y que también había árabes y elefantes y cosas. Entonces le dije que por qué no podíamos verlos. Me dijo que si no fuera tan ignorante y hubiera leído un libro que se llamaba Don Quijote, lo sabría sin preguntar. Dijo que todo lo hacían por arte de magia. Dijo que allí había cientos de soldados y elefantes y tesoros y todo eso, pero que teníamos enemigos que él llamaba magos y que lo habían convertido todo en una escuela dominical para niños, sólo por despecho. Entonces yo dije que bueno, que lo que teníamos que hacer era atacar a los magos. Tow Sawyer me llamó palurdo.

—Hombre —dijo—, un mago puede llamar a un montón de genios, que te podrían hacer picadillo en medio minuto. Son igual de altos que árboles y cuadrados como armarios de tres cuerpos.

—Bueno —digo yo—, y qué pasa si conseguimos que algunos de esos genios nos ayuden a nosotros? ¿No podríamos vencer entonces a los otros?

—¿Cómo vas a conseguirlo?

—No sé. ¿Cómo lo consiguen ellos?

—Pues frotan una lámpara vieja de estaño o un anillo de hierro, y entonces llegan los genios, acompañados de truenos y rayos y de todo el humo del mundo y van y hacen todo lo que se les dice que hagan. Les resulta facilísimo arrancar de cuajo una torre y darle en la cabeza con ella a un superintendente de escuela dominical, o a cualquiera.

—¿Quién les obliga a hacer todo eso?

—Hombre, el que frota la lámpara o el anillo. Pertenecen al que frota la lámpara o el anillo y tienen que hacer lo que les diga. Si les dice que construyan con diamantes un palacio de cuarenta millas de largo y lo llenen de chicle, o de lo que tú quieras, y que traigan a la hija de un emperador de la China para casarte con ella, tienen que hacerlo, y además antes de que amanezca el día siguiente. Y encima tienen que transportar ese palacio por todo el país siempre que se lo diga uno, ¿comprendes?

—Bueno —dije yo—, creo que son idiotas por no quedarse con el palacio,

en lugar de hacer todas esas bobadas. Y además, lo que es yo, si fuera uno de ellos me iría al quinto pino antes de dejar lo que tuviera entre manos para hacer lo que me dijese un tipo que estaba frotando una lámpara vieja de estaño.

—Qué cosas dices, Huck Finn. Pero si es que tendrías que ir cuando la frotase, quisieras o no.

—¡Cómo! ¿Si yo fuera igual de alto que un árbol y cuadrado como un armario de tres cuerpos? Bueno, vale; iría, pero te apuesto a que ese hombre tendría que subirse al árbol más alto que hubiera en todo el país.

—Caray, es que no se puede hablar contigo, Huck Finn. Es como si no supieras nada de nada, como un perfecto idiota.

Me quedé pensando en todo aquello dos o tres días y después decidí probar, a ver si era verdad o no. Me llevé una lámpara vieja de estaño y un anillo de hierro al bosque y me puse a frotar hasta sudar como un indio, calculando que me construiría un palacio para venderlo; pero nada, no vino ningún genio. Entonces pensé que todo aquello no era más que una de las mentiras de Tow Sawyer. Supuse que él se creía lo de los árabes y los elefantes, pero yo no pienso igual que él. Aquello parecía cosa de la escuela dominical.

Capítulo 4

Bueno, pasaron tres o cuatro meses y ya estaba bien entrado el invierno. Había ido a la escuela casi todo el tiempo, me sabía las letras y leer y escribir un poco y me sabía la tabla de multiplicar hasta seis por siete treinta y cinco, y pensaba que nunca llegaría más allá aunque viviera eternamente. De todas formas, las matemáticas no me gustan mucho.

Al principio me fastidiaba la escuela, pero poco a poco aprendí a aguantarla. Cuando me cansaba demasiado hacía novillos, y la paliza que me daban al día siguiente me sentaba bien y me animaba. Así que cuanto más tiempo iba a la escuela, más fácil me resultaba. También me estaba empezando a acostumbrar a las cosas de la viuda, que ya no me molestaban tanto. El vivir en una casa y dormir en una cama me resultataba casi siempre molesto, pero antes de que empezara a hacer frío solía escaparme a dormir en el bosque, de forma que me valía de descanso. Me gustaban más las cosas de antes, pero también me estaban empezando a gustar las nuevas un poco. La viuda decía que yo progresaba lento pero seguro y que lo hacía muy bien. Dijo que no se sentía avergonzada de mí.

Una mañana por casualidad volqué el salero a la hora del desayuno. Pesqué un poco de sal en cuanto pude para tirarla por encima del hombro izquierdo y alejar la mala suerte, pero la señorita Watson se me adelantó para impedírmelo. Va y me dice: «Quita esas manos, Huckleberry; ¡te pasas la vida ensuciándolo todo!» La viuda trató de excusarme, pero aquello no iba a alejar la mala suerte, y yo lo sabía. Después de desayunar me fui, preocupado y temblando, preguntándome dónde me iba a caer y qué iba a hacer. Hay formas de escapar a algunos tipos de mala suerte, pero ésta no era una de ellas, así que no traté de hacer nada, sino que seguí adelante, muy desanimado y alerta a lo que pasaba.

Bajé por el jardín delantero y salté la puertecita por donde se pasa la valla alta. Había en el suelo una pulgada de nieve recién caída y vi las huellas de alguien. Venían de la cantera, se detenían ante la portezuela y después le daban la vuelta a la valla del jardín. Era curioso que no hubieran pasado después de haberse quedado allí. No lo entendía. En todo caso, resultaba extraño. Iba a seguirlas, pero primero me paré a examinarlas. Al principio no vi nada; después sí. En el tacón de la bota izquierda había una cruz hecha con clavos para que no se acercara el diablo.

En un segundo me levanté y bajé corriendo el cerro. De vez en cuando miraba por encima del hombro, pero no vi a nadie. Llegué a casa del juez Thatcher en cuanto pude. Me dijo:

—Pero, chico, estás sin aliento. ¿Has venido a buscar los intereses?

—No, señor —respondí—; ¿me los tiene usted?

—Ah, sí, anoche llegaron los del semestre: más de ciento cincuenta dólares. Para ti, toda una fortuna. Más vale que me dejes invertirlos con tus seis mil, porque si te los doy te los vas a gastar.

—No, señor —dije—. No quiero gastármelos. No los quiero para nada; y tampoco los seis mil. Quiero que se los quede usted; quiero dárselos a usted: los seis mil y todo.

Pareció sorprenderse. Era como si no lo pudiera comprender. Va y dice:

—Pero, ¿qué quieres decir, muchacho?

Y voy y le digo:

—Por favor, no me pregunte nada. Se lo queda usted; ¿verdad? Y va y dice:

—Bueno, no sé qué hacer. ¿Pasa algo?

—Por favor, quédeselo y no me pregunte nada... así no tendré que contar mentiras.

Se lo pensó un rato y después dijo:

—¡Ah, ah! Creo que ya entiendo. Quieres venderme todos tus bienes; no dármelos. Eso es lo correcto.

Después escribió algo en un papel, que me leyó y que decía:

—Mira; verás que dice «por la suma convenida». Eso significa que te lo he comprado y te lo he pagado. Ten un dólar. Ahora fírmalo.

Así que lo firmé y me fui.

Jim, el negro de la señorita Watson, tenía una bola de pelo del tamaño de un puño que habían sacado del cuarto estómago de un buey, y hacía cosas de magia con ella. Decía que dentro había un espíritu que lo sabía todo. Así que aquella noche fui a verlo y le dije que había vuelto padre, porque había visto sus huellas en la nieve. Lo que quería saber yo era qué iba a hacer y dónde pensaba dormir. Jim sacó su bola de pelo y dijo algo por encima de ella, y después la levantó y la dejó caer al suelo. Cayó de un solo golpe y no rodó más que una pulgada. Jim volvió a probar una vez y otra vez, siempre lo mismo. Se arrodilló y acercó la oreja para escuchar. Pero nada; no quería hablar. Jim dijo que no hablaría si no le dábamos dinero. Le dije que tenía un viejo cuarto de dólar falso y liso que no valía nada porque se le veía un poco el cobre por debajo de la plata y nadie lo aceptaría, aunque no se le viera el cobre, porque estaba tan liso que se resbalaba y todo el mundo lo notaba (pensé no decirle nada del dólar que me había dado el juez). Le dije que era un dinero muy malo, pero que quizá la bola de pelo lo aceptaría, porque a lo mejor no entendía la diferencia. Jim lo olió, lo mordió, lo frotó y dijo que conseguiría que la bola de pelo creyese que era bueno porque iba a partir por la mitad una patata irlandesa cruda y a meter en medio la moneda y dejarla toda la noche, que a la mañana siguiente no se podría ver el cobre y ya no estaría tan resbaladiza, de forma que cualquiera del pueblo la aceptaría, conque más una bola de pelo. Bueno, yo ya sabía que las patatas valían para eso, pero se me había olvidado.

Jim colocó la moneda debajo de la bola de pelo, se agachó y volvió a escuchar. Esta vez dijo que la bola de pelo estaba bien. Dijo que me diría la buenaventura si yo quería. Voy y le digo que adelante. Entonces la bola de pelo le habló a Jim, y Jim me lo contó. Va y dice:

—Tu padre no sabe entodavía lo que va a hacer. A veces piensa que se va a ir y aluego va y piensa que se queda. Lo mejor es dejar las cosas y que el viejo haga lo que quiera. Hay dos ángeles que le dan güeltas. Uno de ellos es blanco y resplandeciente y el otro es negro. El blanco le hace ir por el buen camino un rato y después viene el negro y lo fastidiato. No se puede saber cuál va a ser el último que lo coja. Pero a ti te irá bien. Vas a tener muchos problemas en la

vida y muchas alegrías. A veces te lo vas a pasar mal y a veces te vas a poner malo, pero cada vez te vas a poner bueno. Hay dos hembras que importan en tu vida. Una es clara y la otra oscura. Una es rica y la otra es probe. Tú te vas a casar primero con la probe y luego con la rica. Tienes que tener mucho cuidiao con el agua y no tener aventuras, porque está escrito que te van a ahorcar.

Aquella noche, cuando encendí la vela y subí a mi habitación, allí estaba padre, ¡en persona!

Capítulo 5

Yo había cerrado la puerta. Entonces me di la vuelta y allí estaba. Antes le tenía miedo porque me pegaba todo el tiempo. Pensé que ahora también se lo tendría, pero al cabo de un minuto vi que me había equivocado, o sea, después del primer susto, como quien dice, cuando me quedé sin aliento, porque no me lo esperaba para nada; pero en seguida me di cuenta de que no le tenía tanto miedo.

Tenía casi cincuenta años y los aparentaba. Llevaba un pelo largo, enredado y grasiento que le colgaba hasta el cuello, y por el medio se le veían los ojos que le brillaban como si estuviera escondido detrás de una parra. Lo tenía todo negro, sin canas; igual que la barba larga y desordenada. No tenía nada de color en la cara, donde se le veía; estaba todo blanco, no como otros hombres, sino de un blanco que daba asco, un blanco que le daba a uno picores, un blanco de sapo de árbol, de vientre de pez. Y de ropa: harapos y nada más. Tenía apoyado un tobillo en la otra rodilla; la bota de aquel pie estaba rota y se le veían dos de los dedos, que movía de vez en cuando. Había dejado el sombrero en el piso: un viejo chambergo con la copa toda hundida, como una tapadera.

Me quedé mirándolo; él siguió sentado mirándome, con la silla echada un poco atrás. Dejé la vela en el suelo. Vi que la ventana estaba levantada, así que había subido por el cobertizo. No hacía más que mirarme. Al cabo de un rato va y dice:

—Buena ropa llevas, muy buena. Te debes creer un pez gordo, ¿no?

—A lo mejor sí y a lo mejor no —respondí.

—No te pongas chulo —va y dice—. Desde que me marché te das muchas ínfulas. Ya te voy a bajar yo los humos antes de terminar contigo. Y me han dicho que estás educado: que sabes leer y escribir. Te crees que ahora vales más que tu padre, ¿no?, sólo porque él no sabe. Ya te enseñaré yo. ¿Quién te ha dicho que fueras por ahí, dándote aires? ¿Quién te ha dado permiso?

—La viuda. Me lo dijo ella.

—La viuda, ¿eh? Y, ¿quién ha venido a darle a la viuda vela en este entierro?

—No se la ha dado nadie.

—Bueno, ya le voy a enseñar yo a meterse en sus cosas. Y mira lo que te digo: deja de ir a la escuela, ¿te enteras? Ya voy a enseñar yo a ésos a educar a un chico para que se dé aires delante de su propio padre y haga como que vale más que él. Que no te vuelva a coger cerca de esa escuela, ¿te enteras? Tu madre no sabía leer, y tampoco sabía escribir y se murió tan tranquila. En la familia nadie aprendió a leer antes de morirse. Yo no sé, y ahí estás tú dándote aires. Y yo no soy hombre para aguantar eso, ¿te enteras? Oye, a ver cómo lees.

Saqué un libro y empecé a leer algo que hablaba del general Washington y de las guerras. Cuando llevaba leyendo aproximadamente medio minuto, me arrancó el libro de golpe y lo tiró al otro lado de la habitación. Y va y dice:

—Es verdad. Sí que sabes. Tenía mis dudas cuando me lo dijiste. Pues mira, déjate de ínfulas. No te lo voy a aguantar. Voy a estar muy atento, listillo, y si te pesco por esa escuela, te doy una paliza. Si sigues así, también te va a dar religiosa. Nunca he visto un chico igual.

Agarró un cromo azul y amarillo con unas vacas y un chico, y va y dice:

—¿Qué es esto?

—Me lo han dado por saberme bien la lección.

Lo rompió y va y dice:

—Yo te voy a dar algo mejor: te voy a dar una buena tunda.

Se quedó sentado murmurando y gruñendo un rato y luego va y dice:

—Pero estás hecho todo un dandi, ¿no? Cama y sábanas, espejo y tu alfombra en el suelo, mientras que tu propio padre tiene que dormir con los cerdos en las tenerías. Nunca he visto un chico así. Seguro que tendrás menos ínfulas cuando acabe contigo. Pero si es que no paras de darte aires... Me han dicho que eres rico. ¿Eh?... ¿Cómo ha sido eso?

—Es mentira... así ha sido eso.

—Mira, ten cuidado cómo me hablas. Ya te estoy tolerando demasiado, así que no te pongas insolente. Llevo dos días en el pueblo y lo único que me han dicho todos es que eres rico. Y también lo he oído decir por el río. Por eso he venido. Mañana me traes ese dinero: lo quiero yo.

—No tengo dinero.

—Mentira. Lo tiene el juez Thatcher. Sí que lo tienes. Y yo lo quiero.

—No tengo nada de dinero. Te lo estoy diciendo. Pregúntaselo al juez Thatcher y te dirá lo mismo.

—Muy bien. Voy a preguntárselo y voy a hacer que apoquine, y si no ya me enteraré por qué. Oye, ¿cuánto llevas en el bolsillo? Dámelo.

—Sólo tengo un dólar y lo quiero para...

—No importa para qué lo quieras... Dámelo y basta.

Se lo di y lo mordió para ver si era bueno, y después dijo que iba a ir al centro del pueblo a tomarse un whisky; que no había bebido en todo el día. Cuando salió al cobertizo, volvió a meter la cabeza por la ventana y me maldijo por tener ínfulas y tratar de ser más que él, y cuando calculé que se había ido ya, volvió a meter la cabeza por la ventana y me dijo que cuidado con aquella escuela, porque iba a estar muy atento y me zurraría si no dejaba de ir.

Al día siguiente estaba borracho y fue a ver al juez Thatcher, a darle la lata tratando de hacer que le diese el dinero, pero no lo consiguió, y después juró que iba a hacer que la ley lo obligara.

El juez y la viuda fueron a la ley para que el tribunal le quitase la custodia y que uno de ellos fuera mi tutor, pero había llegado un juez nuevo y no conocía a mi viejo, así que dijo que los tribunales no debían intervenir para separar familias si podían evitarlo; dijo que prefería no separar a un hijo de su padre. Así que el juez Thatcher y la viuda tuvieron que renunciar al asunto.

El viejo estaba más contento que unas castañuelas. Dijo que me iba a estar zurrando hasta dejarme lleno de cardenales si no le conseguía algo de dinero. Le pedí prestados tres dólares al juez Thatcher, y padre se los llevó y se emborrachó y armó un lío por todas partes con sus palabrotas, sus gritos y sus escándalos, y así siguió por todo el pueblo, dándole a una cacerola hasta casi medianoche; entonces lo encarcelaron y al día siguiente lo llevaron al juzgado y lo volvieron a meter en la cárcel una semana. Pero dijo que estaba contento, que era quien mandaba en su hijo y que ya me arreglaría las cuentas.

Cuando salió, el nuevo juez dijo que iba a convertirlo en otro hombre. Así que se lo llevó a su casa, le dio ropa buena y limpia y lo invitó a desayunar y a comer y a cenar con la familia, y se portó como un hermano con él, como quien dice. Y después de cenar le habló de la templanza y cosas así hasta que el viejo se echó a llorar y dijo que había sido un idiota y que había desperdiciado su vida en idioteces, pero que ahora iba a cambiar totalmente y ser un hombre del que no se avergonzara nadie, y esperaba que el juez lo ayudara y no lo despreciara. El juez dijo que aquello le daba ganas de

abrazarle y hasta él y su mujer se pusieron a llorar; padre dijo que había sido un hombre al que nadie había comprendido hasta entonces y el juez dijo que lo creía. El viejo dijo que lo que necesitaba un hombre caído era solidaridad, y el juez dijo que era cierto; así que se pusieron a llorar otra vez. Y cuando llegó la hora de acostarse el viejo se levantó y alargó la mano y va y dice:

—Mírenla, señoras y caballeros; tómenla en las suyas, dénselas. Esta mano era la de un cerdo, pero ya no lo es; es la de un hombre que ha empezado una nueva vida y que morirá antes que volver a la antigua. Recuerden estas palabras: no olviden que las he dicho yo. Ahora es una mano limpia; denme las suyas, no tengan miedo.

Así que todos le dieron la mano, uno tras otro, y lloraron. La mujer del juez se la besó. Después el viejo firmó una promesa: hizo su señal. El juez dijo que era el momento más sacrosanto que recordaba, o algo parecido. Después hicieron acostarse al viejo en una habitación muy bonita, que era la de los invitados, y aquella misma noche, un rato después, le dio una gran sed y se bajó por el tejado del porche, por una de las columnas, y cambió su chaqueta nueva por una jarra de whisky matarratas y volvió a la habitación y se lo pasó estupendamente, y hacia el amanecer volvió a salir, más borracho que una cuba, y se cayó rodando por el tejado del porche y se rompió el brazo izquierdo por dos sitios, y casi había muerto de congelación cuando alguien lo encontró después de salir el sol. Y cuando entraron a ver lo que había en aquella habitación para los invitados, tuvieron que buscar un piloto para que les indicara el camino.

El juez se sintió un poco amargado. Dijo que calculaba que alguien podría reformar al viejo con una escopeta, a lo mejor, pero que no sabía ninguna otra forma.

Capítulo 6

Bueno, el viejo no tardó en curarse y entonces se metió con el juez Thatcher en los tribunales para obligarle a que le diese aquel dinero, y luego conmigo por no dejar de ir a la escuela. Me agarró un par de veces y me zurró, pero de todos modos yo iba a la escuela y casi todas las veces me escondía de él o corría más. Antes no tenía tantas ganas de ir a la escuela. Pero ahora pensé que iría para fastidiar a padre. Lo del juicio iba muy despacio: parecía que nunca iba a empezar; de forma que de vez en cuando le pedía prestados dos o tres dólares al juez para dárselos y librarme de una paliza. Cada vez que tenía dinero se emborrachaba, y cada vez que se emborrachaba armaba un jaleo en el pueblo, y cada vez que armaba un jaleo le metían en la cárcel. Y él tan

contento: ese tipo de vida era el que le gustaba.

Empezó a pasar demasiado tiempo rondando por casa de la viuda, así que ella por fin le dijo que si no dejaba de rondar por ahí le iba a buscar algún problema. Diablo cómo se puso. Dijo que iba a demostrar quién mandaba en Huck Finn. Así que un día me estuvo esperando en la fuente, me agarró y me llevó río arriba tres millas en un bote y cruzó al lado de Illinois, donde había bosques y no había más casas que una vieja cabaña de troncos en un sitio con tantos árboles que no se podía encontrar si no se sabía el camino ya antes.

Me llevaba siempre con él y nunca tuve la oportunidad de escaparme. Vivimos en aquella cabaña y siempre cerraba la puerta con llave; por las noches se acostaba con ella debajo de la almohada.

Tenía una escopeta que creo que había robado y me llevaba de pesca y de caza, que era de lo que vivíamos. De vez en cuando me dejaba encerrado y se iba a la tienda, que estaba a tres millas, donde pasaba el transbordador, y cambiaba pescado y caza por whisky, y se lo llevaba a casa y se emborrachaba, se lo pasaba muy bien y me daba una paliza. La viuda se enteró de dónde estaba y al cabo de un tiempo envió a un hombre para tratar de que me llevara, pero padre lo echó con la escopeta y no tardé mucho en acostumbrarme a estar donde estaba, y me gustaba... salvo la parte de las palizas.

Todo era muy tranquilo y se pasaba bien, tumbado todo el día, fumando y pescando, sin libros ni estudios. Pasaron dos meses o más y toda la ropa se me hizo jirones y se me puso sucia, y no entendía cómo me había gustado estar en casa de la viuda, donde había que lavarse y comer en un plato y peinarse e irse a la cama y levantarse a horas fijas y pasarse la vida con un tostón de libro mientras la vieja señorita Watson se metía con uno todo el tiempo. Ya no quería volver. Había dejado de decir palabrotas porque a la viuda no le gustaban, pero ahora volvía a decirlas porque padre no le veía nada de malo. Lo pasé bastante bien allí en el bosque, si se tiene todo en cuenta.

Pero poco a poco padre empezó a aficionarse demasiado a darme de palos y yo no podía aguantarlo. Estaba lleno de cardenales. También empezó a pasar mucho tiempo fuera, y me dejaba encerrado. Una vez me encerró y desapareció tres días seguidos. Me sentí horriblemente solo. Pensé que se había ahogado y que yo ya no iba a salir de allí nunca más. Tuve miedo. Decidí buscar alguna forma de marcharme. Había tratado de irme de aquella cabaña muchas veces, pero no encontraba la forma. No había una ventana lo bastante grande para que pasara ni un perro. No podía salir por la chimenea porque era demasiado estrecha. La puerta era gruesa, de planchas de roble macizo. Padre tenía mucho cuidado y nunca dejaba un cuchillo ni nada en la cabaña cuando se iba; supongo que yo había registrado por allí lo menos cien

veces; bueno, la verdad era que me pasaba buscando todo el tiempo, porque era la única forma de entretenerse. Pero una vez, por fin encontré algo; encontré un viejo serrucho oxidado y sin mango; estaba metido entre una viga y las tejas de arriba. Lo limpié y me puse al trabajo. Había una manta de caballo clavada en los troncos a un extremo de la cabaña, detrás de la mesa, para que el viento no entrase por las ranuras y apagase la vela. Me metí debajo de la mesa, levanté la manta y me puse a aserrar una sección del gran tronco de abajo, lo bastante grande para que cupiera yo. Bueno, me llevó mucho tiempo pero ya estaba llegando al final cuando oí en el bosque la escopeta de padre. Escondí las huellas de mi trabajo, dejé caer la manta y el serrucho y en seguida llegó padre.

Padre no estaba de buen humor, o sea, que estaba como de costumbre. Dijo que había ido al centro del pueblo y que todo le iba mal. Su abogado le había dicho que calculaba que ganaría el pleito y conseguiría el dinero si el juicio empezaba alguna vez, pero que siempre había formas de irlo aplazando, y el juez Thatcher se las sabía todas. Dijo que según la gente iba a haber otro juicio para separarme de él y hacer que la viuda fuera mi tutora, y calculaban que esta vez ganaría ella. Aquello me puso muy nervioso, porque ya no quería volver a casa de la viuda y a tanta disciplina y cevilización, como la llamaban. Entonces el viejo se puso a maldecir todas las cosas y a la gente que se le ocurría, y después volvió a maldecirlos otra vez para estar seguro de que no se le había olvidado nadie, y terminó con una especie de maldición general contra todos, hasta un montón de gente que no sabía cómo se llamaba, así que cuando llegaba a ellos decía como se llame, y seguía maldiciendo.

Dijo que ya le gustaría a él ver cómo se me llevaba la viuda. Dijo que iba a estar atento y que si trataban de hacerle esa faena, conocía un sitio a seis o siete millas de distancia donde esconderme, y donde podrían buscar hasta caerse muertos sin encontrarme. Aquello volvió a ponerme nervioso, pero sólo un minuto; calculaba que para entonces yo ya no andaría por allí.

El viejo me hizo ir al bote a buscar lo que había traído. Había un saco de cincuenta libras de avena de maíz y un cuarto de tocino entreverado, municiones, una jarra de whisky de cuatro galones y un libro viejo y dos periódicos para rellenar ranuras, además de algo de estopa. Llevé una carga y luego volví a sentarme en la proa del bote a descansar. Volví a pensármelo todo y decidí escaparme con la escopeta y algunos sedales, y cuando me escapara me iría al bosque. Pensé que no me quedaría en un sitio fijo, sino que iría de un lado para otro del país, sobre todo de noche, cazando y pescando para tener comida, hasta llegar tan lejos que ni el viejo ni la viuda me pudieran encontrar nunca. Calculé que podía terminar de serrar y marcharme aquella noche si padre se emborrachaba lo suficiente, como suponía que iba a pasar. Me entusiasmé tanto que no me di cuenta del tiempo que pasaba hasta que el

viejo se puso a gritar y me preguntó si me había dormido o ahogado.

Llevé todas las cosas a la cabaña y luego ya oscureció. Mientras yo cocinaba la cena el viejo se echó un par de tragos como para irse calentando y empezó a armar jaleo otra vez. Ya se había emborrachado en el pueblo y había pasado la noche en la cuneta, y verdaderamente era un espectáculo. Cualquiera pensaría que era Adán: no se veía de él nada más que barro. Cuando estaba bastante bebido casi siempre se metía con el gobierno. Aquella vez va y dice:

—¡Y a esto lo llaman gobierno!, pues no hay más que mirar para ver lo que es. Hacen una ley para quitarle a un hombre su hijo: su propio hijo, con todo el trabajo y todas las preocupaciones y los gastos que me ha llevado criarlo. Sí, y justo cuando ese hombre por fin ha criado a su hijo que ya está en edad de ponerse a trabajar y empezar a hacer algo por él para que pueda descansar, va la ley y se lo quita. ¡Y a eso lo llaman gobierno! Y no es todo. La ley apoya a ese viejo del juez Thatcher y le ayuda a quitarme mis bienes. Fijarse lo que hace la ley: la ley agarra a un hombre que tiene seis mil dólares o más y lo encierra en una vieja cabaña como ésta y deja que vaya vestido con una ropa que no es digna ni de un cerdo. ¡Y a eso lo llaman gobierno! Con un gobierno así no hay forma de que uno tenga derechos. A veces me da la tentación de marcharme del país para siempre. Sí, y se lo he dicho; se lo he dicho al viejo Thatcher a la cara. Me lo oyeron montones de personas y pueden decir que lo dije. Voy y digo: «Por dos centavos me iría de este maldito país y no volvería ni aunque me pagasen». Eso fue exactamente lo que dije; «Mirar este sombrero —si es que se le puede llamar sombrero—, que se le levanta la tapa y el resto se baja hasta que se cae debajo de la barbilla y ya no es ni un sombrero ni nada, sino más bien como si me hubieran metido la cabeza en un tubo de chimenea. Mirarlo», voy y digo: «Vaya un sombrero para un tipo como yo, uno de los hombres más ricos de este pueblo si me se reconocieran mis derechos».

»Ah, sí, este gobierno es maravilloso, maravilloso y no hay más que verlo. Yo he visto a un negro libre de Ohio: un mulato, casi igual de blanco que un blanco. Llevaba la camisa más blanca que hayáis visto en vuestra vida y el sombrero más lustroso, y en todo el pueblo no hay naide que tenga una ropa igual de buena, y llevaba un reloj de oro con su cadena y un bastón con puño de plata: era el nabab de pelo blanco más impresionante del estado. Y, ¿qué os creéis?» Dijeron que era profesor de una universidad, y que hablaba montones de idiomas y que sabía de todo. Y eso no es lo peor. Dijeron que en su estado podía votar. Aquello ya era demasiado. Digo yo: «¿Qué pasa con este país? Si fuera día de elecciones y yo pensara ir a votar si no estaba demasiado borracho para llegar, cuando me dijeran que había un estado en este país donde dejan votar a ese negro, yo ya no iría». Y voy y digo: «No voy a volver a votar». Eso fue lo que dije, palabra por palabra; me oyeron todos, y por mí que se pudra el

país: yo no voy a volver a votar en mi vida. Y los aires que se daba ese negro: pero si no se abría del camino si no le hubiera dado yo un empujón. Y yo voy y le digo a la gente: «¿Por qué no mandan a subasta a este negro y lo venden? Me gustaría saberlo». Y, ¿sabes lo que dijeron? Pues dijeron que no se podía vender hasta que llevara seis meses en el estado y todavía no llevaba tanto tiempo. Pero vamos, para que veas. Y llaman a eso un gobierno cuando no se puede vender a un negro libre hasta que lleva seis meses en el estado. Pues vaya un gobierno que dice que es gobierno y hace como que es gobierno y se cree que es un gobierno y luego se tiene que quedar tan tranquilo seis meses enteros antes de echarle mano a un negro libre que anda por allí al acecho, robando, infernal, con sus camisas blancas, y... »

Padre estaba tan enfadado que no se dio cuenta de adónde le llevaban las piernas, así que se tropezó con el barril de cerdo salado y se despellejó los tobillos y el resto de su discurso fue una serie de insultos de lo más terrible, sobre todo contra el negro y el gobierno, aunque también le dedicó algunos al barril, intercalados de vez en cuando. Daba saltos por la cabaña como un loco, primero con una pierna y luego con la otra, agarrándose primero un tobillo y luego el otro, y por fin soltó una patada de repente con el pie izquierdo contra el barril. Pero no hizo bien, porque pegó con la bota por la que se le salían dos de los dedos del pie, así es que empezó a gritar de manera que se le ponían a uno los pelos de punta y se cayó al suelo, se echó a rodar agarrándose los dedos del pie y soltó peores maldiciones que todas las anteriores. Él mismo lo dijo después: había oído al viejo Sowberry Hagan en sus buenos tiempos y afirmó que también lo había superado, pero a mí me parece que a lo mejor exageraba algo.

Después de la cena padre le dio a la garrafa diciendo que allí tenía suficiente whisky para dos curdas y un delírium trémens. Era lo que decía siempre. Pensé que estaría totalmente borracho dentro de una hora, y entonces yo robaría la llave o me escaparía, una de las dos cosas. Siguió bebiendo y bebiendo y al cabo de un rato se tumbó encima de las mantas; pero no tuve suerte. No se durmió del todo, sino que se despertaba a ratos. Se pasó mucho rato gimiendo y quejándose y dando vueltas de un lado para otro. Por fin, me dio tanto sueño que no puede seguir con los ojos abiertos y sin darme cuenta me quedé totalmente dormido, con la vela encendida.

No sé cuánto tiempo estaría dormido, pero de pronto sonó un grito horrible y me desperté. Era padre, que parecía loco y saltaba de un sitio para otro gritando que allí había serpientes. Decía que se le subían por las piernas, y después daba un salto y un grito y decía que una le había mordido en la mejilla, pero yo no veía ninguna serpiente. Empezó a correr dando vueltas por la cabaña, gritando: «¡Quítamela de ahí! ¡Quítamela de ahí! ¡Me está mordiendo el cuello!» Nunca he visto a nadie con una mirada así de loca. En

seguida se agotó y cayó al suelo jadeando; entonces se puso a dar vueltas a toda velocidad, pegando patadas por todas partes y golpeando el aire y agarrándolo con las manos, gritando y diciendo que se lo estaban llevando los diablos. Poco a poco comenzó a cansarse y se quedó callado un rato, quejándose. Después se mantuvo quieto y no hizo ni un ruido. A lo lejos, en el bosque, se oían los búhos y los lobos y todo parecía estar en un silencio terrible. Él estaba acostado en un rincón. Después de un rato se levantó en parte a escuchar, con la cabeza hacia un lado. Y va y dice, en voz muy baja:

—Paaam... Paaam... Paaam...; son los muertos, paaam... paaam...; vienen a buscarme, pero yo no me voy. ¡Ah, ahí están! ¡No me toquéis... no! Fuera esas manos... están frías; que me suelten. ¡Dejad en paz a este pobre diablo!

Después se puso a cuatro patas y se fue gateando, pidiéndoles que lo dejaran en paz, y se envolvió en la manta y se metió como pudo bajo la mesa de pino, mientras seguía rogándoles, y después se echó a llorar. Se le oía por debajo de la manta.

Luego salió rodando y se puso en pie de un salto con aire de loco, me vio y se me tiró encima. Me persiguió por toda la cabaña con una navaja de resorte, llamándose el Ángel de la Muerte y diciendo que me iba a matar, y ya no podría volver a buscarlo. Le rogué; le dije que no era más que Huck, pero se echó a reír con una risa chirriante, y no paró de rugir, de maldecir y perseguirme. Una vez, cuando frené de golpe y lo iba a esquivar por debajo del brazo, me echó mano y me agarró por la chaqueta entre los hombros y creí que allí acababa yo, pero me quité la chaqueta rápido como el rayo y me salvé. En seguida volvió a agotarse y se dejó caer de espaldas contra la puerta y dijo que iba a descansar un momento antes de matarme. Escondió la navaja donde estaba sentado y dijo que iba a dormir para recuperar fuerzas y después ya se vería quién era quién.

De forma que se quedó dormido muy rápido. Entonces yo saqué la silla vieja que tenía el asiento roto y me subí en ella con mucha calma, para no hacer nada de ruido, y bajé la escopeta. Le metí la baqueta para asegurarme de que estaba cargada y después la coloqué encima del barril de nabos, apuntando a padre, y me senté detrás de ella hasta que él se moviera. Y el tiempo fue pasando muy despacio, siempre en silencio.

Capítulo 7

—¡Arriba! ¿Qué haces?

Abrí los ojos y miré por todas partes, tratando de ver dónde estaba. Ya

había salido el sol y yo me había dormido como un tronco. Padre estaba en pie a mi lado, con cara agria y aspecto de sentirse mal. Va y dice:

—¿Qué haces con esa escopeta?

Pensé que no sabía nada de lo que había pasado, así que fui y le dije:

—Trató de entrar alguien, así que estaba vigilando.

—¿Por qué no me has despertado?

—Bueno, lo intenté, pero no pude; no te enterabas.

—Está bien. No de quedes ahí de charla todo el día, vete afuera a ver si hay algún pescado en el sedal para el desayuno. Voy dentro de un momento.

Abrió la puerta y salí a la orilla del río. Vi pedazos de ramas y otras cosas que bajaban flotando y algunas cortezas de árbol, así que comprendí que el río había empezado a subir. Pensé que de haber estado en el pueblo me lo habría pasado estupendo. La crecida de junio siempre me traía suerte, porque en cuanto llega esa crecida bajan maderos cortados y pedazos de balsas de troncos: a veces una docena de troncos juntos; así que no hay más que cogerlos y vendérselos a la serrería y los carpinteros.

Subí por la orilla con un ojo atento a padre y otro a lo que pudiese traer la crecida. Va y de pronto llega una canoa; y además estupenda, de unos trece o catorce pies de largo, navegando muy tiesa como un pato. Salté de cabeza al agua como una rana, vestido y todo, y nadé hacia la canoa. Me imaginaba que llevaría alguien dentro, porque es lo que a veces hacen algunos para engañar a la gente, y cuando alguien está a punto de sacar un bote a la orilla, se levantan y se echan a reír. Pero aquella vez no. Era una canoa que iba a la deriva de verdad y me metí en ella y la llevé a la orilla. Pensé que el viejo se alegraría cuando la viera: valdría diez dólares. Pero cuando llegué a la orilla todavía no se veía a padre, y como yo me estaba metiendo con ella en un arroyo medio escondido, todo cubierto de sauces y de lianas, se me ocurrió otra idea: pensé en dejarla bien escondida y después, en lugar de irme al bosque cuando me escapara, bajaría unas cincuenta millas por el río y me quedaría acampado en un sitio para siempre, sin los problemas que da andar a pie de un lado para otro.

Aquello estaba muy cerca de la choza y todo el tiempo me parecía que oía llegar al viejo, pero logré esconderla y después salí y miré por entre un grupo de sauces y vi al viejo sendero abajo, apuntando a un pájaro con la escopeta. Así es que no había visto nada.

Cuando llegó, yo estaba tirando con todas mis fuerzas de un sedal puesto a la rastra. Me insultó un poco por ser tan lento, pero le dije que me había caído al río y que por eso había tardado tanto. Sabía que se iba a dar cuenta de que

estaba mojado y que entonces se pondría a hacer preguntas. Sacamos de la rastra cinco peces gato y nos fuimos a casa.

Cuando nos echamos la siesta después de desayunar, porque los dos estábamos agotados, me puse a pensar que si podía arreglármelas para que ni padre ni la viuda trataran de seguirme, estaría más a salvo que si confiara en la suerte para llegar muy lejos antes de que me echaran de menos; ya se entiende, podían pasar miles de cosas.

Bueno, durante un rato no se me ocurrió nada, pero después padre se levantó un momento a beberse otro barril de agua, y va y dice:

—Si vuelve otro hombre a espiarnos por aquí me despiertas, ¿te enteras? Ese hombre no ha venido para nada bueno. Yo le habría pegado un tiro. La próxima vez me despiertas, ¿te enteras?

Después se acostó y se volvió a dormir; lo que había dicho me dio la idea exacta que yo quería, así que me dije: «Puedo arreglarlo para que a nadie se le ocurra seguirme».

Hacia mediodía nos levantamos y subimos por la ribera. El río crecía a toda prisa y con el agua bajaban montones de cosas. Al cabo de un rato apareció un pedazo de una balsa: nueve troncos atados. Salimos con el bote y nos lo llevamos a tierra. Después comimos. Cualquiera que no fuese padre habría esperado a ver qué pasaba aquel día para llevarnos más cosas, pero ése no era su estilo. Con nueve troncos le bastaba para una vez; tenía que ir inmediatamente al pueblo a venderlos. Así que hacia las tres y media me encerró y se fue con el bote y empezó a remolcar la balsa. Calculé que aquella noche no volvería. Esperé hasta que me pareció que ya estaba lo bastante lejos y entonces saqué el serrucho y me volví a poner a trabajar en aquel tronco. Antes de que él terminara de cruzar el río yo ya había salido por el agujero; él y su balsa no eran más que una mancha en el agua, allá a lo lejos. Agarré el saco de harina de maíz, lo llevé adonde estaba escondida la canoa y aparté las hojas de parra y las ramas y lo metí; después hice lo mismo con el cuarto de tocino ahumado, y luego con la garrafa de whisky. Me llevé todo el café y el azúcar que había, y todas las municiones. Me llevé el papel de relleno, el cubo y la cantimplora; saqué un cazo, una taza de metal y mi viejo serrucho y dos mantas, la sartén y la cafetera. Agarré los sedales y las cerillas y otras cosas: todo lo que valía algo. Vacié la cabaña. Necesitaba un hacha pero no había más que la del montón de leña y sabía por qué iba a dejarla allí. Saqué la escopeta y terminé.

Había dejado toda la tierra apisonada con la salida del agujero y con el transporte de tantas cosas. Así que lo arreglé como pude, echando tierra por encima, con lo que se disimulaba la parte apisonada y el serrín que había caído. Después volví a dejar en su sitio el pedazo de tronco y le puse dos

piedras por debajo y otra de lado para que no se cayera, porque de esa parte era irregular y no daba del todo en el suelo. Si se quedaba uno a cuatro o cinco pies de distancia, sin saber que estaba aserrado, no se veía, y además aquélla era la parte trasera de la cabaña y no era probable que nadie se pusiera a mirar por allí.

Hasta llegar a la canoa no había más que hierba, así que no había dejado huellas. Di una vuelta para estar seguro. Me quedé en la ribera y miré río arriba y abajo. No había peligro. Así que agarré la escopeta y me metí un poco en el bosque. Estaba buscando pájaros que cazar cuando vi un cerdo asilvestrado; los cerdos se asilvestraban en seguida por aquella parte cuando se escapaban de las granjas de la pradera. A éste le pegué un tiro y me lo llevé al campamento.

Agarré el hacha y salté la puerta. La destrocé todo lo que pude. Metí dentro al cerdo y lo arrastré casi hasta la mesa y le corté el cuello con el hacha y lo dejé en tierra para que sangrara; digo en tierra porque era tierra: apisonada y sin tablones en el suelo. Después saqué un saco viejo y lo llené de piedras grandes — todas las que podía arrastrar—, empecé donde estaba el cerdo y lo arrastré a la puerta y por el bosque hasta el río, donde lo tiré; se hundió y desapareció. Era fácil ver que se había arrastrado algo por el suelo. Pensé que ojalá hubiera estado Tom Sawyer allí; sabía que le interesaban estas cosas y que él pondría los detalles precisos. Nadie sabía adornar las cosas como Tom Sawyer en un asunto así.

Bueno, lo último que hice fue arrancarme algo de pelo, manchar el hacha de sangre y dejarla en la trasera, tirada en un rincón. Después agarré el cerdo y me lo tapé contra el pecho con la chaqueta (para que no goteara) hasta llegar bien lejos de la casa, y lo tiré al río. Después se me ocurrió otra cosa. Así que fui a sacar el saco de harina y el viejo serrucho de la canoa y los llevé a la casa. Dejé el saco donde solía estar y le hice un agujero en el fondo con el serrucho, porque allí no había cuchillos ni tenedores: padre lo cocinaba todo con la navaja. Después llevé el saco unas cien yardas por la hierba, entre los sauces, hacia el este de la casa, a un lago poco profundo que tenía cinco millas de ancho y estaba lleno de juncos y también de patos cuando era temporada. Había un riachuelo o un arroyo que salía de allí por el otro lado y que recorría millas y millas, no sé por dónde, pero no iba al río. La harina iba moviéndose y dejando una pequeña huella todo el camino del lago. Allí tiré también la piedra de afilar de padre, para que pareciese algo accidental. Después cerré el agujero del saco de harina con un cordel para que no cayera más y me lo volví a llevar con el serrucho a la canoa.

Ya hacía casi oscuro, así que dejé la canoa río abajo tapada por unos sauces que caían sobre la ribera y esperé a que saliera la luna. Amarré la canoa a un sauce; después comí algo y al cabo de un rato me eché en la canoa a fumar una

pipa y a hacer un plan. Y voy y me digo: «Van a seguir la pista de ese saco de piedras hasta la orilla y después dragarán el río para buscarme. Van a seguir la huella de harina hasta el lago, buscar por el arroyo que sale de él para encontrar a los ladrones que me mataron y se llevaron las cosas. No van a buscar en el río nada más que mi cadáver. Después se cansarán en seguida y ya no se preocuparán más por mí. Muy bien, puedo quedarme donde me apetezca. Con la isla de Jackson me basta; la conozco muy bien y aquí nunca viene nadie. Y después puedo ir al pueblo por las noches, buscar por ahí y llevarme lo que necesite. La isla de Jackson está bien».

Estaba bastante cansado y sin darme cuenta me quedé dormido. Cuando me desperté no supe durante un momento dónde estaba. Me senté y miré a los lados, un poco asustado. Después me acordé. El río parecía tener millas y millas de ancho. La luna brillaba tanto que podían contarse los troncos que bajaban a la deriva, negros y silenciosos, a cientos de yardas de la orilla. Todo estaba en un silencio total y parecía ser tarde, olía a que era tarde. Ya sabéis a qué me refiero... No se con qué palabras decirlo.

Bostecé y me estiré a gusto, y estaba a punto de desamarrar para ponerme en marcha cuando oí un ruido en el agua. Escuché. En seguida comprendí lo que era. Era ese ruido acompasado y sordo que hacen los remos en los toletes en el silencio de la noche. Miré entre las ramas de los sauces y allí estaba: un bote en el río. No veía cuánta gente llevaba. Seguía acercándose, y cuando llegó frente a mí sólo llevaba a un hombre. Y yo voy y pienso: «A lo mejor es padre», aunque no lo esperaba. Fue pasando río abajo con la corriente y al cabo de un rato llegó balanceándose a la orilla, donde el agua estaba tranquila, y pasó tan cerca que podría haberlo tocado alargando la escopeta. Bueno, pues sí que era padre, y encima sereno, por la forma en que dejó los remos.

No perdí el tiempo. Al momento siguiente iba río abajo, en silencio pero rápido, a la sombra de la ribera. Recorrí dos millas y media y después me aparté un cuarto de milla más hacia el centro del río, porque en seguida iba a pasar por el desembarcadero del transbordador y podía verme gente y llamarme. Me puse entre las maderas que bajaban a la deriva y después me tumbé en el fondo de la canoa y dejé que ésta flotara sola. Allí me quedé, descansé bien y me fumé una pipa, contemplando el cielo; no había ni una nube. El cielo parece siempre tan profundo cuando se echa uno de espaldas a la luz de la luna; nunca me había dado cuenta hasta entonces. ¡Y cuántas cosas se oyen de lejos en noches así! Oí a gente que hablaba en el desembarcadero. Y oí lo que decían: cada una de sus palabras. Un hombre comentó que ya llegaban los días largos y también las noches cortas. El otro dijo que ésta no era de las cortas, calculaba, y después se echaron a reír y lo volvieron a decir una vez y otra y se volvieron a reír; después despertaron a otro y se lo dijeron riéndose, pero él no se rió; soltó algo de muy mal humor y lo dejaron en paz.

El primero de ellos dijo que seguro que se lo decía a su vieja porque le iba a hacer mucha gracia, pero dijo que aquello no era nada en comparación con las cosas que había dicho en sus tiempos. Oí decir a un hombre que casi eran las tres y esperaba que la luz del día no tardara en llegar más de una semana. Después la conversación se fue alejando cada vez más, y yo ya no podía distinguir las palabras, pero sí el ruido y de vez en cuando también una risa, sólo que ahora todo parecía muy lejos.

Ya había pasado el transbordador. Me levanté y allí estaba la isla de Jackson, unas dos millas y media río abajo, llena de árboles y levantándose en medio del río, grande, oscura y sólida, como un barco de vapor sin ninguna luz. No había ni una señal en la barra de la punta: ahora todo aquello estaba sumergido.

No me llevó mucho tiempo llegar allí. Pasé junto a la punta a gran velocidad, dada la rapidez de la corriente, y después llegué a las aguas calmadas y desembarqué del lado que daba a la orilla de Illinois. Metí la canoa en una hendidura profunda de la ribera que ya había visto antes. Tuve que separar las ramas de los sauces para entrar, y cuando amarré nadie podía verla desde fuera.

Subí y me senté en un tronco en la punta de la isla a contemplar el gran río y el maderamen que pasaba y el pueblo, a tres millas de distancia, donde se veían parpadear tres o cuatro luces. Había una balsa enorme de troncos que flotaba una milla aguas arriba y que iba bajando con un farol encendido en medio. Vi cómo llegaba poco a poco, y cuando estaba casi enfrente de mí oí que un hombre decía: «¡Ohé, remos de popa! ¡virad la proa a estribor!» Lo oí igual de bien que si aquel hombre hubiera estado a mi lado.

Ahora ya se veía algo de gris en el cielo y yo me metí en el bosque y me eché una siesta antes de desayunar.

Capítulo 8

El sol estaba ya tan alto cuando me desperté que pensé que sería después de las ocho. Me quedé tumbado en la hierba a la sombra fresca, pensando en cosas y sintiéndome descansado y muy cómodo y satisfecho. Se veía el sol entre uno o dos agujeros, pero lo que había sobre todo eran grandes árboles por todas partes y en medio de ellos muchas sombras. Había sitios moteados en el suelo donde la luz se filtraba entre las hojas, y los sitios moteados cambiaban un poco, lo cual demostraba que soplaba algo de brisa. Un par de ardillas se sentaron en una rama y me parlotearon en plan muy amistoso.

Me sentía muy perezoso y cómodo: no quería levantarme a hacer el desayuno. Bueno, pues estaba a punto de volverme a dormir cuando me pareció que oía un « ¡bum! » a lo lejos, río arriba. Me despierto y me apoyo en el codo y escucho; en seguida lo vuelvo a oír. Di un salto y fui a mirar por un hueco entre las hojas, y voy y veo un montón de humo por encima del agua, muy lejos río arriba: aproximadamente frente al transbordador. Y allí estaba el transbordador, lleno de gente, que bajaba flotando. Entonces comprendí lo que pasaba. «¡Bum!» Vi el humo blanco que salía del costado del transbordador. O sea, que estaban disparando el cañón por encima del agua, tratando de hacer que mi cadáver saliera a la superficie.

Tenía bastante hambre, pero más me valía no hacer una hoguera, porque a lo mejor veían el humo. Así que me quedé sentado mirando el humo del cañón y escuchando el «bum». Allí el río medía una milla de ancho y siempre está muy bonito en una mañana de verano, así que me lo pasé bastante bien viendo cómo buscaban mis restos, y sólo me faltaba algo que comer. Bueno, entonces se me ocurrió pensar que siempre ponían mercurio en barras de pan y las echaban a flotar, porque suelen ir derechas adonde está el cadáver del ahogado y se quedan allí. Así que voy y digo: «Estaré atento, y si alguna de ellas me pasa cerca flotando, lo intento». Me cambié al lado de la isla que daba a Illinois para ver qué suerte tenía, y no me salió mal. Pasó una hogaza grande flotando y casi la agarré con un palo largo, pero se me resbaló un pie y siguió flotando. Naturalmente, yo estaba donde la corriente más se acercaba a la ribera, porque sabía que era lo mejor. Pero al cabo de un rato pasó otra, y esta vez la enganché. Le quité el tapón para sacarle el trocito de mercurio y le hinqué el diente. Era «pan de tahona»: del que come la gente fina; nada de pan de borona barato.

Me busqué un buen sitio entre las hojas y me quedé sentado en un tronco, mascando el pan y contemplando el transbordador, muy contento. Y entonces se me ocurrió algo. Voy y digo: «Ahora supongo que la viuda o el párroco o alguien ha rezado para que este pan me encontrase, y eso es lo que ha pasado. Así que no cabe duda de que algo de verdad tiene esa historia: de que tiene algo de verdad cuando alguien como la viuda o el párroco rezan, pero conmigo no funciona, y supongo que sólo funciona con cierta gente».

Encendí una pipa y estuve un buen rato fumando mientras seguía mirando. El transbordador flotaba corriente abajo y pensé que tendría una oportunidad de ver quién iba a bordo cuando se acercase, porque se quedaría casi al lado, igual que había hecho el pan. Cuando avanzaron lo suficiente hacia mí, apagué la pipa y fui adonde había enganchado el pan y me escondí detrás de un tronco en la ribera en un pequeño claro. Podía mirar por la parte en que el tronco se bifurcaba.

Al cabo de un rato llegaron, y el barco se acercó tanto que podían haber

echado una plancha para bajar a tierra. En el barco estaban casi todos: padre y el juez Thatcher y Becky Thatcher, y Joe Harper, y Tom Sawyer y su vieja tía Polly y Sid y Mary y muchos más. Todo el mundo hablaba del asesinato, pero el capitán va y les interrumpe y dice:

—Atentos ahora; aquí es donde más se acerca la corriente y a lo mejor ha llegado flotando a la orilla y está enredado entre la maleza al borde del agua. Por lo menos, eso es lo que yo espero.

Yo no lo esperaba. Se amontonaron todos para mirar por encima de la barandilla, y casi me daban en la cara, y no hacían más que mirar, mirar con todas sus fuerzas. Yo los veía de primera, pero ellos a mí, no. Entonces el capitán gritó: «¡Apártense!», y el cañón soltó tal zambombazo justo a mi lado que me dejó sordo del ruido y casi ciego del humo, y creí que me iba a morir. Si hubieran puesto algo de carga, calculo que habrían conseguido el cadáver que buscaban. Bueno, vi que no estaba herido, gracias a Dios. El barco siguió flotando y desapareció por la punta de la isla. De vez en cuando oía los cañonazos, cada vez más lejos, y al cabo de un rato, una hora o así, ya no los oía. La isla tenía tres millas de largo. Pensé que habían llegado al final y renunciaban; pero todavía no. Dieron la vuelta a la isla y subieron a vapor río arriba por el lado de Missouri, soltando cañonazos de vez en cuando según avanzaban. Pasé a aquel lado y los miré. Cuando llegaron a la otra punta de la isla dejaron de disparar y fueron hacia la ribera de Missouri y volvieron al pueblo.

Ahora comprendí que ya estaba a salvo. Nadie iba a venir a buscarme. Saqué las trampas de la canoa y me preparé un buen campamento en medio del bosque. Hice una especie de tienda con las mantas para poner mis cosas debajo de ella y que no las mojara la lluvia. Pesqué un pez gato, lo abrí con el serrucho y hacia el anochecer encendí mi hoguera y cené. Después eché un sedal para pescar algo que desayunar.

Cuando oscureció del todo me quedé sentado, fumando junto a la hoguera, y me sentí muy satisfecho; pero después de un rato empecé a sentirme solo, así que fui a sentarme a la ribera a oír el chapotear del agua y conté las estrellas y los troncos que bajaban a la deriva y las balsas y después me acosté; no hay mejor forma de pasar el tiempo cuando se siente uno solo; no se puede continuar así y al cabo de un rato se pasa.

Y así pasaron tres días con sus noches. Ningún cambio: siempre lo mismo. Pero al día siguiente fui a explorar toda la isla. Yo era el amo; todo era mío, como quien dice, y quería conocerla entera, pero sobre todo quería pasar el rato. Encontré montones de fresas, maduras y estupendas, y uvas verdes de verano y moras verdes, y ya estaban a salir las moras negras. Pensé que todo me vendría muy bien con el tiempo.

Bueno, fui entreteniéndome por dentro del bosque hasta que me pareció que no estaba lejos de la punta de la isla. Había llevado mi escopeta, pero no había disparado contra nada; era para protegerme; pensé que ya encontraría algo que cazar cerca de casa. Entonces casi pisé una serpiente de buen tamaño, que se fue reptando entre la hierba y las flores, y yo detrás de ella, tratando de pegarle un tiro. Iba a buena marcha cuando de repente me encontré con las cenizas de una hoguera que todavía echaba humo.

Me dio un salto el corazón entre los pulmones. No esperé a seguir mirando más allá, sino que armé la escopeta y fui en silencio de puntillas a toda la velocidad que pude. De vez en cuando me paraba un momento entre las hojas y escuchaba, pero respiraba tan fuerte que no podía oír nada más. Seguí avanzando algo y volví a escuchar, y así una vez después de otra. Si veía un tocón creía que era un hombre; si pisaba una ramita y la rompía, me sentía como si alguien me hubiera cortado el aliento en dos y no me quedase más que la mitad, y encima la más corta.

Cuando llegué al campamento no me sentía muy tranquilo ni muy valiente, pero voy y digo: «No es momento para hacer el tonto». Así que volví a meter todas mis trampas en la canoa para que nadie las pudiera ver, apagué la hoguera y esparcí las cenizas por ahí para que pareciese un campamento antiguo, del año pasado, y después me subí a un árbol.

Creo que pasaría dos horas en el árbol, pero no vi nada. No oí nada; sólo me parecía haber oído y visto por lo menos mil cosas. Bueno, tampoco me podía quedar allí eternamente, así que por fin me bajé, pero seguí en el centro del bosque y alerta todo el tiempo. No podía comer más que moras y lo que quedaba del desayuno.

Cuando se hizo bien de noche tenía bastante hambre, así que cuando estaba oscuro del todo me metí en silencio en el agua antes de que saliera la luna y fui a remo a la ribera de Illinois: aproximadamente un cuarto de milla. Salí al bosque, me cociné algo que cenar y prácticamente me había decidido a pasar allí toda la noche cuando oí un clip clop y me dije que venían caballos; y después oí voces de gente. Metí todo en la canoa lo más rápido que pude y me arrastré por el bosque a ver si me enteraba de algo. No había avanzado mucho cuando oigo decir a alguien:

—Más nos vale acampar aquí si encontramos un buen sitio; los caballos están muy cansados. Vamos a mirar. No esperé, sino que me aparté y comencé a alejarme en silencio. Volví a amarrar en el sitio de antes y calculé que dormiría en la canoa.

No dormí mucho. No sé por qué, pero no podía, porque estaba pensando. Y cada vez que me despertaba creía que alguien me tenía agarrado por el cuello. Así que el sueño no me valió de nada. Al cabo de un rato voy y me digo: «No

puedo seguir viviendo así; voy a enterarme de quién está en la isla conmigo; o me entero o me muero». Bueno, inmediatamente me sentí mejor.

Así que agarré el remo y bajé a sólo uno o dos pasos de la ribera, y después dejé que la canoa se metiera sola entre las sombras. Brillaba la luna, y donde no había sombra casi era como la luz del día. Estuve buscando casi una hora, en medio de un silencio como una tumba, mientras todo dormía. Bueno, para entonces ya había llegado casi a la punta de la isla. Empezó a soplar una brisa suave, rizada y fresca, que era como decir que estaba a punto de terminar la noche. Di un golpe de remo y acerqué la canoa a la ribera; después saqué la escopeta y fui deslizándome hasta el borde del bosque. Allí me quedé sentado en un tronco, mirando entre las hojas. Vi que la luna terminaba su turno y que el río empezaba a ponerse oscuro. Pero al cabo de un rato vi una franja pálida por encima de los árboles y supe que llegaba el día. Así que saqué la escopeta y avancé hacia donde me había encontrado con aquella hoguera, parándome a escuchar cada minuto o dos minutos. Pero no sé por qué no tuve suerte; era como si no pudiera encontrar el sitio. Pero al cabo de un rato, por fin, vi un resto del resplandor del fuego entre los árboles. Fui hacia él, con mucho cuidado y calma. Poco después ya estaba lo bastante cerca para echar un vistazo, y allí había un hombre tumbado en el suelo. Casi me da un telele. Tenía la cabeza envuelta en una manta, justo al lado del fuego. Me quedé sentado junto a unos matojos a unos seis pies de él sin parar de mirarlo. Ya estaba empezando a verse una luz gris del día. Poco después bostezó, se estiró y se quitó la manta, ¡y era Jim, el de la señorita Watson! ¡Vaya si me alegré de verle! Voy y digo:

—¡Hola, Jim! —y salí de un salto.

Él se levantó de golpe y me miró con los ojos desorbitados. Después se dejó caer de rodillas, juntó las manos y dijo:

—No me hagas daño, ¡por favor! Yo nunca le he hecho daño a un fantasma. Siempre he sido amigo de los muertos y he hecho lo que podía por ellos. Vuélvete al río otra vez, que es tu sitio, y no le hagas nada al viejo Jim, que siempre fue amigo tuyo.

Bueno, no tardé en hacerle comprender que no estaba muerto. Estaba muy contento de ver a Jim. Ya no me sentía solo. Le dije que no me daba miedo que él dijese a la gente dónde me había visto. Yo seguía hablando, pero él continuaba allí sentado, mirándome, sin decir ni una sola palabra. Entonces voy y digo:

—Ya es de día. Vamos a buscar el desayuno. Atiza bien la hoguera.

—¿De qué vale atizar la hoguera para cocinar fresas y cosas así? Pero tú tienes una escopeta, ¿no? Así podemos comer algo mejor que fresas.

—Fresas y cosas así —voy y digo yo—. ¿Estás viviendo de eso?

—Es lo único que encuentro —dice él.

—Pero, ¿cuánto tiempo llevas en la isla, Jim?

—Vine la noche después que te mataran.

—¿Cómo, tanto tiempo?

—Sí, señor.

—¿Y no has comido más que cosas de ésas?

—No, señor; nada más.

—Bueno, debes estar muriéndote de hambre, ¿no?

—Calculo que me podría zampar un caballo. De verdad que sí. ¿Cuánto tiempo llevas tú en la isla?

—Desde la noche que me mataron.

—¡No! y, ¿de qué has vivido? Pero tienes una escopeta. Ah, sí, tienes una escopeta. Está muy bien. Ahora tú matas algo y yo hago una hoguera.

Así que fuimos adonde estaba la canoa y mientras él organizaba la hoguera en un claro de la hierba entre los árboles, yo fui a buscar harina y tocino y café, y cafetera y sartén y azúcar y unas tazas de hojalata, y el negro se quedó muy asombrado, porque pensó que todo lo hacía por brujería. También atrapé un buen pez gato y Jim lo limpió con su navaja y lo frió.

Cuando el desayuno estuvo listo nos tumbamos en la hierba y lo comimos mientras estaba calentito. Jim se puso a comer con mucha gana, pues estaba medio muerto de hambre. Cuando nos quedamos bien llenos, descansamos y nos tumbamos.

Poco después va Jim y dice:

—Pero, oye, Huck, ¿a quién mataron en la cabaña si no fue a ti?

Entonces le conté toda la historia y me dijo que había sido muy astuto. Dijo que Tom Sawyer no podía inventarse un plan mejor que el mío. Después voy yo y digo:

—Y, ¿cómo es que estás tú aquí, Jim, cómo has llegado? Pareció ponerse nervioso y no dijo nada durante un minuto. Después va y dice:

—A lo mejor más vale que no te lo cuente.

—¿Por qué, Jim?

—Bueno, hay motivos. Pero tú no te chivarías si te lo contara, ¿verdad, Huck?

—Por éstas que no, Jim.

—Bueno, te creo, Huck. Me... me he escapado.

—¡Jim!

—Pero acuérdate que dijiste que no lo dirías... sabes que dijiste que no lo dirías, Huck.

—Bueno, es verdad. Dije que no y lo mantengo. De verdad de la buena. La gente me llamará maldito abolicionista y me despreciará por no decir nada, pero no me importa. No voy a acusarte y de todos modos nunca voy a volver allí. Así que ahora cuéntamelo todo.

—Bueno, mira, pasó así. La moza vieja, o sea, la señorita Watson, se pasa el tiempo metiéndose conmigo y me trata muy mal, pero siempre dijo que no me vendería en Orleans. Pero he visto que había un tratante de negros que pasaba mucho tiempo por casa y empecé a ponerme nervioso. Bueno, una noche me acerco a la puerta muy tarde y la puerta no estaba cerrada del todo y oigo a la moza vieja que dice a la viuda que me va a vender en Orleans, aunque no quería, pero que me podía sacar ochocientos dólares, y era tanto dinero que no podía resistirse. La viuda trató de hacer que prometiese que no, pero yo no esperé a oír el resto. Te aseguro que me marché a toda velocidad.

»Me largué zumbando cuesta abajo, con la esperanza de robar un bote en la orilla, en alguna parte por arriba del pueblo, pero todavía había gente despierta, así que me escondí en el taller viejo del tonelero que está medio derrumbado en la orilla, a esperar que se fueran todos. Bueno, allí me pasé la noche. Siempre había alguien. Hacia las seis de la mañana empezaron a pasar botes, y hacia las ocho o las nueve todos los botes que pasaban contaban que tu papá había venido al pueblo a decir que te habían matado. Estos últimos botes estaban llenos de señoras y de caballeros que iban a ver el sitio. A veces amarraban a la orilla para descansar antes de empezar el cruce, y me enteré de tu muerte por lo que decían. Sentí mucho que te hubieran matado, Huck, pero ahora ya no.

»Me quedé allí escondido todo el día, debajo de las virutas y el serrín. Tenía hambre, pero no miedo, porque sabía que la moza vieja y la viuda iban a ir al sermón del campamento poco después del desayuno y faltarían todo el día, y ellas sabían que yo salía con el ganado al amanecer, así que no esperarían verme por la casa y no me echarían de menos hasta después de la oscurecida. Los otros criados tampoco, porque se iban a ir de fiesta en cuanto las viejas no estuvieran en casa.

»Bueno, cuando oscurició subí por la carretera del río, unas dos millas o más hasta donde ya no había casas. Había decidido lo que iba a hacer. O sea, si trataba de escaparme a pie, los perros me encontrarían; si robaba un bote para

cruzar, lo echarían de menos, comprendes, y sabrían que iba a dar al otro lado y dónde buscarme la pista. Así que digo: «Lo que necesito es una balsa; eso no deja huellas».

»Vi una luz que pasaba por la punta, así que me metí y empujé un tronco delante de mí y nadé más de la mitad del río y me metí entre el maderamen que bajaba, con la cabeza baja, y como que nadé contracorriente hasta que parició la balsa. Entonces nadé a la popa para agarrarme. Llegaron nubes y estuvo oscuro un rato. Así que me subí a tumbar en las planchas. Los hombres estaban todos en el medio, donde el farol. El río estaba creciendo y había buena corriente, así que pensé que para las cuatro de la mañana estaría veinticinco millas río abajo y entonces volvería al agua antes de echarme otra vez a nadar y meterme en el bosque del lado de Illinois.

»Pero no tuve suerte. Cuando habíamos llegado casi a la punta de la isla un hombre empezó a venir a popa con el farol. Vi que no valía de nada esperar, así que me dejé caer y me eché a nadar hasta la isla. Bueno, creía que podía hacer pie casi en cualquier parte, pero no; la ribera estaba demasiado empinada. Tuve que llegar casi al final de la isla antes de encontrar un buen sitio. Me metí en el bosque y pensé que no volvería a subirme en más balsas mientras siguieran andando por ahí con el farol. Tenía la pipa y un poco de picadura en la gorra que no se habían mojado, así que no había problema.

—¿Así que no has comido ni carne ni pan todo este tiempo? ¿Por qué no buscaste tortugas de río?

—¿Y cómo las iba a agarrar? No se les puede uno echar encima y agarrarlas; y, ¿cómo va uno a matarlas de una pedrada? ¿cómo se hace eso de noche? Y no iba a dejar que me vieran en la orilla de día.

—Bueno, es verdad. Claro, has tenido que seguir en el bosque todo el tiempo. ¿Oíste cómo disparaban el cañón?

—Ah, sí. Sabía que te buscaban a ti. Los vi pasar por aquí... los miré entre los arbustos.

Pasaron unos pajaritos que volaban una yarda o dos cada vez y se volvían a posar. Jim dijo que era señal de que iba a llover. Dijo que eso significaba cuando lo hacían los pollitos, así que pensaba que era lo mismo cuando lo hacían los pajaritos. Yo iba a cazar algunos, pero Jim no me dejó. Dijo que traía la muerte. Dijo que su padre se puso muy enfermo una vez y alguien de su familia atrapó un pájaro y su abuelita dijo que su padre se moriría y eso fue lo que pasó.

Y Jim dijo que no había que contar las cosas que iba uno a cocinar para la cena, porque traía mala suerte. Lo mismo que si se sacudía el mantel después de anochecer. Y dijo que si un hombre tenía una colmena y se moría ese

hombre, había que decírselo a las abejas antes de que volviera a salir el sol a la mañana siguiente, porque si no las abejas se ponían enfermas y dejaban de trabajar y se morían. Jim dijo que las abejas no picaban a los idiotas, pero yo no me lo creí, porque me había metido con ellas docenas de veces y a mí nunca me picaban.

Algunas de esas cosas ya las había oído yo decir antes, pero no todas ellas. Jim se sabía montones de señales de ésas. Dijo que se las sabía casi todas. Yo dije que me parecía que todas las señales traían mala suerte, así que le pregunté si había alguna señal de buena suerte. Y va y dice:

—Muy pocas, y no le valen a nadie. ¿Para qué quieres saber cuándo viene la buena suerte? ¿Quieres que no llegue? —y añadió—: Si tienes los brazos peludos y el pecho peludo, es señal de que vas a ser rico. Bueno, eso vale de algo, porque siempre es para dentro de mucho tiempo. Sabes, a lo mejor tienes que ser pobre mucho tiempo antes, y entonces podrías desanimarte y matarte, si no supieras por esa señal que con el tiempo vas a ser rico.

—¿Tú tienes pelos en los brazos y en el pecho?

—¿Y para qué me lo preguntas? ¿No ves que sí?

—Bueno, ¿eres rico?

—No, pero fui rico una vez y voy a volver a serlo. Una vez tuve catorce dólares, pero me dediqué a especular y me arruiné.

—¿En qué especulaste, Jim?

—Bueno, empecé con valores.

—¿Qué clase de valores?

—Bueno, valores de verdad: ya sabes, ganado. Invertí diez dólares en una vaca. Pero no volveré a arriesgar dinero en valores. La vaca fue y se me murió.

—O sea, que perdiste los diez dólares.

—No, no los perdí todos. Sólo unos nueve. Vendí la piel y la cola por un dólar y diez centavos.

—Te quedaban cinco dólares y diez centavos. ¿Seguiste especulando?

—Sí. ¿Te acuerdas de ese negro del viejo señor Bradish que sólo tiene una pierna? Bueno, pues puso un banco y dijo que todo el que depositara un dólar recibiría cuatro dólares más al final del año. Bueno, todos los negros depositaron, pero no tenían mucho. Yo era el único que lo tenía. Así que deposité más de cuatro dólares y dije que si no me daba lo que me tocaba, yo abría mi propio banco. Bueno, claro que aquel negro no quería que yo le hiciera la competencia, porque decía que no había negocio bastante para dos

bancos, así que dice que yo podía meter mis cinco dólares y él me pagaría treinta y cinco al final del año.

»Así que eso hice. Después pensé que invertiría los treinta y cinco dólares para que las cosas siguieran moviéndose. Había un negro que se llamaba Bob que tenía una barca plana y su amo no lo sabía, y se la compré y le dije que le daría los treinta y cinco dólares a fin de año; pero alguién robó la barca aquellas noche y al día siguiente el negro cojo dijo que el banco había quebrado, así que todos nos quedamos sin el dinero.

—¿Qué hiciste con los diez centavos, Jim?

—Bueno, iba a gastármelos, pero tuve un sueño y el sueño me dijo que se los diera a un negro que se llama Balum, que lo llaman Asno de Balum; ya sabes, uno de esos medio tontos, pero dicen que tiene suerte, y ya estaba visto que yo no la tenía. El sueño dice que Balum invierta los diez centavos y haga que crezcan. Bueno, pues Balum se llevó el dinero, y cuando estaba en la iglesia oyó que el predicador decía que quien daba a los pobres prestaba al Señor y con el tiempo recibiría el dinero multiplicado por cien. Así que va el Balum y les da los diez centavos a los pobres y se queda esperando a ver qué pasa.

—Bueno, y, ¿qué pasó, Jim?

—No pasó nada. No conseguí que me devolviera ese dinero pana, y Balum tampoco. No voy a volver a prestar más dinero hasta que me den un aval. ¡Y decía el predicador que te devolverían el dinero cien veces! Si me devolviera los diez centavos quedaríamos en paz y yo tan contento.

—Bueno, Jim, de todas maneras no importa, si vas a volver a ser rico tarde o temprano.

—Sí, y ya soy rico ahora si lo piensa uno bien. Soy dueño de mí mismo y valgo ochocientos dólares. Ojalá tuviera el dinero; ya no querría más.

Capítulo 9

Me apetecía ir a buscar un sitio que estuviera hacia el centro de la isla y que había visto cuando estaba explorando, así que nos pusimos en marcha y en seguida llegamos, porque la isla sólo medía tres millas de largo y un cuarto de milla de ancho.

Aquel sitio era un cerro bastante largo y empinado, de unos cuarenta pies de alto. Nos costó trabajo llegar arriba, de empinados que eran los lados y espesos los árboles. Anduvimos buscando por todas partes y por fin

encontramos una buena caverna en la roca, casi arriba del todo, en el lado que daba a Illinois. La caverna medía tanto como dos o tres habitaciones juntas, y Jim podía estar de pie sin darse en el techo. Era fresca. Jim era partidario de guardar allí nuestras trampas inmediatamente, pero le dije que no nos convenía andar subiendo y bajando todo el tiempo.

Jim dijo que si teníamos la canoa escondida en un buen sitio y teníamos todas las trampas en la caverna, podríamos escondernos a toda prisa en ella si llegaba alguien a la isla, y que sin perros nunca nos encontrarían. Y, además, dijo que los pajaritos habían dicho que iba a llover y, ¿quería yo que se nos mojaran todas las cosas?

Así que volvimos, sacamos la canoa y llegamos frente a donde estaba la caverna y llevamos allí todas las trampas. Después buscamos un sitio cerca donde esconder la canoa, en medio de los grandes sauces. Algunos peces habían picado en los sedales; los cojimos y volvimos a poner el cebo y empezamos a prepararnos para la cena.

La entrada de la caverna era lo bastante grande para meter un barril, y a un lado de la entrada el piso estaba un poco más alto y era liso, o sea, un buen sitio para encender una hoguera. Así que allí la encendimos y preparamos la cena.

Dentro tendimos las mantas para que hicieran de alfombra y para comer allí. Pusimos todo lo demás a mano en la trasera de la cueva. Poco después oscureció y empezó a tronar y relampaguear, o sea, que los pájaros tenían razón. Inmediamente después empezó a llover y a llover con ganas, y nunca he visto un viento soplar así. Fue una de esas buenas tormentas de verano. Estaba tan oscuro que fuera todo parecía de un azul—negro precioso, y la lluvia caía tan densa que los árboles a poca distancia parecían sombras como de telarañas, y llegaban soplidos del viento que doblaban los árboles y hacían levantarse las hojas por el lado pálido de abajo, y después seguía una ráfaga feroz que hacía a las ramas agitar los brazos como si se hubieran vuelto locas, y después, cuando estaba de lo más azul y más negro, ¡fist! Se veía un resplandor como el de la gloria y las copas de los árboles que se agitaban a lo lejos en medio de la tormenta, a centenares de yardas más de distancia de lo que se podía ver antes; volvían a quedar negras como el pecado en un segundo y entonces se oía la vuelta del trueno con un tamborileo espantoso que continuaba gruñendo, rodando y tambaleando por el cielo hacia el otro lado del mundo, como si estuvieran haciendo rodar barriles escaleras abajo, ya sabéis, unas escaleras muy largas, donde los barriles rebotan mucho.

—Jim, esto está muy bien —dije—. No querría estar en ninguna otra parte del mundo. Dame otro trozo de pescado y algo de pan de borona caliente.

—Bueno, pues no estarías aquí si no fuera por Jim. Estarías ahí fuera en el

bosque y encima casi ahogado; te lo aseguro, mi niño. Las gallinas saben cuándo va a llover y los pájaros también, niño.

El río siguió creciendo diez o doce días hasta que empezó a inundar las riberas. El agua tenía tres o cuatro pies de profundidad en la isla en los sitios bajos y en la ribera de Illinois. Por aquella parte medía muchas millas de ancho, pero del lado de Missouri era la misma distancia de siempre —media milla—, porque la costa de Missouri era como una muralla de acantilados.

De día dábamos la vuelta a la isla remando en la canoa. En medio del bosque hacía mucho fresco y siempre había sombra, aunque fuera nos quemara el sol. íbamos dando vueltas entre los árboles y a veces las lianas caían tan gruesas que teníamos que retroceder y seguir otro camino. Bueno, en cada viejo árbol hendido se veían conejos y serpientes y esas cosas, y cuando la isla llevaba uno o dos días inundada estaban tan mansos, del hambre que tenían, que se podía llegar adonde estaban y acariciarlos si quería uno, pero no a las serpientes ni las tortugas, que se deslizaban por el agua. El cerro en el que estaba nuestra cueva estaba lleno de ellas. Podríamos haber tenido mascotas de sobra si hubiéramos querido.

Una noche cogimos un trozo de una balsa de troncos: buenos troncos de pino. Medía doce pies de ancho y quince o dieciséis de largo, y la parte más alta estaba a seis o siete pulgadas por encima del agua: una superficie sólida y nivelada. A veces veíamos cómo pasaban troncos aserrados a la luz del día, pero los dejábamos pasar, pues de día nunca salíamos.

Otra noche, cuando estábamos en la punta de la isla, justo antes de amanecer, apareció una casa de madera del lado del oeste. Tenía dos pisos y estaba muy inclinada. Fuimos remando y subimos a bordo: nos metimos por una de las ventanas de arriba. Pero todavía estaba demasiado oscuro para ver, así que amarramos la canoa y nos quedamos sentados a esperar el amanecer.

Empezó a llegar la luz antes de que alcanzáramos el otro extremo de la isla. Entonces miramos por la ventana. Vimos una cama y una mesa y dos sillas viejas y montones de cosas tiradas por el suelo, y había ropa colgada junto a la pared. En el piso del rincón más alejado había algo que parecía un hombre. Así que Jim dice:

—¡Eh, tú!

Pero no se movió. Así que volví a gritar yo, y después Jim dice:

—Ése no está dormido: está muerto. Tú quédate ahí, voy a ver. Se acercó, se agachó a mirar y dijo:

—Está muerto. Sí, señor; y desnudo. Le han pegado un tiro por la espalda. Calculo que lleva muerto dos o tres días. Ven, Huck, pero no le mires a la cara.

Es demasiado horrible.

No miré en absoluto. Jim le echó unos trapos viejos encima, pero no hacía falta; yo no quería verlo. Por todo el piso estaban tirados montones de cartas de baraja viejas y grasientas, y viejas botellas de whisky y un par de máscaras hechas de paño negro, y las paredes estaban llenas de letreros y dibujos de lo más torpe, hechos a carbón. Había dos viejos vestidos de calicó sucio y un bonete y algo de ropa interior de mujer colgado junto a la pared, y también ropa de hombre. Lo metimos todo en la canoa: podía servir de algo. En el suelo encontré un viejo sombrero de paja para muchacho; también lo recogí. Y además había una botella con leche y un tapón de trapo para que mamara un niño. Nos habríamos llevado la botella, pero estaba rota. Había una cómoda vieja y estropeada y un baúl viejo con las cerraduras rotas. Estaban abiertos, pero no quedaba nada que mereciese la pena. Por la forma en que estaban tiradas las cosas calculamos que la gente se había ido a toda prisa, sin tiempo para llevarse la mayor parte de sus cosas.

Nos llevamos un viejo farol de hojalata y un cuchillo de carnicero sin mango y una navaja Barlow completamente nueva que valdría veinticinco centavos en cualquier tienda y un montón de velas de sebo; una palmatoria de hojalata y una cantimplora; una taza de estaño y una vieja colcha deshilachada de la cama; un ridículo con agujas y alfileres y cera de abeja y botones e hilo y todas esas cosas; un hacha y unos clavos y un sedal gordo como mi dedo meñique con unos anzuelos enormes; un rollo de piel de ante y un collar de perro de cuero y una cerradura y muchos frascos de medicina que no tenían etiqueta, y cuando nos íbamos me encontré una almohaza bastante buena y Jim un arco de violín viejo y gastado y una pierna de madera. Se le habían caído los tirantes, pero salvo eso era una pierna bastante buena, aunque demasiado larga para mí y no lo bastante para Jim, y no logramos encontrar la otra, aunque la buscamos por todas partes.

Así que, en general, conseguimos un buen cargamento. Cuando estábamos listos para marcharnos, ya nos encontrábamos a un cuarto de milla por debajo de la isla y era pleno día, así que hice que Jim se tumbara en la canoa y se tapara con la colcha, porque si se sentaba la gente podía ver desde lejos que era negro. Fui remando hasta el lado de Illinois y entre tanto gané media milla a la deriva. Subí por las aguas muertas bajo la ribera y no tuve accidentes ni herí a nadie. Llegamos a casa sanos y salvos.

Capítulo 10

Después de desayunar yo quería hablar del muerto y suponer cómo lo

habrían matado, pero Jim no quería. Dijo que traía mala suerte, y además, dijo, podía venir a perseguirnos, porque un hombre que no estaba enterrado tenía más probabilidades de andar haciendo el fantasma que uno bien plantado y cómodo. Aquello parecía bastante razonable, así que no dije más, pero no pude dejar de pensar en aquello ni de tener ganas de saber quién le había pegado un tiro a aquel hombre y por qué.

Buscamos entre la ropa que nos habíamos llevado y encontramos ocho dólares en monedas cosidas en el forro de un viejo capote. Jim dijo que según él la gente de la casa había robado el capote, porque si hubieran sabido que estaba el dinero, no lo habrían dejado. Dije que seguro que también ellos lo habían matado, pero Jim no quería hablar de aquello. Voy y digo:

—Bueno, tú crees que trae mala suerte, pero, ¿qué dijiste cuando traje la piel de serpiente que encontré en el cerro ayer? Dijiste que era la peor mala suerte del mundo tocar una piel de serpiente con las manos. Bueno, ¡pues mira la mala suerte! Nos hemos traído todo esto y encima ocho dólares. Ojalá tuviéramos una mala suerte así todos los días, Jim.

—No pienses más, mi niño, no pienses más. No te animes demasiado. Ya llegará. Recuerda lo que te digo, ya llegará.

Y sí que llegó. Fue un martes cuando hablamos de eso. Bueno, el viernes después de comer estábamos tumbados en la hierba en la cima del cerro y nos quedamos sin tabaco. Fui a la cueva a buscar algo y me encontré con una serpiente de cascabel. La maté y la puse enroscada al pie de la manta de Jim, de lo más natural, pensando lo que me divertiría cuando Jim la encontrase. Bueno, por la noche se me olvidó lo de la serpiente, y cuando Jim se tumbó en la manta mientras yo encendía un farol allí estaba la compañera de la serpiente y le picó.

Pegó un salto y un grito, y lo primero que vimos a la luz fue al bicho enroscado y listo para volver a picar. Lo maté en un segundo con un palo y Jim agarró la damajuana de whisky de padre y empezó a verterla.

Estaba descalzo y la serpiente le había picado en el talón. Y todo eso porque yo había sido tan idiota que no recordé que siempre que mata uno a una serpiente aparece su compañera, que se le enrosca encima. Jim me dijo que cortase la cabeza a la serpiente y la tirase y después le quitara la piel al cadáver y asara un trozo. Fue lo que hice, y se lo comió y dijo que serviría para curarlo. Me hizo quitar los cascabeles y atárselos a la muñeca. Dijo que eso también lo aliviaría. Después salí en silencio y tiré las serpientes muy lejos entre los arbustos, porque no iba a dejar que Jim se enterase de que todo era culpa mía, si podía evitarlo.

Jim chupó y chupó de la damajuana y de vez en cuando le daba la furia y

se retorcía gritando, pero cada vez que volvía en sí chupaba de la garrafa. Se le hinchó mucho el pie y lo mismo le pasó con la pierna. Pero al rato le empezó a llegar la borrachera, así que pensé que estaba bien, aunque yo hubiera preferido que me mordiese una serpiente que el whisky de padre.

Jim estuvo acostado cuatro días con sus noches. Después le desapareció la hinchazón y empezó a andar otra vez. Decidí que nunca jamás volvería a agarrar una piel de serpiente con las manos, ahora que había visto lo que pasaba. Jim dijo que calculaba que la próxima vez le creería, porque andar tocando pieles de serpiente traía tanta mala suerte que a lo mejor todavía no se había terminado. Dijo que prefería ver la luna nueva por encima del hombro izquierdo aunque fueran mil veces antes que tocar una piel de serpiente con la mano. Bueno, yo también estaba empezando a opinar lo mismo, aunque siempre he pensado que mirar a la luna nueva por encima del hombro izquierdo es una de las cosas más tontas y absurdas que se pueden hacer. El viejo Hank Bunker lo hizo una vez y presumió mucho de ello, y menos de dos años después se emborrachó, se cayó de la torre del agua y se quedó tan aplastado que parecía una hoja, por así decirlo, y lo tuvieron que poner de lado entre dos puertas de establo en lugar de ataúd y lo enterraron así, según dicen, pero yo no me lo creo. Me lo contó padre, pero de todas formas es lo que pasa por andar mirando así a la luna, como un idiota.

Bueno, fueron pasando los días y el río bajó otra vez entre las orillas, y una de las primeras cosas que hicimos fue cebar uno de los anzuelos grandes con un conejo despellejado y echarlo, y pescamos un pez gato igual de grande que un hombre, porque medía seis pies y dos pulgadas y pesaba más de doscientas libras. Claro que no podíamos tirar de él, porque nos hubiera lanzado a Illinois. Nos quedamos sentados mirando cómo se revolvía y se agitaba hasta que se ahogó. En el estómago le encontramos un botón de cobre, una pelota redonda y montones de cosas. Partimos la pelota con el hacha y dentro había un carrete. Jim dijo que se lo había tragado hacía mucho tiempo y por eso había ido haciendo una bola con él. Era uno de los peces más grandes que jamás se hubieran pescado en el Mississippi, creo. Jim dijo que nunca había visto otro mayor. En el pueblo habría valido mucho dinero. Esos peces los venden por libras en el mercado; todo el mundo compra algo; tienen la piel blanca como la nieve y fritos están muy buenos.

A la mañana siguiente dije que todo se estaba poniendo muy aburrido y que querría ver algo de movimiento. Dije que creía que iba a cruzar el río a ver qué pasaba. A Jim le gustaba la idea; pero dijo que tenía que ir de noche y estar muy atento. Después lo siguió pensando y añadió que podría ponerme algo de la ropa que teníamos y vestirme de niña. También aquello era una buena idea. Así que acortamos uno de los vestidos de calicó y yo me arremangué las piernas de los pantalones hasta las rodillas y me lo puse. Jim

me lo abrochó por detrás con los corchetes, y me caía bien. Me puse el bonete y me lo até bajo la barbilla, y si alguien me miraba y me veía la cara era como mirar por un tubo de chimenea. Jim dijo que nadie me conocería, ni siquiera de día. Estuve entrenándome todo el día para acostumbrarme, y al cabo de un rato me quedaba bastante bien, sólo que Jim dijo que no andaba como las chicas, y que tenía que dejar de subirme las faldas para meterme las manos en los bolsillos. Le hice caso y me quedó mejor.

Me fui al lado de Illinois en la canoa justo después de oscurecer.

Salí hacia el pueblo desde un poco más abajo del desembarcadero del transbordador y la deriva de la corriente me dejó al extremo del pueblo. Eché amarras y me puse a andar por la orilla. Había una luz encendida en una cabaña en la que hacía mucho tiempo que no vivía nadie y me pregunté quién estaría allí. Me acerqué para mirar por la ventana. Había una mujer de unos cuarenta años que hacía punto a la luz de una vela colocada sobre una mesa de pino. No la había visto nunca; era una desconocida, porque en aquel pueblo no había ni una cara que no conociera yo. Aquello fue una suerte, porque yo empezaba a sentir dudas. Me empezaba a dar miedo haber venido; la gente podría reconocerme por la voz. Pero si aquella mujer llevaba en un pueblo tan pequeño sólo dos días podría contarme todo lo que yo quisiera saber, así que llamé a la puerta y decidí no olvidar que era una niña.

Capítulo 11

—Adelante —dijo la mujer, y obedecí—. Siéntate.

Me senté. Me miró muy atenta con unos ojillos brillantes, y va y dice:

—Y, ¿cómo te llamas?

—Sarah Williams.

—¿Por dónde vives? ¿por aquí cerca?

—No, señora. En Hookerville, siete millas más abajo. He venido andando todo el camino y estoy cansadísima.

—Y te apuesto a que tienes hambre. Voy a buscar algo.

—No, señora. No tengo hambre. Tenía tanta que tuve que pararme dos millas más abajo de aquí en una granja, así que ya no tengo. Por eso llego tan tarde. Mi madre está mala y se ha quedado sin dinero ni nada y he venido a decírselo a mi tío Abner Moore. Vive en la parte alta del pueblo, me ha dicho mi madre. Yo nunca he estado aquí. ¿Usted lo conoce?

—No, pero todavía no conozco a todo el mundo. No llevo aquí ni dos semanas. De aquí a la parte alta del pueblo queda mucho camino. Más vale que pases aquí la noche. Quítate el sombrero.

—No —dije—; voy sólo a descansar un rato y luego seguir. La oscuridad no me da miedo.

Dijo que no me dejaría marcharme solo pero que su marido llegaría más tarde, quizá dentro de una hora y media, y le diría que me acompañase. Después se puso a hablar de su marido y de sus parientes río arriba y de sus parientes río abajo y de que antes vivían mucho mejor y que no sabían si no se habían equivocado al venir a nuestro pueblo, en lugar de conformarse con seguir como estaban, y así sucesivamente, hasta que temí haberme equivocado pensando que ella me iba a dar noticias de lo que pasaba en el pueblo, pero luego se puso a hablar de padre y del asesinato y ahí sí que estaba yo dispuesto a dejar que siguiera dándole a la lengua. Me contó cómo Tom Sawyer y yo habíamos encontrado los doce mil dólares (sólo que ella dijo que eran veinte) y toda la historia de padre, y lo malo que era y lo malo que era yo y por fin llegó a la parte en que me asesinaban, y yo dije:

—¿Quién fue? En Hookerville se ha hablado mucho de todas esas cosas, pero no sabemos quién fue el que mató a Huck Finn.

—Bueno, supongo que aquí hay montones de gente que querrían saber quién le mató. Algunos dicen que fue el viejo Finn en persona.

—No ... ¿eso dicen?

—Al principio era lo que creían todos. Nunca sabrá lo cerca que estuvo de que lo lincharan. Pero enseguida cambiaron de opinión y decidieron que lo hizo un negro fugitivo que se llama Jim.

—Pero si él...

Me callé. Calculé que era mejor no decir nada. Siguió hablando y no se dio cuenta de que yo la había interrumpido:

—El negro se escapó la misma noche que murió Huck Finn. Así que ahora ofrecen una recompensa por él: trescientos dólares. También hay una recompensa por el viejo Finn: doscientos dólares. Fíjate que vino al pueblo la mañana después del asesinato y lo denunció, y se fue con los otros a buscarlo en el transbordador e inmediatamente va y se marcha. En seguida querían lincharlo, pero fíjate que ya había desaparecido. Bueno, al día siguiente se enteraron de que había huido el negro y de que nadie lo había visto desde las diez de la noche del asesinato. Así que entonces ofrecieron una recompensa por él, ya entiendes, y cuando estaban todos convencidos al día siguiente vuelve el viejo Finn y se fue llorando al juez Thatcher a pedir dinero para

buscar al negro por todo Illinois. El juez le dio algo y aquella noche se emborrachó y se quedó hasta después de medianoche con dos desconocidos de muy mal aspecto y después se fue con ellos. Bueno, desde entonces no ha vuelto ni lo esperan hasta que esto se haya pasado un poco, porque ahora la gente piensa que mató a su hijo y arregló las cosas para que todo el mundo se creyera que lo habían hecho unos ladrones y así podría llevarse el dinero de Huck sin tener que molestarse mucho tiempo con un pleito. La gente dice que no sería nada raro en él. Bueno, calculo que es muy listo. Si no vuelve en un año no le pasará nada. No se le puede probar nada, ya sabes; para entonces las cosas estarán más tranquilas y podrá marcharse con el dinero de Huck sin ningún problema.

—Sí, calculo que sí, señora. No creo que tenga problemas. ¿La gente ya no cree que lo hiciera el negro?

—Ah, no, no todos. Muchos creen que fue él. Pero al negro lo van a agarrar muy pronto y a lo mejor le meten miedo para que lo cuente.

—Pero, ¿todavía lo están buscando?

—Bueno, ¡sí que eres inocente! ¿Te crees que nacen trescientos dólares en los árboles todos los días? Algunos creen que el negro no ha ido muy lejos. Y yo tampoco... Pero no se lo he dicho a nadie. Hace unos días estaba yo hablando con un par de viejos que viven al lado en la cabaña de troncos y dijeron que casi nadie va a esa isla de allá que llaman la isla de Jackson. «¿Y ahí no vive nadie?», pregunto yo. «No, nadie», dicen. Yo no dije más, pero he estado pensándolo. Estaba casi segura de que había visto humo por allí, hacia la punta de la isla, hacía un día o dos, así que me digo: «A lo mejor el negro está escondido ahí; en todo caso», digo yo, «merece la pena buscar en esa isla». Desde entonces no he visto más humo, así que a lo mejor se ha ido, si es que era él; pero mi marido va a ir a verlo, con otro. Tuvo que ir río arriba, pero volvió hoy y se lo dije en cuanto llegó hace dos horas.

Me había puesto tan nervioso que no podía estarme quieto. Tenía que hacer algo con las manos, así que saqué una aguja de la mesa y me puse a enhebrarla. Me temblaban las manos y lo hice muy mal. Cuando la mujer dejó de hablar levanté la mirada y me estaba mirando muy curiosa y sonriendo un poco. Dejé la aguja y el hilo y puse cara de interés —y la verdad es que estaba interesado— y voy y digo:

—Trescientos dólares es un montón de dinero. Ojalá que lo tuviera mi madre. ¿Va a ir allí su marido esta noche?

—Ah, sí. Ha ido a la parte alta del pueblo con el hombre que te he dicho, a buscar un bote y ver si les prestan otra escopeta. Van a cruzar después de medianoche.

—¿No verían mejor si esperasen hasta que fuera de día?

—Sí. Y, ¿no vería también mejor el negro? Después de medianoche lo más probable es que esté dormido, y se pueden meter por el bosque y buscar su hoguera mejor si está oscuro, si es que tiene una hoguera.

—No se me había ocurrido.

La mujer me seguía mirando muy curiosa y yo no me sentía nada cómodo. Y después de un momento va y pregunta:

—¿Cómo habías dicho que te llamabas, guapa?

—M ... Mary Williams.

No sé por qué pero no me parecía haber dicho que era Mary antes, así que no levanté la vista... Me parecía que había dicho que era Sarah, así que me sentí como acorralado y tenía miedo de que a lo mejor se me notara. Tenía ganas de que la mujer dijera algo más; cuanto más tiempo pasaba callada más incómodo me sentía. Pero entonces va y dice:

—Guapa, creí que al llegar habías dicho que te llamabas Sarah.

—Ay, sí, señora, es verdad. Sarah Mary Williams. Me llamó Sarah de primer nombre. Algunos me llaman Sarah y otros Mary.

—Ah, ¿eso es lo que pasa?

—Sí, señora.

Ya me estaba sintiendo mejor, pero con ganas de marcharme de allí de todas maneras. Todavía no me atrevía a levantar la mirada.

Bueno, la mujer se puso a hablar de lo difíciles que estaban los tiempos y lo pobres que eran y cómo corrían las ratas por todas partes, como si la casa fuera de ellas, y de esto y de aquello, y me empecé a sentir más tranquilo. Tenía razón en lo de las ratas. A cada rato se veía una que asomaba el hocico por un agujero en un rincón. Dijo que tenía que tener cosas a mano para tirárselas cuando estaba sola, porque si no, no la dejaban en paz. Me enseñó una barra de plomo retorcido en forma de nudo y dijo que en general tenía buena puntería, pero que hacía uno o dos días se había dislocado un brazo y no sabía si ahora podía apuntar bien. Esperó una oportunidad y en seguida le tiró la barra a una rata, pero le falló por mucho y dijo, «¡ay!», que le dolía mucho el brazo. Entonces me pidió que probara yo con la siguiente. Yo quería marcharme antes de que volviera su viejo, pero claro que no lo dije. Agarré la barra y a la primera rata que asomó el hocico se la tiré, y de haberse quedado donde estaba no se habría sentido nada bien. Dijo que yo tiraba de primera y que calculaba que a la siguiente le daría. Se levantó a buscar la barra y la trajo y también una madeja de lana con la que quería que la ayudara yo. Levanté las

dos manos y ella me puso la madeja y siguió hablando de cosas suyas y de su marido. Pero se interrumpió para decir:

—Sigue atenta a las ratas. Más vale que tengas la barra a mano, en el regazo.

Así que me echó el trozo de plomo al regazo justo en aquel momento y yo apreté las piernas para acogerlo y ella siguió hablando. Pero sólo un minuto o así. Después me quitó la madeja y me miró a los ojos y me dijo muy amable:

—Vamos, ahora dime cómo te llamas de verdad.

—¿Cooo? ¿Cómo, señora?

—¿Cómo te llamas de verdad? ¿Bill o Tom, o Bob? ¿Cómo te llamas? Creo que me puse a temblar como una hoja, sin saber qué hacer. Pero dije:

—Por favor, no se ría de una pobre chica como yo, señora. Si le molesto, me...

—No, nada de eso. Siéntate y quédate donde estás. No voy a hacerte nada ni voy a delatarte. Me cuentas tu secreto y confias en mí. Yo te lo guardo, y lo que es más, te ayudo. Mi hombre, lo mismo, si tú quieres. Ya entiendo que eres un aprendiz y te has escapado y nada más. No es nada. No tiene nada de malo. Te han tratado mal y has decidido escaparte. Hijo mío, yo no te delataría. Ahora cuéntamelo todo, sé buen chico.

Así que dije que no servía de nada seguir fingiendo y que me dejaría de mentiras y se lo contaría todo, pero que tenía que cumplir su promesa. Después le dije que mi padre y mi madre habían muerto y que la ley me había asignado a un campesino viejo y mezquino que vivía por lo menos a treinta millas del río y que me trataba tan mal que no lo pude seguir aguantando; se había ido un par de días y yo aproveché la oportunidad para robar un vestido viejo de su hija y largarme, y había tardado tres noches en recorrer las treinta millas. Viajaba de noche y me escondía a dormir de día, y la bolsa de pan y de carne que me había llevado me había durado todo el camino, y todavía me quedaba. Dije que creía que mi tío Abner Moore se haría cargo de mí y que por eso había venido a este pueblo de Goshen.

—¿Goshen, chico? Esto no es Goshen. Esto es Saint Petersburg. Goshen está diez millas río arriba. ¿Quién te dijo que esto era Goshen?

—Bueno, un hombre con el que me encontré al amanecer esta mañana, justo cuando iba a meterme en el bosque para dormir, como siempre. Me dijo que los caminos se dividían y que debía seguir el de la derecha y al cabo de cinco millas estaría en Goshen.

—Debía de estar borracho. Te dijo exactamente lo contrario de lo que es.

—Bueno, sí que parecía que estuviera borracho, pero ya no importa. Tengo que seguir. Llegaré a Goshen antes de que amanezca.

—Espera un momento. Voy a darte algo de comer. A lo mejor te hace falta. Así que me preparó algo de comer y dijo:

—Oye, cuando una vaca se echa, ¿por qué parte se levanta? Responde rápido, vamos; no te pares a pensarlo. ¿Por qué lado se levanta?

—Por el de atrás, señora.

—Bueno, ¿y un caballo?

—Por el de delante, señora.

—¿De qué lado de un árbol crece el musgo?

—Del norte.

—Si hay quince vacas pastando en una cuesta, ¿cuántas de ellas comen con las cabezas mirando en la misma dirección?

—Las quince, señora.

—Bueno, supongo que es cierto que has vivido en el campo. Creí que a lo mejor pensabas engañarme otra vez. ¿Y cómo te llamas de verdad?

—George Peters, señora.

—Bueno, George, trata de recordarlo. No te vayas a olvidar y a decirme que es Elexander antes de irte y luego quieras arreglarlo diciendo que es George Elexander cuando te pesque. Y no te acerques a mujeres con ese vestido viejo. Haces bastante mal de chica, pero quizá puedas engañar a los hombres. Y recuerda, hijo, que cuando te pongas a enhebrar una aguja no tienes que sostener el hilo quieto y llevar la aguja hacia él: ten quieta la aguja y pasa el hilo por ella; así es como lo hacen prácticamente todas las mujeres, pero los hombres siempre lo hacen al revés. Y cuando le tires algo a una rata o algo así, recuerda que te tienes que poner de puntillas y levantar la mano por encima de la cabeza lo más torpe que puedas y fallarle a la rata por seis o siete pies. Tira con el brazo tieso a partir del hombro, como si tuvieras un eje, como las chicas, y no con la muñeca y el codo con el brazo a un lado, como hacen los chicos. Y recuerda que cuando una chica trata de recoger algo en el regazo separa las rodillas, no las junta como hiciste tú cuando te tiré la barra de plomo. Pero hombre, si me di cuenta de que eras un chico en cuanto te pusiste a enhebrar la aguja, y las demás cosas las hice para estar segura. Ahora, vete corriendo con tu tío, Sarah Mary Williams George Elexander Peters, y si te metes en algún lío manda un recado a la señora Judith Loftus, que soy yo, y haré lo que pueda por sacarte de él. Sigue siempre por el camino del río, y la próxima vez que te eches a andar lleva zapatos y calcetines. La carretera del

río tiene muchas piedras y calculo que vas a tener los pies hechos polvo cuando llegues a Goshen.

Fui por la ribera unas cincuenta yardas y deshice el camino para volver donde estaba mi canoa, bastante lejos por debajo de la casa. Me metí de un salto y salí corriendo. Fui río arriba lo bastante lejos para llegar a la punta de la isla, y después empecé a cruzar. Me quité el bonete, porque no quería ir como con orejeras. Cuando estaba hacia la mitad del camino oí que el reloj empezaba a dar las horas, así que me paré a escuchar; el ruido se oía débil por encima del agua, pero con claridad: las once. Cuando llegué a la punta de la isla no me paré a descansar, aunque estaba sin aliento, sino que me metí directamente donde estaba mi antiguo campamento y encendí una buena hoguera, en un sitio alto y seco.

Después salté a la canoa y fui a nuestro sitio, una milla y media más abajo, todo lo rápido que pude. Desembarqué y avancé entre los árboles hasta el cerro y llegué a la cueva. Allí estaba Jim, dormido como un tronco en el suelo. Lo desperté y le dije:

—¡Levántate y prepárate, Jim! No hay ni un minuto que perder. ¡Nos están buscando!

Jim no hizo ninguna pregunta ni dijo una palabra; pero por la forma en que trabajó la media hora siguiente se veía que estaba asustadísimo. Para entonces teníamos en la balsa todo lo que poseíamos en el mundo y estábamos listos para sacarla de entre los sauces donde estaba escondida. Lo primero que hicimos fue apagar la hoguera de la cueva, y después ya no encendimos ni una vela.

Aparté la canoa de la orilla un poco y me puse a mirar; pero si por allí había un bote no podía verlo, porque las estrellas y las sombras no valen para ver mucho. Luego sacamos la balsa y bajamos entre las sombras, hasta el pie de la isla en total silencio, sin decir ni una palabra.

Capítulo 12

Debía de ser casi la una cuando por fin pasamos el final de la isla y la balsa parecía avanzar muy lenta. Si se acercaba un bote, el plan era meternos en la canoa y avanzar hacia la orilla de Illinois, y menos mal que no llegó ninguno, porque no se nos había ocurrido poner la escopeta en la canoa, ni un sedal para pescar, ni nada que comer. Teníamos demasiada prisa para pensar en tantas cosas. No había sido muy inteligente ponerlo todo en la balsa.

Si los hombres iban a la isla, supongo que encontrarían la hoguera que

había hecho yo y que esperarían toda la noche a que llegara Jim. En todo caso no se nos acercaron, y si aquella hoguera no los engañó, no era culpa mía. Yo había hecho todo lo posible por despistarlos.

Cuando se empezó a ver la primera luz del día amarramos a una barra de arena que había en una gran curva del lado de Illinois, cortamos ramas de alamillo con el hacha y tapamos la balsa con ellas para que pareciese que había habido un corrimiento de tierras por aquella orilla. En esas barras de arena hay alamillos tan apretados como los dientes de un rastrillo.

Veíamos montañas en el lado de Missouri y mucho bosque en el de Illionois, y el canal, por aquella parte, corría del lado de Missouri, de forma que no teníamos miedo de encontrarnos con nadie. Nos quedamos allí todo el día viendo las balsas y los barcos de vapor que bajaban por el lado de Missouri y los barcos de vapor que subían río arriba peleando contra la corriente en el centro. Le conté a Jim todo lo que había pasado cuando estuve hablando con la mujer y Jim dijo que era muy lista y que si fuese ella quien nos buscara no iba a quedarse sentada vigilando una hoguera; no, señor, iría con un perro. Bueno, entonces, dije yo, ¿por qué no podía decirle a su marido que buscara un perro? Jim dijo que seguro que se le ocurría cuando los hombres se pusieran en marcha, y que suponía que debía de haber ido a la parte de arriba del pueblo a buscar un perro, de forma que habían perdido todo aquel tiempo, o si no, no estaríamos allí en la barra de arena a dieciséis o diecisiete millas por debajo del pueblo; no, señor, estaríamos otra vez en el pueblo. Así que yo dije que no me importaba por qué no llegaban, mientras no llegaran.

Cuando empezó a oscurecer asomamos las cabezas entre los alamillos y miramos arriba y abajo y a los lados pero no vimos nada, así que Jim sacó algunos de los troncos de arriba de la balsa y construyó un wigwam muy cómodo para refugiarnos cuando hiciese mucho calor o lloviera y para tener las cosas en seco. Jim preparó un suelo para el wigwam y lo levantó un pie más por encima del nivel de la balsa, de forma que las mantas y las trampas estaban fuera del alcance del oleaje de los barcos de vapor. Justo en medio del wigwam pusimos una capa de polvo de cinco o seis pulgadas de grueso y la rodeamos con un bastidor para que no se saliera; era para hacer fuego cuando lloviese o hiciera frío; con el wigwam no se podría ver. También preparamos un timón de repuesto, porque uno de los que teníamos podía romperse o engancharse o lo que fuera. Preparamos un palo con una horquilla del que colgar el viejo farol, porque siempre tendríamos que encenderlo cuando viéramos un barco de vapor que venía río abajo, para que no nos pasara inadvertido, pero no teníamos que encenderlo para los que iban río arriba salvo que nos viéramos en lo que ellos llaman «entre corrientes», porque el río seguía muy alto y las riberas bajas continuaban sumergidas, de forma que los barcos que lo remontaban no subían siempre por el canal, sino que iban

buscando aguas más fáciles.

La segunda noche navegamos entre siete y ocho horas, con una corriente que iba a más de cuatro millas por hora. Pescamos y charlamos y de vez en cuando nos echamos a nadar para no quedarnos dormidos. Era bastante solemne aquello de bajar por el gran río silencioso, echados de espaldas y mirando a las estrellas, y no nos daban ganas de hablar en voz alta ni nos reímos mucho, sólo alguna risa en voz baja. En general nos hizo muy buen tiempo y no nos pasó nada, ni aquella noche ni la siguiente ni la otra.

Todas las noches pasábamos junto a pueblos, algunos de ellos a lo lejos en cerros negros, sin ver nada más que el resplandor de unas luces, y ni una sola casa. La quinta noche pasamos junto a Saint Louis y era como si el mundo entero estuviera iluminado. En Saint Petersburg decían que Saint Louis tenía veinte o treinta mil habitantes, pero yo nunca me lo creí hasta que vi aquella maravillosa cantidad de luces a las dos de una noche silenciosa. No se oía ni un ruido: todo el mundo dormía.

Todas las noches yo me iba a la orilla junto a alguna aldea y compraba diez o quince centavos de harina o de tocino salado u otras cosas que comer, y a veces me llevaba prestado un pollo que no parecía sentirse cómodo. Padre siempre decía que había que llevarse un pollo cuando se tenía la oportunidad, porque si no lo quiere uno es fácil encontrar a alguien que lo quiera, y una buena obra nunca se olvida. No vi ni una sola vez que no lo quisiera padre, pero en todo caso eso es lo que decía.

Por las mañanas, antes del amanecer, me metía en los campos de maíz y me llevaba prestada una sandía, o un melón, o una calabaza, un poco de maíz nuevo o cosas así. Padre siempre decía que no tenía nada de malo llevarse prestadas cosas si se tenía la intención de pagarlas alguna vez; pero la viuda decía que aquello no era más que robar, por mucho que se disfrazara con palabras, y que las personas decentes no lo hacían. Jim dijo que calculaba que la viuda tenía una parte de razón y papá otra, así que lo mejor sería que escogiéramos dos o tres cosas de la lista y no las volviéramos a tomar prestadas, y entonces calculaba que no tendría nada de malo tomar prestadas las otras. Así que nos pasamos toda una noche hablando de eso, mientras íbamos río abajo, tratando de decidir si eliminábamos las sandías, las cantalupas, los melones, o qué. Pero para el amanecer lo teníamos todo resuelto satisfactoriamente y concluimos que eliminaríamos las reinetas y los caquis. Antes no nos habíamos sentido bien del todo, pero ahora ya estábamos tranquilos. Yo me alegré de haberlo resuelto así, porque las reinetas nunca están buenas y los caquis no estarían maduros hasta dentro de dos o tres meses.

De vez en cuando matábamos un ave acuática que se levantaba demasiado

temprano por las mañanas o no se acostaba lo bastante temprano por las tardes. En general, vivíamos muy bien.

La quinta noche, río abajo de Saint Louis, hubo una gran tormenta después de medianoche, con montones de truenos y de relámpagos, y la lluvia caía como una sábana. Nos quedamos en el wigwam y dejamos que la balsa se manejara sola. Cuando brillaba un relámpago veíamos el río enorme y recto por delante y grandes acantilados a los dos lados. Y una vez voy yo y digo:

—Caray, Jim, ¡mira ahí!

Era un barco de vapor que había naufragado contra una roca. Nosotros íbamos directos hacia él. Con los relámpagos se veía muy claro. Estaba todo escorado, con una parte de la cubierta superior por encima del agua, y se veía cada uno de los cables de la chimenea con toda claridad y una silla junto a la campana grande, con un viejo chambergo que colgaba en el respaldo, cuando llegaban los relámpagos.

Bueno, como era tan tarde, había aquella tormenta y todo parecía tan misterioso, se me ocurrió lo mismo que a cualquier otro chico cuando vi aquel barco embarrancado tan triste y solitario en medio del río. Quería abordarlo y explorarlo un poco a ver lo que tenía dentro. Así que dije:

—Vamos a abordarlo, Jim.

Pero al principio Jim estaba totalmente en contra. Va y dice:

—No quiero andar metiendo las narices en un barco muerto. Nos va muy bien y más vale dejar que siga así, como dice el Libro. Seguro que hay un vigilante en ese barco.

—Vigilante, tu abuelita —dije yo—; no hay nada que vigilar más que la timonera y la camaretas superiores y, ¿te crees que nadie va a arriesgar la vida por una timonera y unas camaretas en una noche así, cuando lo más probable es que se parta en dos y se vaya río abajo en cualquier momento?

Jim no podía responder a aquello, así es que no lo intentó.

—Y además —dije yo—, podríamos tomar algo prestado que mereciese la pena en el camarote del capitán. Seguro que hay puros, de los que cuestan cinco centavos cada uno y en dinero contante. Los capitanes de barco de vapor siempre son ricos y cobran sesenta dólares al mes y les importa un pito lo que cuesten las cosas, ya lo sabes, si les apetecen. Ponte una vela en el bolsillo, Jim; no me puedo aguantar hasta que lo hayamos registrado. ¿Te crees que Tom Sawyer se iría sin más de un sitio así? Ni hablar. Diría que era una aventura, eso es lo que diría, y abordaría ese barco aunque fuera lo último de su vida. Y seguro que lo haría con estilo; o, ¿no te crees que organizaría una de las buenas? Hombre, te creerías que era Cristóbal Colón descubriendo el Otro

Mundo. Ojalá estuviera aquí Tom Sawyer.

Jim gruñó un poco, pero cedió. Dijo que no teníamos que hablar más que lo inevitable, y eso en voz muy baja. Los relámpagos volvieron a mostrarnos el barco naufragado justo a tiempo y nos agarramos a la cabria de estribor y amarramos allí.

La cubierta estaba muy alta de aquel lado. Bajamos despacio por la pendiente hacia babor, en la oscuridad, hacia las camaretas altas, tanteando el camino muy despacio con los pies y con los brazos muy abiertos para apartar las cuerdas, porque estaba tan oscuro que no veíamos nada. En seguida llegamos a la parte de delante de la claraboya y nos subimos a ella, y al paso siguiente nos quedamos enfrente de la puerta del capitán, que estaba abierta, y, ¡qué diablos, al otro extremo de las camaretas vimos una luz! ¡Y en el mismo momento pareció que oímos voces bajas a lo lejos!

Jim me susurró que se sentía muy mal y me dijo que nos fuéramos. Yo dije que de acuerdo, e íbamos a volver a la balsa cuando oí una voz que lloriqueaba y decía:

—¡Ay, por favor, no, muchachos! ¡Juro que no lo diré nunca! Otra voz dijo, muy alta:

—Es mentira, Jim Turner. Ya has hecho lo mismo antes de ahora. Siempre quieres más que tu parte del botín, y siempre te la has llevado, porque juraste que si no nos delatarías. Pero ahora lo has dicho una vez de más. Eres el perro más asqueroso y más traidor de este país.

Para entonces, Jim se había ido a la balsa. Yo estaba hirviendo de curiosidad. Y me dije que Tom Sawyer no se echaría atrás ahora, así que yo tampoco, y que iba a ver lo que pasaba. Así que me puse a cuatro patas en el pasillo y avancé en la oscuridad hasta que no había más que un camarote entre el cruce de las camaretas y yo. Entonces vi un hombre tirado en el suelo y atado de pies y manos y otros dos encima de él, y uno de ellos llevaba una linterna sorda en la mano y el otro tenía una pistola. Éste no hacía más que apuntar la pistola a la cabeza del que estaba en el suelo y decía:

—¡Ya me gustaría, y es lo que tendría que hacer, chivato de porquería! El hombre del suelo se encogía, diciendo:

—Ay, por favor, no, Bill; no voy a delataros nunca.

Y cada vez que decía aquello el del farol se reía y decía:

—¡Desde luego que no! En tu vida has dicho una verdad mayor, te lo aseguro —y una vez dijo—: ¡Escuchad cómo suplica! Pero si no lo tuviéramos dominado y atado, nos habría matado a los dos. ¿Y por qué? Por nada. Sólo porque defendimos nuestros derechos, por eso. Pero te apuesto, Jim Turner, a

que no vas a volver a amenazar a nadie. Deja esa pistola, Bill.

Bill dice:

—No me apetece, Jake Packard. Estoy de acuerdo con matarlo, ¿no mató él al viejo Hatfield así, y no se lo merece?

—Pero yo no quiero matarlo, y tengo mis motivos.

—¡Bendito seas por esas palabras, Jake Packard! ¡No las olvidaré mientras viva! —dice el hombre del suelo, como tartamudeando.

Packard no hizo caso, sino que colgó el farol de un clavo y avanzó hacia donde estaba yo en la oscuridad y le hizo un gesto a Bill para que se le acercara. Yo retrocedí unas dos yardas lo más rápido que pude, pero el barco estaba tan escorado que no podía ir muy deprisa, así que para que no tropezase conmigo y me cogieran me metí en un camarote de la parte alta. El hombre vino a tientas en la oscuridad, y cuando Packard llegó a mi camarote dijo:

—Aquí, ven aquí.

Y allí entró, con Bill detrás. Pero antes de que entrasen ellos yo me había subido a la litera de arriba, arrinconado y lamentando haber ido. Entonces se quedaron allí con las manos en el borde de la litera, hablando. Yo no podía verlos, pero sabía dónde estaban por el olor a whisky que habían tomado. Me alegré de no beber whisky, aunque tampoco habría importado mucho, porque era casi imposible que me olieran porque no respiraba. Estaba demasiado asustado. Y además, uno no podía respirar mientras oía aquello. Hablaban en voz baja y muy serios. Bill quería matar a Turner. Dice:

—Ha dicho que nos delataría y lo hará. Si le diéramos ahora a él nuestras partes, ya no importaría después de la pelea y de lo que le hemos hecho. Puedes estar seguro de que haría de testigo de cargo; ahora, escúchame. Yo soy partidario de quitarle las penas para siempre.

—Y yo también —dijo Packard, muy tranquilo.

—Maldita sea, había empezado a creer que no. Bueno, entonces no hay problema. Vamos con ello. —Aguarda un momento; todavía no he dicho mi parte. Escúchame. Está bien pegarle un tiro, pero hay formas más discretas si es necesario hacerlo. Pero lo que yo digo es esto: no tiene sentido andar buscando que nos pongan una soga al cuello cuando puede uno conseguir lo mismo y no correr ningún peligro. ¿No es verdad?

—Seguro que sí. Pero, ¿cómo te las vas a arreglar esta vez?

—Bueno, he pensado lo siguiente: buscamos por todas partes y recogemos lo que se nos haya olvidado en los camarotes, nos vamos a la orilla y escondemos el botín. Después esperamos. Yo digo que no van a pasar más de

dos horas antes de que esta ruina se parta en dos y baje flotando río abajo. ¿Entiendes? Se ahogará y no podrá denunciar a nadie. Me parece que es mucho mejor que matarlo. Yo no soy partidario de matar a alguien mientras se pueda evitar; no tiene sentido y no es moral. ¿Tengo razón o no?

—Supongo que sí. Pero, ¿y si no se rompe y baja flotando?

—Bueno, de todas formas podemos esperar dos horas a ver qué pasa, ¿no?

—Está bien; vamos.

Así que se pusieron en marcha y yo me largué, empapado de sudor frío, tambaleándome hasta la proa. Estaba oscuro como boca de lobo pero dije en una especie de susurro ronco: « Jim!» Respondió justo a mi lado con una especie de gemido y dije:

—Rápido, Jim, no hay tiempo que perder con quejidos; ahí hay una banda de asesinos, y si no encontramos su bote y lo echamos al río para que no se puedan marchar del barco, uno de ellos va a pasarlo muy mal. Pero si encontramos el bote podemos dejarlos a todos muy mal: los va a encontrar el sheriff. ¡Rápido... aprisa! Yo busco por el lado de babor y tú por el de estribor. Empieza por la balsa, y...

—Ay, señor mío, señor mío. ¿Balsa? Ya no queda balsa. ¡Se ha roto o ha desaparecido! ¡Y nosotros aquí!

Capítulo 13

Bueno, pegué un respingo y me desmayé. ¡Encerrados en un barco naufragado con una banda de asesinos! Pero no quedaba tiempo para andar con lloriqueos. Ahora teníamos que encontrar el bote y quedarnos nosotros con él. Bajamos temblando y tiritando por el lado de estribor y tardamos mucho: pareció que pasaba una semana antes de llegar a popa. No se veía ni señal del bote. Jim dijo que él no creía tener fuerzas para seguir: tenía tanto miedo que ya no podía más, dijo. Pero yo le dije: «Adelante, si nos quedamos aquí, seguro que lo pasamos mal». Así que seguimos buscando. Fuimos a la popa de la cubierta superior y lo encontramos; luego subimos como pudimos por la claraboya, agarrándonos a cada hierro, porque el borde de la claraboya ya estaba metido en el agua. Cuando estábamos bastante cerca del vestíbulo encontramos el bote, ¡por fin! Yo apenas si lo vi. Me sentí muy contento. Un segundo más y me habría subido a bordo, pero justo entonces se abrió la puerta. Uno de los hombres asomó la cabeza a sólo un par de pies de mí y creí que había llegado mi hora final, pero volvió a meterla y va y dice:

—¡Bill, esconde ese maldito farol!

Tiró al bote un saco con algo y después se subió y se sentó. Era Packard. Entonces salió Bill y se metió en el bote. Packard va y dice:

—Listos... ¡empuja!

Yo apenas si me podía agarrar a los hierros, de débil que me sentía. Pero Bill va y dice: —Espera... ¿le has registrado?

—No. ¿Y tú?

—No. O sea que todavía tiene su parte de dinero.

—Bueno, pues vamos allá. No tiene sentido llevarnos las cosas y dejar el dinero.

—Oye, ¿no sospechará lo que estamos preparando?

—A lo mejor, no.

Así que desembarcaron y volvieron a entrar. La puerta se cerró de un portazo porque estaba del lado escorado y al cabo de medio segundo yo me encontraba en el bote y Jim se metió a tumbos detrás de mí. Saqué la navaja, corté la cuerda, ¡y nos fuimos!

No tocamos ni un remo ni hablamos ni susurramos, y casi ni siquiera respiramos. Bajamos deslizándonos muy rápido, en total silencio, más allá del tambor de la rueda y de la popa, y después, en un segundo o dos más, estábamos cien yardas por debajo del barco y la oscuridad lo escondió sin que se pudiera ver ni señal de él; estábamos a salvo y lo sabíamos.

Cuando nos encontrábamos a trescientas o cuatrocientas yardas río abajo vimos la linterna como una chispita en la puerta de la cubierta superior durante un segundo y supimos por eso que los bandidos habían visto que se habían quedado sin el bote y empezaban a comprender que ellos mismos tenían tantos problemas como Jim Turner.

Después Jim se puso a los remos y comenzamos a buscar nuestra balsa. Fue entonces cuando empecé a preocuparme por los hombres: calculo que antes no había tenido tiempo. Empecé a pensar lo terrible que era, incluso para unos asesinos, estar en una situación así. Me dije que no sabía si yo mismo llegaría alguna vez a ser un asesino y entonces qué me parecería. Así que voy y le digo a Jim:

—La primera luz que veamos, desembarcamos cien yardas por debajo o por encima de ella, en un sitio donde os podáis esconder bien tú y el bote, y después yo iré a contarles algún cuento y conseguir que alguien vaya a buscar a esa banda y sacarlos de su situación, para que puedan ahorcarlos cuando llegue el momento.

Pero la idea fracasó, porque la tormenta volvió a empezar en seguida, y aquella vez peor que antes. La lluvia caía a chuzos y no se veía ni una luz; calculo que todo el mundo estaría en la cama. Bajamos por el río buscando luces y atentos a nuestra balsa. Al cabo de mucho rato, escampó la lluvia pero continuó nublado y seguían viéndose relámpagos, y uno de ellos nos indicó algo negro que flotaba por delante y nos dirigimos allí.

Era la balsa, y nos alegramos mucho de volver a subir a ella. Entonces vimos una luz hacia abajo, en la orilla, a la derecha. Así que dije que fuéramos allí. El bote estaba medio lleno del botín que había robado aquella banda en el barco naufragado. Lo pusimos en la balsa todo amontonado y le dije a Jim que bajara a la deriva y sacara una luz cuando creyera que había recorrido dos millas y la tuviera encendida hasta que llegara yo; después me puse a los remos y fui hacia la luz. Cuando me acerqué vi tres o cuatro más en un cerro. Era un pueblo. Fui derecho a la luz de la orilla, dejé de remar y seguí flotando. Al pasar vi que era un farol que colgaba del mástil de un transbordador de doble casco. Me puse a buscar al vigilante, preguntándome dónde dormiría, y al cabo de un rato lo vi recostado en el bitón de proa, con la cabeza apoyada en las rodillas. Le di dos o tres golpecitos en el hombro y empecé a llorar.

Se empezó a desperezar como alarmado, pero cuando vio que era sólo yo, bostezó y se estiró bien y después dice:

—Eh, ¿qué pasa? No llores, chico. ¿Qué te pasa?

Y yo digo:

—Padre y madre y mi hermanita...

Y volví a echarme a llorar. Va él y dice:

—Vamos, dita sea, no te pongas así; todos tenemos nuestros problemas y éste ya se arreglará. ¿Qué les pasa?

—Están... están... ¿es usted el vigilante del barco?

—Sí —dice, con un aire muy satisfecho—. Soy el capitán y el propietario y el segundo y el piloto y el vigilante y el marinero jefe, y a veces soy la carga y los pasajeros. No soy tan rico como Jim Hornback y no puedo ser tan generoso con todo el mundo y tirar el dinero como él, pero le he dicho muchas veces que no me cambiaría por él; porque, digo yo, lo mío es la vida de marinero, y que me cuelguen si iba a vivir a dos millas del pueblo, donde nunca pasa nada, con todos sus dineros y muchos más que tuviera. Digo yo...

Le interrumpo y digo:

—Están en una situación horrible, y...

—¿Quiénes?

—Pues padre y madre y mi hemanita y la señorita Hooker, y si fuera usted allí con su transbordador...

—¿Adónde? ¿Dónde están?

—En el barco que ha naufragado.

—¿Qué barco?

—Pues el único que hay.

—¿Cómo? ¿No te referirás al Walter Scott?

—Sí.

—¡Cielo santo! ¿Qué hacen ahí, por el amor de Dios?

—Bueno, no fueron a propósito.

—¡Seguro que no! Pero, Dios mío, ¡si no tienen ni una oportunidad si no se marchan a toda velocidad! Pero, ¿cómo diablos se han metido en eso?

—Es muy fácil. La señorita Hooker estaba de visita allá en el pueblo...

—Sí, en el desembarcadero de Booth... sigue.

—Estaba allí de visita en el desembarcadero de Booth y justo a media tarde se puso en marcha con su negra en el transbordador de caballos para pasar la noche en casa de su amiga, la señorita como se llame — no lo recuerdo—, y perdieron el timón y empezaron a dar vueltas y bajaron flotando, de popa, y se quedaron enganchadas en el barco naufragado, y el del transbordador y la negra y los caballos se perdieron, pero la señorita Hooker se agarró y se subió al barco. Bueno, como una hora después llegamos nosotros en nuestra gabarra de mercancías y estaba tan oscuro que no vimos el barco hasta que chocamos con él y nos quedamos enganchados, pero nos salvamos todos salvo Bill Whipple, con lo bueno que era... casi hubiera preferido ser yo, de verdad.

—¡Por Dios! Es lo más raro que he oído en mi vida. Y entonces, ¿qué hicisteis?

—Bueno, gritamos y armamos mucho ruido, pero ahí el río es tan ancho que no nos oía nadie. Así que padre dijo que alguien tenía que ir a la costa a buscar ayuda. Yo era el único que sabía nadar, por eso me vine, y la señorita Hooker dijo que si no encontraba ayuda antes, que viniese aquí a buscar a su tío, que él lo arreglaría todo. Llegué a tierra una milla más abajo y vengo andando desde entonces, tratando de que la gente haga algo, pero todos dicen: «¿Qué? ¿con una noche así y con esta corriente? No tiene sentido; vete a buscar el transbordador de vapor». Si quisiera usted ir y...

—Por Dios que me gustaría y, dita sea, no sé si voy a ir, pero, ¿quién diablo lo va a pagar? ¿Crees que tu papá...?

—Bah, eso está arreglado. La señorita Hooker dijo que su tío Hornback...

—¡Diablos! ¿Ése es tío suyo? Mira, ve a esa luz que ves allá y gira al oeste al llegar, y aproximadamente un cuarto de milla después llegas a la taberna; diles que te lleven a toda prisa a casa de Jim Hornback y que él lo pagará todo. Y no pierdas el tiempo, porque querrá tener la noticia. Dile que tendré a su sobrina a salvo antes de que él pueda llegar al pueblo. Ahora vete rápido; voy ahí a la vuelta a despertar a mi maquinista.

Salí hacia la luz, pero en cuanto él se dio la vuelta retrocedí, me metí en el bote, achiqué el agua y luego me introduje en la parte tranquila del río a unas seiscientas yardas y me escondí entre algunos botes de madera, porque no podía quedarme tranquilo hasta ver que el transbordador se ponía en marcha. Pero, en general, me sentía bastante bien por haberme preocupado tanto de la banda, aunque mucha gente no lo hubiera hecho. Ojalá lo hubiera sabido la viuda. Pensé que estaría orgullosa de mí por ayudar a aquellos sinvergüenzas, porque los sinvergüenzas y los tramposos son la gente por la que más se interesan la viuda y la gente buena.

Bueno, en seguida apareció el barco naufragado, todo oscuro y apagado, que iba deslizándose a la deriva. Me recorrió el cuerpo un sudor frío y me dirigí hacia él. Estaba muy hundido, y al cabo de un momento vi que no había muchas posibilidades de que quedara nadie vivo a bordo. Le di una vuelta entera y grité un poco, pero no respondió nadie; había un silencio sepulcral. Me sentí un poco triste por los de la banda, aunque no mucho, pues calculé que si ellos podían aguantarlo yo también.

Entonces va y aparece el transbordador, así que me fui hacia la mitad del río, en una larga deriva aguas abajo, y cuando me pareció que ya no se me podía ver levanté los remos para mirar hacia atrás y vi que el transbordador daba vueltas y buscaba en torno al barco los restos de la señorita Hooker, porque el capitán sabría que su tío Hornback querría verlos, y después en seguida el transbordador abandonó y se dirigió a la costa; yo me puse a mi trabajo y bajé a toda velocidad por el río.

Me pareció que pasaba muchísimo tiempo hasta ver la luz de Jim, y cuando por fin apareció daba la sensación de estar a mil millas. Cuando llegué, el cielo estaba empezando a ponerse un poco gris hacia el este, así que nos dirigimos hacia una isla y escondimos la balsa, hundimos el bote, nos acostamos y nos quedamos dormidos como troncos.

Capítulo 14

Después, cuando nos levantamos, miramos en qué consistía el botín que había robado la banda en el barco naufragado y encontramos botas y mantas y ropa y toda clase de cosas distintas, un montón de libros y un catalejo y tres cajas de cigarros. Ninguno de los dos habíamos sido nunca así de ricos en la vida. Los cigarros eran de primera. Nos pasamos todo el principio de la tarde en el bosque, charlando, y yo leyendo los libros y en general pasándolo bien. Le conté a Jim todo lo ocurrido en el barco y en el transbordador y dijo que esas cosas eran aventuras, pero que no quería más. Dijo que cuando yo me metí en la cubierta superior y él se volvió a rastras a la balsa y vio que había desaparecido casi se muere, porque pensó que pasara lo que pasara para él ya había acabado todo, pues si no se salvaba se ahogaría, y si se salvaba el que lo viera lo devolvería a casa para cobrar la recompensa y entonces seguro que la señorita Watson lo vendía en el Sur. Bueno, tenía razón; casi siempre tenía razón; tenía una cabeza de lo más razonable para un negro.

Le leí a Jim muchas cosas sobre reyes y duques y condes y todo eso, y lo bien que se vestían y lo elegantes que se ponían y cómo se llamaban unos a otros «su majestad», «su señoría», «su excelencia» y todo eso, en lugar de «señor», y a Jim se le salían los ojos y estaba muy interesado. Va y dice:

—No sabía que había tantos. Casi nunca había oído hablar de ellos, más que del viejo aquel del rey Salamón, sin contar los reyes de la baraja. ¿Cuánto cobra un rey?

—¿Cobrar? —digo yo—; pues lo menos mil dólares al mes si quieren; pueden llevarse lo que quieran; todo es suyo.

—Estupendo, ¿no? Y ¿qué tienen que hacer, Huck?

—¡No hacen nada! ¡Qué cosas dices! Están ahí y nada más.

—No; ¿de verdad?

—Pues claro que sí. No hacen más que estar ahí, salvo a lo mejor cuando hay guerra; entonces se van a la guerra, o si no van de caza. Sí, con halcones y todo eso... ¡Shhh! ¿no has oído un ruido?

Salimos del bosque a mirar, pero no había nada más que el paleteo de la rueda de un buque de vapor a lo lejos, que daba la vuelta a la punta, así que volvimos.

—Si —dije—, y otras veces, cuando las cosas están aburridas, se meten con el Parlamento, y si no hacen las cosas como quieren ellos, les cortan la cabeza. Pero donde más tiempo pasan es en el harén.

—¿En el qué?

—En el harén.

—¿Qué es el harén?

—Donde tienen a sus mujeres. ¿No sabes lo que es el harén? Salomón tenía uno donde había por lo menos un millón de mujeres.

—Pues es verdad; me... me se había olvidado. Un harén es una pensión, supongo. Seguro que en el cuarto de los niños hay mucho jaleo. Y seguro que las mujeres se pelean mucho, de forma que hay más jaleo. Pero dicen que el Salamón era el hombre más sabio que ha vivido. Yo no me lo acabo de creer, porque, ¿para qué iba un tío tan sabio a querer vivir en medio de todo aquel escándalo? No ... seguro que no. Un hombre sabio se haría construir una fábrica de calderas y entonces podría apagarlo todo cuando quisiera descansar.

—Bueno, pero en todo caso fue el hombre más sabio del mundo, porque me lo ha dicho la viuda, nada menos.

—Me da igual lo que haya dicho la viuda; no era tan sabio. Se le ocurrían algunas de las ideas más raras que he oído en mi vida. ¿Sabes lo del niño que quería partir en dos?

—Sí, la viuda me lo contó.

—¡Pues entonces! ¿No te parece la idea más idiota del mundo? No tienes más que pensarlo medio minuto. Ese tronco de allá, ése es una de las mujeres; ése eres tú, el otro tronco; yo soy Salamón, y ese billete de un dólar es el niño. Los dos lo queréis. ¿Qué hago yo? ¿Voy a buscar entre los vecinos para ver de quién es el billete y dárselo al dueño, como es normal, como haría cualquiera que tuviese la menor idea? No; voy y rompo el billete en dos y te doy una mitad a ti y la otra a la mujer. Eso es lo que iba a hacer el Salamón con el niño. Y lo que yo te digo: ¿De qué vale a naide medio billete? No se puede comprar nada con eso. ¿De qué vale medio niño? Yo no daría nada por un millón de medios niños.

—Pero, dita sea, Jim, es que no entiendes nada... Dita sea, es que no te enteras.

—¿Quién? ¿Yo? Vamos. No me vengas diciendo a mí que no lo entiendo. Creo que entiendo lo que es sentido común y lo que no. Y el hacer una cosa así no tiene sentido. La pelea no era por medio niño; la pelea era por un niño entero, y el hombre que crea que puede solucionar una pelea por un niño entero con medio niño es que no sabe lo que es la vida. No me hables a mí del tal Salamón, Huck. Ya he visto yo a muchos así.

—Pero te digo que no lo entiendes.

—¡Dale con que no lo entiendo! Yo entiendo lo que entiendo. Y, entérate, lo que hay que entender de verdad es más complicado; mucho más complicado. Es cómo criaron al Salamón. Piénsalo: un hombre tiene sólo uno

o dos hijos; ¿va ese hombre a andar partiéndoles en dos? No, ni hablar; no se lo puede permitir. Él sabe apreciarlos. Pero un hombre que tiene cinco millones de hijos por toda la casa, ése es diferente. A ése le da igual partir en dos a un niño que a un gato. Quedan muchos más. Un niño o dos más o menos no le importaban nada al Salamón, ¡maldito sea!

Nunca he visto un negro así. Se le metía una cosa en la cabeza y ya no había forma de sacársela. Nunca he visto a un negro que le tuviera tanta manía a Salomón. Así que me puse a hablar de otros reyes y dejé en paz a ése. Le hablé de Luis XVI, al que le cortaron la cabeza en Francia hacía mucho tiempo, y de su hijo pequeño, el delfín, que habría sido rey, pero se lo llevaron y lo metieron en la cárcel y algunos dicen que allí se murió.

—Pobrecito.

—Pero otros dicen que se escapó y que vino a América.

—¡Eso está bien! Pero se sentirá muy solo... Aquí no hay reyes, ¿verdad, Huck?

—No.

—Entonces no puede conseguir trabajo. ¿Qué va a hacer?

—Bueno, no sé. Algunos se hacen policías y otros enseñan a la gente a hablar francés.

—Pero, Huck, ¿es que los franceses no hablan como nosotros?

—No, Jim; tú no entenderías ni una palabra de lo que dicen... ni una sola palabra.

—Bueno, ¡queme cuelguen! ¿Porqué?

—No lo sé, pero es verdad. He visto en un libro algunas de las cosas que dicen. Imagínate que viene un hombre y te dice «parlé vu fransé»; ¿qué pensarías tú?

—No pensaría nada; le partiría la cara; bueno, si no era blanco. A un negro no le dejaría que me llamara eso.

—Rediez, no te estaría llamando nada. No haría más que preguntarte si sabes hablar francés. —Bueno, entonces, ¿por qué no lo dice?

—Pero si es lo que está diciendo. Así es como lo dicen los franceses.

—Bueno, pues es una forma ridícula de decirlo y no quiero seguir hablando de eso. No tiene sentido.

—Mira, Jim; ¿hablan los gatos igual que nosotros?

—No, los gatos no.

—Bueno, ¿y las vacas?

—No, las vacas tampoco.

—¿Hablan los gatos igual que las vacas o las vacas igual que los gatos?

—No.

—Lo natural y lo normal es que hablen distinto, ¿no?

—Claro.

—¿Y no es natural ni normal que los gatos y las vacas hablen distinto de nosotros?

—Hombre, pues claro que sí.

—Bueno, entonces, ¿por qué no es natural y normal que un francés hable diferente de nosotros? Contéstame a ésa.

—Huck, ¿son los gatos iguales que los hombres?

—No.

—Bueno, entonces, no tiene sentido que los gatos hablen igual que los hombres. ¿Son las vacas iguales que los hombres? ¿O son las vacas iguales que los gatos?

—No, ninguna de las dos cosas.

—Bueno, entonces no tienen por qué hablar como los hombres o los gatos. ¿Son hombres los franceses?

—Sí.

—¡Pues entonces! Dita sea, ¿por qué no hablan igual que los hombres? Contéstame tú a ésa.

Vi que no tenía sentido seguir gastando saliva: a los negros no se les puede enseñar a discutir. Así que lo dejé.

Capítulo 15

Calculamos que en tres noches arribaríamos a El Cairo, al final de Illinois, donde llegan las aguas del río Ohio, y eso era lo que buscábamos. Venderíamos la balsa y tomaríamos un barco de vapor para remontar el Ohio hasta los estados libres, y ahí ya no tendríamos problemas.

Bueno, como a la segunda noche empezó a bajar la niebla y fuimos a buscar una barra de arena donde amarrar, porque era inútil seguir adelante con

la niebla; pero cuando me adelanté a remo en la canoa, con la cuerda para amarrar, no había más que unos tronquitos. Eché la cuerda a uno de ellos, justo junto al reborde de la orilla, pero allí la corriente era muy fuerte y la balsa bajaba a tanta velocidad que lo arrancó de raíz y siguió adelante. Vi que la niebla se hacía más densa y me sentí tan mal y tan asustado que no pude moverme durante casi medio minuto, según me pareció, y entonces ya no se veía la balsa; no se veía más allá de veinte yardas. Salté a la canoa y corrí a popa, agarré el remo y di una paletada, pero no se movía. Tenía tanta prisa que no la había desamarrado. Me puse en pie y traté de desamarrarla, pero estaba tan nervioso que me temblaban las manos de forma que casi no podía hacer nada con ellas.

En cuanto logré ponerme en marcha, me puse a perseguir la balsa a toda velocidad, directamente hacia la barra de arena. Aquello estaba bien pensado, pero la barra no mediría ni sesenta yardas de largo, y en cuanto la dejé atrás me metí en medio de aquella niebla blanca y densa sin tener ni la menor idea de adónde iba.

Pensé que no valía la pena remar; sabía que a las primeras de cambio iba a encallar en la orilla o en una barra de arena o algo así; me quedé inmóvil dejando que la canoa bajase a la deriva, pero se pone uno muy nervioso cuando no tiene nada que hacer con las manos en un momento así. Pegué un grito y escuché. A lo lejos, no sé dónde, oí otro grito apagado y me animé algo. Fui allá a toda velocidad, escuchando atento por si lo volvía a oír. La siguiente vez que lo oí, vi que no me dirigía hacia él, sino hacia su derecha, y a la próxima hacia su izquierda, y tampoco avanzaba mucho, porque yo iba dando vueltas de acá para allá, mientras que aquella voz bajaba recta todo el tiempo.

Lo que yo quería era que al muy tonto se le ocurriera empezar a dar golpes seguidos en una sartén, pero no se le ocurrió, o a lo mejor sí, y lo que me preocupaba eran los silencios entre los gritos. Bueno, seguí adelante y en seguida oí el grito detrás de mí. Ahora sí que estaba yo hecho un lío. O había otra persona gritando o yo había dado la vuelta del todo.

Dejé el remo. Volví a oír el grito; seguía por detrás de mí, pero en un sitio distinto; sonaba una vez tras otra y siempre cambiaba de lugar, y yo seguía respondiendo, hasta que por fin volvió a quedar por delante de mí, y comprendí que la corriente le había dado la vuelta a la canoa al avanzar aguas abajo y que yo iba bien si es que era Jim y no otro balsero que pegaba gritos. Yo no entendía nada de las voces en la niebla, porque en una niebla no hay nada que parezca ni suene natural.

Siguieron los gritos y al cabo de un minuto o así me encontré bajando a toda velocidad frente a una orilla empinada y llena de fantasmas borrosos de

grandes árboles, y la corriente me lanzó hacia la izquierda y siguió adelante, arrastrando un montón de troncos que bajaban atronando, por la velocidad a que los rompía la corriente. Al cabo de uno o dos segundos no se veía más que una masa blanca, y todo había quedado en silencio. Entonces me quedé sentado, totalmente inmóvil, escuchando los latidos de mi corazón, y creo que no respiré ni una sola vez en cien latidos.

Entonces renuncié. Sabía lo que pasaba. Aquella orilla empinada era una isla, y Jim había pasado al otro lado de ella. No era como una barra de arena que se podría tardar diez minutos en pasar. Tenía árboles grandes como una isla normal; podría medir cinco o seis millas de largo y más de media de ancho.

Me quedé en silencio, con el oído atento, unos quince minutos, calculo. Naturalmente, seguía flotando río abajo a cuatro o cinco millas por hora, pero en eso nunca piensa uno. No, uno se cree que está totalmente quieto en el agua, y si pasan unos palos al lado no se piensa en lo rápido que va, sino que pega un respiro y dice: «¡Vaya! qué rápido van esos palos». Si alguien se cree que estar solo de noche en medio de una niebla así no resulta de lo más triste y terrible, que lo pruebe una sola vez y se enterará.

Después, durante media hora más o menos, seguí gritando de vez en cuando, hasta que por fin oí una respuesta muy lejos, y traté de seguirla, pero no lo logré, e inmediatamente pensé que me había metido en medio de un laberinto de barras de arena, porque las veía borrosas a los dos lados: a veces con sólo un canal estrecho en medio, y otras que no veía pero sabía que estaban allí porque oía la corriente chocar con viejos troncos secos y con basura que había en las orillas. Bueno, no tardé mucho en dejar de oír los gritos entre las barras de arena y sólo traté de seguirlas un ratito, en todo caso, porque aquello era peor que perseguir un fuego fatuo. En mi vida había oído un ruido tan dificil de seguir ni que cambiara de sitio tantas veces y a tal rapidez.

Cuatro o cinco veces tuve que apartarme a golpes de la orilla para no darme un topetazo con ellas, así que calculé que la balsa debía de estar chocando con la orilla de vez en cuando, porque si no, seguiría avanzando y ya no se la podría oír; era que flotaba un poco más rápido que yo.

Bueno, al cabo de un rato parecía que estaba otra vez en río abierto, pero no se oía ni un grito en ninguna parte. Calculé que a lo mejor Jim se había enganchado con un tronco y que para él había terminado todo. Yo estaba cansadísimo, así que me tiré en el fondo de la canoa y dije que no me iba a molestar más. Claro que no quería dormirme, pero tenía tanto sueño que no podía evitarlo, así que pensé que no me echaría más que una siestecita.

Pero calculo que fue más que una siesta, porque cuando me desperté las

estrellas brillaban mucho, la niebla había desaparecido y yo bajaba dando vueltas por una gran curva del río con la popa por delante. Al principio no sabía dónde me encontraba. Creí que estaba soñando, y cuando empezé a recordar las cosas parecía que todo hubiera ocurrido hacía una semana.

Allí el río era monstruosamente grande, con árboles altísimos y muy apretados en las dos orillas; como una muralla sólida, hasta donde se podía ver a la luz de las estrellas. Miré río abajo y vi una mancha negra en el agua. Fui hacia ella, pero cuando llegué no era más que un par de troncos atados. Después vi otra mancha y la perseguí; después otra, y aquella vez acerté: era la balsa.

Cuando llegué, Jim estaba sentado con la cabeza entre las rodillas, dormido, con el brazo derecho colgando sobre el remo de gobernar. El remo se había roto y la balsa estaba llena de hojas, ramas y tierra. Así que lo había pasado mal.

Amarré y me tumbé en la balsa justo al lado de Jim, y empecé a bostezar y a estirar los brazos junto a él, y voy y digo:

—Hola, Jim, ¿me he dormido? ¿Por qué no me has despertado?

—Dios mío santo, ¿eres tú, Huck? Y no has muerto, no te has ahogado, ¿has vuelto? Es demasiado bonito para ser verdad, mi niño, es demasiado bonito para ser verdad. Déjame que te mire, niño, déjame que te toque. No, no, ¡no has muerto! Has vuelto otra vez, sano y salvo, el mismo Huck de siempre... ¡el mismo Huck de siempre, gracias a Dios!

—¿Qué pasa, Jim? ¿Has bebido?

—¿Bebido? ¿Que si he bebido? ¿He tenido ni un momento para beber?

—Bueno, entonces, ¿por que dices cosas tan raras?

—¿Qué cosas raras digo?

—¿Cuáles? Pero si no haces más que hablar de que he vuelto y todo eso, como si me hubiera ido...

—Huck... Huck Finn, mírame a los ojos, mírame a los ojos. ¿No te has ido?

—¿Ido yo? Pero, ¿de qué diablos hablas? Yo no me he ido a ninguna parte, ¿adónde iba a ir?

—Bueno, mira, jefe, aquí pasa algo. ¿Yo soy yo, o quién soy yo? ¿Estoy yo aquí, o quién es el que está aquí? Eso es lo que quiero saber.

—Bueno, creo que estás aquí, sin duda, pero creo que eres un viejo chiflado.

—Ah, ¿conque sí? Bueno, contéstame a esto: ¿no sacaste el cabo de la canoa para amarrarlo a la barra de arena?

—No. ¿Qué barra de arena? No he visto ninguna barra de arena.

—¿Que no has visto ninguna barra de arena? Mira, ¿no se soltó el cable de la balsa y bajó zumbando por el río y te dejó en la canoa detrás, en la niebla?

—¿Qué niebla?

—¡Pues la niebla! La niebla que hemos tenido toda la noche. ¿Y no estuviste pegando gritos y yo lo mismo, hasta que nos tropezamos con unas de las islas y uno de los dos se perdió y el otro como si se hubiera perdido, porque no sabía dónde estaba? ¿Y no estuve yo mirando por un montón de esas islas y lo pasé terrible y casi me ahogué? Dime que no es verdad, jefe, ¿no? Respóndeme a eso.

—Bueno, esto es demasiado para mí, Jim. Yo no he visto ninguna niebla, ni ninguna isla, ni he tenido ningún problema, ni nada. He estado sentado hablando contigo toda la noche hasta que te quedaste dormido hace unos diez minutos y creo que yo también. En ese tiempo no puedes haberte emborrachado, así que lo que pasa es que has estado soñando.

—Dita sea, ¿cómo voy a soñar todo eso en diez minutos?

—Bueno, estamos fastidiados, pero sí que lo has soñado, porque no ha pasado nada de eso.

—Pero, Huck, lo veo tan claro como...

—No importa que lo veas claro; no es lo que ha pasado. Lo sé, porque he estado aquí todo el tiempo. Jim no dijo nada durante unos cinco minutos, sino que se quedó sentado pensándolo. Después va y dice:

—Bueno, entonces, calculo que lo he soñado, Huck; pero que me cuelguen si no ha sido el sueño más real que he visto en mi vida. Y nunca había tenido un sueño que me hubiera dejado tan cansado como éste.

—Bueno, es normal, porque a veces los sueños lo cansan a uno como un diablo. Pero éste ha sido un sueño de miedo; cuéntamelo entero, Jim.

Así que Jim se puso a la tarea y me lo contó todo del principio al fin, tal como había pasado, sólo que lo adornó mucho. Después dijo que tenía que ponerse a «terpretarlo», porque era una advertencia. Dijo que la primera barra de arena representaba a un hombre que trataría de hacernos algún bien, pero que la corriente era otro hombre que nos quería apartar de él. Los gritos eran advertencias que nos llegarían de vez en cuando, y si no tratábamos con todas nuestras fuerzas de comprenderlos, entonces nos darían mala suerte, en lugar de apartarnos de ella. El laberinto de barras de arena era por problemas que

íbamos a tener con gente de malas pulgas y todo género de gente mala, pero que si nos ocupábamos de nuestros asuntos y no les respondíamos ni les hacíamos enfadarse, entonces saldríamos adelante y nos liberaríamos de la niebla y nos meteríamos en el río grande y claro, que eran los estados libres, y ya no tendríamos más problemas.

Después de mi vuelta a la balsa había oscurecido mucho, pero ahora volvía a aclarar.

—Bueno, ahora ya está todo interpretado hasta el final, Jim —digo yo—, pero, ¿qué representan esas cosas?

Eran las hojas y los restos que había en la balsa y el remo roto. Ahora se veían perfectamente.

Jim miró aquella basura y después me miró a mí y luego otra vez a la basura. Estaba ya tan convencido de que había sido un sueño que no parecía liberarse de él y volver a dejar otra vez las cosas en su sitio. Pero cuando por fin comprendió cuál era la realidad me miró muy fijo sin sonreír en absoluto y dijo:

—¿Qué representan? Voy a decírtelo. Cuando me agoté de tanto trabajar y de llamarte a gritos y me quedé dormido, casi se me partía el corazón porque te habías perdido y ya no me importaba lo que me pasara en la balsa. Y cuando me desperté y volví a verte, sano y salvo, me vinieron las lágrimas y podría haberme puesto de rodillas y besarte los pies, de agradecido que me sentía. Y a ti lo único que se te ocurría era cómo dejar en ridículo al viejo Jim con una mentira. Eso que ves ahí es basura, y basura es lo que es la gente que le mete estupideces en las cabezas a sus amigos y hace que se sientan avergonzados.

Después se levantó muy lento y fue hacia el wigwam y se metió en él sin decir más. Pero bastaba con aquello. Me hizo sentir tan ruin que casi podría haberle besado yo a él los pies para hacerlo cambiar de opinión.

Tardé quince minutos en decidirme a humillarme ante un negro, pero lo hice y después nunca lo lamenté. No hacía más que jugarle malas pasadas, y aquélla no se la habría jugado de haber sabido que se iba a sentir así.

Capítulo 16

Nos pasamos durmiendo casi todo el día y nos pusimos en marcha de noche, un poco detrás de una balsa monstruosamente larga que tardó en pasar tanto como una procesión. Llevaba cuatro remos largos a cada extremo, así que pensamos que probablemente viajarían en ella nada menos que treinta

hombres. Tenía a bordo cinco grandes wigwams y una hoguera a cielo abierto en el centro, con un mástil grande de bandera a cada extremo. Resultaba muy elegante. El ir de balsero en una embarcación así significaba algo.

Bajamos a la deriva por una gran curva, la noche se nubló y empezó a hacer mucho calor. El río era muy ancho y estaba rodeado de bosques densísimos a los dos lados; no se veía en ellos ni un claro, ni siquiera una luz. Hablamos de El Cairo y nos preguntamos si lo reconoceríamos cuando llegáramos. Yo dije que no, porque había oído decir que no había más que una docena de casas, y si no tenían luces, ¿cómo íbamos a saber que pasábamos junto a un pueblo? Jim dijo que si allí se reunían los dos grandes ríos, eso nos lo indicaría. Pero yo respondí que podríamos pensar que estábamos pasando por el extremo de una isla y volviendo al mismo río de siempre. Aquello inquietó a Jim, y a mí también. Así que la cuestión era, ¿qué hacer? Yo dije que remar, remar a la costa en cuanto viéramos la primera luz y decirles que detrás venía padre, en una chalana mercante, y que era un novato en estas cosas y quería saber cuánto faltaba para El Cairo. Jim pensó que era una buena idea, así que nos pusimos a fumar para celebrarlo y nos dedicamos a esperar.

Ahora no quedaba nada que hacer más que estar muy atentos al pueblo y no pasar sin verlo. Jim dijo que estaba segurísimo de verlo, porque en cuanto lo viera sería hombre libre, pero si no lo veía, era que volvía a estar en zona de esclavitud y ya no llegaría a la libertad. A cada momento se ponía en pie de un salto y gritaba:

—¡Ahí está!

Pero no estaba. Eran fuegos fatuos o luciérnagas, así que volvía a sentarse y a observar igual que antes. Jim decía que el estar tan cerca de la libertad le hacía temblar y sentirse febril. Bueno, yo puedo decir que a mí también me hacía temblar y sentir fiebre el escucharlo, porque empezaba a darme cuenta de que era casi libre, y, ¿quién tenía la culpa? Pues yo. No podía quitarme aquello de la conciencia, hiciera lo que hiciese. Me preocupaba tanto que no podía descansar; no me podía quedar tranquilo en un sitio. Hasta entonces nunca me había dado cuenta de lo que estaba haciendo. Pero ahora sí, y no paraba de pensarlo y cada vez me irritaba más. Traté de convencerme de que no era culpa mía porque no era yo quien había hecho a Jim escaparse de su legítima propietaria, pero no valía de nada, porque la conciencia volvía y decía cada vez: «Pero sabías que huía en busca de la libertad y podías haber ido a remo a la costa y habérselo dicho a alguien». Era verdad: aquello no había forma de negarlo. Ahí me dolía. La conciencia me decía: «¿Qué te había hecho la pobre señorita Watson para que vieras a su negro escaparse delante mismo de ti y no dijeras ni una sola palabra? ¿Qué te había hecho aquella pobre anciana para tratarla tan mal? Pues había tratado de que te aprendieras tu libro, había tratado de enseñarte modales, había tratado de que fueras bueno

por todos los medios que ella conocía. Eso es lo que había hecho».

Me sentí tan mal y tan desgraciado que casi deseaba haberme muerto. Me paseé arriba y abajo de la balsa, insultándome para mis adentros, y Jim se paseaba arriba y abajo frente a mí. Ninguno de los dos podía quedarse quieto. Cada vez que él pegaba un salto y decía: «¡Eso es El Cairo!» era como si me pegaran un tiro, y pensaba que si era El Cairo, me iba a morir del horror.

Jim hablaba en voz alta todo el tiempo mientras que yo hablaba solo. Según él, lo primero que haría cuando llegase a un estado libre sería ahorrar dinero y no gastarse ni un centavo, y cuando tuviera bastante compraría a su mujer, que era esclava en una granja cerca de donde vivía la señorita Watson, y después trabajarían los dos para comprar a sus dos hijos, y si el dueño de éstos no los quería vender, conseguirían que un abolicionista fuera a robarlos.

Al oír aquellas cosas casi se me helaba la sangre. Antes jamás se habría atrevido a decir todo aquello. Así era como había cambiado en cuanto pensó que casi era libre. Es lo que dice el dicho: «Dale a un negro la mano y se toma el codo». Yo pensaba: «Esto es lo que me pasa por no pensar». Ahí estaba aquel negro, al que prácticamente había ayudado yo a escaparse, que decía con toda la cara que iba a robar a sus hijos: unos niños que pertenecían a un hombre a quien yo ni siquiera conocía; un hombre que nunca me había hecho ningún daño.

Lamentaba oírle aquello, porque se rebajaba. Mi conciencia me empezó a doler más que nunca hasta que por fin le dije: «Déjame en paz... todavía no es demasiado tarde; en cuanto se haga de día voy a tierra y lo digo». Inmediatamente me sentí tranquilo y feliz y ligero como una pluma. Habían desaparecido todos mis problemas. Volví a mirar muy atentamente si había una luz, canturreando para mis adentros. Al cabo de un rato se vio una. Jim gritó:

—¡Estamos a salvo, Huck, estamos a salvo! ¡Levántate y salta de alegría! ¡Por fin es El Cairo, estoy seguro!

Y yo voy y digo:

—Bien, voy a ir a ver con la canoa. Ya sabes, a lo mejor no es.

De un salto preparó la canoa y puso en el fondo su viejo capote para que me sentara en él, me dio el remo y cuando salí me dice:

—Dentro de poco estaré gritando de alegría y diré que todo es gracias a Huck; soy un hombre libre y nunca lo habría podido ser de no haber sido por Huck; ha sido Huck. Jim no lo olvidará nunca, Huck; eres el mejor amigo que ha tenido Jim en su vida y eres el único amigo que tiene ahora el viejo Jim.

Yo iba remando a toda prisa para delatarlo; pero cuando dijo aquello

pareció que me quitase todas las fuerzas. Empecé a ir más lento y no estaba muy seguro de sentirme tan contento de haberme puesto en marcha. Cuando estaba a quinientas yardas, Jim va y dice:

—Ahí va mi fiel Huck; el único caballero blanco que ha cumplido sus promesas al viejo Jim.

Bueno, casi me pongo malo. Pero me dije: «Tengo que hacerlo; no puedo dejar de hacerlo». Justo entonces apareció un bote con dos hombres que llevaban escopetas y se pararon, y también yo. Uno de ellos va y dice:

—¿Qué es eso de ahí?

—Pues una balsa —contesté.

—¿Vas tú en ella?

—Sí, señor.

—¿Y van hombres en ella?

—Sólo uno, caballero.

—Bueno, pues hay cinco negros que se escaparon esta noche de allá arriba, donde está la curva. Tu hombre, ¿es blanco o negro?

No respondí inmediatamente. Lo intenté, pero no me salían las palabras. Traté un segundo o dos de hacer fuerzas y decirlo, pero no fui lo bastante hombre: estuve más cobarde que un conejo. Vi que no tenía fuerzas, así que dejé de intentarlo, y voy y digo:

—Es blanco.

—Creo que vamos a verlo nosotros mismos.

—Ojalá —dije yo—, porque es padre el que va ahí y a lo mejor me ayudan ustedes a remolcar la balsa a tierra donde está esa luz. Está malo, y lo mismo les pasa a madre y a Mary Ann.

—¡Qué diablos! Tenemos prisa, chico. Pero supongo que es nuestro deber. Vamos, dale al remo y vamos allá. Agarré la paleta y ellos sus remos. Al cabo de un par de remadas les digo:

—Padre les estará muy agradecido, eso seguro. Cuando digo a alguien que me ayude a remolcar la balsa a tierra todo el mundo se va y yo solo no puedo.

—Pues vaya gente más mezquina; pero, qué raro. Oye, chico, ¿qué le pasa a tu padre?

—Es ... aaa... laaa... bueno, no es nada grave.

Dejaron de remar. Ya estábamos muy cerca de la balsa. Uno va y dice:

—Chico, estás mintiendo. ¿Qué le pasa a tu padre? Responde la verdad, que más te vale.

—Sí, señor, de verdad que sí..., pero, por favor no nos abandonen. Es la... laaa... caballeros, si se acercan un poco y me dejan que les eche la amarra no tienen que acercarse a la balsa; por favor.

—¡Vamos atrás, John, vamos atrás! —dijo uno de ellos. Retrocedieron—. No te acerques, chico; manténte a sotavento. Maldita sea, sólo falta que nos la haya traído el viento. Tu padre tiene la viruela y tú lo sabes de sobra. ¿Por qué no lo dijiste a la primera? ¿Quieres que se le contagie a todo el mundo?

—Bueno —respondí yo lloriqueando—, es lo que les he dicho a todos antes y se iban y nos dejaban. —Pobre diablo, no te falta razón. Lo sentimos mucho por vosotros pero es que... bueno, maldita sea, no queremos que nos dé la viruela, compréndelo. Mira, voy a decirte lo que puedes hacer. No trates de atracar tú solo o lo destrozarás todo. Sigue flotando río abajo unas veinte millas y llegarás a un pueblo al lado izquierdo del río. Para entonces ya habrá amanecido del todo, y cuando pidas ayuda diles que tu familia entera tiene escalofríos y fiebre. No vuelvas a hacer el tonto y dejar que la gente se suponga lo que pasa. Estamos tratando de hacerte un favor, así que sé bueno y vete veinte millas más allá. No te valdría de nada atracar donde está la luz: no es más que una serrería. Oye, calculo que tu padre es pobre y desde luego que está teniendo mala suerte. Mira, voy a poner una moneda de oro de veinte dólares en esta tabla y cuando flote a tu lado la recoges. No es que me guste dejarte, pero ¡qué diablos!, con la viruela no se juega, ¿comprendes?

—Espera, Parker —dijo el otro—, ten otros veinte para poner también en la tabla. Adiós, chico; haz lo que te ha dicho el señor Parker y seguro que todo os irá bien.

—Exactamente, chico; adiós, adiós. Si ves negros fugitivos, busca quien te ayude a atraparlos y sacarás algo de dinero.

—Adiós, caballero —respondí—; no dejaré que se me escape ningún negro fugitivo si puedo evitarlo.

Se marcharon y yo volví a subirme en la balsa, sintiéndome malo y traidor, porque sabía muy bien que había hecho mal, y veía que de nada valía que intentase aprender a hacer bien las cosas; cuando alguien no empieza bien cuando es pequeño no hay nada que hacer: cuando llega el momento no tiene en qué apoyarse y que lo mantenga, así que siempre pierde. Después lo pensé un minuto y me dije: «Un momento; supongamos que hubieras hecho bien y hubieras entregado a Jim, ¿te sentirías mejor que ahora? No», me dije, «me sentiría mal, me sentiría igual que ahora. Bueno, entonces», me dije, «¿de qué sirve aprender a hacer bien las cosas cuando tienes problemas si las haces bien

y ningún problema si las haces mal y el resultado es siempre el mismo?» Estaba atrapado. No podía responder a aquello. Así que pensé que no me seguiría preocupando del asunto, y a partir de entonces siempre hago lo que me parece mejor en cada momento.

Entré en el wigwam; allí no estaba Jim. Miré en mi derredor y no lo vi por ninguna parte. Grité:

—¡Jim!

—Aquí estoy, Huck. ¿Ya no se les ve? No hables en voz alta.

Estaba en el agua, bajo el remo de proa, sin sacar más que la nariz. Le dije que ya no se los veía, así que subió a bordo. Me contó:

—He estado escuchando esa conversación y me metí en el agua y me iba a ir a la costa si subían. Después iba a volver a la balsa cuando se hubieran ido. Pero, ¡señor, cómo les has engañado, Huck! ¡Has sido de lo más astuto! Te digo chico que estoy seguro de que has salvado al viejo Jim... El viejo Jim no lo va a olvidar nunca, mi niño.

Después hablamos del dinero. No estaba nada mal: veinte dólares cada uno. Jim dijo que ahora podíamos tomar pasajes de cubierta en un barco de vapor y el dinero nos duraría hasta donde quisiéramos llegar en los estados libres. Dijo que veinte millas más no era mucha distancia para la balsa, pero que ojalá ya hubiéramos llegado.

Hacia el amanecer amarramos y Jim actuó con mucho cuidado para esconder bien la balsa. Después trabajó todo el día organizando las cosas en paquetes y preparándolo todo para seguir adelante sin la balsa.

Aquella noche, hacia las diez, llegamos a la vista de las luces de un pueblo en una curva del lado izquierdo.

Fui en la canoa a preguntar. En seguida me encontré con un hombre que había salido al río con un bote y estaba preparando unos sedales. Me acerqué y le pregunté:

—Caballero, ¿ese pueblo es El Cairo?

—¿El Cairo? No. Debes de ser idiota perdido.

—¿Cómo se llama ese pueblo, caballero?

—Si quieres enterarte, ve a preguntarlo. Si te quedas aquí molestándome medio minuto más, te vas a llevar una torta.

Volví a remo a la balsa. Jim se sintió muy desilusionado, pero le dije que no importaba, que según mis cálculos, El Cairo sería el pueblo siguiente.

Pasamos otro pueblo antes del amanecer, y yo iba a volver a preguntar,

pero estaba muy alto, así que no salí. «El Cairo no está en alto», dijo Jim. A mí se me había olvidado. Nos quedamos parados el día entero en un islote de hierba bastante cerca de la orilla izquierda. Empecé a sospechar algo. Jim también. Yo dije:

—A lo mejor pasamos junto a El Cairo aquella noche de niebla. Y él contestó:

—No hablemos de eso, Huck. Los pobres negros nunca tenemos suerte. Siempre he sospechado que aquella piel de serpiente de cascabel no había terminado su trabajo.

—Ojalá no hubiera visto nunca aquella piel de serpiente, Jim... ojalá no le hubiera echado nunca la vista encima.

—No es culpa tuya, Huck; tú no lo sabías. No te eches la culpa de eso.

Cuando amaneció vimos el agua clara del Ohio junto a la costa, sin duda alguna, y al lado venía el gran río como siempre. Así que nada que ver con El Cairo.

Hablamos del asunto. No valía de nada ir a tierra; naturalmente, no podíamos llevar la balsa río arriba. No había nada que hacer más que esperar a que anocheciera, volvernos con la canoa y ver si teníamos suerte. Así que nos pasamos el día durmiendo entre los alamillos, para estar descansados para el trabajo, y cuando volvimos a la balsa al oscurecer, la canoa había desaparecido.

No dijimos ni una palabra durante un buen rato. No había nada que decir. Los dos sabíamos perfectamente bien que era otra vez cosa de la piel de la serpiente de cascabel, así que, ¿de qué valía hablarlo? Aquello no sería más que como si estuviéramos buscando algo a que echar la culpa, y sin duda nos traería todavía más mala suerte, y seguiría trayéndola hasta que comprendiésemos que lo mejor era no hablar del tema.

Después de un rato hablamos de lo que tendríamos que hacer y vimos que no había otra cosa que seguir adelante con la balsa hasta que pudiéramos comprar una canoa para deshacer el camino en ella. No íbamos a tomarla prestada cuando no había nadie por allí, como haría padre, porque entonces quizá nos persiguiera alguien.

Así que después de oscurecer salimos en la balsa.

Y el que no se crea todavía que es una estupidez andar manejando pieles de serpiente después de todo lo que aquella piel de serpiente nos hizo a nosotros lo creerá ahora si continúa leyendo y ve lo que nos siguió haciendo.

El sitio donde comprar canoas es donde haya balsas atracadas en la ribera. Pero no vimos ninguna balsa atracada, así que seguimos adelante tres horas o

más. Bueno, la noche se puso gris y el aire muy denso, que es lo peor que puede haber después de una niebla. No se ve la forma en el río ni se aprecia la distancia. Se hizo muy tarde en medio del silencio, y entonces, de pronto, apareció un barco de vapor río arriba. Encendimos la farola y creímos que la vería. Los barcos que remontan generalmente no se nos acercaban; iban buscando las barras de arena en busca del agua fácil bajo los arrecifes; pero en noches así suben por medio del canal enfrentándose con todo el río.

Podíamos oír su motor, pero no lo vimos bien hasta que se acercó. Venía directo hacia nosotros. Muchas veces hacen eso y tratan de ver hasta dónde pueden acercarse sin tocarlo a uno; a veces la rueda arranca un tablón, y entonces el piloto asoma la cabeza y se echa a reír y se cree muy listo. Bueno, aquí viene, y decidimos que iba a tratar de afeitarnos, pero no parecía desviarse ni un poco. Era grande y venía a toda velocidad, como una nube negra con filas de luciérnagas a los lados; pero de pronto se vio entero, enorme que daba miedo, con una fila larga de portezuelas de hornos abiertas y brillantes como dientes al rojo y con los costados y las barandillas monstruosos justo encima de nosotros. Alguien nos gritó, y se oyó un ruido de campanas para frenar las máquinas, un montón de juramentos y el silbido del vapor, y justo cuando Jim saltaba de un lado y yo del otro, arremetió contra la balsa y la hizo añicos.

Salté y me propuse llegar hasta el fondo, porque me iba a pasar por encima una rueda de treinta pies y yo quería tener mucho margen. Siempre he podido aguantar un minuto debajo del agua; creo que aquella vez aguanté un minuto y medio. Después salí rápido a la superficie, porque estaba a punto de reventar. Saqué bastante la cabeza y me soplé el agua de la nariz, jadeando un poco. Naturalmente, había una corriente enorme, y naturalmente aquel barco volvió a ponerse en marcha diez segundos después de haber parado las máquinas, porque nunca se preocupaban mucho por los balseros, de forma que seguía chapaleando río arriba, invisible en medio de aquel aire denso, aunque todavía se podía oír el ruido que producía.

Llamé a Jim media docena de veces, pero sin recibir respuesta; así que agarré un tablón que me tocó mientras yo pedaleaba en el agua y me dirigí hacia tierra, bien agarrado a él. Pero logré ver que la corriente llevaba hacia la ribera de la izquierda, lo cual significaba que yo estaba en medio de un cruce de corrientes, así que cambié y seguí por allí.

Era uno de aquellos cruces largos, y regulares, de dos millas; así que tardé mucho en recorrerlo. Llegué bien a tierra y trepé por la orilla. Sólo podía ver a muy poca distancia, pero fui tanteando por un terreno pedregoso un cuarto de milla o más, y después me tropecé con una de esas casonas anticuadas de troncos que ni había visto. Iba a pasar corriendo lejos de allí, pero salió una jauría de perros que se puso a aullar y a ladrarme y comprendí que era mejor

no moverme.

Capítulo 17

Al cabo de un minuto alguien dijo por la ventana, sin sacar la cabeza:

—¡Basta, chicos! ¿Quién va?

Y respondí:

—Soy yo.

—¿Quién es yo?

—George Jackson, caballero.

—¿Qué quieres?

—No quiero nada, caballero. No hacía más que pasar, pero los perros no me dejan.

—Y, ¿qué haces merodeando por aquí a estas horas de la noche, eh?

—No estaba merodeando, caballero; me he caído del barco de vapor.

—¿De verdad? ¡No me digas! Que alguien encienda una luz, ¿cómo has dicho que te llamabas?

—George Jackson, caballero. Soy un muchacho.

—Mira, si dices la verdad, no tienes por qué tener miedo: nadie va a hacerte nada. Pero no intentes moverte; quédate donde estás. Que alguien despierte a Bob y a Tom y que traigan las armas. George Jackson, ¿hay alguien contigo?

—No, caballero, nadie.

Ahora se oía a gente que se movía por la casa y vi una luz. El hombre gritó:

—Aparta esa luz, Betsy, vieja idiota... ¿no tienes sentido común? Ponla en el suelo detrás de la puerta principal. Bob, si tú y Tom estáis listos, a vuestros puestos.

—Listos.

—Y ahora, George Jackson, ¿sabes quiénes son los Shepherdson?

—No, señor, nunca he oído hablar de ellos.

—Bueno, quizá digas la verdad y quizás mientas. Ahora, todos listos. Da

un paso adelante, George Jackson. Y cuidadito, sin prisas... muy despacio. Si hay alguien contigo, que se quede ahí; si lo vemos, le pegamos un tiro. Ahora, adelante. Ven despacio; abre la puerta tú mismo. .. justo lo suficiente para entrar, ¿me oyes?

No corrí; no podría aunque hubiera querido. Fui dando un paso lento tras otro y no se oía un ruido, sólo que a mí me pareció que oía los latidos de mi corazón. Los perros estaban igual de callados que las personas, pero me pisaban los talones. Cuando llegué a los tres escalones de troncos, oí que quitaban el cerrojo y la barra de la puerta. Puse la mano en la puerta, empujé un poco y después un poco más hasta que alguien dijo: «Vale, ya basta; enséñanos la cabeza». Lo hice, pero pensando que me la iban a arrancar.

La vela estaba en el suelo, y allí estaban todos, mirándome, y yo a ellos, y nos quedamos así un cuarto de minuto: tres hombrones apuntándome con sus armas, lo cual os aseguro que me dio escalofríos; el mayor era canoso y tendría unos sesenta años, y los otros dos treinta o más (todos ellos muy finos y muy guapos) y una señora anciana de pelo gris y con un aspecto de lo más bondadoso, que tenía detrás dos mujeres jóvenes a las que no logré ver bien. El señor mayor dijo:

—Vale; supongo que está bien. Entra.

En cuanto entré, el caballero anciano cerró la puerta y le echó el cerrojo y la barra, dijo a los jóvenes que entrasen con sus escopetas y todos fueron al gran salón que tenía una alfombra nueva de paño y se reunieron en un rincón apartado de las ventanas de la fachada: a los lados no había ni una. Agarraron la vela, me miraron bien y todos dijeron: «Pues no es un Shepherdson, no; no tiene nada de Shepherdson». Después el anciano dijo que esperaba que no me importase que me registrasen para ver si llevaba armas, porque no lo hacían con mala intención; era sólo para asegurarse. Así que no me metió las manos en los bolsillos, sino que únicamente me tocó por los lados con las manos y aseguró que estaba bien. Me dijo que me pusiera cómodo y me sintiera en mi propia casa y les hablase de mí, pero la señora vieja dijo:

—Pero, hombre, Saúl, pobrecito; está calado hasta los huesos y, ¿no crees que quizá tenga hambre?

—Tienes razón, Rachel; se me olvidaba.

Así que la vieja dice:

—Betsy (era una negra), ve corriendo y trae algo de comer a toda prisa, pobrecito; y una de vosotras, las chicas, id a despertar a Buck y le decís... ah, aquí viene. Buck, llévate a este muchachito y quítale la ropa húmeda y dale algo tuyo que esté seco para que se lo ponga.

Buck parecía de la misma edad que yo más o menos: trece o catorce años, aunque era un poco más alto. No llevaba más que una camisa, y tenía el pelo todo revuelto. Llegó bostezando y pasándose una mano por los ojos, con una escopeta en la otra. Respondió:

—¿No hay Shepherdson por aquí? Dijeron que no, que era una falsa alarma.

—Bueno —dice—, si hubieran venido, seguro que me llevo a uno por delante. Todos se echaron a reír, y Bob dice:

—Pero Buck, nos podrían haber quitado el cuero cabelludo a todos, con lo que has tardado en llegar.

—Bueno, es que no me ha avisado nadie, y eso no está bien. Nunca me decís nada; no me dejáis hacer nada.

—No importa, Buck, hijo mío —dice el viejo—, ya podrás hacer lo suficiente a su debido tiempo, no te preocupes por eso. Ahora vete a hacer lo que te ha dicho tu madre.

Cuando subimos las escaleras hasta su cuarto me dio una camisa gruesa, una cazadora y unos pantalones, y me lo puse todo. Entre tanto me preguntó cómo me llamaba, pero antes de que se lo pudiera decir empezó a contarme que anteayer había cogido en el bosque un estornino y un conejito y me preguntó dónde estaba Moisés cuando se apagó la vela. Dije que no lo sabía; no lo había oído nunca, de verdad.

—Bueno, pues supón —sugirió.

—¿Cómo voy a suponer —respondí— cuando nunca me lo ha dicho nadie antes?

—Pero puedes suponer, ¿no? Es igual de fácil.

—¿Qué vela? —pregunté.

—Pues cualquier vela —contestó.

—No sé dónde estaba —respondí—; ¿dónde estaba?

—Hombre, ¡estaba en tinieblas! ¡Ahí es donde estaba!

—Bueno, pues si ya sabías dónde estaba, ¿para qué me lo preguntas?

—Pero, hombre, es una adivinanza, ¿no entiendes? Oye, ¿cuánto tiempo vas a quedarte? Tienes que quedarte para siempre. Lo podemos pasar fenómeno... Ahora no hay escuela. ¿Tienes perro? Yo tengo un perro que sabe meterse en el río a traerte las cosas que le tiras. ¿Te gusta eso de peinarte los domingos y todas esas tonterías? Te aseguro que a mí no, pero madre me obliga. ¡Malditos pantalones! Supongo que tendré que ponérmelos, pero

preferiría que no, con este calor. ¿Estás listo? Vale. Baja conmigo, compañero.

Pan de borona frío, carne salada fría, mantequilla y leche con abundante nata: eso es lo que me tenían preparado abajo, y en mi vida he comido nada mejor. Buck y su madre y todos los demás fumaban pipas de maíz, salvo la negra, que se había ido, y las dos mujeres jóvenes. Todos fumaban y hablaban, y yo comía y hablaba. Las dos mujeres jóvenes estaban envueltas en colchas y llevaban la melena suelta. Todos me hacían preguntas, y les dije que padre y yo y toda la familia vivíamos en una granja pequeña allá al otro lado de Arkansas y que mi hermana Mary Ann se había escapado para casarse y no habíamos vuelto a saber de ella, y que Bill fue a buscarlos y tampoco habíamos vuelto a saber de él, y que Tom y Mort habían muerto y ya no quedaba nadie más que yo y padre, y que él se había ido consumiendo con tantos problemas, así que cuando se murió me llevé lo que quedaba, porque la granja no era nuestra, y empecé a remontar el río con pasaje de cubierta y me había caído por la borda y que por eso estaba allí. Entonces me dijeron que ahí tenía mi casa mientras yo quisiera. Después se hizo casi de día y todo el mundo se fue a acostar y yo me fui con Buck, y cuando me desperté por la mañana, maldita sea, se me había olvidado cómo me llamaba. Así que me quedé allí tumbado una hora tratando de pensarlo, y cuando Buck se despertó le pregunté:

—¿Estás bien de ortografía, Buck?

—Sí —respondió.

—Seguro que no sabes escribir cómo me llamo —le dije.

—Te apuesto lo que quieras a que sí —contestó.

—Vale —dije—; vamos a verlo.

—G—e—o—r—g—e J—a—x—o—n, para que te enteres —dijo.

—Vale —respondí—, sí que has sabido, pero no me lo creía. No te creas que es un nombre fácil de escribir así, sin estudiárselo.

Me lo apunté a escondidas, porque a lo mejor alguien quería que fuera yo quien lo escribiera, así que quería hacerlo de golpe, y soltarlo como si ya estuviera muy acostumbrado.

Era una familia muy simpática y la casa también era estupenda. Nunca había visto yo una casa tan buena y con tanto estilo. No tenía un pasador de hierro en la puerta principal, ni de madera con una cuerda de piel, sino un pomo de latón para darle la vuelta, igual que las casas de la ciudad. En el salón no había camas ni señales de ellas, aunque hay montones de salones en las ciudades donde se ven camas. Había una chimenea muy grande, revestida de ladrillos por abajo, que mantenían limpios a base de agua y de frotarlos con

otro ladrillo; a veces los lavaban con una pintura de agua roja que llaman tierra de España, igual que en la ciudad. Tenían unos hierros de chimenea de bronce con los que se podía coger todo un tronco. En medio de la repisa había un reloj con la pintura de un pueblo en la parte de abajo de la tapa de cristal, y una apertura redonda en el medio para la esfera, y por detrás se veía el péndulo que oscilaba. Daba gusto oír el tictac de aquel reloj, y a veces cuando pasaba por allí un quincallero que lo limpiaba y lo ponía a punto comenzaba a sonar y daba ciento cincuenta campanadas antes de cansarse. No lo hubieran vendido por nada del mundo.

Y a cada lado del reloj había un loro muy raro hecho como de tiza y pintado de muchos colores. Al lado de uno de los loros había un gato de porcelana y al lado del otro un perro también de porcelana, y cuando se los apretaba chirriaban, pero no abrían la boca ni parecían distintos ni interesados. Detrás de ellos había dos abanicos de alas de pavo silvestre. En la mesa, en medio de la habitación, había una especie de cesto precioso de porcelana que tenía manzanas, naranjas, melocotones y uvas, todo amontonado, y mucho más rojo y amarillo y más bonito que la fruta real, pero no era de verdad porque se veía dónde habían saltado pedazos y por debajo la tiza blanca o lo que fuera.

Aquella mesa tenía un mantel de un hule precioso, con un águila roja y azul y una cenefa pintada todo alrededor. Decían que había llegado de Filadelfia. También había algunos libros, en montones muy ordenados a cada esquina de la mesa. Uno de ellos era una gran Biblia familiar llena de ilustraciones. Otro era el Progreso del peregrino, de un hombre que dejaba a su familia, pero no decía por qué. De vez en cuando me leía un montón de páginas. Lo que decía era interesante, pero difícil. Otro era la Ofrenda de la amistad, lleno de cosas muy bonitas y poesías, pero la poesía no me la leí. Otro eran los Discursos de Henry Clay y otro la Medicina en familia del doctor Gunn, donde decía todo lo que había que hacer si alguien se ponía malo o se moría. Había un libro de himnos y un montón de libros más. Y había unas sillas de rejilla muy bonitas, y además muy resistentes, no hundidas por el medio y rotas, como una cesta vieja.

En las paredes tenían colgados cuadros sobre todo de Washington y Lafayette y batallas y María reina de Escocia y otro que se llamaba La firma de la Declaración. Había algunos que llamaban pasteles, que había hecho una de las hijas, muerta cuando sólo tenía quince años. Eran diferentes de todos los cuadros que había visto yo antes: casi todos más oscuros de lo que se suele ver. Uno era de una mujer con un vestido negro ajustado, con un cinturón debajo de los sobacos y con bultos como una col en medio de las mangas y un gran sombrero negro en forma como de cofia, con un velo negro y los tobillos blancos y delgados vendados con una cinta negra y unas zapatillas negras muy

pequeñas, como espátulas, y estaba inclinada pensativa sobre una losa de cementerio apoyándose en el codo derecho, bajo un sauce llorón, con la otra mano caída a un lado y en ella un pañuelo blanco y un ridículo, y debajo del cuadro un letrero que decía «Nunca volveré a verte, ay». Otro era de una señorita joven con el pelo todo peinado en tupé y hecho un moño y atado por detrás a un peine grande como una espalda de silla que lloraba en un pañuelo y en la otra mano tenía un pájaro muerto de espaldas y patas arriba, y debajo del cuadro decía «Nunca volveré a oír tu dulce trino, ay». Había otro en que una señorita miraba a la luna por una ventana y se le caían las lágrimas por las mejillas, y en una mano tenía una carta abierta en cuyo borde se veía un sello de lacre negro, y se llevaba a la boca un guardapelos con una cadena y debajo del cuadro decía «Y te has ido, sí, te has ido, ay». Calculo que aquellos cuadros eran de mucho mérito, pero no sé por qué no me gustaban, porque cuando yo estaba algo desanimado siempre me daban canguelo. Todo el mundo estaba muy triste porque se había muerto, porque le quedaban muchos cuadros más por pintar, y por los que ya había pintado se veía lo que habían perdido. Pero yo calculaba que con aquel estado de ánimo lo estaría pasando mucho mejor en el cementerio. Estaba pintando el que decían que iba a ser su mejor cuadro cuando se puso mala, y todos los días y todas las noches rezaba para seguir viva hasta haberlo terminado, pero no tuvo la oportunidad. Era un cuadro de una muchacha con un vestido blanco largo, subida a la barandilla de un puente y lista para saltar, con la melena suelta a la espalda mirando la luna, con la cara bañada en lágrimas, que tenía dos brazos cruzados sobre el pecho, dos brazos alargados por delante y dos brazos que se dirigían a la luna, y de lo que se trataba era de ver qué par de brazos quedaría mejor y después borrar todos los demás, pero como estaba diciendo, se murió antes de decidirse y ahora tenían aquel cuadro encima de la cabecera de la cama en su habitación y cada vez que llegaba su cumpleaños le ponían flores todo alrededor. El resto del tiempo estaba tapado con una cortinilla. La muchacha del cuadro tenía una especie de cara simpática y agradable, pero a mí me parecía que tantos brazos le daban un aire un poco de araña.

Cuando la chica vivía había ido haciendo un libro de recortes en el que pegaba las noticias necrológicas y los accidentes y los casos de sufrimientos pacientes que habían ido saliendo en el Observador presbiteriano, con poesías que le habían inspirado y que ella escribía con su propia imaginación. Eran unas poesías muy buenas. Ésta es la que escribió sobre un chico que se llamaba Stephen Dowling Bots, que se cayó a un pozo y se ahogó:

ODA A STEPHEN DOWLING BOTS, DIFUNTO

¿Fue Stephen y enfermó? ¿De eso Stephen se murió?

¿Padeció su corazón? ¿La gente se entristeció?

No; no fue ése el destino de Stephen Dowling Bots;

aunque su triste muerte a muchos nos afligió, no fue la enfermedad la que se lo llevó.

No fue la tos ferina la que nos lo arrebató, tampoco fue el culpable el horrible sarampión; ninguno de ellos doblegó

a Stephen Dowling Bots.

Tampoco fue la pena de un no compartido amor la que arrugara su frente de rabia y de dolor; no fueron las angustias de la mala digestión las que acabaron por siempre con Stephen Dowling Bots.

¡Ay, no! Escuchad atentos, tan llorosos como yo, el horrible destino que aquel pobre sufrió.

Cómo su alma el mundo frío y triste abandonó porque nuestro muchacho a hondo pozo se cayó.

En seguida acudieron a vaciarle el pulmón, mas era ya muy tarde, ay, para el pobre corazón; su alma se elevaba en tres nubes de algodón adonde se celebra la celestial Reunión.

Si Emmeline Grangerford era capaz de escribir poesías así antes de cumplir los catorce años, Dios sabe lo que podría haber hecho con el tiempo. Buck decía que le salía la poesía con toda la facilidad. Ni siquiera tenía que pararse a pensar. Decía que escribía una línea y si no encontraba nada que rimase la tachaba y escribía otra y seguía adelante. No era nada exigente; podía escribir de cualquier cosa que le diera uno como tema, con tal de que fuera triste. Cada vez que se moría un hombre, o una mujer, o un niño, allí estaba ella con su «homenaje» antes de que se hubiera enfriado el cadáver. Los llamaba homenajes. Los vecinos decían que primero llegaba el médico, después Emmeline y después el de la funeraria; el de la funeraria nunca se le adelantó a Emmeline más que una vez, y fue porque ella no encontró forma de rimar con el nombre de alguien que se llamaba Whistler. A partir de entonces nunca volvió a ser la misma; nunca se quejó, pero empezó a ponerse melancólica y ya no vivió mucho tiempo. Pobrecita; yo subía muchas veces al cuartito que había sido el suyo y sacaba su pobre cuaderno de recortes y lo iba leyendo cuando sus cuadros me habían irritado y me sentía un poco enfadado con ella. Me gustaba toda aquella familia, los muertos y todo, y no iba a dejar que nada se interpusiera entre nosotros. La pobre Emmeline escribía poesías de todos los muertos cuando ella estaba viva y no me parecía bien que no hubiese nadie que le escribiese una ahora que se había muerto ella; así que traté de escribirle una o dos, pero no sé por qué no me salían. Siempre tenían el cuarto de Emmeline ordenado y limpio, con todas las cosas exactamente como le gustaban a ella cuando estaba viva, y allí nunca dormía nadie. La

señora vieja se encargaba ella misma del cuarto, aunque había muchos negros, y se pasaba muchos ratos cosiendo y leyendo la Biblia, sobre todo.

Bueno, como iba diciendo del salón, en las ventanas había unas cortinas muy bonitas: blancas, con pinturas de castillos con hiedras por todas las murallas y ganado que iba a beber. También había un piano pequeño y viejo que sonaba como una carraca, y pasábamos unos ratos estupendos cuando las señoras jóvenes cantaban «El último vínculo se ha roto» y tocaban en él «La batalla de Praga». Todas las habitaciones tenían las paredes enyesadas y casi todas tenían alfombras, y toda la casa estaba encalada por fuera.

Era una casa doble, y el gran espacio abierto entre las dos partes tenía techo y estaba ensolado; a veces ponían allí la mesa al mediodía y era un sitio fresco y agradable. Era lo mejor del mundo. ¡Y encima guisaban muy bien y había montones de todo!

Capítulo 18

El coronel Grangerford era un caballero, ¿comprendéis? Era un caballero en todo, y lo mismo pasaba con su familia. Era de buena cuna, como dicen, y eso vale tanto en un hombre como en un caballo, como decía la viuda Douglas, y nadie ha negado que ella era de la primera aristocracia de nuestro pueblo, y padre siempre lo decía, también, aunque lo que es él no era de mejor familia que un gato callejero. El coronel Grangerford era muy alto y delgado y tenía la piel de un color moreno pálido, sin una sola mancha roja; todas las mañanas se afeitaba la cara entera, que tenía muy delgada, igual que los labios y las ventanillas de la nariz; tenía la nariz muy alta y unas cejas pobladas y ojos negrísimos, tan hundidos que parecía, como si dijéramos, que le miraba a uno desde el fondo de una caverna. Tenía la frente despejada y el pelo canoso y liso, que le llegaba hasta los hombros. Tenía las manos largas y delgadas, y todos los días se ponía una camisa limpia y un terno entero de lino tan blanco que dolían los ojos al mirarlo, y los domingos, una levita azul con botones de cobre. Llevaba un bastón de caoba con pomo de plata. No era nada frívolo, ni un pelo, y nunca gritaba. Era de lo más amable y se notaba, de forma que se fiaba uno de él. A veces sonreía y daba gusto verlo, pero cuando se ponía tieso como un mástil de bandera y empezaba a echar relámpagos por los ojos, primero pensaba uno en subirse a un árbol y después en enterarse de lo que pasaba. Nunca tenía que decirle a nadie que tuviera buenos modales: donde estaba él, todo el mundo siempre se comportaba bien. Y a todos les encantaba tenerlo cerca; casi siempre era como un rayo de sol: quiero decir, que con él parecía que hacía buen tiempo. Cuando se convertía en un nubarrón, se

oscurecía medio minuto y con eso bastaba; en una semana nadie volvería a hacer nada mal.

Cuando él y la señora anciana bajaban por la mañana, toda la familia se levantaba de las sillas para darles los buenos días y no volvía a sentarse hasta que sentaban ellos. Después Tom y Bob iban al aparador donde estaba el frasco de cristal y servían una copa de licor de hierbas y se lo daban, y él se quedaba con la copa en la mano, esperando hasta que Tom y Bob se servían la suya, y ellos hacían una reverencia y decían: «A la salud de ustedes, señor y señora», y ellos se inclinaban también una chispa y daban las gracias y bebían los tres, y Tom y Bob echaban una cucharada de agua en el azúcar y el poco de whisky o de licor de manzana que quedaba en el fondo de sus copas y nos lo daban a mí y a Buck, y nosotros también bebíamos a la salud de los mayores.

Bob era el mayor y después venía Tom: dos hombres altos y guapos con hombros muy anchos y caras curtidas, pelo negro largo y ojos negros. Iban vestidos de lino blanco de la cabeza a los pies, igual que el anciano caballero, y llevaban sombreros anchos de Panamá.

Después venía la señorita Charlotte; tenía veinticinco años y era alta, orgullosa y estupenda, pero buenísima cuando no estaba enfadada; aunque cuando lo estaba echaba unas miradas que le dejaban a uno helado, igual que su padre. Era guapísima.

También lo era su hermana, la señorita Sophia, pero de tipo distinto. Era tranquila y pacífica como una paloma, y sólo tenía veinte años.

Cada persona tenía su propio negro para servirla, y Buck también. Mi negro se lo pasaba la mar de bien, porque yo no estaba acostumbrado a que nadie me hiciera las cosas, pero el de Buck se pasaba el tiempo corriendo de un lado para otro.

Ésa era la familia que quedaba, pero antes eran más: tres hijos a los que habían matado y Emmeline, que había muerto.

El anciano caballero tenía un montón de granjas y más de cien negros. A veces llegaba un montón de gente a caballo, de diez o quince millas a la redonda, y se quedaban cinco o seis días, todo el tiempo divirtiéndose en el río o al lado, con bailes y picnics en los bosques durante el día y bailes en la casa por la noche. Casi todos eran parientes de la familia. Los hombres llegaban con sus armas. Os aseguro que aquella sí que era gente distinguida.

Por allí cerca había otro clan de aristócratas —cinco o seis familias— casi todos ellos llamados Shepherdson. Eran de tan buena cuna y tan finos, ricos y grandiosos como la tribu de los Grangerford. Los Shepherdson y los Grangerford utilizaban el mismo embarcadero, que estaba unas dos millas río arriba de nuestra casa, de forma que a veces cuando yo iba allí con muchos de

los nuestros veía a un montón de Shepherdson que ya habían llegado con sus caballos de raza.

Un día Buck y yo estábamos en el bosque de caza y oímos que llegaba un caballo. Estábamos cruzando el camino, y Buck va y grita:

—¡Rápido! ¡Correa los árboles!

Nos echamos a correr y después miramos entre las hojas de los árboles. En seguida llegó un joven espléndido galopando por el camino, muy aplomado en la silla y con aire de soldado. Llevaba la escopeta cruzada encima del pomo de la silla. Ya lo había visto antes. Era el joven Harney Shepherdson. Oí que Buck disparaba la escopeta junto a mi oreja y a Harney se le cayó el sombrero de la cabeza. Agarró su arma y fue derecho adonde estábamos escondidos nosotros. Pero no esperamos. Echamos a correr por el bosque. El bosque no era muy poblado, así que miré por encima del hombro por si disparaba, y dos veces vi que Harney cubría a Buck con la escopeta y después daba la vuelta, supongo que para recoger el sombrero, pero no lo pude ver. No dejamos de correr hasta que llegamos a casa. Al anciano le relampaguearon los ojos un minuto —creo que sobre todo de placer— y después suavizó algo el gesto y dijo con voz amable:

—No me gusta que hayas disparado desde detrás de un árbol. ¿Por qué no saliste al camino, hijo?

—Los Shepherdson no lo hacen, padre. Siempre se aprovechan.

La señorita Charlotte había mantenido la cabeza alta como una reina mientras Buck contaba su historia, con las aletas de la nariz muy abiertas, y ahora parpadeó. Los dos hombres más jovenes tenían aire sombrío, pero no dijeron nada. La señorita Sophia palideció, pero recuperó el color cuando se enteró de que el hombre no estaba herido.

En cuanto pude llevarme a Buck donde se guardaba el maíz y estábamos solos bajo los árboles le pregunté:

—¿Querías matarlo, Buck?

—Hombre, claro que sí.

—¿Qué te había hecho?

—¿Él? Nunca me ha hecho nada.

—Bueno, entonces, Buck, ¿por qué querías matarlo?

—Pues por nada, no es más que por la venganza de sangre.

—¿Qué es una venganza de sangre?

—Pero, ¿dónde te has criado? ¿No sabes lo que es una venganza de

sangre?

—Nunca había oído hablar de eso... dime lo que es.

—Bueno —dijo Buck—, una venganza de sangre es algo así: un hombre se pelea con otro y le mata, entonces el hermano de ese otro lo mata a él; después los demás hermanos de cada familia se van buscando unos a otros, después entran los primos y al cabo de un tiempo han muerto todos y se acabó la venganza de sangre. Pero es como muy lento y lleva mucho tiempo.

—¿Y ésta dura desde hace mucho tiempo, Buck?

—¡Pues claro! Empezó hace treinta años o así. Hubo una pelea por algo y después un pleito para solucionarla, y el pleito lo ganó uno de los hombres, así que el otro fue y mató al que lo había ganado, que es naturalmente lo que tenía que hacer, por supuesto. Lo que haría cualquiera.

—Y, ¿cuál fue el problema, Buck? ¿Fue por tierras? —Supongo que sería... no lo sé.

—Bueno, ¿quién mató a quién? ¿Fue un Grangerford o un Shepherdson? —¿Cómo diablo voy a saberlo yo? Fue hace mucho tiempo.

—¿No lo sabe nadie?

—Ah, sí, padre lo sabe, supongo, y alguno de los otros viejos; pero ya no saben por qué fue la primera pelea.

—¿Ha habido muchos muertos, Buck?

—Sí; ha habido muchos funerales. Pero no siempre matan. Padre lleva algo de metralla dentro, pero no le importa porque de todos modos no pesa mucho. Bob tiene uno o dos tajos de cuchillo de caza y a Tom lo han herido una o dos veces.

—¿Ha muerto alguien ya este año, Buck?

—Sí; nosotros nos apuntamos uno y ellos otro. Hace unos tres meses mi primo Bud, que tenía catorce años. Iba por el bosque del otro lado del río y no llevaba armas, lo que es una estupidez, y cuando estaba en un sitio solitario oyó un caballo que venía por detrás y vio al viejo Baldy Shepherdson que le perseguía con la escopeta en la mano y el pelo blanco flotando al viento, y en lugar de saltar del caballo y echarse a correr, Bud se creyó que podía ir más rápido, así que la persecución continuó cinco millas o más y el viejo ganaba cada vez más terreno; al final Bud vio que no merecía la pena y se paró y le hizo cara para que las heridas fueran de frente, ya sabes, y el viejo lo alcanzó y lo mató. Pero no tuvo mucho tiempo para disfrutar con su suerte, porque en menos de una semana los nuestros lo mataron a él.

—Para mí que ese viejo era un cobarde, Buck.

—Pues para mí que no era un cobarde. Ni mucho menos. No hay ni un solo Shepherdson que sea un cobarde; ni uno. Ni tampoco hay un solo Grangerford que sea un cobarde. Pero si una vez aquel viejo aguantó solo una pelea de media hora contra tres Grangerford y venció él. Estaban todos a caballo; él se apeó y se parapetó tras unas maderas y puso el caballo delante para que le dieran a él las balas; pero los Grangerford siguieron a caballo dando vueltas al viejo y disparándole y él disparándolos a ellos. Él y su caballo volvieron a casa bastante fastidiados y agujereados, pero a los Grangerford hubo que llevarlos a casa, uno de ellos muerto, y otro murió al día siguiente. No, señor; si alguien anda buscando cobardes, que no pierda el tiempo con los Shepherdson, porque ellos no crían de eso.

Al domingo siguiente fuimos todos a la iglesia, a unas tres millas, todos a caballo. Los hombres se llevaron las escopetas, y Buck también, y las mantuvieron entre las rodillas o las dejaron a mano apoyadas en la pared. Los Shepherdson hicieron lo mismo: fue un sermón de lo más corriente: todo sobre el amor fraterno y tonterías por el estilo; pero todo el mundo dijo que era un buen sermón y hablaron de él en el camino de vuelta, y tenían tantas cosas que decir de la fe y las buenas obras y la gracia santificante y la predeterminación y no sé qué más que me pareció uno de los peores domingos de mi vida.

Más o menos una hora después de comer todo el mundo dormía la siesta, algunos en sus sillas y otros en sus habitaciones, y resultaba todo muy aburrido. Buck y un perro estaban tirados en la hierba al sol, dormidos como troncos. Yo subí a nuestra habitación pensando en echarme también la siesta. Vi a la encantadora señorita Sophia de pie en su puerta, que estaba al lado de la nuestra, y me hizo pasar a su habitación, cerró la puerta sin hacer ruido y me preguntó si la quería, y yo le contesté que sí, y me preguntó si le haría un favor sin decírselo a nadie y le dije que sí. Entonces me contó que se había olvidado el Nuevo Testamento y lo había dejado en el asiento de la iglesia entre otros dos libros, y que si no querría yo salir en silencio e ir a buscárselo sin decirle nada a nadie. Le dije que sí. Así que me marché tranquilamente por el camino y en la iglesia no había nadie, salvo quizá un cerdo o dos, porque la puerta no tenía cerradura y a los cerdos les gustan los suelos apisonados en verano, porque están frescos. Si se fija uno, casi nadie va a la iglesia más que cuando es obligatorio, pero los cerdos son diferentes.

Me dije: «Algo pasa; no es natural que una chica se preocupe tanto por un Nuevo Testamento», por eso lo sacudí y se cayó un trocito de papel que tenía escrito a lápiz: «A las dos y media». Seguí buscando pero no encontré nada más. Aquello no me decía nada, así que volví a poner el papel en el libro y cuando regresé a casa y subí las escaleras la señorita Sophia estaba en su puerta esperándome. Me hizo entrar y cerró la puerta; después buscó en el Nuevo Testamento hasta que encontró el papel, y en cuanto lo leyó pareció

ponerse muy contenta; y antes de que uno pudiera darse cuenta, me agarró y me dio un abrazo diciendo que yo era el mejor chico del mundo y que no se lo contara a nadie. Se le enrojeció mucho la cara un momento, se le iluminaron los ojos y estaba muy guapa. Yo me quedé muy asombrado, pero cuando recuperé el aliento le pregunté qué decía el papel, y ella me preguntó si lo había leído, y cuando dije que no, me preguntó si sabía leer manuscritos y yo respondí que sólo letra de imprenta, y entonces ella dijo que el papel no era más que para señalar hasta dónde había llegado y que ya podía irme a jugar.

Bajé al río pensando en todo aquello y en seguida me di cuenta de que mi negro me venía siguiendo. Cuando perdimos de vista la casa, miró atrás y todo en derredor un segundo, y después llegó corriendo y me dijo:

—Sito George, si viene usted al pantano le enseño un montón de culebras de agua.

A mí me pareció muy curioso; lo mismo había dicho ayer. Tenía que saber que a uno no le gustan tanto las culebras de agua como para ir a verlas. ¿Qué andaría buscando? Así que le dije:

—Bueno; ve tú por delante.

Lo seguí media milla; después llegó al pantano y lo vadeó con el agua hasta los tobillos otra media milla más. Llegamos a un trozo de tierra llana y seca, llena de árboles, arbustos y hiedras, y me dijo:

—Dé usted unos pasos por ahí dentro, sito George; ahí es donde están. Yo ya las he visto bastante.

Después se alejó y en seguida quedó tapado por los árboles. Anduve buscando por allí hasta llegar a un sitio abierto, del tamaño de un dormitorio, todo rodeado de hiedra, y allí vi a un hombre que estaba dormido; y ¡por todos los diablos, era mi viejo Jim!

Lo desperté y creí que él se iba a sorprender mucho al verme, pero no. Casi lloró de alegría, pero no estaba sorprendido. Dijo que había nadado por detrás de mí aquella noche que había oído todos mis gritos, pero no se había atrevido a responder, porque no quería que nadie lo recogiera y lo devolviese a la esclavitud. Y siguió diciendo:

—Me hice algo de daño y no podía nadar rápido, así que hacia el final ya estaba muy lejos de ti; cuando llegaste a tierra calculé que podía alcanzarte sin tener que gritar, pero cuando vi aquella casa empecé a ir más lento. Estaba demasiado lejos para oír lo que te decían; me daban miedo los perros, pero cuando todo volvió a quedarse tranquilo comprendí que estabas en la casa, así que me fui al bosque a esperar que amaneciese. A la mañana temprano llegaron algunos de los negros que iban a los campos y me llevaron con ellos y

me trajeron aquí, donde no me pueden encontrar los perros gracias al agua, y me traen cosas de comer todas las noches y me dicen cómo te va.

—Pero, ¿por qué no le dijiste a mi Jack que me trajera antes, Jim?

—Bueno, no merecía la pena molestarte, Huck, hasta que pudiéramos hacer algo, pero ahora ya está bien. Me he dedicado a comprar cacharros y comida cuando he podido y a arreglar la balsa por las noches cuando...

—¿Qué balsa, Jim?

—Nuestra vieja balsa.

—¿Vas a decirme que nuestra vieja balsa no se quedó hecha pedazos?

—No, na de eso. Se quedó bastante destrozada por uno de los extremos, pero no pasó nada grave, sólo que perdimos casi todas las trampas. Y si no hubiéramos buceado tanto y nadado tan lejos por debajo del agua, si la noche no hubiera sido tan oscura, no hubiéramos estado tan asustados ni nos hubiéramos puesto tan nerviosos, como aquel que dice, habríamos visto la balsa. Pero más vale así, porque ahora está toda arreglada y prácticamente nueva y tenemos montones de cosas nuevas en lugar de las que perdimos.

—Pero, ¿cómo volviste a conseguir la balsa, Jim? ¿La fuiste a atrapar?

—¿Cómo voy a atraparla si estoy en el bosque? No; algunos de los negros la encontraron embarrancada entre unas rocas ahí donde la curva y la escondieron en un regato entre los sauces, y tanto discutieron para saber cuál se iba a quedar con ella que en seguida me enteré yo, así que arreglé el problema diciéndoles que no era de ninguno de ellos, sino tuya y mía; y les pregunté si iban a quedarse con la propiedad de un joven caballero blanco, sólo para llevarse unos latigazos. Entonces les di diez centavos a cada uno y se quedaron muy satisfechos pensando que ojalá llegasen más balsas para volver a hacerse ricos. Estos negros se portan muy bien conmigo, y cuando quiero que hagan algo no tengo que pedírselo dos veces, mi niño. Ese Jack es un buen negro, y listo.

—Sí, es verdad. Nunca me ha dicho que estabas aquí; me dijo que viniera y que me enseñaría un montón de culebras de agua. Si pasa algo, él no tiene nada que ver. Puede decir que nunca nos ha visto juntos, y dirá la verdad.

No quiero contar mucho del día siguiente. Creo que voy a resumirlo. Me desperté hacia el amanecer e iba a darme la vuelta para volverme a dormir cuando noté que no se oía ni un ruido; era como si nada se moviera. Aquello no era normal. Después vi que Buck se había levantado y se había ido. Bueno, entonces me levanté yo extrañado y bajé la escalera y no había nadie; todo estaba más silencioso que una tumba. E igual afuera. Pensé: «¿Qué significa esto?» Donde estaba la leña me encontré con mi Jack y le pregunté:

—¿Qué pasa? Me contestó:

—¿No lo sabe usted, sito George?

—No. No sé nada.

—Bueno, ¡pues la sita Sophia se ha escapado! De verdad de la buena. Se ha escapado esta noche y nadie sabe a qué hora; se ha escapado para casarse con el joven ese Harney Shepherdson, ya sabe... por lo menos eso creen. La familia se enteró hace una media hora, a lo mejor algo más, y le aseguro que no han perdido tiempo; ¡en su vida ha visto manera igual de buscar escopetas y caballos! Las mujeres han ido a buscar parientes, el viejo señor Saul y los chicos se han llevado las escopetas y han salido a la carretera para tratar de cazar a ese joven y matarlo antes de que pueda cruzar el río con sita Sophia. Me paice que vienen tiempos muy malos.

—Y Buck se marchó sin decirme nada.

—¡Hombre, pues claro! No iban a mezclarlo a usted en eso. El sito Buck cargó la escopeta y dijo que volvería a casa con un Shepherdson muerto. Bueno, seguro que va a haber muchos de ellos y que se trae a uno si tiene la oportunidad.

Eché a correr por el camino del río a toda la velocidad que pude. En seguida empecé a oír disparos bastante lejos. Cuando llegué al almacén de troncos y el montón de leña donde atracan los barcos de vapor, me fui metiendo bajo los árboles y las matas hasta llegar a un buen sitio y después me subí a la cruz de un alamillo donde no alcanzaban las balas, y miré. Había madera apilada a cuatro pies de alto un poco por delante de mi árbol, y primero me iba a esconder allí detrás, pero quizá fue una suerte que no lo hiciera.

En el campo abierto delante del almacén de troncos había cuatro o cinco hombres que daban vueltas en sus caballos, maldecían y gritaban y trataban de alcanzar a un par de muchachos que estaban detrás del montón de madera junto al desembarcadero, pero no podían llegar. Cada vez que uno de ellos se asomaba del lado del río del montón de leña, le pegaban un tiro. Los dos chicos se daban la espalda detrás de las maderas, para poder disparar en todos los sentidos.

Pasó un rato y los hombres dejaron de dar vueltas y gritar. Echaron a correr hacia el almacén, y entonces uno de los muchachos apuntó fijo por encima de las maderas y apeó a uno de la silla. Todos los hombres desmontaron de sus caballos, agarraron al herido y empezaron a llevarlo hacia el almacén, y en aquel momento los dos chicos echaron a correr. Se encontraban a mitad de camino del árbol en el que estaba yo antes de que los hombres se dieran cuenta. Entonces los vieron y saltaron a sus caballos y se lanzaron tras ellos.

Fueron ganando terreno a los muchachos, pero no les valió de nada porque éstos les llevaban bastante ventaja; llegaron al montón de maderos que había delante de mi árbol y se metieron detrás de él, de forma que volvían a estar protegidos contra los hombres. Uno de los muchachos era Buck y el otro era un chico delgado de unos diecinueve años. Los hombres dieron vueltas un rato y después se marcharon. En cuanto se perdieron de vista llamé a Buck para que me viese. Al principio no comprendía por qué le llegaba mi voz desde un árbol. Estaba la mar de sorprendido. Me dijo que permaneciera muy atento y que se lo dijera cuando volvieran a aparecer los hombres; dijo que estaban preparando alguna faena y que no iban a tardar. Yo prefería marcharme de aquel árbol, pero no me atrevía a bajar. Buck empezó a gritar y a maldecir, y juró que él y su primo Joe (que era el otro muchacho) iban a vengarse aquel mismo día. Dijo que habían matado a su padre y sus dos hermanos y que habían muerto dos o tres de los enemigos. Dijo que los Shepherdson los esperaban en una emboscada. Buck añadió que su padre y sus hermanos tenían que haber esperado a sus parientes, porque los Shepherdson eran demasiados para ellos. Le pregunté qué iba a pasar con el joven Harney y la señorita Sophia. Respondió que ya habían cruzado el río y estaban a salvo. Me alegré, pero Buck estaba enfadadísimo por no haber matado a Harney el día que le había disparado; en mi vida he oído a nadie decir cosas así.

De pronto, ¡bang! ¡bang! ¡bang!, sonaron tres o cuatro escopetas. ¡Los hombres habían avanzado juntos entre los árboles y venían por atrás con sus caballos! Los chicos corrieron hacia el río (heridos los dos), y mientras nadaban en el sentido de la corriente, los hombres corrían por la ribera disparando contra ellos y gritando: «¡Matadlos, matadlos!» Me sentí tan mal que casi me caí del árbol. No voy a contar todo lo que pasó porque si lo contara volvería a ponerme malo. Hubiera preferido no haber llegado nunca a la orilla aquella noche para ver después cosas así. Nunca las voy a olvidar: todavía sueño con ellas montones de veces.

Me quedé en el árbol hasta que empezó a oscurecer, porque me daba miedo bajar. A veces oía disparos a lo lejos, en el bosque, y dos veces vi grupitos de hombres que galopaban junto al almacén de troncos con escopetas, así que calculé que continuaba la pelea. Me sentía tan desanimado que decidí no volver a acercarme a aquella casa, porque pensaba que por algún motivo yo tenía la culpa. Pensaba que aquel trozo de papel significaba que la señorita Sophia tenía que reunirse con Harney en alguna parte a las dos y media para fugarse, y que tendría que haberle contado a su padre lo del papel y la forma tan rara en que actuaba, y que entonces a lo mejor él la habría encerrado y nunca habría pasado todo aquel horror.

Cuando me bajé del árbol, me deslicé un rato por la orilla, encontré los dos cadáveres al borde del agua y tiré de ellos hasta dejarlos en seco; después les

tapé la cara y me marché a toda la velocidad que pude. Lloré un poco mientras tapaba a Buck, porque se había portado muy bien conmigo.

Acababa de oscurecer. No volví a acercarme a la casa, sino que fui por el bosque hasta el pantano. Jim no estaba en su isla, así que fui corriendo hacia el arroyo y me metí entre los sauces, listo para saltar a bordo y marcharme de aquel sitio tan horrible. ¡La balsa había desaparecido! ¡Dios mío, qué susto me llevé! Me quedé sin respiración casi un minuto. Después logré gritar. Una voz, a menos de veinticinco pies de mí, dice:

—¡Atiza! ¿Eres tú, mi niño? No hagas ruido.

Era la voz de Jim, y nunca había oído nada tan agradable. Corrí un poco por la ribera y subí a bordo; Jim me agarró y me abrazó de contento que estaba de verme y dice:

—Dios te bendiga, niño, estaba seguro que habías vuelto a morir. Ha estado Jack y dice que creía que te habían pegado un tiro porque no habías vuelto a casa, así que en este momento iba a bajar la balsa por el arroyo para estar listo para marcharme en cuanto volviese Jack y me dijera que seguro que habías muerto. Dios mío, cuánto me alegro de que hayas vuelto, mi niño.

Y voy yo y digo:

—Está bien; está muy bien; no me van a encontrar y creerán que he muerto y que he bajado flotando por el río... Allí arriba hay algo que les ayudará a creérselo, así que no pierdas tiempo, Jim, vamos a buscar el agua grande lo más rápido que puedas.

No me quedé tranquilo hasta que la balsa bajó dos millas por el centro del Mississippi. Después colgamos nuestro farol de señales y calculamos que ya volvíamos a estar libres y a salvo. Yo no había comido nada desde ayer, así que Jim sacó unos bollos de maíz y leche con nata, y carne de cerdo con col y berzas (no hay nada mejor en el mundo cuando está bien guisado) y mientras yo cenaba charlamos y pasamos un buen rato. Yo me alegraba mucho de alejarme de las venganzas de sangre, y Jim del pantano. Dijimos que no había casa como una balsa, después de todo. Otros sitios pueden parecer abarrotados y sofocantes, pero una balsa no. En una balsa se siente uno muy libre y tranquilo.

Capítulo 19

Pasaron dos o tres días con sus noches; creo que podría decir que nadaron, de lo tranquilos, suaves y estupendos que se deslizaron. Voy a contar cómo

pasábamos el rato. Por allí el río era monstruosamente grande: había sitios en que medía milla y media de ancho; navegábamos de noche, y descansábamos y nos escondíamos de día; en cuanto estaba a punto de acabar la noche dejábamos de navegar y amarrábamos, casi siempre en el agua muerta bajo un atracadero, y después cortábamos alamillos y sauces y escondíamos la balsa debajo. Luego echábamos los sedales. Más adelante nos metíamos en el río a nadar un rato, para lavarnos y refrescarnos; después nos sentábamos en la arena del fondo, donde el agua llegaba hasta las rodillas, y esperábamos a que llegara la luz del día. No se oía ni un ruido por ninguna parte, todo estaba en el más absoluto silencio, como si el mundo entero se hubiera dormido, salvo quizá a veces el canto de las ranas. Lo primero que se veía, si se miraba por encima del agua, era una especie de línea borrosa que eran los bosques del otro lado; no se distinguía nada más; después un punto pálido en el cielo y más palidez que iba apareciendo, y luego el río, como blando y lejano, que ya no era negro sino gris; se veían manchitas negras que bajaban a la deriva allá a lo lejos: chalanas y otras barcas, y rayas largas y negras que eran balsas; a veces se oía el chirrido de un remo, o voces mezcladas en medio del silencio que hacía que se oyeran los ruidos desde muy lejos; y al cabo de un rato se veía una raya en el agua, y por el color se sabía que allí había una corriente bajo la superficie que la rompía y que era lo que hacía aparecer aquella raya; y entonces se ve la niebla que va flotando al levantarse del agua y el Oriente se pone rojo, y el río, y se ve una cabaña de troncos al borde del bosque, allá en la ribera del otro lado del río, que probablemente es un aserradero, y al lado, los montones de madera con separaciones hechas por unos vagos, de forma que puede pasar un perro por el medio; después aparece una bonita brisa que le abanica a uno del otro lado, fresca y suave, que huele muy bien porque llega del bosque y de las flores; pero a veces no es así porque alguien ha dejado peces muertos tirados, lucios y todo eso, y huelen mucho, y después llega el pleno día y todo sonríe al sol, y los pájaros se echan a cantar.

A esa hora no importaba hacer un poco de humo por que no se veía, así que sacábamos los peces de los sedales y nos preparábamos un desayuno caliente. Y después contemplábamos la soledad del río y hacíamos el vago, y poco a poco nos íbamos quedando dormidos. Nos despertábamos, y cuando mirábamos para averiguar por qué, a veces veíamos un barco de vapor que venía jadeando río arriba, a tanta distancia al otro lado que lo único que se podía ver de él era si llevaba la rueda a popa o a los costados; después, durante una hora no había nada que oír ni que ver: sólo la soledad. Luego se veía una balsa que se deslizaba a lo lejos, y a veces uno de los tipos de a bordo cortando leña, porque es lo que hacen casi siempre en las balsas y se ve cómo el hacha brilla y baja, pero no se oye nada; se ve que el hacha vuelve a subir y cuando ya ha llegado por encima de la cabeza del hombre entonces se oye el hachazo, que ha tardado todo ese rato en cruzar el agua. Y así pasábamos el día,

haciendo el vago, escuchando el silencio. Una vez bajó una niebla densa y las balsas y todo lo que pasaba hacían ruido con sartenes para que los buques de vapor no las pasaran por alto. Una chalana o una balsa pasaban tan cerca que oíamos lo que decía la gente de a bordo, sus maldiciones y sus risas, los oíamos perfectamente, pero no veíamos ni señal de ellos; era una sensación muy rara, como si fuesen espíritus hablando en el aire. Jim dijo que creía que lo eran, pero yo dije:

—No; los espíritus no dirían: «Maldita sea la maldita niebla».

En cuanto era de noche nos echábamos al río; cuando llevábamos la balsa aproximadamente el centro ya no hacíamos nada y dejábamos que flotase hacia donde la llevase la corriente; después encendíamos las pipas y metíamos las piernas en el agua y hablábamos de todo tipo de cosas; siempre íbamos desnudos, de día y de noche, cuando nos dejaban los mosquitos; la ropa nueva que me había hecho la familia de Buck era demasiado buena para resultar cómoda; de todos modos, a mí tampoco me gustaba mucho andar vestido.

A veces teníamos el río entero para nosotros solos durante ratos larguísimos. A lo lejos se veían las riberas y las islas, al otro lado del agua, y a veces una chispa que era una vela en la ventana de una cabaña, y a veces en medio del agua se veía una chispa o dos: ya se sabe, una balsa o una chalana, y se podía oír un violín o una canción que llegaba de una de aquellas embarcaciones. Es maravilloso vivir en una balsa. Arriba teníamos el cielo, todo manchado de estrellas, y nos echábamos de espaldas, las mirábamos y discutíamos si alguien las había hecho o habían salido porque sí. Jim siempre decía que las habían hecho, pero yo sostenía que habían salido; me parecía que llevaría demasiado tiempo hacer tantas. Jim dijo que la luna podría haberlas puesto; bueno, aquello parecía bastante razonable, así que no dije nada en contra, porque he visto ranas poner casi tantos huevos, así que desde luego era posible. También mirábamos las estrellas que caían y veíamos la estela que dejaban. Jim decía que era porque se habían portado mal y las habían echado del nido.

Por las noches veíamos uno o dos barcos de vapor que pasaban en la oscuridad, y de vez en cuando lanzaban todo un mundo de chispas por una de las chimeneas, que caían al río y resultaban preciosas; después el barco daba la vuelta a una curva y las luces guiñaban y el ruido del barco desaparecía y volvía a dejar el río en silencio, y luego nos llevaban las olas que había levantado, mucho rato después de que hubiera desaparecido el barco, que hacían moverse un poco la balsa, y después ya no se oía nada durante no se sabe cuánto tiempo, salvo quizá las ranas o cosas así.

Después de medianoche la gente de la costa se iba a la cama y durante dos o tres horas las riberas estaban en tinieblas: no había más chispas en las

ventanas de las cabañas. Aquellas chispas eran nuestro reloj: la primera que se volvía a ver significaba que llegaba el amanecer, así que inmediatamente buscábamos un sitio donde escondernos y amarrar.

Una mañana, hacia el amanecer, vi una canoa y yo crucé por un canal a la costa principal (no había más que doscientas yardas) y remé una milla hacia un arroyo entre los cipreses, para ver si conseguía unas moras. Justo cuando estaba pasando por un sitio donde una especie de senda de vacas cruzaba el arroyo apareció un par de hombres corriendo a toda la velocidad que podían. Pensé que me había llegado la hora, pues siempre que alguien buscaba a alguien me parecía que era a mí, o quizá a Jim. Estaba a punto de marcharme a toda prisa, pero ya estaban muy cerca de mí, y gritaron y me pidieron que les salvara la vida: dijeron que no habían hecho nada y que por eso los perseguían, que venían hombres con perros. Querían meterse directamente en mi canoa, pero les dije:

—No, ahora no. Todavía no oigo a los caballos y los perros; tienen ustedes tiempo para pasar por los arbustos y subir un poco arroyo arriba; después se meten en el agua y bajan vadeando hasta donde estoy yo y se vienen; así los perros perderán la pista.

Eso fue lo que hicieron, y en cuanto estuvieron a bordo salí hacia nuestro atracadero; al cabo de cinco minutos oímos a los perros y los hombres que gritaban a lo lejos. Los oímos ir hacia el arroyo, pero no podíamos verlos; parecieron dejarlo y ponerse a dar vueltas un rato, y después, mientras nos íbamos alejando todo el tiempo, ya casi no podíamos oírlos; cuando dejamos el bosque una milla atrás y llegamos al río todo estaba en calma y fuimos remando hasta la barra de arena y nos escondimos entre los alamillos, ya a salvo.

Uno de aquellos tipos tenía unos setenta años o más, y era calvo con una barba muy canosa. Llevaba un viejo chambergo y una camisa grasienta de lana azul, con pantalones vaqueros azules y viejos metidos en las botas, con tirantes hechos en casa; pero no, sólo le quedaba uno. Llevaba al brazo un viejo capote también de tela azul, con botones de cobre brillantes, y los dos llevaban bolsones de viaje grandes y medio desgastados.

El otro tipo tendría unos treinta años e iba vestido igual de ordinario. Después de desayunar nos tumbamos todos a charlar y lo primero que salió es que aquellos tipos no se conocían.

—¿Qué problema has tenido tú? —preguntó el calvo al otro.

—Bueno, estaba vendiendo un producto para quitarle el sarro a los dientes, y es verdad que lo quita, y generalmente también el esmalte, pero me quedé una noche más de lo que hubiera debido y estaba a punto de marcharme

cuando me encontré contigo en el sendero de este lado del pueblo, me dijiste que venían y me pediste que te ayudara a escapar. Así que te dije que yo también esperaba problemas y que me marcharía contigo. Eso es todo. ¿Y tú?

—Bueno, yo llevaba una semana predicando sermones sobre la templanza y me llevaba muy bien con las mujeres, viejas y jóvenes, porque se lo estaba poniendo difícil a los bebedores, te aseguro, y sacaba por lo menos cinco o seis dólares por noche, a diez centavos por cabeza, niños y negros gratis, y hacía cada vez más negocio, cuando no sé cómo, anoche, empezaron a decir que no me desagradaba pasar un rato a solas con una jarra. Un negro me despertó esta mañana y me dijo que la gente se estaba reuniendo en silencio, con los perros y los caballos, y que iban a venir en seguida, me darían una ventaja de una media hora y después intentarían agarrarme, y que si me pescaban pensaban emplumarme y sacarme del pueblo en un rail. Así que no esperé al desayuno... no tenía hambre.

—Viejo —dijo el joven—, me parece que podríamos formar equipo; ¿qué opinas tú?

—No me parece mal. ¿A qué te dedicas tú, sobre todo?

—De oficio, soy oficial de imprenta; trabajo de vez en cuando en medicinas sin receta; actor de teatro: tragedia, ya sabes; de vez en cuando algo de mesmerismo y frenología, cuando hay una posibilidad; maestro de canto y de geografía para variar; una charla de vez en cuando... Bueno, montones de cosas; prácticamente todo lo que se presenta, siempre que no sea trabajo. ¿En qué te especializas tú?

—He trabajado bastante el aspecto de la medicina. Lo que mejor me sale es la imposición de manos para el cáncer, la parálisis y cosas así, y no me sale mal lo de echar la buenaventura cuando tengo a alguien que me averigüe los datos. También trabajo lo de los sermones, la prédica al aire libre y las misiones.

Durante un rato todos guardaron silencio; después el joven suspiró y dijo:

—¡Ay!

—¿De qué te quejas? —preguntó el calvo.

—Pensar que yo podría haber tenido tan regalada vida y verme rebajado a esta compañía —y empezó a secarse un ojo con un trapo.

—¡Dito seas! ¿No te parece buena esta compañía? —pregunta el calvo, muy digno y enfadado.

—Sí, es lo suficientemente buena; es lo más que merezco, pues, ¿quién me hizo descender tan bajo cuando yo nací tan alto? Yo mismo. No os culpo a vosotros, caballeros, lejos de mí; no culpo a nadie, lo merezco todo. Que el

frío mundo perpetúe su venganza; una sola cosa sé: en algún lugar me espera una tumba. El mundo puede continuar como siempre lo ha hecho y arrebatármelo todo: los seres queridos, los bienes, todo; pero eso no me lo puede quitar. Algún día yaceré en ella y lo olvidaré todo, y mi pobre corazón destrozado podrá descansar —y siguió secándose un ojo.

—Dito sea tu pobre corazón destrozao —dice el calvo—; ¿de qué corazón destrozao nos hablas? Nosotros no hemos hecho na.

—No, ya sé que no. No os culpo, caballeros. Yo solo me he rebajado; sí, yo solo. Es justo que ahora sufra, perfectamente justo; no puedo quejarme.

—¿Rebajao de qué? ¿De qué te has rebajao?

—Ah, no me creeríais; el mundo nunca cree... pero dejadlo; no importa. El secreto de mi nacimiento...

—¡El secreto de tu nacimiento! ¿Nos vas a decir...?

—Caballeros —dice el joven muy solemne—, os lo revelaré, pues considero que puedo tener confianza en vosotros. ¡En realidad, soy duque!

A Jim se le saltaron los ojos cuando lo oyó, y creo que a mí también. Entonces el calvo va y dice:

—¡No! ¡No lo dirás de verdad!

—Sí. Mi bisabuelo, hijo mayor del duque de Aguasclaras, huyó a este país a fines del siglo pasado, para respirar el aire puro de la libertad; casó aquí y falleció, dejando a un hijo en el mismo momento en que moría su propio padre. El segundo hijo del finado duque se apoderó de los títulos y de las fincas, y el verdadero duque, recién nacido, quedó desheredado. Yo soy el descendiente directo de aquel niño: soy el auténtico duque de Aguasclaras, ¡y aquí estoy, olvidado, arrancado de mis propios bienes, perseguido por los hombres, despreciado por el frío mundo, harapiento, gastado, con el corazón roto y rebajado a la compañía de unos delincuentes en una balsa!

Jim lo lamentó mucho por él y yo también. Tratamos de consolarlo, pero dijo que no valía de nada, que no se le podía consolar mucho; dijo que si queríamos reconocer su dignidad, ello le serviría más de consuelo que nada del mundo, así que prometimos hacerlo si nos decía cómo. Dijo que debíamos hacer una reverencia cuando hablásemos con él y decir «su gracia», o «milord», o «su señoría», y que tampoco le importaba si le llamábamos sencillamente «Aguasclaras», porque, según dijo, eso era un título y no un nombre, y uno de nosotros tendría que servirle a las horas de comer y hacerle todas las cosillas que él quisiera.

Bueno, aquello resultaba fácil, así que lo hicimos. Toda la cena Jim se la pasó de pie, sirviéndole y diciendo: «¿Quiere su gracia probar un poco de esto

o de aquello?», y demás, y era fácil ver que le resultaba muy agradable.

Pero el viejo se quedó muy silencioso; no tenía mucho que decir y no parecía estar muy contento con tantas atenciones como se llevaba el duque. Parecía estar pensando en algo. Así que por la tarde va y dice:

—Mira, Aguassucias —va y dice—, yo lo siento cantidad por ti, pero no eres el único que ha tenido problemas de ese tipo.

—¿No?

—No, no eres el único. No eres el único a quien se ha echado por las malas de las alturas.

—¡Ay!

—No, no eres el único que tiene un secreto de nacimiento —y juro que se echó a llorar.

—¡Espera! ¿A qué te refieres?

—Aguassucias, ¿puedo fiarme de ti? —pregunta el viejo todavía medio llorando.

—¡Hasta la más cruel de las muertes! —tomó al viejo de la mano, se la apretó y dijo—: Ese secreto tuyo: ¡habla!

—Aguassucias, ¡soy el delfín desaparecido!

Podéis apostar a que Jim y yo nos quedamos aquella vez con los ojos bien abiertos. Después el duque dice:

—¿Eres, qué?

—Sí, amigo mío, es cierto: estás mirando en este momento al pobre delfín desaparecido, Luis el 17, hijo de Luis el 16, y la María Antoñeta.

—¡Tú! ¡A tu edad! ¡No! Quieres decir que eres el difunto Carlomagno; por lo menos debes tener seiscientos o setecientos años.

—Han sido tantos los problemas, Aguassucias, tantos los problemas que han hecho encanecer el pelo y traído esta calvorota prematura. Sí, caballeros, ante vosotros veis, vestido de vaqueros y en la miseria, al vagabundo, el exiliado, el perseguido y el sufriente rey legítimo de la Francia.

Bueno, se echó a llorar y se puso de tal modo que ni Jim ni yo sabíamos qué hacer, de pena que nos daba, y al mismo tiempo de lo contentos y orgullosos que estábamos de que fuera en la balsa con nosotros. Así que pusimos manos a la obra, igual que habíamos hecho antes con el duque, y tratamos de consolarlo también a él. Pero dijo que no valía la pena, que lo único que lo podía consolar era morir de una vez y acabar con todo; aunque

dijo que a veces se sentía más a gusto y mejor si la gente lo trataba conforme a sus derechos y bajaba una rodilla para hablar con él, le llamaba siempre «vuestra majestad» y le servía el primero en las comidas y no se sentaba en su presencia hasta que él lo decía. Así que Jim y yo nos pusimos a «majestearlo», a hacer por él todo lo que nos pedía y a estar de pie hasta que nos decía que nos podíamos sentar. Aquello le sentó la mar de bien y se puso muy animado y contento. Pero el duque como que se enfadó con él y no pareció nada satisfecho con la forma en que iban las cosas; pero el rey estaba muy amistoso con él y dijo que el bisabuelo del duque y todos los demás duques de Aguassucias contaban con la mejor opinión de su padre y podían ir muchas veces al palacio, pero el duque siguió enfadado un buen rato, hasta que por fin el rey va y dice:

—Lo más probable es que vayamos a pasar mucho tiempo en esta balsa, Aguassucias, así que, ¿de qué vale enfadarse? Sólo sirve para fastidiarnos. No es culpa mía no haber nacido duque y no es culpa tuya no haber nacido rey, así que, ¿para qué preocuparnos? Lo que yo digo es que hay que aprovechar las cosas tal como son: ése es mi lema. Y no es mala suerte haber caído aquí: bien de comer y una vida fácil; vamos, dame la mano, duque, y seamos amigos.

El duque se la dio, y Jim y yo nos alegramos mucho de ver aquello. Así que dejamos de sentirnos molestos y nos alegramos mucho porque habría sido una pena no llevarse bien en la balsa; porque lo primero que hace falta en una balsa es que todo el mundo esté contento, que se sienta bien y se lleve bien con los demás.

No me hizo falta mucho tiempo para comprender que aquellos mentirosos no eran reyes ni duques en absoluto, sino estafadores y farsantes de lo más bajo. Pero nunca dije nada ni lo revelé; me lo guardé para mis adentros; es lo mejor; así no hay peleas y no se mete uno en líos. Si querían que los llamáramos reyes y duques, yo no tenía nada que objetar, siempre que hubiera paz en la familia, y no valía de nada decírselo a Jim, así que no lo hice. Si algo aprendí de padre es que la mejor forma de llevarse bien con gente así es dejarla que vaya a su aire.

Capítulo 20

Nos hicieron un montón de preguntas; querían saber por qué escondíamos así la balsa y descansábamos de día en lugar de seguir adelante: ¿Es que Jim era un esclavo fugitivo? Contesté yo:

—¡Por Dios santo! ¿Iba un negro fugitivo a huir hacia el Sur?

No, reconocieron que no. Tenía que explicar las cosas de alguna forma, así que dije:

—Mi familia vivía en el condado de Pike, en Missouri, donde yo nací, y se murieron todos menos yo y padre y mi hermano Ike. Padre dijo que prefería marcharse e irse a vivir con el tío Ben, que tiene una casita junto al río, cuarenta y cuatro millas más abajo de Orleans. Padre era muy pobre y teníamos algunas deudas, así que cuando lo arregló todo no quedaban más que dieciséis dólares y nuestro negro, Jim. Con aquello no bastaba para viajar mil cuatrocientas millas, ni en cubierta ni de ninguna otra forma. Bueno, cuando creció el río, padre tubo un golpe de suerte un día; se encontró con esta balsa, así que pensamos en ir a Orleans en ella. La suerte de padre no duró mucho; un barco de vapor se llevó la esquina de proa de la balsa una noche y todos caímos al agua y buceamos bajo la rueda; Jim y yo salimos bien, pero padre estaba borracho e Ike sólo tenía cuatro años, así que nunca volvieron a salir. Durante unos días tuvimos muchos problemas, porque no hacía más que llegar la gente en botes y trataba de llevarse a Jim, diciendo que creían que era un negro fugitivo. Por eso ya no navegamos de día; por las noches no nos molestan.

El duque va y dice:

—Dejadme que piense una forma de que podamos navegar de día si lo deseamos. Voy a pensar en ello e inventar un plan para organizarnos. Hoy seguiremos así porque naturalmente no queremos pasar por ese pueblo de ahí a la luz del día, quiza no fuera saludable.

Hacia la noche empezó a nublarse y pareció que iba a llover; los relámpagos recorrían el cielo muy bajos y las hojas estaban empezando a temblar: iba a ser bastante fuerte, resultaba fácil verlo. Así que el duque y el rey se pusieron a preparar nuestro wigwam para ver cómo eran las camas. La mía era de paja, mejor que la de Jim, que tenía el colchón de hojas de maíz; en esos colchones de maíz siempre quedan granos que se le meten a uno en la piel y hacen daño, y cuando se da uno la vuelta, las hojas de maíz secas suenan como si estuviera uno aplastando un lecho de hojas muertas y hacen tanto ruido que te despiertan. Bueno, el duque prefería quedarse con mi cama, pero el rey dijo que no. Señaló:

—Diría yo que la diferencia de graduación te sugeriría que un colchón de maíz no es lo más adecuado para mí. Vuestra gracia se quedará con la cama de maíz.

Jim y yo volvimos a preocuparnos un momento, pues temíamos que fuera a haber más problemas entre ellos, así que nos alegramos mucho cuando el duque va y dice:

—Es mi eterno destino: verme aplastado siempre en el lado bajo el férreo talón de la presión. El infortunio ha quebrado mi talante, antaño altivo; cedo, me someto; es mi destino. Estoy solo en el mundo: tócame sufrir y soportarlo puedo.

Nos fuimos en cuanto estuvo lo bastante oscuro. El rey nos dijo que fuéramos hacia el centro del río y que no mostrásemos ni una luz hasta haber pasado bastante lejos del pueblo. En seguida llegamos a la vista del grupito de luces que era el pueblo y nos deslizamos como a media milla de distancia, todo perfectamente, todo perfectamente. Cuando estábamos tres cuartos de milla más abajo usamos nuestro farol de señales, y hacia las diez empezó a llover, a soplar y a tronar, y a relampaguear como un diablo; así que el rey nos dijo que nosotros dos quedáramos de guardia hasta que mejorase el tiempo; después él y el duque se metieron a cuatro patas en el wigwam para pasar la noche. A mí me tocaba la guardia hasta las doce, pero no me habría acostado aunque tuviera una cama, porque no todos los días se ve una tormenta así, ni mucho menos. ¡Cielo santo, cómo aullaba el viento! Y cada uno o dos segundos se veía un resplandor que iluminaba las olas en media milla a la redonda y las islas parecían polvorientas en medio de la lluvia y los árboles se agitaban el viento; después sonaba un ¡brrruuum! ... ¡booom! ¡booom! ¡boom, boom, boom, boom, boom, boom! y los truenos se iban alejando gruñendo y zumbando hasta desaparecer, y después, ¡zas!, se veía otro relámpago y sonaba otra descarga. A veces las olas casi me tiraban de la balsa, pero como yo no llevaba nada puesto, no me importaba. No teníamos ningún problema con los troncos que bajaban; los relámpagos lo iluminaban todo, de forma que veíamos llegar los maderos con tiempo más que suficiente para aproar acá o allá y evitarlos.

Me tocaba la guardia en medio, ya sabéis, pero para esa hora tenía bastante sueño, así que Jim dijo que me haría la primera mitad; Jim siempre se portaba muy bien en ese sentido. Me metí a cuatro patas en el wigwam, pero el rey y el duque habían estirado tanto las piernas que no quedaba sitio, así que me quedé fuera; no me importaba la lluvia, porque hacía calor y ahora las olas no llegaban tan altas. Pero hacia las dos volvieron a levantarse y Jim me iba a llamar, aunque cambió de opinión porque calculó que no eran lo bastante altas para hacernos ningún daño, pero en eso se equivocó porque muy pronto llegó una de esas enormes y me tiró al agua. Jim casi se murió de la risa. De todas formas, era el negro que más se reía de todos los que he conocido.

Tomé la guardia y Jim se tendió y se puso a roncar; al cabo de un rato la tormenta amainó y se fue, y en cuanto se vio la primera luz de una cabaña lo desperté y metimos la balsa en nuestro escondrijo para aquel día.

Después de desayunar el rey sacó una baraja toda sobada y él y el duque jugaron a las siete y media a cinco centavos la partida. Después se aburrieron

y dijeron que iban a «planear una campaña», como lo llamaban ellos. El rey fue a buscar en su bolsón, de donde sacó un montón de octavillas impresas y las leyó. Una de ellas decía que «El famoso doctor Armand de Montalban, de París», daría una «conferencia sobre la Ciencia de la Frenología» en tal y tal sitio y en tal y cual fecha, a diez centavos la entrada, y que iba a «trazar gráficos de la personalidad a veinticinco centavos cada uno». El duque dijo que ése era él. En otra octavilla era el «actor trágico shakesperiano de fama mundial, Garrick el joven, de Drury Lane, Londres». En otras octavillas tenía otros nombres y hacía otras cosas maravillosas, como encontrar agua y oro con una «varita mágica», «exorcizar los hechizos de brujas», etcétera. Después va y dice:

—Pero mi favorita es la musa histriónica. ¿Tienes experiencia en las tablas, realeza?

—No —respondió el rey.

—Pues la tendrás antes de que pasen tres días, grandeza caída —dice el duque—. En el primer buen pueblo al que lleguemos alquilamos una sala y hacemos el duelo de «Ricardo III» y la escena del balcón de «Romeo y Julieta». ¿Qué te parece?

—Yo hago lo que sea con tal de que dé dinero, Aguassucias; pero ya verás que no sé nada de interpretar ni nunca lo he visto hacer. Era demasiado pequeño cuando padre tenía teatro en el palacio. ¿Crees que me podrás enseñar?

—¡Fácil!

—Muy bien. De todas formas ya tengo ganas de hacer algo nuevo. Podemos empezar inmediatamente. Así que el duque le contó quién era Romeo y quién era Julieta y dijo que él estaba acostumbrado a ser

Romeo, así que el rey podía hacer de Julieta.

—Pero si Julieta es una muchacha tan joven, duque, con esta calva y esta barba blanca a lo mejor parece demasiado raro.

—No, no te preocupes; estos campuzos ni se enteran. Además, ya sabes, irás disfrazado y eso lo cambia todo; Julieta está en el balcón contemplando la luz de la luna antes de irse a la cama y lleva puesto el camisón y el gorro de dormir con encajes. Aquí tengo los dos disfraces.

Sacó dos o tres trajes hechos con calicó para cortinas, que dijo que eran las armaduras medievales de Ricardo III, y el otro tío, un camisón de algodón largo y blanco y un gorro de dormir de volantes a juego. El rey se quedó convencido, así que el duque sacó su libro y leyó los papeles con un entusiasmo espléndido, dando saltos y representando al mismo tiempo, para

enseñar cómo había que hacerlo; después le dio el libro al rey para que se aprendiera su papel de memoria.

A la vuelta de una curva había un pueblecito de nada, y después de comer el duque nos comunicó que ya había pensado cómo navegar de día sin que hubiera peligro para Jim; así que dijo que iría al pueblo para arreglarlo todo. El rey dijo que también iría a ver si sacaba algo en limpio. Como nos habíamos quedado sin café, Jim y yo dijimos que también nos íbamos con ellos a comprar algo.

Cuando llegamos no había nadie; las calles estaban vacías y totalmente muertas y silenciosas, como si fuera domingo. Encontramos a un negro enfermo tomando el sol en un patio y nos dijo que todos los que no eran demasiado jóvenes ni estaban demasiado enfermos o eran demasiado viejos habían ido a una misión en el bosque, a unas tres millas. El rey preguntó cómo se llegaba y dijo que iba a trabajar con aquella gente tan religiosa a ver lo que sacaba, y que yo podía acompañarlo.

El duque dijo que iba a buscar una imprenta. La encontramos; un taller pequeñito encima de una carpintería; todos los carpinteros y los impresores habían ido al sermón y las puertas estaban abiertas. El sitio estaba muy sucio y desordenado, con las paredes llenas de manchas de tinta y de octavillas con dibujos de caballos y de negros fugitivos. El duque se quitó la chaqueta y dijo que ya estaba todo arreglado. Así que el rey y yo nos fuimos a la reunión religiosa.

Llegamos en una media hora y empapados, porque hacía un calor horrible. Habría por lo menos mil personas que habían llegado de veinte millas a la redonda. El bosque estaba lleno de animales de tiro y carretas, atados por todas partes, comiendo lo que había en las carretas y coceando para alejar a las moscas. Había cobertizos hechos de palo y techados con ramas, donde vendían limonada y pan de jengibre, con montones de sandías, maíz verde y cosas así.

Los predicadores estaban en cobertizos del mismo tipo, aunque mayores y llenos de gente. Los bancos estaban hechos de pedazos de troncos, con agujeros en el lado de abajo, para introducir unos palos que hacían de patas. No tenían respaldo. Los predicadores disponían de unas tarimas altas para subirse a un extremo de los cobertizos. Las mujeres llevaban pamelas, y algunas, vestidos de un tejido de lino y lana, otras de holanda, y algunas de las jóvenes, de calicó. Algunos de los muchachos iban descalzos, y había niños que no llevaban más ropa que una camisa de lino burdo. Algunas de las mujeres mayores tejían y las más jóvenes flirteaban a escondidas.

En el primer cobertizo al que llegamos el predicador estaba cantando un himno. Recitaba dos líneas, todo el mundo las cantaba, y resultaba muy bonito oírlo, porque había mucha gente y cantaba muy animada; después les recitaba

otras dos lineas para que las cantaran, y así sucesivamente. La gente se iba despertando cada vez más y cantando cada vez más alto, y hacia el final algunos empezaron a gemir y otros a gritar. Entonces el predicador empezó a predicar, y además en serio, y fue a zancadas primero a un lado de la tarima y después al otro, y luego se inclinó por encima de todos, moviendo los brazos y el cuerpo todo el tiempo y gritando con todas sus fuerzas, y de vez en cuando levantaba la Biblia, la abría y la pasaba de un lado para otro, gritando: «¡Es la serpiente de bronce del desierto! ¡Miradla y vivid!» Y la gente gritaba: «¡Gloria! ¡Amén!» El predicador seguía y la gente gemía, gritaba y decía amén:

—¡Ah, venid al banco de las lamentaciones! ¡Venid, ennegrecidos por el pecado! (¡Amén!) ¡Venid, los enfermos y los llagados! (¡Amén!) ¡Venid, los cojos y los tullidos y los ciegos! (¡Amén!) ¡Venid, los pobres y los necesitados, llenos de vergüenza! (¡Amén!) ¡Venid, todos los que os sentís cansados, sucios y sufrientes! ¡Venid con el ánimo destrozado! ¡Venid con el corazón contrito! ¡Venid con vuestros harapos, vuestros pecados y vuestra suciedad! ¡Las aguas que purifican son gratuitas, las puertas del cielo están abiertas, ah, entrad y descansad! (¡Amén!) (¡Gloria, gloria, aleluya!).

Y así sucesivamente. Con tantos gritos y llantos ya no se entendía lo que decía el predicador. En medio del grupo había personas que se levantaban y llegaban a codazos hasta el banco de las lamentaciones, con las caras bañadas en lágrimas, y cuando todos se hubieron reunido allí en grupo en los primeros bancos, se pusieron a cantar, a gritar y a tirarse en la paja, totalmente enloquecidos y sin control.

Bueno, antes de que pudiera yo darme cuenta, el rey se había puesto en marcha y se le veía por encima de todos los demás, y después se subió de un salto a la plataforma y el predicador le pidió que hablase al público y lo hizo. Les dijo que era un pirata, que había sido pirata treinta años en el océano indico, y que casi se había quedado sin tripulación la primavera pasada en un combate y ahora había vuelto a casa a llevarse a algunos marineros nuevos, pero gracias a Dios anoche le habían robado y lo habían desembarcado de un buque de vapor sin un centavo, y ahora se alegraba; era lo mejor que le había pasado en su vida, porque ahora era un hombre cambiado y se sentía feliz por primera vez en la vida, y pese a lo pobre que era iba a empezar inmediatamente a trabajar para volver al océano índico y pasarse el resto de la vida tratando de hacer que los piratas volvieran al camino de la verdad, pues lo podía hacer mejor que nadie, porque conocía a todas las tripulaciones piratas de aquel océano, y aunque le llevaría mucho tiempo llegar allí sin dinero, iría de todos modos, y cada vez que convenciera a un pirata le diría: «No me des las gracias a mí, no me adjudiques ningún mérito; todo corresponde a esa estupenda gente de la reunión religiosa de Pokeville, hermanos naturales y

benefactores de la raza, ¡y a ese querido predicador que veis ahí, el amigo más verdadero que jamás ha tenido un pirata!»

Y después se echó a llorar, y todo el mundo igual. Entonces alguien gritó: «¡Vamos a hacer una colecta! ¡una colecta!» Media docena saltaron para hacerla, pero alguien gritó: «¡Que pase el sombrero él!» Todo el mundo dijo lo mismo, y también el predicador.

Así que el rey pasó entre la gente con el sombrero, enjugándose los ojos y bendiciendo a la gente, elogiándola y dándole las gracias por ser tan buena con los pobres piratas de allá lejos, y a cada momento, las más guapas de las chicas, todas llorosas, iban y le preguntaban si les dejaba besarlo para tener un recuerdo de él, y él siempre las besaba, y a algunas de ellas las besaba y abrazaba por lo menos cinco o seis veces, y lo invitaron a quedarse una semana, y todo el mundo quería que se quedara a dormir en sus casas porque decían que era un honor, pero él dijo que como era el último día de la misión, ya no podía hacer ningún bien, y además tenía prisa por llegar al océano índico lo antes posible y ponerse a trabajar con los piratas.

Cuando volvimos a la balsa e hizo el recuento se encontró con que había reunido ochenta y siete dólares y setenta y cinco centavos. Y además se había llevado una damajuana de whisky de tres galones que había encontrado debajo de una carreta cuando venía a casa por el bosque. El rey dijo que entre unas cosas y otras era el día que mejor le había salido en el trabajo de las misiones. Dijo que no había nada que hacer, que los paganos no valen nada al lado de los piratas si quiere uno sacarle el jugo a una misión religiosa.

El duque había creído que a él le había ido bastante bien hasta que apareció el rey, pero después no se lo pareció tanto. Había preparado e impreso dos trabajillos para agricultores en aquella imprenta (para venta de caballos) y le habían pagado cuatro dólares. Había cobrado anuncios en el periódico por valor de diez dólares, que dijo poder rebajar a cuatro dólares si se los pagaban por adelantado, cosa que hicieron. El precio del periódico era dos dólares al año, pero aceptó tres suscripciones por medio dólar, a condición de que se las pagaran por adelantado; iban a pagar en madera y cebollas, como de costumbre, pero él les dijo que acababa de comprar la empresa y rebajado los precios todo lo que podía, de manera que tenía que cobrarlo todo en efectivo. Había impreso un pequeño poema inventado por él mismo de tres versos, muy sentimental y triste, que se titulaba «Sí, rompe, frío mundo, este corazón transido», y lo había dejado preparado para imprimir en el periódico, sin cobrar nada a cambio. Bueno, había sacado nueve dólares y medio y dijo que no estaba mal por una jornada entera de trabajo.

Después nos enseñó otra octavilla que había impreso y que no había cobrado, porque era para nosotros. Tenía un dibujo de un negro fugitivo con

un hatillo al hombro y escrito debajo «Recompensa de doscientos dólares». Todo trataba de Jim y lo describía exactamente. Decía que se había escapado de la plantación de Saint Jacques, cuarenta millas abajo de Nueva Orleans el invierno pasado, y probablemente se había ido al Norte, y quien lo capturase y lo devolviera podría cobrar la recompensa y los gastos.

—Y ahora —dijo el duque—, a partir de esta noche podemos navegar de día si queremos. Cuando veamos que llega alguien podemos atar a Jim de pies y manos con una cuerda y meterlo en el wigwam, enseñar esta octavilla y decir que lo capturamos río arriba y que éramos demasiado pobres para viajar en un barco de vapor, así que nuestros amigos nos dieron esta balsa a crédito y bajamos a cobrar la recompensa. Estaría mejor con esposas y cadenas, pero eso no encajaría con la historia de que somos tan pobres. Eso sería como ponerle joyas. Lo correcto son unas cuerdas: hay que mantener las unidades, como decimos en el escenario.

Todos dijimos que el duque era muy listo y que no habría problemas navegando de día. Pensamos que aquella noche podíamos recorrer bastantes millas para alejarnos del jaleo que calculábamos que el trabajo del duque iba a organizar en la imprenta de aquel pueblo; después podíamos navegar cuando quisiéramos.

Seguimos escondidos y en silencio y no salimos hasta casi las diez; después nos deslizamos, a bastante distancia del pueblo, y no izamos el farol hasta que lo hubimos perdido de vista.

Cuando Jim me llamó para que le tomase la guardia de las cuatro de la mañana me dijo:

—Huck, ¿crees que vamos a encontrarnos con más reyes de éstos en este viaje?

—No —respondí—. Supongo que no.

—Bueno —continuó él—, entonces vale. No me importan uno o dos reyes, pero no quiero más. Éste es un borrachuzo y el duque tampoco le va muy detrás.

Me enteré de que Jim había intentado hacerle hablar en francés para ver a qué sonaba, pero dijo que llevaba tanto tiempo en este país y había tenido tantos problemas que se le había olvidado.

Capítulo 21

Era después del amanecer, pero seguimos adelante sin echar amarras. El

rey y el duque acabaron por levantarse, con aspecto muy cansado, pero después de saltar al agua y nadar un rato parecían bastante más animados. Después de desayunar el rey se sentó en un rincón de la balsa, se quitó las botas, se subió los pantalones y dejó las piernas metidas en el agua, para estar cómodo, encendió la pipa y se puso a aprender de memoria su «Romeo y Julieta». Cuando ya se lo sabía bastante bien, él y el duque empezaron a ensayarlo juntos. El duque tenía que enseñarle una vez tras otra cómo echar cada discurso, y le hacía suspirar y llevarse la mano al corazón. Al cabo de un rato dijo que lo había hecho bastante bien: «Sólo que no debes gritar ¡Romeo! como si fueras un toro; tienes que decirlo suavemente y con languidez, así: ¡Roomeeo!; de eso se trata, porque Julieta no es más que una niña encantadora, ya sabes, y no se pone a rebuznar como un burro.

Bueno, después sacaron un par de espadas largas que el duque había hecho con listones de roble y empezaron a ensayar el duelo: el duque decía que él era Ricardo III, y resultaba estupendo verlos saltar y brincar por la balsa. Pero entonces el rey tropezó y se cayó al agua, y después descansaron y se pusieron a hablar de todas las aventuras que habían tenido por el río en otros tiempos.

Después de comer el duque dijo:

—Bueno, Capeto, queremos que éste sea un espectáculo de primera calidad, ya sabes, así que vamos a añadirle algo más. De todos modos nos hace falta contar con algo para responder a los bises.

—¿Qué es eso de bises, Aguassucias? El duque se lo contó y añadió:

—Yo puedo hacer un baile escocés o tocar la gaita del marinero y tú ... vamos a ver... ah, ya lo sé: puedes hacer el monólogo de Hamlet.

—¿El qué de Hamlet?

—El monólogo de Hamlet, ya sabes: lo más famoso de Shakespeare. ¡Ah, es sublime, sublime! Siempre los vuelve locos. No está en este libro, porque sólo tengo un volumen, pero creo que lo puedo recordar de memoria. Voy a ver si paseando puedo extraerlo de las arcas del recuerdo.

Así que se dedicó a pasear arriba y abajo, pensando y frunciendo el ceño horriblemente a cada momento; después levantaba las cejas; luego se apretaba la frente con la mano y se echaba atrás, como gimiendo; después suspiraba y derramaba una lágrima. Era maravilloso verlo. Por fin lo recordó. Nos dijo que lo escucháramos. Adoptó una actitud nobilísima, con una pierna adelantada, los brazos alargados y la cabeza echada hacia atrás, mirando al cielo, y empezó a gritar, a gemir y a rechinar los dientes, y después de eso, a lo largo de todo su discurso, estuvo aullando y moviéndose e inflando el pecho y la verdad es que fue la interpretación más maravillosa que he visto en mi vida. Éste fue su discurso, que me aprendí con facilidad mientras se lo enseñaba al

rey:

Ser o no ser; ahí está el diantre

que convierte en calamidad tan larga vida;

pues, ¿quién soportaría su carga hasta que el bosque de Birnan llegue a Dunsinane,

salvo que el temor de algo tras la muerte mate al inocente sueño,

segundo rumbo de la gran naturaleza.

Y nos haga preferir los dardos y flechas de la horrible fortuna antes que huir hacia otros que no conocemos?

Ése es el respeto que nos debe calmar:

¡despierta a Duncan con tu llamada! Ojalá pudiera; pues quien soporta el flagelo y el desprecio del tiempo, el mal del opresor, la contumelia del orgulloso,

los retrasos de la ley y la relajación que sus dolores causan, en el desierto muerto y en medio de la noche,

cuando bostezan los cementerios,

en sus galas acostumbradas de solemne luto,

salvo ese país no descubierto de cuyos confines ningún viajero vuelve,

que esparce su contagio por el mundo,

y así el tono nativo de la resolución, cual el pobre gato del adagio,

palidece de preocupación,

y todas las nubes que descendieron sobre nuestros pechos, con esta mirada sus corrientes desvían,

y pierden el nombre de acción.

Es un final que desear ansiosamente. Pero calma, dulce Ofelia:

no abras tus terribles mandíbulas de mármol, sino vete a un convento... ¡vete!

Bueno, al viejo le gustó el discurso y en seguida se lo aprendió para hacerlo de primera. Parecía que lo hubieran hecho a su medida, y cuando fue dominándolo y metiéndose en él, era maravillosa la forma en que gritaba, saltaba y se erguía al pronunciarlo.

A la primera oportunidad el duque hizo imprimir unas cuantas octavillas, y después, durante dos o tres días, mientras íbamos flotando, la balsa estaba de

lo más animada, porque no había más que duelos y ensayos —como los llamaba el duque— todo el tiempo. Una mañana, cuando ya llevábamos bastante tiempo por el estado de Arkansaw, llegamos a la vista de un villorrio en una gran curva del río; así que amarramos a tres cuartos de milla río arriba, en la desembocadura de un arroyo que estaba cerrado como un túnel por los cipreses, y todos menos Jim nos metimos en la canoa y fuimos a ver si allí había alguna posibilidad de montar nuestro espectáculo.

Tuvimos mucha suerte; aquella tarde iban a montar un circo y ya estaban empezando a llegar los campesinos, en todo tipo de carros desvencijados y a caballo. El circo se marcharía antes de la noche, así que nuestro espectáculo tendría bastantes posibilidades. El duque alquiló la casa del juzgado y recorrimos el pueblo poniendo nuestros programas. Decían:

¡¡¡Vuelve Shakespeare!!! ¡Maravillosa atracción!

¡Sólo una noche!

Los actores de fama mundial,

David Garrick el joven del Teatro de Drury Lane, Londres, y Edmund Kean el viejo, del Teatro de Royal Haymarket, Whitechapel.

Puddin Lane, Piccadilly,

Londres, y los Teatros Continentales Reales, en su sublime espectáculo shakesperiano titulado

La escena del balcón de ¡¡¡Romeo y Julieta!!!

Romeo .... Mr. Garrick

Julieta .... Mr. Kean

Con la presencia de toda la compañía.

¡Nuevo vestuario, nuevo decorado, nuevos accesorios! Además:

El famoso, magistral, terrorífico, Duelo a espada ¡¡¡de Ricardo III!!!

Ricardo III .... Mr. Garrick

Richmond .... Mr. Kean

Además:

(a petición especial)

¡¡El inmortal monólogo de Hamlet!! ¡Por el ilustre Kean!

¡Representado por él 300 noches consecutivas en París! Una noche únicamente,

¡Por ineludibles compromisos en Europa! Entrada 25 centavos; niños y

criados, l0 centavos.

Después nos estuvimos paseando por la ciudad. Las tiendas y las casas eran casi todas viejas, desvencijadas, de madera seca que nunca se había pintado; estaban separadas del suelo por pilotes de tres o cuatro pies de alto para que no les llegara el agua cuando crecía el río. Las casas tenían jardincillos, pero no parecía que cultivaran mucho en ellos, salvo estramonio, girasoles y montones de cenizas, además de botas, zapatos despanzurrados y trozos de botellas, trapos y latas ya inútiles. Las vallas estaban hechas de diferentes tipos de tablas, clavadas en diferentes épocas e inclinadas cada una de su lado, y las puertas, por lo general, no tenían más que una bisagra de cuero. Alguna de las vallas había estado blanqueada en algún momento, pero el duque dijo que probablemente había sido en tiempos de Colón. Por lo general, en el jardín había cerdos y gentes que intentaban echarlos.

Todas las tiendas estaban en una calle. Tenían delante toldos de fabricación casera, y los que llegaban del campo ataban los caballos a los postes de los toldos. Debajo de éstos había cajas de mercancías y vagos que se pasaban el día apoyados en ellos, marcándolos con sus navajas Barlowy mascando tabaco, con las bocas abiertas, bostezando y espiándose; gente de lo más ordinario. Por lo general, llevaban sombreros amarillos de paja casi igual de anchos que un paraguas, pero no llevaban chaquetas ni chalecos; se llamaban Bill, Buck, Hank, Joe y Andy, y hablaban en tono perezoso y arrastrado, con muchas maldiciones. Había prácticamente un vago apoyado en cada poste de toldo, casi siempre con las manos metidas en los bolsillos, salvo cuando las sacaba para prestar a alguien tabaco de mascar o para rascarse. Prácticamente su conversación se limitaba a:

—Dame una mascada de tabaco, Hank.

—No puedo; no me queda más que una. Pídele a Bill.

A lo mejor Bill le daba una mascada, o a lo mejor mentía y decía que no tenía. Alguno de esos vagos nunca tiene ni un centavo ni una mascada de tabaco propia. Lo que mascan es lo que les prestan; le dicen a alguien «Ojalá me pudieras dar de mascar, Jack; acabo de dar a Ben Thompson lo último que tenía», lo que es mentira casi siempre; con eso no engañan a nadie más que a los forasteros, pero Jack no es forastero, así que responde:

— Tú le has dado de mascar? Sería la abuela del gato de tu hermana. Si me devuelves todas las mascadas que ya me has pedido, Lafe Buckner, entonces te presto una o dos toneladas y encima no te cobro intereses.

—Bueno, sí que te devolví una vez.

—Sí, es verdad: unas seis mascadas. Me pediste tabaco comprado en la tienda y me devolviste del más negro que el alquitrán.

El tabaco comprado en la tienda es el de tableta negra lisa, pero esos tipos casi siempre mascan la hoja natural retorcida. Cuando piden una mascada, por lo general no la cortan con una navaja, sino que se meten la tableta entre los dientes y la van royendo y tirando de ella con las manos hasta que la parten en dos; entonces, a veces, el que ha prestado el tabaco lo mira melancólico cuando se lo devuelven y dice sarcástico:

—Eh, dame la mascada y tú te quedas con la tableta.

Todas las calles y los callejones eran de barro; no había nada más: barro negro como el alquitrán y casi un pie de hondo en algunos sitios, y por lo menos de dos o tres pulgadas en todas partes. Los cerdos se paseaban y hozaban por todas partes. Se veía una cerda llena de barro, con su camada, paseándose por la calle que se tiraba justo en el camino donde la gente tenía que desviarse y ella se estiraba, cerraba los ojos y movía las orejas mientras los cerditos mamaban, y parecía tan contenta como si estuviera cobrando un sueldo. Pero en seguida se oía a uno de los vagos que gritaba: «¡Eh! ¡hale, chico! ¡Duro con ella, Tige!», y la cerda se largaba con unos chillidos horribles, con uno o dos perros mordiéndole cada oreja y tres o cuatro docenas más que iban llegando, y entonces todos los vagos se levantaban y se quedaban mirando aquello hasta que se perdía de vista y se reían con tanta diversión y parecían celebrar mucho el ruido. No había nada que los despertase tan rápido y los divirtiera tanto a todos como una pelea de perros, salvo echarle trementina a un perro callejero y encenderla, o atarle una sartén a la cola y ver cómo se mataba a correr.

Del lado del río algunas de las casas se salían por encima de la ribera y estaban escoradas y desvencijadas y a punto de caerse. La gente las había abandonado. Debajo de otras, la ribera había ido desapareciendo bajo una de las esquinas, y aquella esquina estaba toda inclinada. En ésas todavía vivía gente, pero era peligroso, porque a veces se hunde un trozo de la ribera igual de ancho que una casa. A veces empieza a moverse una franja de tierra de un cuarto de milla de ancho que se va hundiendo hasta que un verano cae toda entera al río. Esos pueblos siempre tienen que retirarse hacia tierra, cada vez más atrás, porque el río se los va comiendo todo el tiempo.

Aquel día, cuanto más se acercaba el mediodía, más se iban llenando las calles de carretas y de caballos que no paraban de llegar.

Las familias se traían la comida desde el campo y la tomaban en las carretas. Corría mucho el whisky, y vi tres peleas. Al cabo de un rato alguien gritó:

—¡Ahí viene el viejo Boggs! Llega del campo a echarse su borrachera de todos los meses; ¡ahí viene, muchachos!

Todos los vagos parecieron alegrarse; calculé que estaban acostumbrados a divertirse con Boggs. Uno de ellos dijo:

—A ver a quién pretende matar esta vez. Si hubiera matado a todos los hombres a los que quería matar desde hace veinte años, sería de lo más famoso.

Otro dijo:

—Ojalá me amenazara a mí el viejo Boggs, porque entonces seguro que no me moría en mil años. Apareció Boggs trotando en su caballo, gritando y aullando como un indio y anunciando:

—Abrir camino, vosotros. Estoy en el sendero de guerra y va a subir el precio de los ataúdes.

Estaba borracho y se tambaleaba en la silla; tenía más de cincuenta años y la cara muy colorada. Todo el mundo le gritaba y se reía y se burlaba de él, y él les devolvía las burlas y les decía que ya se ocuparía de ellos y los mataría cuando les llegara el turno, pero que ahora no podía esperar porque había ido al pueblo a matar al viejo coronel Sherburn, porque su lema era: «Primero la carne y después lo de cuchara para completar».

Me vio, fue adonde yo estaba y me preguntó:

—¿De dónde eres tú, chico? ¿Estás listo para morir?

Y se marchó. Me dio miedo, pero un hombre me dijo:

—No significa nada; siempre se pone así cuando está borracho. Es el viejo más simpático de Arkansaw y nunca le ha hecho daño a nadie, borracho ni sereno.

Boggs llegó hasta la tienda mayor del pueblo, bajó la cabeza para ver por debajo de la cortina del toldo y gritó:

—¡Sal aquí, Sherburn! Sal a ver al hombre al que has estafado. Eres el perro al que estoy buscando, ¡y también a ti te voy a llevar por delante!

Y así continuó, llamando a Sherburn todo lo que se le ocurría, con toda la calle llena de gente que escuchaba y se reía y se divertía. Al cabo de un rato un hombre de aspecto arrogante de unos cincuenta y cinco años (y era con mucho el mejor vestido del pueblo) sale de la tienda y la gente se hace a los lados de la calle para dejarlo pasar. Dice a Boggs, todo tranquilo y con calma:

—Estoy harto de esto, pero voy a soportarlo hasta la una. Hasta la una, fíjate: no más. Si vuelves a abrir la boca contra mí una sola vez después de esa hora, por muy lejos que te vayas, te encontraré.

Y se da la vuelta y vuelve a entrar. La gente pareció calmarse mucho; nadie

se movió y no volvió a oírse ni una risa. Boggs se marchó maldiciendo a Sherburn a voz en grito por toda la calle; y poco después se volvió y se paró delante de la tienda, siempre con lo mismo. Algunos de los hombres se pusieron a su lado y trataron de hacer que se callara, pero no quiso; le dijeron que faltaba un cuarto de hora para la una, de forma que tenía que irse a casa; tenía que irse inmediatamente. Pero no valió de nada. Siguió jurando con todas sus fuerzas y tiró el sombrero al barro, hizo que su caballo lo pisoteara y después volvió a marcharse gritando por la calle, con el pelo canoso al viento. Todos los que pudieron hablar con él hicieron lo posible para convencerlo de que se apeara para que pudieran encerrarlo y serenarlo, pero no valió de nada: volvía calle arriba para seguir maldiciendo a Sherburn. Después a alguien se le ocurrió:

—¡Id a buscar a su hija! Rápido, a buscar a la hija; a veces a ella le escucha. Si hay alguien que pueda convencerlo, es ella.

Así que alguien salió corriendo. Yo bajé la calle un poco y me paré. Cinco o diez minutos después volvió a aparecer Boggs, pero no a caballo. Venía tambaleándose por la calle hacia mí, sin sombrero, con un amigo a cada lado agarrándolo del brazo y metiéndole prisa. Estaba callado y parecía intranquilo, y no se resistía, sino que también él corría. Alguien gritó:

—¡Boggs!

Miré a ver quién lo había dicho, y era aquel coronel Sherburn. Estaba perfectamente inmóvil en la calle, con una pistola levantada en la mano derecha, sin apuntarla, sino con el cañón mirando al cielo. En aquel mismo momento vi que llegaba corriendo una muchacha y con ella dos hombres. Boggs y los hombres se dieron la vuelta para saber quién lo había llamado; al ver la pistola los hombres saltaron a un lado y el cañón de la pistola fue bajando lentamente hasta ponerse a nivel: con el gatillo amartillado. Boggs levantó las manos y gritó: «¡Ay, señor, no dispare!» ¡Bang! Se oyó el primer disparo y Boggs se tambaleó hacia atrás, echando las manos al aire; ¡bang! sonó el segundo y se cayó de espaldas al suelo, todo de golpe, con los brazos abiertos. La muchacha dio un grito, llegó corriendo y se lanzó hacia su padre, llorando y diciendo: «¡Ay, lo ha matado, lo ha matado!» La gente fue formando grupo en torno a ellos, abriéndose paso a empujones, alargando el cuello para tratar de verlo, mientras los que estaban más cerca intentaban echarlos atrás, gritando: «¡Atrás, atrás! ¡Necesita aire, necesita aire! »

El coronel Sherburn tiró la pistola al suelo, se dio la vuelta y se marchó.

Llevaron a Boggs a una pequeña farmacia, con toda la gente también en grupo y con todo el pueblo detrás, y yo me eché a correr y conseguí un buen sitio en la ventana, donde estaba cerca y podía ver lo que pasaba. Lo tendieron en el suelo, le pusieron una gran Biblia bajo la cabeza y le abrieron otra sobre

el pecho; pero primero le abrieron la camisa y vi dónde había entrado una de las balas. Dio como doce suspiros largos, levantando la Biblia con el pecho cuando trataba de respirar y bajándola cuando echaba el aire, y después se quedó inmóvil; había muerto. Entonces separaron de él a su hija, que gritaba y lloraba, y se la llevaron. Tendría unos dieciséis años y una cara muy agradable, pero estaba palidísima y llena de miedo.

Bueno, en seguida llegó todo el pueblo y la gente trataba de colarse, empujaba y se abría camino como podía para llegar hasta la ventana y echar un vistazo, pero la gente que ya estaba allí no quería marcharse y los que había detrás decían todo el tiempo: «Vamos, chicos, ya habéis visto bastante; no está bien ni es justo que os quedéis ahí todo el tiempo y no le deis una oportunidad a naide; los demás también tenemos nuestros derechos, igual que vosotros».

Se pusieron a discutir mucho, así que yo me marché, pensando que iba a haber jaleo. Las calles estaban llenas y todo el mundo muy nervioso. Todos los que habían visto los disparos contaban lo que había pasado, y había un gran grupo en torno a cada uno de aquellos tipos, y la gente alargaba el cuello para escuchar.

Un hombre alto y desgarbado, con el pelo largo, un gran sombrero alto de piel blanca en la cabeza y un bastón de puño curvo, iba señalando en el suelo los sitios donde habían estado Boggs y Sherburn y la gente lo seguía de un sitio para otro o miraba todo lo que hacía, moviendo las cabezas para mostrar que comprendían e inclinándose un poco, con las manos apoyadas en los muslos para ver cómo señalaba los sitios en el suelo con el bastón; y después se volvió a erguir, muy tieso y rígido donde había estado Sherburn, frunciendo el ceño y pasándose el ala del sombrero encima de los ojos y gritó: « ¡Boggs! », y después bajó el bastón hasta ponerlo a nivel y dijo ¡«Bang»!, se echó atrás, volvió a decir «¡Bang!» y se dejó caer al suelo de espaldas. La gente que lo había visto dijo que lo había hecho perfectamente; que así exactamente habían pasado las cosas. Entonces por lo menos una docena de personas sacaron botellas y lo invitaron.

Bueno, al cabo de un rato alguien dijo que habría que linchar a Sherburn. Después de un minuto decía lo mismo todo el mundo, así que se marcharon, rabiosos, gritando y arrancando todas las cuerdas de tender la ropa que veían para colgarlo con ellas.

Capítulo 22

Fueron en enjambre a casa de Sherburn, gritando y aullando como indios,

y todo el mundo tenía que apartarse o echar a correr para que no los atropellaran y los pisotearan, y resultaba terrible verlo. Los niños iban corriendo delante de la multitud, gritando y tratando de apartarse, y en todas las ventanas del camino había mujeres que asomaban la cabeza y chicos negros en cada árbol y negros y negras adultos que miraban por encima de todas las vallas, y en cuanto llegaba la horda cerca de ellos, se apartaban y salían fuera de su alcance. Muchas de las mujeres y de las muchachas lloraban y gritaban, medio muertas del susto.

Llegaron frente a la valla de Sherburn, tan apretados que no cabía ni un alfiler y armando un ruido que no podía uno oír ni lo que pensaba. Era un patio pequeño de unos veinte pies. Alguien gritó: «¡Tirad la valla! ¡Tirad la valla!» Luego se oyó un ruido de maderas rotas, arrancadas y aplastadas y cayó la valla, y el primer grupo de la multitud empezó a entrar igual que una ola.

Justo entonces Sherburn aparece en el tejado del porchecito de la fachada, con una escopeta de dos cañones en la mano, y ahí se queda, tan tranquilo y calmado, sin decir ni palabra. Se terminó la escandalera y la ola de gente se echó atrás. Sherburn no dijo ni una palabra; se quedó allí, mirando hacia abajo. Aquel silencio daba nervios y miedo. Sherburn recorrió la multitud lentamente con la vista, y cuando tropezaba con los ojos de alguien éste intentaba aguantarle la mirada, pero no podía; bajaba los ojos, como si se le hubiera colado dentro. Y al cabo de un momento Sherburn como que se echó a reír, pero no con una risa agradable, sino con una de esas que le hace a uno sentir como si estuviera comiendo pan en el que se ha mezclado arena.

Y después va y dice, lento y despectivo:

—¡Mira que venir vosotros a linchar a nadie! Me da risa. ¡Mira que pensar vosotros que teníais el coraje de linchar a un hombre! Como sois tan valientes que os atrevéis a ponerles alquitrán y plumas a las pobres mujeres abandonadas y sin amigos que llegan aquí, os habéis creído que teníais redaños para poner las manos encima a un hombre. ¡Pero si un hombre está perfectamente a salvo en manos de diez mil de vuestra clase...! Siempre que sea de día y que no estéis detrás de él.

»¿Que si os conozco? Os conozco perfectamente. He nacido y me he criado en el Sur, y he vivido en el Norte; así que sé perfectamente cómo sois todos. Por término medio, unos cobardes. En el Norte dejáis que os pisotee el que quiera, pero luego volvéis a casa, a buscar un espíritu humilde que lo aguante. En el Sur un hombre, él solito, ha parado a una diligencia llena de hombres a la luz del día y les ha robado a todos. Vuestros periódicos os dicen que sois muy valientes, y de tanto oírlo creéis que sois más valientes que todos los demás... cuando sois igual de valientes y nada más. ¿Por qué vuestros

jurados no mandan ahorcar a los asesinos? Porque tienen miedo de que los amigos del acusado les peguen un tiro por la espalda en la oscuridad... que es exactamente lo que harían.

»Así que siempre absuelven, y después un hombre va de noche con cien cobardes enmascarados a sus espaldas y lincha al sinvergüenza. Os equivocáis en no haber traído con vosotros a un hombre; ése es vuestro error, y el otro es que no habéis venido de noche y con caretas puestas. Os habéis traído a parte de un hombre: ese Buck Harkness, y si no hubierais contado con él para empezar, se os habría ido la fuerza por la boca.

»No queríais venir. A los tipejos como vosotros no os gustan los problemas ni los peligros. A vosotros no os gustan los problemas ni los peligros. Pero basta con que medio hombre, como ahí, Buck Harkness, grite ¡A lincharlo, a lincharlo! y os da miedo echaros hacia atrás, os da miedo que se vea lo que sois: unos cobardes, y por eso os ponéis a gritar y os colgáis de los faldones de ese medio hombre y venís aquí gritando, jurando las enormidades que vais a hacer. Lo más lamentable que hay en el mundo es una turba de gente; eso es lo que es un ejército: una turba de gente; no combate con valor propio, sino con el valor que les da el pertenecer a una turba y que le dan sus oficiales. Pero una turba sin un hombre a la cabeza da menos que lástima. Ahora lo que tenéis que hacer es meter el rabo entre las piernas e iros a casa a meteros en un agujero. Si de verdad vais a linchar a alguien lo haréis de noche, al estilo del Sur, y cuando vengáis, lo haréis con las caretas y os traeréis a un hombre. Ahora, largo y llevaos con vosotros a vuestro medio hombre.

Al decir esto último se echó la escopeta al brazo izquierdo y la amartilló.

El grupo retrocedió de golpe y después se separó, y cada uno se fue a toda prisa por su cuenta, y Buck Harkness fue detrás de ellos, con un aire bastante derrotado. Yo podría haberme quedado si hubiera querido, pero no quería.

Fui al circo y me quedé dando vueltas por la trasera hasta que pasó el vigilante y después me metí por debajo de la lona. Tenía mi moneda de oro de veinte dólares y algo más de dinero, pero calculaba que más me valía ahorrarlo, porque nunca se sabe cuándo se va a necesitar cuando anda uno lejos de casa y entre desconocidos y esas cosas. Hay que andarse con mucho cuidado. Yo no tengo nada en contra de gastar el dinero en circos cuando no queda más remedio, pero tampoco tiene sentido tirarlo en ellos.

Era un circo verdaderamente estupendo. Era lo más maravilloso que se ha visto cuando llegaban todos a caballo de dos en dos, caballeros y damas al lado, los hombres en calzoncillos y camisetas, sin zapatos ni estribos y con las manos apoyadas en los muslos, tan tranquilos y tan cómodos, por lo menos veinte de ellos, y cada dama tan fina y todas tan guapas como una pandilla de reinas de verdad, con unos vestidos que costaban millones de dólares y todos

llenos de diamantes. Verdaderamente daba gusto verlas; nunca he visto nada más bonito. Y después se fueron poniendo en pie uno por uno y fueron dando vueltas en torno al anillo, los hombres muy altos, esbeltos y erguidos, con las cabezas moviéndose un poco y casi rozando el techo de la carpa, y con los vestidos de color de hoja de rosa de las damas dándoles vueltas en las caderas e inflados, de forma que parecían unos parasoles preciosos.

Y después comenzaron a ir cada vez más rápido, bailando todos ellos, primero con un pie en el aire y luego con el otro, con los caballos cada vez más inclinados y el jefe de pista dando vueltas al poste central, chasqueando el látigo y gritando «¡Jai! ¡Jai!», y el payaso contando chistes detrás de él, hasta que todos dejaron caer las riendas y cada una de las damas se puso las manos en las caderas y cada uno de los caballeros se cruzó de brazos, ¡y entonces fueron los caballos y se inclinaron hasta quedar de rodillas! Así que fueron saltando al anillo uno después de otro, con las reverencias más bonitas que he visto en mi vida, y después se fueron y todo el mundo se puso a aplaudir como si se hubiera vuelto loco.

Bueno, todos los del circo hicieron las cosas más asombrosas, y todo el tiempo el payaso hacía unos chistes que la gente casi se moría. El jefe de pista no podía decirle una palabra sin que el otro le contestara rápido como el rayo con las cosas más divertidas del mundo, y lo que yo no podía entender en absoluto era cómo se le podían ocurrir tantas, tan de repente y tan oportunas. Hombre, si a mí no se me hubieran ocurrido en todo un año. Y después un borracho trató de meterse en la pista y dijo que quería montar a caballo, y que sabía montar tan bien como el mejor. Discutieron con él y trataron de impedírselo, pero él no les hizo caso y todo el espectáculo se paró. Entonces la gente empezó a gritarle y a reírse de él, y él se enfadó y empezó a decir barbaridades, así que el público se enfadó y muchos hombres empezaron a bajar de los bancos hacia la pista, diciendo: «¡Que le den una paliza! ¡que lo echen!» Y una o dos mujeres empezaron a gritar. Entonces el jefe de pista hizo un discursito diciendo que esperaba que no hubiera incidentes, y que si el hombre prometía que no armaría más jaleo, le dejaría montar a caballo si creía que no se iba a caer. Así que todo el mundo se echó a reír y dijo que bueno, y el hombre montó. En cuanto estuvo montado, el caballo empezó a saltar, brincar y corvetear, con los empleados del circo agarrados de la brida, tratando de frenarlo, y el borracho colgado del cuello del caballo, con los pies volando por el aire a cada salto, y toda la gente de pie, gritando y riéndose tanto que se le caían las lágrimas. Y por fin, claro, a pesar de los empleados del circo, el caballo se soltó y salió corriendo como un desesperado, con el borracho pegado a él y agarrado al cuello, primero con una pierna caída de un lado hasta tocar casi el suelo y después con la otra del otro lado y la gente muerta de la risa. A mí no me parecía nada divertido; gritaba del miedo que me daba. Pero en seguida logró volver a la silla y agarrarse a la brida, cayéndose primero de

un lado y luego del otro, y al cabo de un momento dio un salto y dejó caer la brida, ¡y se puso en pie!, con el caballo corriendo como un loco. Ahí se quedó, en pie, dejando que el caballo corriese, tan tranquilo, como si nunca hubiera estado borracho en la vida, y después empezó a quitarse la ropa y tirarla al suelo. Se quitó tantas cosas que prácticamente llenaban el aire, y en total soltó diecisiete trajes. Y ahí se quedó, esbelto y bien parecido, vestido de la forma más bonita y llamativa del mundo, y le dio al caballo con el látigo para hacerle correr todavía más, y después se bajó de un salto, hizo una reverencia y se fue bailando a los vestuarios, y todo el mundo venga de gritar de asombro y de alegría.

Entonces el jefe de pista vio que le habían engañado, y creo que nunca he visto a un jefe de pista tan desanimado. ¡Pero si era uno de sus propios hombres! Se le había ocurrido aquella broma por su cuenta, sin decírselo a nadie. Bueno, yo también me sentía bastante tonto por haberme dejado engañar, pero no hubiera querido estar en el lugar de aquel jefe de pista, ni por mil dólares. No sé; quizá haya circos mejores que aquél, pero todavía no he visto ninguno. En todo caso, para mí era buenísimo, y cuando vuelva a encontrármelo, puede contar con este cliente en cuanto que lo vea.

Bueno, aquella noche tocaba nuestro espectáculo, pero no había más que doce personas, justo lo suficiente para pagar los gastos. Y se estuvieron riendo todo el tiempo, con lo que el duque se cabreó, y, encima, todos se marcharon antes de que terminara la obra, salvo un muchacho que se había quedado dormido. Así que el duque dijo que aquellos campuzos de Arkansaw no entendían a Shakespeare; lo que les gustaba eran las bufonadas, según parecía. Dijo que ya veía por dónde respiraban. Así que a la mañana siguiente consiguió unas grandes hojas de papel de envolver y pintura negra, preparó octavillas y las distribuyó por todo el pueblo. Las octavillas decían:

¡EN LA SALA DEL JUZGADO! ¡Sólo tres noches!

Los actores de fama mundial

¡DAVID GARRICK EL JOVEN!

Y

¡EDMUND KEAN EL VIEJO!

de los Teatros de Londres y del continente,

En su emocionante tragedia de

EL CAMELOPARDO DEL REY

O

¡¡LA REALEZA SIN PAR!!

Entrada 50 centavos.

Y al final, la línea más grande de todas, que decía:

PROHIBIDA LA ENTRADA DE SEÑORAS Y NIÑOS

—Vale —dijo—, si con esto último no vienen, ¡entonces es que no conozco Arkansaw!

Capítulo 23

Bueno, el rey y él estuvieron trabajando todo el día, montando un escenario y un telón y una fila de velas para que hicieran de candilejas; y aquella noche la sala se llenó de hombres en un momento. Cuando ya no cabían más, el duque dejó la taquilla, dio la vuelta por detrás, subió al escenario y se puso delante del telón, donde soltó un discurso en el que elogió la tragedia y dijo que era la más emocionante jamás vista, y después dándose aires con la tragedia y con Edmund Kean el viejo, que iba a interpretar el principal papel, y cuando por fin los tuvo a todos impacientes porque empezase, corrió el telón y al momento siguiente apareció el rey a cuatro patas, desnudo, pintado por todas partes de anillos y rayas de todos los colores, espléndido como un arco iris. Y .. pero el resto de su atavío no importa; era una verdadera locura, aunque muy divertido. El público casi se murió de la risa, y cuando el rey terminó de hacer piruetas y desapareció detrás del escenario, se puso a gritar y a aplaudir, a patear y a carcajearse hasta que volvió y lo repitió, y después todavía le obligaron a repetirlo otra vez. Yo creo que hasta una vaca se habría reído con las tonterías que hacía aquel viejo idiota.

Después el duque bajó el telón, hizo una reverencia al público y dijo que la gran tragedia sólo se interpretaría dos noches más, por tener compromisos urgentes en Londres, donde estaban vendidas todas las entradas en Drury Lane, y después hizo otra reverencia, y dijo que si había logrado que se divirtieran y se instruyeran, les agradecería mucho que se lo mencionaran a sus amigos para que también fueran a verla.

Veinte voces gritaron:

—¿Cómo, ha terminado? ¿Eso es todo?

El duque va y dice que sí. Entonces se armó una buena. Todo el mundo se puso a gritar: «¡Estafadores!» y se levantó furioso y se lanzó hacia el escenario y los actores trágicos. Pero un hombre corpulento y de buen aspecto saltó a un banco y gritó:

—¡Calma! Sólo una palabra, caballeros —y se detuvieron a escucharlo—. Nos han estafado, y estafado bien. Pero no queremos que todo el pueblo se ría de nosotros, creo yo, y que nos den la lata toda la vida. No. Lo que queremos es irnos de aquí con calma para hacer una buena propaganda del espectáculo, ¡y engañar al resto del pueblo! Entonces estaremos todos en las mismas. ¿No os parece lo más sensato? («¡Seguro que sí! Tiene razón el juez!», gritaron todos.) Bueno, pues entonces, ni palabra a nadie de esta estafa. Todo el mundo a casa a decirles a los demás que vengan a ver la tragedia.

Al día siguiente en el pueblo no se hablaba más que de lo espléndida que había sido la función. La sala volvió a llenarse aquella noche y la estafa se repitió igual que la anterior. Cuando el rey, el duque y yo volvimos a la balsa cenamos todos, y al cabo de un rato hicieron que Jim y yo la sacáramos flotando hasta la mitad del río y la escondiéramos unas dos millas abajo del pueblo.

La tercera noche la sala volvió a llenarse, y aquella vez no había espectadores nuevos, sino gente que ya había venido las otras dos. Me quedé con el duque en la taquilla y vi que todos los que pasaban llevaban los bolsillos llenos o algo escondido debajo de la chaqueta, y también me di cuenta de que no olían precisamente a rosas, ni mucho menos. Olí huevos podridos por docenas, coles podridas y cosas así, y si alguna vez he olido a un gato muerto, y aseguro que sí, entraron sesenta y cuatro de ellos. Aguanté un momento, pero era demasiado para mí; no podía soportarlo. Bueno, cuando ya no cabía ni un espectador más, el duque le dio a un tipo un cuarto de dólar, le dijo que se quedara en la taquilla un minuto y después fue hacia la puerta del escenario, conmigo detrás; pero en cuanto volvimos la esquina y quedamos en la oscuridad, va y me dice:

—Ahora echa a andar rápido hasta que ya no queden casas, ¡y después corre hacia la balsa como alma que lleva el diablo!

Así lo hice, y él igual. Llegamos a la balsa al mismo tiempo, y en menos de dos segundos íbamos deslizándonos río abajo, en la oscuridad y el silencio, avanzando hacia la mitad del río, todos bien callados. Calculé que el pobre rey lo iba a pasar muy mal con el público, pero ni hablar; un minuto después salió a cuatro patas del wigwam y dijo:

—Bueno, ¿cómo ha salido esta vez, duque? —ni siquiera había ido al pueblo.

No encendimos ni una luz hasta que estuvimos unas diez millas más abajo del pueblo. Allí cenamos, y el rey y el duque se desternillaron de la risa con la forma en que habían engañado a aquella gente. El duque decía:

—¡Pardillos, paletos! Ya sabía yo que los de la primera sesión no dirían

nada y dejarían que engañásemos al resto del pueblo, y sabía que se iban a vengar la tercera noche, pensando que les había llegado la vez a ellos. Bueno, ya les llegó, y daría algo por saber cómo se lo van a tomar. Ya me gustaría saber cómo van a aprovechar la oportunidad. Siempre se pueden ir de merienda si quieren. Llevaron bastantes provisiones.

Aquellos sinvergüenzas habían sacado cuatrocientos sesenta y cinco dólares en tres noches. Yo nunca había visto entrar el dinero así, a carretadas.

Después, cuando ya se habían dormido y roncaban, Jim va y dice:

—¿No te extraña cómo se porta ese rey, Huck?

—No —respondí—, nada.

—¿Por qué no, Huck?

—Bueno, pues no, porque lo llevan en la sangre. Calculo que son todos iguales.

—Pero, Huck, estos reyes nuestros son unos sinvergüenzas; eso es lo que son, unos sinvergüenzas.

—Bueno, eso es lo que decía; todos los reyes son prácticamente unos sinvergüenzas, que yo sepa.

—¿Es verdad?

—No tienes más que leer lo que han hecho para enterarte. Fíjate en Enrique VIII; este nuestro es un superintendente de escuela dominical a su lado. Y fíjate en Carlos II y Luis XIV, y Luis XV y Jacobo II y Eduardo II y Ricardo III y cuarenta más; además de todas aquellas heptarquías sajonas que andaban por ahí en la antigüedad armando jaleos. Pero tendrías que haber visto al tal Enrique VIII cuando estaba en forma. Era una joya. Se casaba con una mujer nueva cada día y le cortaba la cabeza a la mañana siguiente. Y le importaba tanto como si estuviera pidiendo un par de huevos. «Que traigan a Nell Gwynn», decía. Se la traían. A la mañana siguiente: «¡Que le corten la cabeza!» Y se la cortaban. «Que traigan a Jane Shore», decía, y ahí llegaba. A la mañana siguiente: «Que le corten la cabeza». Y se la cortaban. «Que traigan a la bella Rosamun», y la bella Rosamun respondía ala campana. A la mañana siguiente: «Que le corten la cabeza». Y hacía que cada una de ellas le contase un cuento cada noche y así hasta que reunió mil y un cuentos, y entonces los metió todos en un libro y lo llamó el Libro del juicio, que es un buen título, y que lo aclara todo. Tú no conoces a los reyes, Jim, pero yo sí; este pícaro nuestro es uno de los más decentes que me he encontrado en la historia. Bueno, al tal Enrique le da la idea de que quiere meterse en líos con este país. Y, ¿qué hace... avisa de algo? ¿Se lo dice al país? No. De golpe va y tira por la borda todo el té que hay en el puerto de Boston y se inventa una declaración

de independencia y les dice que a ver si se atreven. Así era como hacía él las cosas. Nunca le daba una oportunidad a nadie. Sospechaba algo de su padre, que era el duque de Wellington. Y, ¿qué hace? ¿Le dice que se presente? No: lo ahoga en una barrica de malvasía, como si fuera un gato. Imagínate que alguien dejase dinero olvidado donde estaba él; ¿qué hacía? Se lo guardaba. Imagínate que tenía un contrato para hacer algo y le pagabas y no te quedabas ahí sentado a ver cómo lo hacía; ¿qué hacía él? Siempre lo contrario. Imagínate que abría la boca; ¿qué pasaba? Si no la cerraba inmediatamente, soltaba una mentira por minuto. Así era de bicho el tal Enrique, y si hubiera estado él con nosotros en lugar de nuestros reyes, habría estafado a ese pueblo mucho más que los nuestros. No digo que los nuestros sean unos corderitos, porque no lo son y sería mentir, pero no son nada en comparación con aquel viejo cabrón. Lo único que te digo es que los reyes son los reyes y hay que dejarles un margen. Así, en bloque, son bastante gentuza. Es por cómo los crían.

—Pero éste apesta como un maldito, Huck.

—Pues igual que todos, Jim. Nosotros no podemos evitar que los reyes huelan así; la historia no nos dice cómo evitarlo.

—Pero el duque resulta como más simpático en algunas cosas.

—Sí, los duques son diferentes. Pero no mucho. Éste es una cosa media para duque. Cuando está borracho, un miope no podría distinguirlo de un rey.

—Bueno, en todo caso, no me apetece conocer a más tipos de éstos, Huck. Con éstos me basta y me sobra.

—Igual me pasa a mí, Jim. Pero nos han caído encima y tenemos que recordar lo que son y tener en cuenta las cosas. Ya me gustaría enterarme de que en algún país ya no quedan reyes.

¿Para qué contarle a Jim que no eran reyes ni duques de verdad? No habría valido de nada; además, era lo que yo había dicho: no se los podía distinguir de los de verdad.

Me quedé dormido y Jim no me llamó cuando me tocaba el turno. Lo hacía muchas veces. Cuando me desperté, justo al amanecer, estaba sentado con la cabeza entre las rodillas, gimiendo y lamentándose. No le hice caso ni me di por enterado. Sabía lo que pasaba. Estaba pensando en su mujer y sus hijos, allá lejos, y se sentía desanimado y nostálgico, porque nunca había estado fuera de casa en toda su vida, y creo, de verdad, que quería tanto a su gente como los blancos a la suya. No parece natural, pero creo que es así. Muchas veces gemía y se lamentaba así por las noches, cuando creía que yo estaba dormido, y decía: «¡Probecita Lizabeth! ¡Probecito John! Es muy difícil; ¡creo que nunca os voy a ver más, nunca más!» Era un negro muy bueno, el Jim.

Pero aquella vez no sé cómo me puse a hablar con él de su mujer y sus hijos y después de un rato va y dice:

—Me siento tan mal porque he oído allá en la orilla algo así como un golpe, o un portazo, hace un rato, y me recuerda la vez que traté tan mal a mi pequeña Lizabeth. No tenía más que cuatro años y le dio la ascarlatina y las pasó muy mal; pero se puso güena y un día voy y digo, dije:

»—Cierra esa puelta.

»Y no la cerró; se quedó allí, como sonriéndome. Me cabreé y le vuelvo a decir muy alto, voy y digo, dije:

»—¿No me oyes? ¡Cierra esa puelta!

»Y ella seguía allí, como sonriéndome. ¡Y yo con un cabreo! Yvoyydigo, dije: »—¡Te vas a enterar!

»Y voy y le pego una bofetá que la tiro de espaldas. Entonces fui a la otra habitación y tardé en volver unos diez minutos, y cuando volví allí estaba la puelta todavía abierta, y la niña allí mismo, mirando al suelo y quejándose y llorando. ¡Dios, qué cabreo! Iba a darle otra vez, pero justo entonces, porque era una puelta que se abría hacia adentro, justo entonces va el viento y la cierra de un portazo detrás de la niña, ¡baaam! ¡Y te juro que la niña ni se movió! Casi me quedo sin aliento; y me sentí tan... no sé cómo me sentí. Salí de allí todo temblando y voy y abro la puelta mu despacio y meto la cabeza justo detrás de la niña, sin hacer ni un ruido, y de repente digo: «¡Baaam! lo más alto que puedo. ¡Y ni se movió! Ay, Huck. Me eché a llorar y la agarré en brazos diciendo: «¡Ay, probecita! ¡Que el Señor y todos los santos perdonen al pobre Jim, porque él nunca se va a perdonar mientras viva! » Ay, se había quedado sordomuda, Huck, sordomuda del todo, ¡y yo tratándola así!

Capítulo 24

Al día siguiente, hacia la noche, amarramos a un islote de sauces en el medio, donde había un pueblo a cada lado del río, y el duque y el rey empezaron a hacer planes para trabajar en aquellos pueblos. Jim habló con el duque y dijo que esperaba que no les llevara más que unas horas, porque le resultaba muy pesado tener que quedarse todo el día en el wigwam, atado con las cuerdas. Entendéis, cuando lo dejábamos teníamos que atarlo, porque si alguien se lo encontraba solo y sin atar parecería que era un negro fugitivo, ya sabéis. Así que el duque dijo que efectivamente resultaba muy duro pasarse atado todo el día y que iba a pensar alguna forma de solucionarlo.

El tal duque era de lo más listo, y pronto se le ocurrió una idea. Vistió a Jim con el disfraz del rey Lear: una bata larga de calicó de cortina y una peluca blanca de crin de caballo, con sus barbas, y después sacó el maquillaje del teatro y le pintó la cara y las manos, las orejas y el cuello todo de un azul apagado y continuo, como un hombre que llevara ahogado nueve días. Que me cuelguen si no era la visión más horrible que se pueda uno imaginar. Después el duque escribió en una pizarra un letrero que decía:

ÁRABE ENFERMO;

INOFENSIVO CUANDO NO SE VUELVE LOCO.

Y clavó el letrero en un poste y puso el poste a cuatro o cinco pies por delante del wigwam. Jim se quedó muy contento. Dijo que era mucho mejor que estarse atado años y años todos los días y echarse a temblar cada vez que oía algo. El duque le dijo que hiciera lo que le apeteciese y que si alguien venía a meter las narices, saliera saltando del wigwam y armase un poco de jaleo y pegase un aullido o dos como si fuera un animal salvaje, y calculaba que se irían y lo dejarían en paz. Lo cual era una idea bastante buena; pero la verdad es que un hombre normal no esperaría a que se pusiera a aullar. ¡Pero si no sólo parecía que se hubiera muerto, sino algo mucho peor todavía!

Aquellos sinvergüenzas querían volver a probar con el Sin Par porque dejaba mucho dinero, pero calcularon que no convenía, porque quizá se hubiera corrido ya la noticia. No se les ocurría ningún proyecto que resultara perfecto, así que al final el duque dijo que lo dejaba y que iba a pensarlo una hora o dos y ver si podía organizar algo en el pueblo de Arkansaw, y el rey dijo que él iría al otro pueblo sin ningún plan, pero confiaría en la Providencia para que le diese alguna idea lucrativa, o sea, que calculo que se refería al teatro. Todos habíamos comprado ropa en la tienda de la última parada, y ahora el rey se puso la suya y me dijo a mí que me pusiera la mía. Naturalmente lo hice. La ropa del rey era toda negra y tenía un aire muy elegante y almidonado. Hasta entonces nunca había comprendido yo cómo podía la ropa cambiar a la gente. Antes tenía el aire de ser el viejo sinvergüenza que era en realidad, pero ahora, cuando se quitaba su sombrero nuevo de castor y hacía una reverencia y sonreía, parecía tan elegante y tan piadoso que diría uno que acababa de salir del arca de Noé y que podía haber escrito el Levítico en persona. Jim limpió la canoa y me preparó el remo. En la costa había atracado un barco de vapor más allá del cabo, unas tres millas arriba del pueblo, que llevaba allí un par de horas, cargando material. Y el rey va y dice:

—Ya que voy vestido así, calculo que más vale llegar a Saint Louis o Cincinatti, o alguna otra gran ciudad. Vamos hacia el barco de vapor, Huckleberry; llegaremos al pueblo en él.

No hacía falta que me ordenasen dos veces dar un paseo en barco de vapor. Llegué a la ribera media milla más arriba del pueblo y después bajamos deslizándonos junto al acantilado, en el agua tranquila. En seguida nos encontramos con un joven campesino de aire inocente sentado en un tronco y quitándose el sudor de la cara, pues hacía mucho calor, con un par de maletones de tela en el suelo.

—Vamos a atracar —dijo el rey. Obedecí—. ¿A dónde va usted, joven?

—Al barco de vapor; tengo que ir a Orleans.

—Suba abordo —dijo el rey—. Un momento, mi criado le ayudará con las maletas. Salta a tierra y échale una mano al caballero, Adolfus —y vi que ése era yo.

Obedecí, y los tres volvimos a ponernos en marcha. El muchacho estaba muy agradecido; dijo que el andar con equipaje con aquel tiempo resultaba muy cansado. Preguntó al rey dónde iba él y el rey le dijo que había bajado por el río y desembarcado en el otro pueblo aquella mañana, y que ahora iba a recorrer unas millas para ver a un viejo amigo en una finca que había allí. El muchacho dijo:

—Cuando lo vi a usted me dije: «Seguro que es el señor Wilks que llega justo a tiempo». Pero luego me volví a decir: «No, calculo que no, pues no estaría remando río arriba». ¿No es usted, verdad?

—No, yo me llamo Blodgett; Elexander Blodgett; reverendo Elexander Blodgett, supongo que debería decir, dado que soy uno de los pobres fámulos del Señor. Pero también puedo lamentar que el señor Wilks no haya llegado a tiempo, si es que eso le causa algún perjuicio, aunque espero que no.

—Bueno, no es que vaya a perder sus bienes, porque ésos le corresponden de todas formas, pero no podrá ver morir a su hermano Peter, cosa que a él quizá no le importe, nadie puede saberlo, pero su hermano habría dado cualquier cosa por verlo a él antes de morir; en estas tres semanas no ha hablado de otra cosa; no lo ve desde que eran niños y a su hermano William no lo ha visto en su vida, es decir, ése es el sordomudo, William, que no tiene más que treinta o treinta y cinco años. Peter y George fueron los únicos que vinieron aquí; George era el casado; él y su mujer murieron el año pasado. Ahora sólo quedan Harvey y William y, como le decía, no van a llegar a tiempo.

—¿Les ha avisado alguien?

—Ah, sí; hace uno o dos meses, cuando se puso enfermo Peter, porque Peter dijo entonces que le parecía como que esta vez no se iba a poner bueno. Ya ve usted, era muy viejo y las chicas de George eran demasiado jóvenes

para hacerle mucha compañía, salvo Mary Jane, la pelirroja; así que se sentía muy solo cuando se murieron George y su mujer, y no parecía tener muchas ganas de vivir. Estaba desesperado por ver a Harvey, y de hecho también a William, porque era de esos que no soportan hacer testamento. Dejó una carta para Harvey y dijo que en ella le contaba dónde estaba escondido el dinero y cómo quería que se dividiese el resto de la propiedad para que las chicas de George quedaran bien, porque George no había dejado nada. Y aquella carta fue lo único que lograron que escribiese.

—¿Por qué cree usted que no ha venido Harvey? ¿Dónde vive?

—Ah, vive en Inglaterra, en Sheffield; es predicador y no ha vuelto nunca a este país. No ha tenido demasiado tiempo, y además, ya sabe, a lo mejor ni siquiera le ha llegado la carta.

—Una pena, una pena que no pudiera vivir para ver a sus hermanos, pobrecillo. ¿Y dice usted que va a Orleans?

—Sí, pero eso no es más que el principio. El miércoles que viene tomo un barco para Río Janero, donde vive mi tío.

—Es un viaje bastante largo. Pero será muy bonito; ojalá pudiera ir yo. ¿Es Mary Jane la mayor? ¿Qué edad tienen las otras?

—Mary Jane, diecinueve años; Susan, quince, y Joanna unos catorce... ésa es la que se dedica a las buenas obras y tiene un labio leporino.

—¡Pobrecitas! Quedarse así solas en este frío mundo...

—Bueno, peor podrían estar. El viejo Peter tenía amigos, y no van a permitir que les pase nada. Están Hobson, el predicador baptista, y el diácono Lot Hovey, y Ben Rucker y Abner Shackleford y Levi Bell, el abogado, y el doctor Robinson y sus mujeres, y la viuda Bartley y... bueno, montones; pero ésos eran los más amigos de Peter y de los que hablaba a veces cuando escribía a casa. Así que Harvey sabrá dónde buscar amigos cuando llegue.

Bueno, el viejo siguió haciendo preguntas hasta que prácticamente se lo sacó todo al muchacho. Maldito si no preguntó por todos y por todo de aquel pobre pueblo, todo lo relativo a los Wilks y cuál era el negocio de Peter, que era curtidor; y el de George, que era carpintero; y el de Harvey, que era pastor de una iglesia disidente, etcétera, etcétera. Después dijo:

—¿Por qué quería ir usted a pie todo el camino hasta el barco de vapor?

—Porque es uno de los barcos grandes de Orleans y temía que no parase allí. Los grandes no paran cuando se los llama. Los de Cincinnati sí, pero éste es de Saint Louis.

—¿Era rico Peter Wilks?

—Ah, sí, bastante rico. Tenía casas y tierras, y se calcula que dejó tres o cuatro mil dólares en efectivo escondidos en alguna parte.

—¿Cuándo dijo usted que había muerto?

—No lo dije, pero fue anoche.

—Entonces el funeral será mañana.

—Sí, hacia mediodía.

—Bueno, es todo muy triste, pero todos tenemos que irnos en un momento u otro. Así que lo que hemos de hacer es estar preparados y entonces la paz será con nosotros.

—Sí, señor, es lo mejor. Mi madre siempre decía lo mismo.

Cuando llegamos al barco casi había terminado de cargar y en seguida zarpó. El rey no dijo nada de subir a bordo, así que después de todo me quedé sin paseo. Cuando hacía rato que se había ido el barco, el rey me hizo remar otra milla río arriba, a un sitio solitario, y después bajó ala ribera y dijo:

—Ahora vuelve corriendo y tráete al duque con las maletas de lona nuevas. Y si se ha ido al otro lado, vete allí a buscarlo. Dile que se prepare para venir pase lo que pase. Vamos, vete.

Comprendí lo que estaba preparando él, pero, naturalmente, no dije nada. Cuando volví con el duque escondimos la canoa y ellos se sentaron en un tronco y el rey se lo contó todo, igual que se lo había contado el joven: hasta la última palabra. Y todo el tiempo tratando de hablar como un inglés, y le salía bastante bien, para ser un vagabundo. No puedo imitarlo, así que no lo voy a intentar, pero de verdad que lo hacía muy bien. Después dijo:

—¿Qué tal te sale el sordomudo, Aguassucias?

El duque dijo que podía confiar en él. Dijo que había hecho el papel de sordomudo en el escenario. Así que se quedaron esperando a que llegase un barco de vapor.

Hacia la primera hora de la tarde aparecieron dos barcas, pero no venían de demasiado lejos río arriba; por fin apareció una grande y la llamaron. Envió la yola y embarcamos; era de Cincinnati, y cuando se enteraron de que sólo queríamos recorrer cuatro o cinco millas se pusieron furiosos y nos maldijeron y dijeron que no nos desembarcarían. Pero el rey dijo muy tranquilo:

—Si los caballeros se pueden permitir un dólar por milla cada uno para que los suban y los bajen en una yola, entonces un barco de vapor puede permitirse transportarlos, ¿no?

Así que se ablandaron y dijeron que bueno, y cuando llegamos al pueblo

nos llevaron a la ribera en la yola. Cuando la vieron llegar, unas dos docenas de hombres bajaron a verla, y cuando el rey dijo:

—¿Puede alguno de ustedes, caballeros, decirme dónde vive el señor Peter Wilks? —se miraron entre sí, asintiendo con las cabezas, como diciendo: «¿qué te había dicho?» Entonces uno de ellos dice, con voz muy amable:

—Lo siento, caballero, pero lo máximo que podemos hacer es decirle dónde vivía hasta ayer noche.

En un abrir y cerrar de ojos el viejo caradura se puso a temblar, se dejó caer contra el hombre, apoyándole la barbilla en el hombro y llorándole en la espalda, y dijo:

—¡Ay, ay, nuestro pobre hermano... Se ha ido y nunca logramos verlo! ¡Ay, esto es demasiado, demasiado!

Y se da la vuelta lloriqueando y hace una serie de señales idiotas al duque con las manos, y que me cuelguen si el duque no dejó caer una de las maletas y se echó a llorar. De verdad que eran la pareja de estafadores más siniestra que he visto en mi vida.

Bueno, los hombres formaron un grupo y les dieron el pésame, les dijeron todo género de cosas y les subieron las maletas por la cuesta y les dejaron que se apoyaran en ellos y llorasen, y cuando le contaron al rey todos los detalles de los últimos momentos de su hermano, él se lo volvió a contar todo con las manos al duque y los dos lloraban por aquel curtidor muerto como si hubieran perdido a los doce discípulos. Bueno, es que si me vuelvo a encontrar algo así, es que yo soy un negro. Aquello bastaba para sentir vergüenza del género humano.

Capítulo 25

La noticia circuló por todo el pueblo en dos minutos y se veía a gente que llegaba corriendo de todas partes, algunos poniéndose la chaqueta. En seguida nos encontramos en medio de una multitud y el ruido de las pisadas era como el de la marcha de un regimiento. Las ventanas y las puertas estaban llenas, y a cada minuto alguien preguntaba, por encima de una valla:

—¿Son ellos?

Y alguien que llegaba trotando con el grupo respondía:

—Apuesto a que sí.

Cuando llegamos a la casa, la calle estaba llena de gente y en la puerta

estaban las tres muchachas. Mary Jane era pelirroja, pero eso no importa: era la más guapa, y tenía la cara y los ojos encendidos por la alegría de ver llegar a sus tíos. El rey abrió los brazos y Mary Jane saltó a ellos, y la del labio leporino se lanzó a los del duque, ¡y allí se armó! Casi todo el mundo, por lo menos las mujeres, se echó a llorar de alegría al verlos reunidos otra vez por fin, y tan a gusto todos.

Después el rey le hizo una seña en privado al duque (yo lo vi) y miró a su alrededor para ver el ataúd, colocado en un rincón sobre dos sillas; entonces él y el duque, cada uno apoyado con una mano en el hombro del otro y la otra en los ojos, se acercaron lentos y solemnes y todo el mundo retrocedió para hacerles sitio y dejó de hablar y de hacer ruido mientras se oía «¡chisss! » y todos los hombres se quitaban los sombreros y bajaban las cabezas, de modo que se habría oído caer un alfiler. Y cuando llegaron se inclinaron y miraron el ataúd, y a la primera mirada se echaron a llorar que se los podía haber oído hasta en Orleans, o casi, y después se echaron el brazo al cuello el uno del otro, apoyando las barbillas en el hombro del otro, y durante tres minutos, o quizá cuatro, en mi vida he visto a dos hombres gimplar como aquéllos. Y, cuidado, que todo el mundo hacía lo mismo, y aquello empezó a rezumar humedad como nunca he visto nada igual. Después uno de ellos se puso a un lado del ataúd y el otro al otro, y se arrodillaron y apoyaron las frentes en el ataúd y empezaron a hacer como que rezaban en silencio. Bueno, cuando pasó aquello, la gente se emocionó como no he visto en mi vida, todo el mundo rompió a llorar y siguió llorando en voz alta; también las pobres muchachas, y casi todas las mujeres fueron hacia ellas, sin decir una palabra, y las besaron, muy solemnes, en la frente, y después les llevaron las manos a las cabezas mirando hacia el cielo, todas llenas de lágrimas, y salieron gimiendo y tambaleándose para dejar el turno a otras. Nunca he visto nada igual de asqueroso.

Bueno, al cabo de un rato el rey se levanta, se adelanta un poco, coge fuerzas y empieza a soltar un discurso temblequeante, todo lleno de lágrimas y de bobadas, diciendo lo duro que les resulta a él y a su pobre hermano perder al muerto, y no haber logrado verlo vivo después de un largo viaje de cuatro mil millas, pero es una prueba que se ve suavizada y santificada por esta gran solidaridad y por estas lágrimas sagradas, así que les da las gracias de todo corazón, el suyo y el de su hermano, porque con la boca no pueden, porque las palabras son demasiado débiles y frías, y todo ese género de bobadas y tonterías, hasta que resulta estomagante, y después gimotea un piadoso amén, amén, Señor, y se deja ir y se pone otra vez a llorar como un loco.

Y en el momento en que soltó aquello, alguien del grupo empezó a cantar el Gloria Patri, y todo el mundo se sumó con todas sus fuerzas, de forma que confortaba mucho y se sentía uno como en la iglesia. La música es una cosa

tan buena que después de todas aquellas bobadas y mentiras, nunca he visto cosa que limpiara más el ambiente y que sonara más honrado y más animado.

Después el rey empezó a darle otra vez a la sin hueso diciendo que él y sus sobrinas celebrarían que algunos de los principales amigos de la familia cenaran con ellos allí esa noche y les ayudaran a velar los restos del difunto, y que si su pobre hermano allí yacente pudiera hablar él sabe quién diría, porque eran nombres que les resultaban muy queridos y que mencionaba a menudo en sus cartas, así que los dirá él mismo, o sea, los siguientes: el reverendo señor Hobson y el diácono Lot Hovey, y el señor Ben Rucker, y Abner Shackleford, y Levi Bell, y el doctor Robinson y sus esposas y la viuda Bartley.

El reverendo Hobson y el doctor Robinson estaban en el otro extremo del pueblo, cazando juntos; o sea, quiero decir que el médico estaba enviando a un enfermo al otro mundo y el predicador le estaba enseñando el camino más recto para llegar. El abogado Bell estaba en Louisville por cuestión de trabajo. Pero los demás estaban todos allí, así que vinieron a estrechar la mano del rey y le dijeron las gracias y hablaron con él, y después estrecharon la mano al duque y no dijeron nada, sino que se quedaron sonriendo y asintiendo con la cabeza como un montón de idiotas mientras él hacía todo genero de signos con la mano y decía: «Guu—guuu—guu—guuu» todo el tiempo, como un bebé que no sabe hablar.

Así que el rey siguió parloteando y se las arregló para preguntar prácticamente por toda la gente y hasta por los perros del pueblo; sabía cómo se llamaban todos, y mencionó todo género de cosas que habían pasado una vez u otra en el pueblo o que les había ocurrido a la familia de George o a la de Peter. Y siempre sugería que Peter se las había dicho en sus cartas, pero era mentira; todo se lo había sacado a aquel pobre idiota con el que fuimos en canoa hasta el barco de vapor.

Después Mary Jane trajo la carta que había dejado su padre y el rey la leyó en voz alta y se echó a llorar con ella. Dejaba la vivienda y tres mil dólares en oro a las muchachas, y la fábrica de curtidos (que era un buen negocio), junto con otras casas y tierras (por valor de unos siete mil) y tres mil dólares en oro a Harvey y William, y decía dónde estaban escondidos en el sótano los seis mil dólares en monedas. Así que los dos estafadores dijeron que iban a buscarlo para que todo quedase bien claro y me mandaron que fuese yo con una vela. Cerramos la puerta del sótano al entrar, y cuando se encontraron con la bolsa, la abrieron en el suelo y fue un espectáculo maravilloso ver tanto oro junto: ¡Cómo le brillaban los ojos al rey! Le da una palmada en el hombro al duque y dice:

—¡Esto sí que vale la pena! ¡Ay, sí, claro que sí! Bueno, Biljy, es mejor que el Sin Par, ¿no?

El duque reconoció que sí. Acariciaron las monedas y se las dejaron resbalar entre los dedos y resonar en el suelo, y el rey dice:

—No hay que darle vueltas; lo que nos conviene a ti y a mí, Aguassucias, es ser hermanos de un muerto rico y representantes de los únicos herederos extranjeros que quedan. Esto se lo debemos a la Providencia. A la larga, lo mejor es confiar en ella. Lo he probado todo, y no hay mejor solución.

Casi cualquiera se hubiera quedado contento con aquel montón y se habría fiado de la cuenta, pero no, ellos tenían que contarlo. Así que lo cuentan y resulta que faltan cuatrocientos quince dólares. Y va y dice el rey:

—Dita sea, ¿qué habrá hecho con esos cuatrocientos quince dólares?

Se quedaron pensándolo un rato, buscándole una explicación. Después el duque dice:

—Bueno, estaba bastante enfermo y probablemente se equivocó... Calculo que eso fue lo que pasó. Lo mejor es dejarlo y no decir nada. No nos hace falta.

—Ah, claro, sí, no nos hace falta. A mí eso no me importa. En lo que estoy pensando es en la cuenta. En este caso tenemos que actuar con mucha claridad, ya sabes. Lo que necesitamos es llevar este dinero arriba y contarlo delante de todo el mundo para que no puedan sospechar nada. Pero cuando el muerto dice que hay seis mil dólares, ya sabes que no nos conviene...

—Un momento —dice el duque—. Podemos poner lo que falta —y empieza a sacar monedas de oro del bolsillo.

—Esa idea es de lo más acertada, duque... Tienes la cabeza muy bien puesta —dice el rey—. Bendito sea el Sin Par que vuelve a ayudarnos —y empieza a sacarse monedas de oro del bolsillo y a amontonarlas.

Casi se quedan sin dinero, pero llegaron a los seis mil dólares exactos.

—Oye —dice el duque—, se me ocurre otra idea. Vamos arriba, contamos el dinero y después se lo damos a las chicas.

—¡Por Dios santo, duque, deja que te dé un abrazo! Es la idea más brillante del mundo. Desde luego, tienes la cabeza pero que muy bien puesta. Ahora que sospechen lo que quieran... Así se convencerán.

Cuando subimos, todo el mundo se reunió en torno a la mesa y el rey lo contó y lo amontonó, a trescientos dólares por montón: veinte montoncitos muy elegantes. Todo el mundo los miró con envidia, relamiéndose los labios. Después volvieron a meterlo todo en la bolsa y vi que el rey empezaba a inflarse para lanzar otro discurso. Va y dice:

—Amigos todos, mi pobre hermano que ahí yace ha sido generoso con los

que quedamos detrás en este valle de lágrimas. Ha sido generoso con estas corderitas que ha amado y protegido y que ahora quedan sin padre ni madre. Sí, y los que lo conocíamos sabemos que él habría sido más generoso con ellas de no haber temido herirnos a su querido William y a mí. ¿No es verdad? A mí no me cabe duda. Bueno, entonces, ¿qué clase de hermanos serían los que se opusieran a su voluntad en un momento así? ¿Y qué clase de tíos serían los que robarían, sí, robarían, a unas pobres corderitas como éstas, que él tanto amaba, en un momento así? Si conozco a William, y creo que sí ... él ... bueno, voy a preguntárselo.

Y se da la vuelta y empieza a hacerle un montón de señales al duque con las manos y el duque lo contempla con gesto estúpido e inexpresivo un rato, y luego de repente parece comprender lo que dice y salta encima del rey, diciendo «guu—guuu» de alegría con todas sus fuerzas y le da unos quince abrazos antes de soltarlo. Después, el rey va y dice:

—Ya lo sabía; calculo que esto convencerá a todo el mundo de lo que él piensa. Vamos, Mary Jane, Susan, Joanna, tomad el dinero... tomadlo todo. Es el regalo de quien ahí yace, frío pero contento.

Mary Jane se lanzó hacia él y Susan y la del labio leporino hacia el duque y se pusieron a darles tales besos y abrazos como nunca he visto. Y todo el mundo se amontonó con los ojos llenos de lágrimas y dándoles las manos a aquellos estafadores, diciendo todo el tiempo:

—¡Almas bondadosas! ¡Qué buenos! ¡Cómo han podido!

Bien, en seguida todos volvieron a hablar del difunto y de lo bueno que era y qué gran pérdida representaba y todo eso, y un poco después llegó un hombretón de mandíbula cuadrada que se quedó escuchando y mirando sin decir nada, y nadie le decía tampoco nada a él, porque el rey estaba hablando y todos estaban ocupados en escuchar. El rey seguía diciendo, en mellio de algo que ya había empezado:

—...amigos en especial del difunto. Por eso están invitados aquí en esta tarde, pero la verdad queremos que vengan todos... todo el mundo; pues él respetaba a todo el mundo, quería a todo el mundo, y por eso procede que sus orgías funerarias sean públicas.

Y siguió diciendo estupideces, porque le gustaba escucharse. Y a cada rato volvía a sacar otra vez lo de las orgías funerarias, hasta que el duque ya no lo pudo aguantar y escribió en un trocito de papel: «Exequias, viejo idiota», y lo dobló y fue haciendo «guu—guu» y se lo pasó por encima de la cabeza de los demás. El rey lo leyó, se lo metió en el bolsillo y dijo:

—Pobre William, pese a su aflicción, su corazón siempre acierta. Me pide que invite a todos a venir al funeral... quiere que le dé la bienvenida a todos.

Pero no necesita preocuparse, era justo eso lo que estaba haciendo.

Y después continuó con su discurso, tan tranquilo, y vuelve a hablar de sus orgías funerarias una vez tras otra, exactamente igual que antes. Ya la tercera vez dice:

—Digo orgías, no porque sea el término vulgar, que no lo es, el término vulgar es exequias, sino porque orgías es el término exacto. En Inglaterra ya no se dice exequias... Esa palabra ha caído en desuso. En Inglaterra ahora decimos orgías. Orgías es mejor porque significa con más exactitud lo que uno quiere decir. Es una palabra compuesta del griego orgo, fuera, abierto, al aire libre, y el hebreo geesum, plantar, cubrir; de ahí enterrar. De manera que como ven ustedes, las orgías funerarias son un funeral público, ejem, abierto.

Era lo más caradura que he visto. Bueno, el de la mandíbula cuadrada se le rió en la cara. Todo el mundo se escandalizó. Todo el mundo dijo: «¡Pero, hombre, doctor!», y Abner Shackleford dijo:

—Pero, Robinson, ¿no has oído la noticia? Éste es Harvey Wilks. El rey sonrió de oreja a oreja, le alargó la pezuña y dijo:

—¿Es el querido amigo y médico de mi pobre hermano? Yo...

—¡No me toque! —respondió el médico—. Pretende usted hablar como un inglés, ¿no? Es la peor imitación que he oído en mi vida. ¿Usted el hermano de Peter Wilks? Es usted un estafador, ¡eso es lo que es!

¡Bueno, la que se armó! Se agruparon en torno al médico y trataron de tranquilizarlo explicándoselo todo y contándole que Harvey había demostrado de cuarenta formas que era Harvey y conocía a todo el mundo por su nombre y hasta cómo se llamaban los perros, y le suplicaron una vez tras otra que no hiriese los sentimientos de Harvey ni los de las pobres chicas y todo eso. Pero de nada valió; siguió pegando gritos y diciendo que si alguien pretendía ser inglés y no sabía imitar la forma en que hablaban los ingleses mejor que aquél es porque era un estafador y un mentiroso. Las pobres chicas se agarraban al rey y lloraban, y de pronto el médico va y se vuelve contra ellas. Va y dice:

—Yo era amigo de vuestro padre y soy vuestro amigo, y os advierto como amigo, y amigo honesto que quiere protegeros y evitaros disgustos y sufrimientos, que volváis las espaldas a ese sinvergüenza y no tengáis nada que ver con él, con ese vagabundo ignorante, con esas idioteces de griego y de hebreo, dice él. Es el impostor más evidente: ha llegado aquí con un montón de nombres vacíos y de datos que ha conseguido en alguna parte, y creéis que son pruebas. Y esos amigos bobos que deberían ser más inteligentes os ayudan a engañaros. Mary Jane Wilks, sabes que soy amigo vuestro, y que no soy un amigo egoísta. Ahora escuchadme; echad a patadas a este sinvergüenza sin escrúpulos... Os ruego que lo hagáis. ¿Estáis dispuestas?

Mary Jane se irguió y, ¡caray qué guapa era!, respondió:

—Ésta es mi respuesta —agarró la bolsa del dinero, se la puso al rey en las manos y dijo—: Tome estos seis mil dólares e inviértalos por mí y mis hermanas como usted quiera, y no nos hace falta que nos dé ningún recibo.

Después tomó al rey de un brazo y Susan y la del labio leporino hicieron lo mismo del otro. Todo el mundo aplaudió y pateó en el suelo, con un ruido como una tormenta, mientras el rey levantaba la cabeza con una sonrisa arrogante. El médico dijo:

—Muy bien; yo me lavo las manos. Pero os advierto que llegará el momento en que os sentiréis mal cada vez que recordéis este día —y se fue.

—Muy bien, doctor —dijo el rey, como burlándose de él—; entonces alguien irá a buscarlo a usted — con lo cual todos se rieron mucho y dijeron que era muy ingenioso.

Capítulo 26

Bueno, cuando se hubieron ido todos, el rey preguntó a Mary Jane si había alguna habitación libre y ella le dijo que tenía una, que serviría para el tío William, y que le dejaría la suya al tío Harvey, que era un poco más alto, porque ella se iría al cuarto de sus hermanas a dormir en una cama turca, y que en la buhardilla había un cuartito con un jergón. El rey dijo que el jergón le bastaría a su vale, o sea, a mí.

Así que Mary Jane nos hizo subir y nos enseñó sus habitaciones, que eran sencillas pero agradables. Dijo que mandaría sacar de su habitación sus vestidos y demás cosas si molestaban al tío Harvey, pero él dijo que no. Los vestidos estaban colgados junto a una pared, tapados por una cortina de calicó que llegaba hasta el suelo. En un rincón había un viejo baúl de crin, y en otro, un estuche de guitarra; el resto estaba lleno de adornos y de esas cosas con las que les gusta a las muchachas alegrar una habitación. El rey dijo que resultaba mucho más hogareño y agradable con aquellos adornos, así que no había que cambiarlos. La habitación del duque era muy pequeña, pero más que suficiente, igual que mi cubículo.

Aquella noche celebraron una gran cena en la que estuvieron todos los hombres y las mujeres, yo me quedé detrás de las sillas del rey y del duque para servirlos y los negros se encargaron de todos los demás.

Mary Jane se sentó a la cabecera de la mesa, con Susan a su lado, comentando lo malos que eran los bollos y lo pobres que eran las conservas y

lo ordinarios y duros que resultaban los pollos fritos, y todo ese género de bobadas, como hacen siempre las mujeres en busca de cumplidos, pero la gente sabía que estaba todo magnífico y se lo dijo: «¿Cómo consigues que los bollos te salgan tan tostaditos y tan bien?», y «¿dónde has conseguido estos encurtidos tan estupendos?» y todas esas bobadas que la gente dice por decir en las cenas, ya se sabe.

Y cuando todo se acabó, la del labio leporino y yo nos comimos las sobras en la cocina, mientras los demás ayudaban a los negros a limpiar las cosas. La del labio leporino se puso a preguntarme cosas de Inglaterra, y que me cuelguen si no me pareció que a veces las cosas se estaban poniendo difíciles. Va y dice:

—¿Has visto al rey alguna vez?

—¿A quién? ¿A Guillermo IV? Hombre, y tanto que sí: va a nuestra iglesia.

—Yo sabía que había muerto hacía años, pero no hice comentarios. Así que cuando dije que iba a nuestra iglesia ella preguntó:

—¿Cómo... siempre va?

—Sí, siempre. Tiene el banco frente al nuestro, al otro lado del púlpito.

—Creía que vivía en Londres.

—Hombre, claro. ¿Dónde iba a vivir?

—Pero yo creía que vosotros vivíais en Sheffield.

Vi que me tenía acorralado. Tuve que hacer como que me atragantaba con un hueso de pollo, para pensar en cómo salir de aquélla. Entonces dije:

—Quiero decir que siempre va a nuestra iglesia cuando está en Sheffield. Eso es sólo en verano, cuando va a darse baños de mar.

—Pero qué cosas dices... Sheffield no está en el mar.

—Bueno, ¿y quién ha dicho que sí?

—Pues tú.

—Eso no es verdad.

—¡Sí!

—No.

—Sí.

—Yo no he dicho nada parecido.

—Bueno, entonces, ¿qué has dicho?

—Dije que iba a tomar los baños de mar; eso es lo que dije.

—Bueno, entonces, ¿cómo va a tomar los baños de mar si no está en el mar?

—Mira —respondí—, ¿has tomado alguna vez agua mineral?

—Sí.

—Bueno, ¿y tuviste que ir a una mina a buscarla?

—Pues no.

—Bueno, pues tampoco tiene Guillermo IV que ir al mar para darse un baño de mar.

—Entonces, ¿cómo se los da?

—Hace lo mismo que la gente de aquí para beber agua mineral: en barricas. Allí en el palacio de Sheffield tienen unos hornos bien calientes y le gusta que el agua esté caliente. No se puede hervir toda el agua que hay en el mar. Allí no hay máquinas suficientes.

—Ah, ya entiendo. Podías haberlo dicho para empezar y habríamos ahorrado tiempo.

Cuando dijo aquello, vi que me había librado del asunto, así que me sentí más cómodo y contento. Después preguntó:

—¿Tú también vas a la iglesia?

—Sí, siempre.

—¿Dónde te sientas?

—Hombre, en nuestro banco.

—¿El banco de quién?

—Pues el nuestro; el de tu tío Harvey.

—¿El suyo? ¿Y para qué necesita él un banco?

—Para sentarse en él. ¿Para que creías que lo necesitaba?

—Hombre, creí que estaba en el púlpito.

Maldita sea, se me había olvidado que era predicador. Vi que me había vuelto a atrapar, así que volví a atragantarme para pensármelo, y después dije:

—Caramba, ¿te crees que no hay más que un predicador en una iglesia?

—Pero, ¿para qué necesitan más?

—¡Cómo! ¡Para predicar cuando va el rey! Nunca he visto una chica así.

Tienen nada menos que diecisiete.

—¡Diecisiete! ¡Dios mío! Pues yo no aguantaría oír a tantos, aunque nunca fuese al paraíso. Debe de llevarles una semana.

—Caramba, no predican todos el mismo día: sólo uno de ellos.

—Bueno, y ¿qué hace el resto?

—Bah, no mucho. Se pasean, pasan la bandeja, y cosas así. Pero en general no hacen nada.

—Bueno, entonces, ¿para qué están allí?

—Hombre, es cuestión de clase. ¿Es que no sabes nada?

—Bueno, no quiero saber cosas tontas. ¿Cómo tratan a los criados en Inglaterra? ¿Los tratan mejor que nosotros a nuestros negros?

—¡No! Allí un criado no es nada. Los tratan peor que a perros.

—¿No les dan días de fiesta como nosotros, por la semana de Navidad y Año Nuevo y el 4 de julio?

—¡Qué cosas dices! Sólo con eso se nota que nunca has estado en Inglaterra. Pero, labio le ...; pero, Joanna, si no tienen ni un día de fiesta al año; nunca van al circo, ni al teatro, ni a espectáculos para negros, ni a ninguna parte.

—¿Ni a la iglesia?

—Ni a la iglesia.

—Pero tú siempre vas a la iglesia.

Bueno, me había vuelto a agarrar. Se me había olvidado que yo era el criado del viejo. Pero al momento siguiente se me ocurrió una especie de explicación de que un vale era diferente de un criado corriente y tenía que ir a la iglesia quisiera o no y sentarse con la familia, porque eso decía la ley. Pero no me salió muy bien y cuando terminé no la vi convencida. Dijo:

—La verdad, ahora, ¿no me has estado contando mentiras?

—De verdad que no —repliqué.

—¿Ni una sola?

—Ni una sola. No te he contado ni una mentira.

—Pon la mano en este libro y repítelo.

Vi que no era más que un diccionario, así que puse la mano encima y lo repetí. Entonces pareció un poco más convencida y dijo:

—Bueno, entonces creeré algo de lo que has dicho, pero la verdad es que no me voy a creer el resto.

—¿Qué es lo que no te vas a creer, Jo? —preguntó Mary Jane, que entraba con Susan detrás—. No está bien ni es nada amable que le hables así a un forastero que está tan lejos de su casa. ¿Qué te parecería a ti que te trataran así?

—Eso es lo que dices siempre, Maim: siempre vas en ayuda de alguien antes de que le pase nada. No le he hecho nada. Calculo que ha contado algunas exageraciones y dije que no me las iba a tragar todas, es todo lo que he hecho. Supongo que podrá aguantarlo, ¿no?

—No me importa que le hayas dicho mucho o poco; está en nuestra casa y es un forastero, y no está bien que digas esas cosas. Si estuvieras tú en su lugar, te daría vergüenza, así que no tienes que decir a otros cosas que les den vergüenza a ellos.

—Pero, Maim, ha dicho...

—No importa lo que haya dicho; no es eso. Lo que importa es que lo trates con amabilidad, y no andes diciendo cosas que le recuerden que no está en su propio país y entre su propia gente.

Me dije para mis adentros: «¡Y ésta es la muchacha a la que voy a dejar que ese viejo reptil le robe todo su dinero!» Entonces entró Susan en el asunto, y podéis creerme que le puso a labio leporino las peras al cuarto.

Y yo me dije: «¡Y ésta es otra a la que voy a dejar que le robe su dinero!»

Después Mary Jane pasó a otras cosas y se volvió a poner toda encantadora, que era su verdadero estilo. Pero cuando terminó, la pobre labio leporino estaba prácticamente deshecha. Así que se puso a gritar.

—Muy bien, pues entonces —dijeron las otras chicas no tienes más que pedirle perdón.

Y fue lo que hizo, y lo hizo muy bien, tan bien que daba gusto escucharla, y ojalá pudiera volverle a contar mil mentiras para que lo repitiese otra vez.

Y me dije: «Ésta es otra a la que le estoy dejando que le robe el dinero». Y cuando terminó se pusieron todas ellas a hacer que me sintiera en casa y que supiera que estaba entre amigos. Me sentí tan bajo y tan vil que me dije: «Está decidido; o les consigo ese dinero o reviento».

Así que me largué; a dormir, dije, sin especificar el momento. Cuando me quedé solo me puse a pensar las cosas. Me pregunté: «¿Voy a ver a ese médico, en secreto, y delato a estos sinvergüenzas? No, eso no saldría bien. Podría decir quién se lo había dicho y entonces el rey y el duque se

encargarían de mí. ¿Iré a decírselo en secreto a Mary Jane? No... No me atrevo. Seguro que lo revelaría con algún gesto; ellos ya tienen el dinero y se largarían con él. Si fuera en busca de ayuda, seguro que me encontraría metido en el asunto. No, no hay más que una forma. Tengo que robar ese dinero como pueda y de forma que no sospechen de mí. Aquí han encontrado un buen filón y no van a irse hasta que le hayan sacado a esta familia y a este pueblo todo lo que puedan, así que tengo tiempo suficiente para buscar una solución. Voy a robarlo y a esconderlo y después, cuando esté río abajo, escribiré una carta y le diré a Mary Jane dónde está escondido. Pero más vale que lo saque esta noche si puedo, porque a lo mejor el médico no ha renunciado como ha dicho y todavía puede que les meta el miedo en el cuerpo y los eche».

«Así que —pensé— voy a buscar en sus habitaciones.» Aunque el pasillo de arriba estaba oscuro, encontré la habitación del duque y empecé a rebuscar con las manos, pero recordé que tal como era el rey, no dejaría que nadie más que él se hiciera cargo del dinero, así que fui a su habitación y empecé a rebuscar. Pero vi que no podía hacer nada sin una vela y, naturalmente, no me atreví a encender una. Así que pensé en hacer lo otro: quedarme a la espera y escuchar lo que decían. Casi en aquel momento oí que subían y decidí esconderme debajo de la cama; fui hacia ella, pero no estaba donde yo creía, toqué la cortina detrás de la que estaban los vestidos de Mary Jane, así que salté detrás, me arrebujé entre los vestidos y me quedé allí muy calladito.

Entraron, cerraron la puerta y lo primero que hizo el duque fue agacharse a mirar debajo de la cama. Entonces me alegré de no haberla encontrado cuando la buscaba. Y eso que, ya sabéis, parece que lo natural es esconderse debajo de la cama cuando uno quiere que no lo encuentren. Después se sentaron y el rey dice:

—Bueno, ¿qué pasa?, y no te alargues, porque más vale que nos levantemos bien tempranito por la mañana para que no tengan oportunidad de hablar de nosotros.

—Bueno, se trata de lo siguiente, Capeto. No es fácil; no me siento tranquilo. No logro olvidarme de ese médico. Quería saber qué planes tenías. Tengo una idea y me parece que está bien.

—¿Cuál es, duque?

—Que más nos vale largarnos de aquí antes de las tres de la mañana y bajar al río con lo que ya tenemos. Sobre todo, dado que lo hemos conseguido tan fácilmente que nos lo han dado, podría decirse que nos lo han metido a la fuerza, cuando nosotros pensábamos que tendríamos que volverlo a robar. Creo que más vale que nos marchemos cuanto antes.

Aquello me hizo sentir bastante mal. Una hora o dos antes habría sido algo

distinto, pero ahora hacía que me sintiera mal y desencantado. El rey pega un grito y dice:

—¡Cómo! ¿Y no vender el resto de la herencia? ¿Marcharnos como un par de idiotas y dejar ocho o nueve mil dólares en tierras esperando a que alguien se las lleve?; ¡cuando todo se puede vender en un momento!

El duque se puso a gruñir, dijo que con la bolsa de oro ya bastaba y que no quería meterse en más jaleos; que no quería robar a unas huérfanas todo lo que tenían.

—¡Qué cosas dices! —replicó el rey—. No les vamos a robar más que este dinero. Perderán los que compren esas propiedades, porque en cuanto se averigüe que no eran nuestras, que será al poco de habernos ido, la venta no será válida y todo volverá al patrimonio. Estas huérfanas se quedarán otra vez con su casa, y a ellas les basta con eso; son jóvenes y fuertes, y se pueden ganar la vida fácilmente. No van a perder nada. Pero, hombre, piénsalo; hay miles y miles de personas que no tienen ni la mitad. Te aseguro que éstas no tienen ningún motivo de queja.

El rey le dio tantos argumentos que acabó por ceder y dijo que bueno, pero que creía que era una estupidez seguir allí, con aquel médico sospechando de ellos. Pero el rey dice:

—¡Al diablo con el médico! ¿Qué nos importa ése? ¿No tenemos de nuestra parte a todos los tontos del pueblo? ¿Y no es una mayoría suficiente en cualquier pueblo?

Así que se prepararon a volver a bajar. El duque dice:

—No creo que hayamos dejado el dinero en un buen sitio.

Aquello me animó. Había empezado a pensar que no me iban a dar ni una pista que me ayudara. El rey dice:

—¿Por qué?

—Porque a partir de ahora Mary Jane estará de luto y lo primero que va a hacer es decirle al negro que limpie las habitaciones, que meta esa ropa en una caja y se la lleve; y, ¿te crees tú que un negro va a encontrarse con el dinero y no tomar prestado algo?

—Vuelves a tener la cabeza bien puesta, duque —dice el rey.

Se puso a buscar debajo de la cortina a dos o tres pies de donde estaba yo. Me apreté contra la pared sin hacer ningún ruido, aunque temblaba, y me pregunté lo que me dirían aquellos tipos si me pescaban tratando de pensar lo que tendría que hacer entonces. Pero el rey encontró la bolsa antes de que se me ocurriera ni media idea, y nunca se sospechó que anduviera yo por allí.

Agarraron la bolsa y la metieron por un desgarrón que había en el jergón de paja, debajo del colchón de plumas, y la dejaron metida como un pie o dos entre la paja y dijeron que ya estaba bien, porque los negros sólo hacen el colchón de plumas y no le dan la vuelta al jergón más que una o dos veces al año, así que ahora ya no había peligro de que se lo robaran.

Pero no contaban conmigo. Lo saqué antes de que hubieran llegado al final de la escalera. Fui a tientas hasta mi cubículo y lo escondí allí hasta que se me ocurriera algo mejor. Pensé que más valía esconderlo fuera de la casa en alguna parte, porque si lo echaban de menos iban a registrar la casa a fondo; de eso estaba convencido. Después me acosté con toda la ropa puesta, pero no podría quedarme dormido aunque lo quisiera, de ganas que tenía de terminar con todo aquel asunto. Al cabo de un rato oí que subían el rey y el duque, así que me bajé del petate y me quedé con la barbilla apoyada en el último peldaño de la escalera para ver si pasaba algo. Pero no pasó nada.

Así me quedé hasta que dejaron de oírse los últimos ruidos y todavía no habían empezado los primeros, y después baje la escalera en silencio.

Capítulo 27

Fui en silencio hasta sus puertas a escuchar; estaban roncando. Así que seguí de puntillas y bajé las escaleras. No se oía un ruido por ninguna parte. Miré por una rendija de la puerta del comedor y vi a los hombres que velaban el cadáver, todos dormidos en sus sillas. La puerta daba a la sala donde estaba el cuerpo y había una vela en cada habitación. Seguí adelante hasta la puerta de la sala, que estaba abierta, pero vi que allí no había nadie más que los restos de Peter, así que continué: la puerta principal estaba cerrada y no se veía la llave. Justo entonces oí que alguien bajaba las escaleras detrás de mí. Corrí a la sala, miré rápidamente por allí y el único sitio que vi donde esconder la bolsa fue en el ataúd. La tapa estaba corrida como un pie y dejaba al descubierto la cara del muerto con un paño húmedo por encima y la mortaja. Metí la bolsa del dinero debajo de la tapa, justo más allá de donde tenía las manos cruzadas, cosa que me dio repelús; estaban heladas, y después volví a cruzar corriendo la habitación y me escondí detrás de la puerta.

La que entró fue Mary Jane. Fue junto al ataúd, andando despacito, se arrodilló y miró dentro; después sacó el pañuelo y vi que empezaba a llorar, aunque no la podía oír y me daba la espalda. Salí de mi escondite y al pasar junto al comedor pensé en asegurarme de que los del velatorio no me habían visto, así que miré por una rendija y todo estaba en orden. No se habían ni movido.

Me fui a la cama, bastante triste, por cómo estaban saliendo las cosas después de haberme preocupado yo tanto y haber corrido tantos peligros. Me dije: «Si pudiera quedarse donde está, muy bien; porque cuando lleguemos al río, a cien o doscientas millas, podría escribir a Mary Jane y ella podría desenterrarlo y sacarlo, pero eso no es lo que va a pasar; lo que va a pasar es que encontrarán el dinero cuando vayan a cerrar la tapa. Entonces el rey volverá a quedarse con él y no va a darle a nadie otra oportunidad de que se lo birle». Naturalmente, yo quería bajar y sacarlo de allí, pero no me atrevía a intentarlo. A cada minuto se acercaba el amanecer y dentro de muy poco algunos de los del velorio empezarían a moverse y quizá me pescaran con seis mil dólares en las manos cuando nadie me había encargado a mí del dinero. «Maldita la falta que me hace verme metido en una cosa así», me dije.

Cuando bajé por la mañana, el salón estaba cerrado y los del velorio se habían ido. No quedaba nadie más que la familia, la viuda Bartley y nuestra tribu. Les miré a las caras a ver si había pasado algo, pero no logré ver nada.

Hacia el mediodía llegó el enterrador con su ayudante y colocaron el ataúd en medio del salón apoyado en un par de sillas; luego pusieron todas nuestras sillas en filas y pidieron más prestadas a los vecinos hasta que el recibidor, el comedor y el salón estuvieron llenos. Vi que la tapa del ataúd estaba igual que antes, pero no me atreví a mirar lo que había debajo de ella, con tanta gente delante.

Entonces empezó a llegar la gente y las autoridades y las chicas ocuparon asientos en la fila de delante, junto a la cabecera del ataúd, y durante media hora la gente fue pasando en fila india y contemplando un momento la cara del muerto, y algunos derramaron una lágrima, todo muy en silencio y muy solemne, y las chicas y las autoridades eran los únicos que se llevaban pañuelos a los ojos, mantenían la cabeza baja y gemían un poco. No se oía ningún otro ruido, salvo el roce de los pies en el suelo y las narices que sonaban, porque la gente siempre se suena más las narices en un funeral que en ningún otro sitio, salvo en la iglesia.

Cuando la casa estuvo llena, el enterrador se paseó por todas partes con sus guantes negros y sus modales blandos y tranquilizantes, añadiendo los últimos toques, poniendo todas las cosas en orden y haciendo que la gente se sintiera cómoda, sin hacer ruido, como un gato. No decía ni una palabra; cambiaba a la gente de sitio, encontraba lugar para los últimos en llegar, abría pasillos, y todo ello con gestos de la cabeza y de las manos. Después ocupó su puesto apoyado en la pared. Era el hombre más blando, resbaladizo y untuoso que he visto en mi vida; y nunca sonreía, era como un pedazo de carne.

Habían pedido prestado un armonio que estaba bastante mal; cuando todo estuvo dispuesto una joven se sentó a él y lo empezó a tocar, pero no soltaba

más que chirridos y ventosidades, y todo el mundo se puso a cantar. Peter era el único que se lo pasó bien, según me pareció. Después le tocó el turno al reverendo Hobson, que empezó a hablar lento y solemne, e inmediatamente se oyó en el sótano el ruido más horroroso que se pueda imaginar: no era más que un perro, pero armaba un escándalo de miedo y no paraba; el cura tuvo que quedarse allí junto al ataúd y esperar: no se podía oír otra cosa. Era verdaderamente terrible y pareció que nadie sabía qué hacer. Pero en seguida vieron que aquel enterrador tan alto hacía una señal al cura como para decirle: «No se preocupe; aquí estoy yo». Después se inclinó y empezó a deslizarse junto a la pared; no se veían más que sus hombros por encima de las cabezas de la gente. Así que siguió deslizándose, con aquel escándalo cada vez más horroroso, y por fin, cuando recorrió dos lados de la habitación, desapareció hacia el sótano. Después, al cabo de unos dos segundos, oímos un golpetazo y el perro terminó con un ladrido o dos de lo más raro, y después todo el mundo se quedó quieto y el cura retomó su charla solemne donde la había interrumpido. Al cabo de un minuto o dos reaparecen la espalda y los hombros del enterrador deslizándose otra vez junto a la pared, y siguió deslizándose por tres lados de la habitación; después se levantó, hizo bocina con las manos y, alargando el cuello hacia el cura, dijo con una especie de susurro ronco, por encima de las cabezas de la gente: «¡Tenía una rata!» Después volvió a deslizarse junto a la pared para volver a su sitio. Se notaba que aquello resultaba muy satisfactorio para la gente, porque naturalmente quería saber de qué se trataba. Esas cosillas no cuestan nada y son las que le consiguen admiración y respeto a un hombre. En todo el pueblo no había nadie más popular que aquel enterrador.

Bueno, el sermón funerario resultó muy bien, pero horriblemente largo y cansado; después se metió el rey y soltó unas cuantas de sus tonterías de costumbre, y por fin terminó el asunto y el enterrador se acercó al ataúd con su destornillador. Yo me puse a sudar y lo miré muy atento. Pero no vio nada, se limitó a correr la tapa, suave como si estuviera engrasada, y la atornilló bien atornillada. ¡Así estábamos! No sabía si el dinero estaba allí dentro o no. Entonces me dije: «¿Y si alguien se ha llevado la bolsa a escondidas? ¿Como sé yo si escribir a Mary Jane o no? ¿Y si lo desentierra y no encuentra nada, qué va a pensar de mí? Dita sea», me dije, «lo mismo me buscan y me encierran: más me vale quedarme bien calladito y no escribir nada; ahora todo está hecho un lío y por tratar de mejorarlo lo he dejado cien veces peor que antes; ojalá lo hubiera dejado todo en paz. ¡Maldito sea todo el asunto!»

Lo enterraron, volvimos a casa y me dediqué otra vez a mirar las caras a todos; no podía evitarlo ni quedarme tranquilo. Pero no pasó nada; las caras no me decían nada.

El rey estuvo viendo a mucha gente aquella tarde, tranquilizando a todos,

muy amistoso, y les dio a entender que en Inglaterra sus feligreses estarían preocupados por él, así que tenía que darse prisa y resolver inmediatamente lo de la herencia antes de marcharse. Lamentaba mucho tener tantas prisas, y lo mismo les pasaba a los demás; querían que se quedara más tiempo, pero decían que entendían que era imposible. Y dijo que naturalmente William y él se llevarían a las chicas a casa con ellos, lo cual también agradó mucho a todos, porque entonces las chicas estarían bien protegidas y entre sus propios parientes, y también agradó a las chicas; les gustó tanto que prácticamente se olvidaron de que tenían algún problema en el mundo y le dijeron que lo vendiera todo en cuanto quisiera, que ellas estaban dispuestas. Las pobrecillas estaban tan contentas y felices que me dolía el corazón de ver cómo las engañaban y las mentían tanto, pero no veía una forma segura de intervenir y hacer que cambiara el estado general de cosas.

Bueno, maldito si el rey no puso inmediatamente la casa y los negros y todas las tierras en subasta inmediatamente, dos días después del funeral; pero todo el mundo que quisiera podía comprar en privado antes si quería.

Así que el día después del funeral, hacia el mediodía, las muchachas se llevaron la primera sorpresa. Apareció un par de tratantes de esclavos y el rey les vendió los negros a precio razonable, por letras a tres días, según dijeron ellos, y se los llevaron: los dos hijos río arriba, a Menphis, y su madre río abajo, a Orleans. Creí que aquellas pobres muchachas y los negros se iban a quedar con el corazón roto de la pena; lloraban juntos y estaban tan tristes que casi me puse malo de verlo. Las chicas dijeron que jamás habían soñado con ver a aquella familia separada o vendida lejos del pueblo. Nunca me podré borrar de la memoria la visión de aquellas pobres chicas y los negros tan tristes, abrazados y llorando; creo que no lo habría podido soportar, sino que habría reventado y delatado a nuestra banda de no haber sabido que aquella venta no valía y que los negros estarían de vuelta a casa dentro de una o dos semanas.

Aquello también llamó mucho la atención en el pueblo y muchos vinieron corriendo a decir que era un escándalo separar así a la madre y los hijos. Les sentó mal a los farsantes, pero el viejo se empeñó en seguir adelante, pese a lo que dijera o hiciese el duque, y os aseguro que el duque se sentía muy incómodo.

Al día siguiente era el de la subasta. Ya bien entrada la mañana, el rey y el duque subieron a la buhardilla a despertarme y por su gesto vi que había problemas. El rey va y dice:

—¿Estuviste en mi habitación anteanoche?

—No, vuestra majestad —que era como siempre lo llamaba cuando no había delante más que gente de nuestra banda.

—¿Estuviste allí ayer o anoche?

—No, vuestra majestad.

—Tu palabra de honor; sin mentir.

—Mi palabra de honor, vuestra majestad. Le digo la verdad. No he estado cerca de su habitación desde que la señorita Mary Jane le llevó allí con el duque para enseñársela.

El duque va y dice:

—¿Has visto entrar en ella a otra persona?

—No, vuestra gracia, no que yo recuerde, creo.

—Piénsalo con calma.

Estuve pensándolo un momento y al ver mi oportunidad dije:

—Bueno, he visto entrar allí varias veces a los negros. Los dos dieron un saltito, como si jamás se lo hubieran esperado, y después como si pareciera que sí. Después el duque va y dice:

—¿Cómo, todos ellos?

—No, o sea, por lo menos no todos de una vez; creo que nunca los vi salir juntos, más que una vez.

—¡Vaya! ¿Cuándo fue eso?

El día del funeral, por la mañana. No fue temprano porque yo dormí hasta tarde. Estaba empezando a bajar las escaleras cuando los vi.

—Bueno, sigue, ¡sigue! ¿Qué hicieron? ¿Qué pasó después?

—No hicieron nada. Y tampoco pasó nada especial, que yo viera. Se marcharon de puntillas; así que vi muy bien que habían ido a hacer la habitación de vuestra majestad, o algo así, si es que ya se había levantado, y al ver que no se había levantado, esperaban desaparecer y no meterse en jaleos en lugar de despertarle, si es que ya no le habían despertado.

—¡Diablo, ésta sí que es buena! —dice el rey, y los dos se quedaron con un gesto desesperado y bastante tonto. Se quedaron allí pensando y rascándose las cabezas, y el duque soltó una especie de risita carraspeante y dijo:

—Es fabuloso cómo han jugado su baza esos negros. ¡Hicieron como que estaban tan tristes por marcharse de esta región! Y yo creí que lo estaban de verdad, igual que tú e igual que todo el mundo. Que nadie me vuelva a decir que los negros no tienen talento histriónico. Han hecho una interpretación que engañaría a cualquiera. Para mí que valen una fortuna. Si yo tuviera capital y un teatro no querría mejores actores... Y los hemos vendido por una ganga. Sí,

y ni siquiera podemos tocar esa ganga todavía. Oye, ¿dónde está esa ganga... esa letra?

—En el banco esperando al cobro. ¿Dónde iba a estar?

—Bueno, entonces no importa, gracias a Dios.

Yo pregunté, como tímido:

—¿Ha pasado algo?

El rey se volvió hacia mí y exclamó:

—¡No es asunto tuyo! Tú cierra la boca y métete en tus cosas... Si es que las tienes. Y mientras estés en este pueblo, que no se te olvide, ¿entiendes? —y después dice al duque—: tenemos que aguantar y no decir nada; tenemos que mantenernos callados.

Cuando empezaron a bajar la escalera, el duque volvió a reírse y dijo:

—¡Ventas rápidas y pequeños beneficios! Es un buen negocio. Sí.

El rey le soltó un bufido y le dijo:

—Cuando los vendí tan rápido estaba tratando de hacer lo que más nos convenía. Si resulta que no hay beneficios, que no sacamos nada y no nos llevamos nada, ¿tengo más culpa yo que tú?

—Bueno, si se me hubiera escuchado, ellos seguirían en esta casa y nosotros no.

El rey le respondió lo mejor que pudo y después se dio la vuelta y volvió a meterse conmigo. Me pegó un rapapolvo por no decirle que había visto a los negros salir de su habitación de aquella manera, que hasta un idiota habría comprendido que pasaba algo. Y después volvió a cambiar y se maldijo sobre todo a sí mismo durante un rato, y dijo que todo había pasado por no haberse quedado en la cama hasta tarde y haber descansado todo lo que necesitaba aquella mañana, y que maldito si volvía a hacerlo en su vida. Así que se marcharon de charla y yo me sentí contentísimo de haberle echado toda la culpa a los negros sin por eso haberles hecho ningún daño.

Capítulo 28

Poco a poco fue llegando la hora de que se levantaran todos. Así que descendí las escaleras hacia el piso de abajo, pero al llegar frente a la habitación de las chicas la puerta estaba abierta y vi a Mary Jane sentada junto a su viejo baúl de crin, que estaba abierto y en el que había estado metiendo

cosas, preparándose para ir a Inglaterra. Pero ahora se había parado con un vestido doblado en el regazo y tenía la cara entre las manos mientras lloraba. Me sentí muy mal al ver aquello; naturalmente, lo mismo que habría sentido cualquiera. Entré y dije:

—Señorita Mary Jane, usted no soporta ver cómo sufre la gente y yo tampoco: casi nunca. Cuéntemelo todo. Así que me lo contó y eran los negros, lo que yo esperaba. Dijo que aquel viaje tan maravilloso a Inglaterra ya no le hacía casi ilusión; no sabía cómo iba a ser feliz allí, sabiendo que la madre y los niños no volverían a verse jamás, y después se puso a llorar más fuerte que nunca, y abrió las manos y dijo:

—¡Ay, Dios mío, Dios mío, pensar que no volverán a verse nunca jamás!

—Pero sí que se verán, y dentro dedos semanas, ¡y yo lo sé! —respondí.

¡Dios mío, se me había escapado sin pensarlo! Y antes de que pudiera ni moverme me había echado los brazos al cuello pidiéndome que lo repitiera, otra vez, lo repitiera otra vez, ¡lo repitiera otra vez!

Comprendí que había hablado demasiado y antes de tiempo y que me había metido en una encerrona. Le pedí que me dejara pensarlo un minuto; ella se quedó sentada, muy impaciente y nerviosa, tan guapa, pero con un aire feliz y tranquilo, como una persona a quien le acaban de sacar un diente. Entonces me puse a estudiarlo. Me dije: «Calculo que alguien que va y dice la verdad cuando está en una encerrona está corriendo un riesgo considerable, aunque yo no tengo experiencia y no lo puedo afirmar con seguridad, pero en todo caso es lo que me parece, y de todas formas ésta es una ocasión en que me ahorquen si no parece que la verdad es mejor y de hecho más segura que la mentira. Tengo que recordarlo y volverlo a pensar cuando tenga tiempo, porque es de lo más extraño e irregular. En mi vida he visto cosa igual. Bueno», me dije por fin, «voy a correr el riesgo; esta vez voy a decir la verdad aunque esto es como sentarse encima de un barril de pólvora y encenderlo para ver qué pasa después». Entonces fui y dije:

—Señorita Mary Jane. ¿Hay algún sitio fuera del pueblo, no muy lejos, donde pudiera pasar usted tres o cuatro días?

—Sí; en casa del señor Lothrop. ¿Por qué?

—Todavía no importa el porqué. Si le digo cómo sé que los negros van a volver a verse, dentro de dos semanas aquí en esta casa, y demuestro cómo lo sé, ¿irá usted a casa del señor Lothrop a quedarse cuatro días?

—¡Cuatro días! —respondió—. ¡Un año me quedaría!

—Muy bien —añadí—, lo único que le pido es su palabra: me vale más que el juramento de otra persona por la Biblia. —Sonrió y se ruborizó un

poco, muy linda, y continué—: Si no le importa, voy a cerrar la puerta, y con el candado.

Después volví a sentarme y dije:

—No grite. Quédese ahí sentada y tómeselo como un hombre. Tengo que decir la verdad y tiene usted que prepararse bien, señorita Mary, porque es una mala cosa y le va a resultar dificil, pero no hay forma de evitarlo. Esos tíos de usted no son tíos en absoluto; son un par de farsantes, impostores de toda la vida. Bueno, ya hemos pasado lo peor, y el resto lo podrá soportar usted con más facilidad.

Naturalmente, aquello la dejó absolutamente pasmada, pero ahora ya había dicho lo más difícil, así que continué mientras a ella se le encendían los ojos cada vez más y le conté absolutamente todo, desde la primera vez que nos encontramos con el muchacho idiota que iba al buque de vapor hasta cuando ella se había lanzado a los brazos del rey en la puerta principal y él la había besado dieciséis o diecisiete veces, y entonces saltó, con la cara llameante como un atardecer, y dijo:

—¡Malvado! Vamos, no pierdas un minuto, ni un segundo, ¡vamos a hacer que los pinten de brea, los emplumen y los tiren al río!

Yo contesté:

—Claro. ¿Pero quiere usted decir antes de ir a casa del señor Lothrop o...?

—¡Ah —respondió ella—, en qué estaré yo pensando! —y volvió a sentarse—. No hagas caso de lo que he dicho, te lo ruego. ¿No lo harás, verdad?

Me puso la manita suave en la mía de tal forma que respondí que antes preferiría morirme.

—No me he parado a pensarlo de enfadada que estaba —añadió—; ahora sigue y te prometo que no volveré a actuar así. Cuéntame lo que tengo que hacer y haré todo lo que me digas.

—Bueno —dije yo—, estos dos estafadores son unos tipos duros y no me queda más remedio que seguir viajando con ellos algo más, quiéralo o no; prefiero no decirle a usted por qué; y si los denunciara usted, este pueblo me liberaría de sus garras y yo quedaría perfectamente; pero habría otra persona que usted no sabe y que tendría unos problemas terribles. Bueno, ¿tenemos que salvar a esa persona, no? Claro. Bueno, entonces no podemos denunciarlos.

Al decir aquello se me ocurrió una buena idea. Vi cómo podría conseguir que Jim y yo nos liberásemos de los farsantes; hacer que se quedaran en la cárcel de allí y luego marcharnos. Pero no quería navegar en la balsa de día sin

nadie más que yo a bordo para responder las preguntas, así que no quería que el plan empezase a funcionar hasta bien entrada la noche. Seguí diciendo:

—Señorita Mary Jane, le voy a decir lo que vamos a hacer y tampoco tendrá usted que quedarse tanto tiempo en casa del señor Lothrop. ¿A qué distancia está?

—A poco menos de cuatro millas, justo ahí en el campo.

—Bueno, está bien. Ahora vaya usted allí y quédese sin decir nada hasta las nueve o las nueve y media de la noche y después haga que la vuelvan a traer a casa: dígales que se le ha olvidado algo. Si llega antes de las once, ponga una vela en esta ventana y espere hasta las once; si después no aparezco, significa que me he ido y que está usted a salvo. Entonces sale, da la noticia y hace que metan en la cárcel a esos desgraciados.

—Muy bien —respondió—, eso haré.

—Y si da la casualidad de que no logro escaparme, pero me pescan con ellos, tiene usted que decir que se lo había dicho todo antes y defenderme en todo lo que pueda.

—¡Defenderte! Desde luego. ¡No te van a tocar ni un pelo! —dijo, y vi que se le abrían las aletas de la nariz y le brillaban los ojos al decirlo.

—Si me escapo, no estaré aquí —señalé— para demostrar que esos sinvergüenzas no son los tíos de usted, y si estuviera aquí, no podría demostrarlo. Podría jurar que eran unos tramposos y unos vagabundos, y nada más, aunque eso ya es algo. Bueno, hay otros que pueden hacerlo mejor que yo, y son personas de las que no dudarán con tanta facilidad como de mí. Le voy a decir cómo encontrarlas. Déme un lápiz y un trozo de papel. Eso es: «La Realeza Sin Par, Bricksville». Guárdelo y no lo pierda. Cuando el juez quiera saber algo de esos dos, que manden a alguien a Bricksville y digan que tienen a los hombres que actuaron en «La Realeza Sin Par», y en cuanto a testigos, conseguirá usted que venga todo el pueblo en un abrir y cerrar de ojos, señorita Mary. Y dispuestos a todo, además.

Calculé que ya lo teníamos todo encaminado y dije:

—Déjelos usted con su subasta y no se preocupe. Nadie tendrá que pagar lo que compre hasta un día después de la subasta, al haberse anunciado con tantas prisas, y no se van a marchar hasta que consigan ese dinero; tal como lo hemos arreglado la venta no va a contar y no van a conseguir ningún dinero. Es igual que lo que pasó con los negros: no vale la venta y los negros volverán dentro de muy poco. Fíjese que todavía no pueden cobrar el dinero de los negros... Están en una situación malísima, señorita Mary.

—Bueno —respondió ella—, voy a bajar a desayunar y después me iré

directamente a casa del señor Lothrop.

—Eso no puede ser, señorita Mary Jane —le indiqué—, en absoluto; váyase antes del desayuno.

—¿Por qué?

—¿Por qué cree usted que quería yo que hiciera todo esto, señorita Mary Jane?

—Bueno, no se me había ocurrido... Y ahora que lo pienso, no lo sé. ¿Por qué?

—Pues porque no es usted una caradura. A mí me gusta su cara tal como es. Puede uno sentarse a leerla como si estuviera escrita en letras mayúsculas. ¿Cree usted que puede ir a ver a sus tíos cuando vayan a darle los buenos días con un beso y no... ?

—¡Vamos, vamos, no sigas! Sí, me marcharé antes del desayuno y muy contenta. ¿Y dejo a mis hermanas con ellos?

—Sí, no se preocupe por ellas. Tienen que seguir aguantando un tiempo. Podrían sospechar algo si desaparecieran todas ustedes. No quiero que usted los vea a ellos, ni a sus hermanas ni a nadie del pueblo; si un vecino le pregunta cómo están sus tíos esta mañana, a lo mejor usted les revelaba algo con un gesto. No, váyase inmediatamente, señorita Mary Jane, y ya lo arreglaré yo con todos ellos. Le diré a la señorita Susan que salude afectuosamente a sus tíos y que diga que se ha marchado usted unas horas a descansar un poco y cambiarse, o a ver a una amiga, y que volverá esta noche o a primera hora de la mañana.

—Está bien lo de que he ido a ver a unos amigos, pero no quiero que los salude de mi parte.

—Bueno, pues que no les diga nada.

Aquello se lo podía decir a ella, porque no hacía daño a nadie, era algo sin importancia y que no traía problemas, y son las cosas sin importancia las que le facilitan la vida a la gente aquí abajo; Mary Jane se quedaría tranquila, y no costaba nada. Después añadí:

—Queda otra cosa: la bolsa con el dinero.

—Bueno, eso ya lo tienen, y me siento muy tonta al pensar cómo la han conseguido.

—No, ahí se equivoca. No la tienen.

—Pues, ¿quién la tiene?

—Ojalá lo supiera, pero no lo sé. La tuve yo, porque se la robé, y se la robé

para dársela a usted, y sé dónde la escondí pero me temo que ya no está allí. Lo siento muchísimo, señorita Mary Jane, no lo puedo sentir más; pero hice todo lo que pude; de verdad que sí. Casi me pillaron y tuve que meterla en el primer sitio que encontré y echar a correr, pero no era un buen sitio.

—Bueno, deja de echarte la culpa; te hace sentir mal y no te lo consiento; no pudiste evitarlo; no fue culpa tuya. ¿Dónde la escondiste?

No quería que volviera a pensar en sus problemas y no podía conseguir que mi boca le dijera algo que volvería a hacer que viese aquel cadáver con la bolsa de dinero en el estómago. Así que durante un momento no dije nada y después respondí:

—Prefiero no decirle dónde la puse, señorita Mary Jane, si no le importa perdonarme; pero se lo escribiré en un trozo de papel y puede leerlo camino de casa del señor Lothrop, si quiere. ¿Le parece bien así?

—Ah, sí.

Así que escribí: «La puse en el ataúd. Allí estaba cuando se pasó usted la noche llorando. Yo estaba detrás de la puerta y me sentía muy triste por usted, señorita Mary Jane».

Se me saltaron un poco las lágrimas al recordar cómo se había quedado llorando allí sola toda la noche mientras aquellos diablos dormían bajo su propio techo, engañándola y robándola, y cuando doblé la nota y se la di vi que también a ella se le habían saltado las lágrimas, y me agarró de la mano muy fuerte y me dijo:

—Adiós. Voy a hacer todo exactamente como me has dicho, y si no vuelvo a verte, jamás te olvidaré y pensaré en ti muchas, muchísimas veces, ¡y siempre rezaré por ti! —y se fue.

¡Rezar por mí! Pensé que si me conociera se habría impuesto una tarea más digna de ella. Pero apuesto a que de todos modos lo hizo: ella era así. Tenía fuerzas para rezar por judas si se le ocurría, y nunca se echaba atrás. Pueden decir lo que quieran, pero para mí era la chica más valiente que había conocido; para mí que estaba llena de valor. Parece un halago, pero no lo es. Y en cuanto a belleza —y también a bondad– –, tenía más que nadie en el mundo. No la he vuelto a ver desde aquella vez que salió por la puerta; no, no la he vuelto a ver desde entonces, pero creo que he pensado en ella muchos, muchísimos millones de veces y en cómo dijo que iba a rezar por mí, y si alguna vez se me hubiera ocurrido que valdría de algo el que yo rezase por ella, seguro que o rezo o reviento.

Bueno, calculo que Mary Jane se fue por la puerta de atrás, porque nadie la vio salir. Cuando me encontré con Susan y la del labio leporino les dije:

—¿Cómo se llama esa familia del otro lado del río que vais a ver a veces? Contestaron:

—Hay varias; pero sobre todo la familia Proctor.

—Ése es el nombre —dije—; casi se me olvidaba. Bueno, la señorita Mary Jane me encargó que os dijera que había tenido que irse a toda prisa: hay alguien enfermo.

—¿Cuál?

—No lo sé: o si lo sé se me ha olvidado; pero creo que es...

—Dios mío. ¡Espero que no sea Hanna!

—Siento decirlo —añadí—, pero es precisamente ella. —¡Dios mío, con lo bien que estaba la semana pasada! ¿Está muy enferma?

—No tengo ni idea. Se quedaron sentados con ella toda la noche, dijo la señorita Mary Jane, y no creen que dure muchas horas.

—¡Quién iba a pensarlo! ¿Qué le pasa?

No se me ocurrió nada razonable que decir inmediatamente, así que contesté:

—Tiene paperas.

—¡Paperas tu abuela! La gente no se queda a acompañar a las personas con paperas.

—¿Conque no, eh? Pues apuesto a que sí cuando son paperas como las suyas. Estas paperas son diferentes. Son de un tipo nuevo, me dijo la señorita Mary Jane.

—¿Qué tipo nuevo?

—Mezcladas con otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—Bueno, sarampión, tos ferina, erisipela y consunción y la incinicia y fiebre cerebral y no sé qué más.

—¡Dios mío! ¿Y a eso lo llaman paperas?

—Es lo que dijo la señorita Mary Jane.

—Bueno, y, ¿por qué diablo lo llaman paperas?

—Bueno, porque son las paperas. Empieza por ahí.

—Bueno, pues no tiene sentido. Alguien podría pincharse en el pie, infectarse, caerse por un pozo y romperse el cuello y que se le salieran los

sesos y entonces vendría un imbécil a decir que se había muerto porque se había cortado en un pie. ¿Tendría sentido eso? No, y esto tampoco tiene sentido. ¿Es contagioso?

—¿Que si es contagioso? Qué cosas decís. ¿Se puede uno enganchar con un rastrillo en la oscuridad? Si no le pega uno en un diente le pega en el otro, ¿no? Y no se puede uno quitar el diente sin arrastrar todo el rastrillo, ¿no? Bueno, pues las paperas de este tipo son como una especie de rastrillo, como si dijéramos, y no un rastrillito de juguete, sino que cuando te quedas con él te quedas enganchado de verdad.

—Bueno, pues me parece horrible —dijo la del labio leporino—; voy a ver al tío Harvey y...

—Ah, sí —dije—. Es lo que haría yo. Naturalmente que sí. No perdería ni un momento.

—Bueno, ¿por qué no?

—No tienes más que pensarlo un minuto y a lo mejor lo entiendes. ¿No están vuestros tíos obligados a volver a Inglaterra lo antes que puedan? ¿Y creéis que van a ser lo bastante mezquinos como para marcharse y dejaros que hagáis todo ese viaje solas? Sabéis que os esperarán. Muy bien. Vuestro tío Harvey es predicador, ¿no? Muy bien, entonces. ¿Va un predicador a engañar a un empleado de la línea de barcos? ¿Va a engañar al sobrecargo de un barco? ¿Para conseguir que dejen embarcar a la señorita Mary Jane? Sabéis perfectamente que no. ¿Entonces qué va a hacer? Pues dirá: «Es una pena, pero las cosas de mi iglesia tendrán que arreglárselas como puedan, porque mi sobrina ha estado expuesta a esas horribles paperas pluribusunum, de manera que tengo la obligación de quedarme aquí esperando los tres meses que hacen falta para ver si le han contagiado». Pero no importa, si creéis que es mejor decírselo a vuestro tío Harvey...

—Eso, y quedarnos aquí haciendo el tonto cuando podríamos estar divirtiéndonos en Inglaterra mientras esperábamos si a Mary Jane le habían dado o no. Qué tonterías dices.

—Bueno, en todo caso, a lo mejor tendríais que decírselo a alguno de los vecinos.

—Mira ahora lo que dice. Eres lo más estúpido que he visto. ¿No entiendes que ellos lo contarían todo? Lo único que hay que hacer es no decírselo a nadie.

—Bueno, a lo mejor tienes razón... Sí, creo que tienes razón.

—Pero creo que de todas formas tendríamos que decirle al tío Harvey que se ha ido un tiempo para que no se intranquilice por ella.

—Sí, la señorita Mary Jane quería que se lo dijerais. Me ha dicho: «Decidle que saluden al tío Harvey y al tío William de mi parte y que les den un beso y les digan que he ido al otro lado del río a ver al señor...

Al señor... » ¿Cómo se llama esa familia tan rica a la que estimaba tanto vuestro tío Peter?... Me refiero a la que...

—Hombre, debes referirte a los Apthorp, ¿no?

—Naturalmente, malditos nombres, no sé por qué pero la mitad del tiempo se me olvidan. Sí, me encargó que dijerais que ha ido a ver a los Apthorp para decirles que estén seguros de que vienen a la subasta y de que compran esta casa, porque sabe que su tío Peter preferiría que la tuvieran ellos mejor que nadie, y que va a quedarse con ellos hasta que digan que van a venir, y después, si no está demasiado cansada, volverá a casa, y si está cansada volverá por la mañana de todas formas. Me encargó que no dijese nada de los Proctor, y que no hablase más que de los Apthorp, lo cual es perfectamente verdad, porque va a ir allí a hablar de la compra de la casa; lo sé porque me lo dijo ella misma.

—Muy bien —dijeron, y se marcharon a buscar a sus tíos y a darles los saludos y los besos y contarles el recado.

Ahora todo estaba en orden. Las chicas no dirían nada porque querían ir a Inglaterra, y el rey y el duque preferirían que Mary Jane se hubiera ido a trabajar para que saliera bien la subasta y no estuviera al alcance del doctor Robinson. Yo me sentía estupendo, y calculaba que lo había hecho muy bien... Calculaba que ni el mismo Tom Sawyer lo podría haber hecho mejor. Naturalmente, él lo habría hecho con más estilo, pero eso a mí no me sale fácil, porque no me he educado de esa forma.

Bueno, organizaron la subasta en la plaza pública, hacia media tarde, y duró y duró; y allí estaba el viejo, con sus aires de santurrón, justo al lado del subastador, citando de vez en cuando algo de las Escrituras o algún dicho piadoso, y el duque iba de un lado a otro haciendo «gu—gu» para que todo el mundo sintiera compasión, y sonriéndoles a todos.

Pero poco a poco fueron acabándose las cosas y vendiéndose todas, salvo unas pocas que quedaban en el cementerio. Entonces se pusieron a tratar de vender aquello; en mi vida he visto ni siquiera una jirafa como el rey, tan dispuesta a tragárselo todo. Y cuando estaban en ésas atracó un barco de vapor y unos dos minutos después llegó un grupo pegando gritos y chillidos, riéndose y armando jaleo y gritando:

—¡Aquí llega la oposición! Ahora tenemos dos grupos de herederos de Peter Wilks: ¡Pasen, paguen y vean!

Capítulo 29

Traían a un caballero anciano de muy buen aspecto y a otro más joven también de buen aspecto, con el brazo derecho en cabestrillo. ¡Dios mío, cómo gritaba y reía aquella gente, sin parar un momento! Pero yo no le veía la gracia y supuse que al duque y al rey también les costaría trabajo verla. Me daba la sensación de que se iban a poner pálidos. Pero no, ellos no palidecieron. El duque no dejó ver que sospechaba lo que pasaba, sino que siguió haciendo «gu—gu» a la gente, feliz y contento, como un cántaro del que se vierte la leche, y en cuanto al rey, no hizo más que mirar con pena a los recién llegados, como si le doliese el estómago sólo de pensar que podía haber en el mundo gente con tan poca vergüenza. ¡Ah!, lo hizo admirablemente. Muchos de los personajes del pueblo fueron junto al rey para demostrarle que estaban de su parte. El viejo caballero que acababa de llegar parecía muerto de confusión. En seguida empezó a hablar y vi inmediatamente que tenían un acento igual que el de un inglés, no al estilo del rey, aunque el rey hacía muy bien las imitaciones. No sé escribir exactamente lo que dijo el anciano, ni puedo imitarlo, pero se volvió hacia la gente y va y dice algo así:

—Ésta es una sorpresa que no me esperaba, y reconozco con toda sinceridad que no estoy muy bien preparado para reaccionar a ella y responder, pues mi hermano y yo hemos sufrido algunas desgracias; él se ha roto el brazo y anoche dejaron nuestro equipaje en un pueblo más arriba por equivocación. Soy Harvey, el hermano de Peter Wilks, y éste, su hermano William, que es sordomudo, y ahora ni siquiera puede hablar mucho por señas, dado que sólo tiene una mano libre. Somos quienes decimos que somos, y dentro de un día o dos, cuando llegue el equipaje, podré demostrarlo. Pero hasta entonces no voy a decir más, sino que me voy al hotel a esperar.

Así que él y el nuevo mudo se pusieron en marcha, y el rey se echa a reír y suelta:

—Conque se ha roto el brazo, vaya, justo a tiempo, ¿no? Y muy cómodo para un mentiroso que tiene que hablar por señas y que no se las ha aprendido. ¡Han perdido su equipaje! ¡Ésa sí que es buena! Y resulta muy ingenioso, en estas circunstancias.

Así que volvió a reírse, igual que todo el mundo, salvo tres o cuatro, o quizá media docena. Uno de ellos era el médico, otro un caballero de aspecto astuto, con una bolsa de tela de esas anticuadas, hecha de tejido para alfombra, que acababa de desembarcar del barco de vapor y que hablaba con el médico en voz baja, mientras miraban al rey de vez en cuando y hacían gestos con la cabeza: era Levi Bell, el abogado que había ido a Louisville, y otro era un tipo

alto y robusto que se había acercado a oír lo que decía el anciano y que ahora escuchaba al rey. Y cuando terminó el rey, el tipo robusto va y dice:

—Oiga, una cosa: si es usted Harvey Wilks, ¿cuándo llegó usted al pueblo?

—El día antes del funeral, amigo mío —dice el rey.

—Pero, ¿a qué hora?

—Por la tarde, una hora o dos antes del anochecer.

—¿Cómo Legó?

—Vine en el Susan Powell desde Cincinnati.

—Entonces, ¿cómo es que estaba usted aquella mañana en la Punta, en una canoa?

—Aquella mañana yo no estaba en la Punta.

—Miente.

Unos cuantos se le echaron encima y le dijeron que no hablara así a un viejo que además era predicador.

—De predicador, nada; es un mentiroso y un estafador. Aquella mañana estaba en la Punta. Yo vivo allí, ¿no? Bueno pues allí estaba yo y allí estaba él, y yo lo vi. Llegó en una canoa, con Tim Collins y un muchacho.

El médico va y dice:

—¿Reconocería usted al muchacho si volviera a verlo, Hines?

—Calculo que sí, pero no lo sé. Vaya, ahí está. Lo reconozco perfectamente. Y me señaló. El médico dice:

—Vecinos, no sé si estos nuevos son dos mentirosos o no, pero si no lo son, es que yo soy idiota, es lo que digo. Creo que tenemos que impedir que se vayan de aquí hasta que lo hayamos aclarado todo. Vamos, Hines; venid todos vosotros. Vamos a llevar a estos tipos a la taberna a enfrentarlos con los otros dos y seguro que antes de terminar habremos averiguado algo.

A la gente le encantó aquello, aunque quizá no a los amigos del rey; así que nos pusimos en marcha. Era hacia el atardecer. El médico me llevó de la mano y estuvo muy amable, pero nunca me soltó.

Entramos todos en una gran habitación del hotel y encendieron unas velas e hicieron venir a los dos nuevos. Primero el médico dice:

—No quiero ser demasiado duro con estos dos hombres, pero yo creo que son unos estafadores y quizá tengan cómplices de los que no sabemos nada. En tal caso, ¿no se escaparán los cómplices con el saco de oro que dejó Peter

Wilks? No sería raro. Si estos hombres no son estafadores, no se opondrán a que vayamos a buscar el dinero y lo guardemos hasta que demuestren que no lo son; ¿no os parece?

Todo el mundo estuvo de acuerdo. Así que pensé que desde el primer momento habían metido a nuestra banda en un apuro bien serio. Pero el rey no hizo más que poner cara de pena y decir:

—Caballeros, ojalá estuviera ahí el dinero, pues yo no soy de los que ponen obstáculos a una investigación justa, abierta y a fondo de este triste asunto; pero, por desgracia, el dinero no está; pueden enviar a buscarlo, si quieren.

—¿Dónde está, pues?

—Bueno, cuando mi sobrina me lo dio para que se lo guardara, lo escondí en el colchón de mi cama, porque no quería llevarlo al banco sólo para unos días y pensé que la cama sería un lugar seguro, pues no estamos acostumbrados a los negros y supuse que eran honestos, igual que los criados ingleses. Los negros lo robaron ala mañana siguiente, cuando yo bajé, y cuando los vendí todavía no me había dado cuenta de que faltaba, así que se fueron con él. Aquí mi criado se lo puede confirmar, caballeros.

El médico y varios dijeron «¡vaya!», y vi que nadie se lo creía del todo. Un hombre me preguntó si había visto a los negros robarlo. Dije que no, pero que los había visto salir a escondidas de la habitación y marcharse y que nunca había pensado nada malo, porque creí que se habían asustado de haber despertado a mi amo y trataban de marcharse antes de que él los reprendiera. No me preguntaron nada más. Entonces el médico se volvió hacia mí y preguntó:

—¿Tú también eres inglés?

Dije que sí y él y otros se echaron a reír y dijeron: «¡Bobadas!»

Bueno, entonces siguieron con la investigación general, que continuó con sus altibajos, hora tras hora, y nadie dijo ni palabra de cenar, parecía que ni siquiera se acordaban de ello, así que siguieron y siguieron y resultó de lo más complicado. Hicieron que el rey contara su versión, y después que el anciano contara la suya, y cualquiera que no hubiera sido una mula llena de prejuicios habría visto que el caballero anciano decía la verdad y el otro mentiras. Y luego me obligaron a contar lo que yo sabía. El rey me miró de reojo y me di cuenta de qué era lo que me convenía decir. Empecé a hablar de Sheffield y de cómo vivíamos allí y de todos los Wilks que había en Inglaterra, y todo eso; pero no había dicho gran cosa cuando el médico se echó a reír y después Levi Bell, el abogado, va y dice:

—Siéntate, muchacho; yo que tú no me cansaría. Calculo que no estás acostumbrado a mentir y no te resulta fácil; te falta práctica. Lo haces bastante mal.

Aquel cumplido no me agradó mucho, pero en todo caso celebré que me dejaran en paz. El médico empezó a decir algo y luego se da la vuelta y dice:

—Si hubieras estado en el pueblo desde el principio, Levi Bell...

El rey interrumpió, alargó la mano y dijo:

—Pero, ¿éste es el viejo amigo de mi pobre hermano que en paz descanse, del que me decía tantas cosas en sus cartas?

El abogado y él se dieron la mano y el abogado sonrió con aire satisfecho y estuvieron charlando un rato y después se apartaron a un lado y hablaron en voz baja, y por fin el abogado habla en voz alta y dice:

—Así se arreglarán las cosas. Hacemos el pedido y lo enviamos, junto con el de su hermano, y así verán que todo está en orden.

Así que trajeron un papel y una pluma, y el rey se sentó, hizo la cabeza a un lado, se mordió la lengua y garrapateó algo; después le pasaron la pluma al duque, y por primera vez puso cara de apuro. Pero tomó la pluma y escribió. Entonces el abogado se vuelve al anciano recién llegado y le dice:

—Usted y su hermano escriban, por favor, una línea o dos y firmen con su nombre.

El anciano caballero escribió, pero nadie logró leer lo que decía. El abogado pareció asombradísimo y dijo:

—Bueno, no lo entiendo —y se sacó del bolsillo un montón de cartas antiguas y las examinó; después examinó lo que había escrito el anciano y después otra vez las cartas, y va y dice—: Estas cartas antiguas son de Harvey Wilks, y aquí vemos estas dos letras; todos podéis ver que ninguno de los dos escribió las cartas (el rey y el duque pusieron cara de tontos engañados, os aseguro, al ver cómo les había hecho morder el cebo el abogado), y ésta es la letra de ese caballero, y todos podéis ver sin dificultad que tampoco las escribió él; de hecho, los garabatos que hace ni siquiera pueden calificarse de escritura. Aquí tenemos unas cartas de...

El anciano nuevo va y dice:

—Por favor, permítanme explicarlo. Mi letra no la entiende nadie, pero aquí mi hermano me copia las cartas. Lo que está usted enseñando es su letra, no la mía.

—¡Bien! —dice el abogado—. Así están las cosas. Aquí tengo también algunas de las cartas de William, de manera que si puede usted decirle que

escriba una linea o dos, entonces podemos compa...

—No puede escribir con la mano izquierda —dice el caballero anciano—. Si pudiera utilizar la mano derecha, verían que escribía sus propias cartas y también las mías. Por favor, compárelas usted y verá que están escritas con la misma letra.

El abogado las comparó, y dice:

—Creo que sí, y si no es así, en todo caso hay un parecido mucho más grande de lo que yo había advertido hasta ahora. ¡Bien, bien, bien! Creía que estábamos en la pista de una solución, pero ahora ha desaparecido, al menos en parte. Pero, en todo caso, hay una cosa que está demostrada: ninguno de esos dos es un Wilks —con un gesto de la cabeza hacia el rey y el duque.

Bueno, ¿qué os voy a contar? El tozudo del viejo idiota no estaba dispuesto a confesar ni entonces. De verdad que no. Dijo que aquella prueba no era justa. Dijo que su hermano William se pasaba el tiempo bromeando y no había intentado escribir, y que estaba seguro de que William iba a gastar una de sus bromas en cuanto cogiera el papel. Y se fue calentando y dándole a la lengua hasta el punto de que empezaba a creerse él mismo lo que decía; pero en seguida el nuevo caballero lo interrumpió, y dice:

—Se me acaba de ocurrir algo. ¿Hay alguien aquí que ayudase a vestir a mi her.. que ayudase a vestir al difunto señor Peter Wilks para el entierro?

—Sí —dijo alguien—, Ab Turner y yo. Aquí estamos los dos. Entonces el anciano se vuelve hacia el rey y dice:

—¿Podría este caballero decirme lo que llevaba tatuado en el pecho?

Que me ahorquen si el rey no tuvo que reaccionar a toda velocidad, o se habría hecho pedazos como un terrón de tierra cuando se cae al río, de lo repentino que fue; y os aseguro que era algo que habría hecho pedazos a cualquiera si le hubieran dado un golpe así sin ninguna advertencia; porque, ¿cómo iba él a saber lo que llevaba tatuado aquel hombre? Palideció un poco; no pudo evitarlo; y se hubiera podido oír el vuelo de una mosca, porque todo el mundo se inclinó un poco hacia adelante a ver qué decía. Yo me dije: «Ahora va a tener que tirar la esponja; ya no tiene nada que hacer». ¿Nada que hacer? ¡la! Casi resulta imposible creerlo, pero allí siguió. Calculo que su idea era seguir adelante con aquello hasta cansar a la gente para que fuera marchándose y entonces él y el duque pudieran fugarse y escapar. En todo caso, allí siguió, y al cabo de un momento empezó a sonreír y dice:

—¡Hum! ¡Vaya una pregunta más difícil! Sí, señor, puedo decirle lo que llevaba tatuado en el pecho. Era una flecha pequeña, muy fina, de color azul... Eso era; y si no se mira muy de cerca no se ve. Y ahora, ¿qué me dice usted?

La verdad es que en mi vida he visto a nadie con tanta cara dura como aquel desaprensivo.

El anciano, con la mirada encendida, se da la vuelta inmediatamente hacia Ab Turner y su compañero, como pensando que esta vez sí que tiene atrapado al rey, y va y dice:

—¡Bien, ya han oído lo que ha dicho! ¿Había un tatuaje así en el pecho de Peter Wilks? Los dos respondieron:

—No vimos nada parecido.

—¡Bien! —dice el anciano caballero—. Lo que sí vieron que llevaba tatuado en el pecho era una P mayúscula pequeña medio borrada y una B mayúscula (que es una inicial que dejó de usar cuando era joven) y una W mayúscula, con guiones entre ellas puestas así: P—B—W. Y lo escribió en una hoja de papel. Vamos, ¿no fue eso lo que vieron?

Los otros dos volvieron a hablar y dijeron:

—No, no lo vimos. No vimos ningún tatuaje en absoluto.

Bueno, ahora todo el mundo estaba de pésimo humor y empezaron a gritar:

—¡Son todos unos estafadores! ¡Al estanque con ellos! ¡Vamos a ahogarlos! ¡Vamos a sacarlos en un raíl! —Todo el mundo gritaba a la vez, con un escándalo imponente. Pero el abogado se sube a la mesa de un salto y dice a gritos:

—¡Caballeros... Caballeros! Permítanme un palabra: una sola palabra... ¡POR FAVOR! Todavía podemos verlo: vamos a desenterrar el cadáver para ver el tatuaje.

Aquello los convenció.

—¡Hurra! —gritaron todos, y se pusieron en marcha, pero el abogado y el médico exclamaron: —¡Calma, calma! Agarrad fuerte a estos cuatro hombres y al muchacho para que también vengan ellos. —¡Eso es! —gritaron todos—, y si no encontramos el tatuaje vamos a linchar a toda la banda.

Os aseguro que ahora yo tenía miedo. Pero no había forma de escaparse. Nos agarraron a todos y nos hicieron ir con ellos directamente al cementerio, que estaba a una milla y media río abajo, y nos seguía todo el pueblo, porque hacíamos mucho ruido y no eran más que las nueve de la noche.

Al pasar junto a nuestra casa sentí haber mandado fuera del pueblo a Mary Jane, porque si ahora le pudiera hacer una seña vendría a salvarme y podría denunciar a nuestros estafadores.

Bueno, llegamos en masa al camino del río, armando más ruido que unos

gatos salvajes, y para que diera más miedo el cielo se estaba oscureciendo y empezaban a verse unos relámpagos temblorosos, y el viento hacía temblar las hojas. Era la situación más terrible y más peligrosa en que me había visto en mi vida, y me sentía como atontado; todo iba muy diferente de lo que yo había pensado; en lugar de ocurrir de forma que yo pudiera tomarme el tiempo necesario y divertirme con lo que pasaba, con Mary Jane respaldándome para salvarme y devolverme la libertad cuando las cosas se pusieran feas, ahora no había nada en el mundo que se interpusiera entre la muerte repentina y yo, salvo aquellos tatuajes. Si no los encontraban...

No podía soportar pensar en aquello y, sin embargo, no sé por qué no podía pensar en otra cosa. Cada vez se iba poniendo más oscuro y era un momento estupendo para escaparme de aquella gente, pero el fortachón (Hines) me tenía agarrado de la muñeca y era como tratar de escaparse de Goliás. Prácticamente me llevaba a rastras, de nervioso que estaba, y para no caerme tenía que correr tras él.

Cuando llegaron se metieron en el cementerio y lo llenaron de una oleada. Y al llegar a la tumba vieron que tenían cien veces más palas de las que necesitaban, pero a nadie se le había ocurrido traer un farol. Pero de todos modos se pusieron a cavar a la luz de los relámpagos y enviaron a alguien a la casa más cercana, que estaba a media milla, a buscar una luz.

Así que cavaron y siguieron cavando como forzados, y la noche se puso negra como boca de lobo y empezó a llover y el viento silbaba y rugía y los relámpagos se veían cada vez más claros mientras tamborileaban los truenos; pero aquella gente no hacía ni caso de entusiasmada que estaba con el asunto; y tan pronto se veía todo y las caras de todo el mundo en aquella multitud con las paletadas de tierra que salían de la tumba, como al segundo siguiente la oscuridad lo borraba todo y no se veía nada en absoluto.

Por fin sacaron el ataúd y empezaron a desatornillar la tapa, y la gente se amontonó tanto dándose codazos y empujones para coger sitio y mirar lo que pasaba como nunca he visto en mi vida, y aquello, en medio de la oscuridad, resultaba terrible. Hines me hizo mucho daño en la muñeca a fuerza de tirar de ella, y calculo que se había olvidado de mi existencia, de nervioso y jadeante que estaba.

De pronto, los relámpagos lo iluminaron todo con una luz blanca y alguien gritó: —¡Por Dios vivo, ahí está la bolsa de oro, en el pecho!

Hines lanzó un aullido, igual que todos los demás, y me soltó la muñeca mientras pegaba un empujón para abrirse camino a mirar, y os aseguro que nunca se ha visto a nadie salir disparado como yo en busca del camino en la oscuridad.

Tenía el camino para mí solo y prácticamente fui volando; por lo menos lo tenía para mí solo, salvo aquellas tinieblas densas y los relámpagos de vez en cuando y el golpeteo de la lluvia y las ráfagas de viento y el cañonazo de los truenos, ¡y podéis creerme si digo que corrí con toda mi alma!

Cuando llegué al pueblo, vi que no había nadie con aquella tormenta, así que no busqué callejas escondidas, sino que seguí corriendo por la calle principal, y cuando empecé a llegar hacia donde estaba nuestra casa guiñé los ojos y la vi. Ni una luz; la casa estaba toda oscura, lo que me hizo sentir triste y desencantado, no sé por qué. Pero por fin, justo cuando pasaba al lado, ¡se enciende de repente la luz en la ventana de Mary Jane! Y me empezó a palpitar el corazón como si me fuera a reventar, y un segundo después la casa y todo lo demás habían quedado detrás de mí en la oscuridad y ya nunca volvería a verla en este mundo. Era la mejor chica que he visto en mi vida, y la más valiente.

En cuanto estuve lo bastante lejos del pueblo para ver que podía llegar al banco de arena, empecé a buscar atentamente un bote que tomar prestado, y al primero que vi a la luz de un relámpago que no estaba encadenado, me metí en él y empujé. Era una canoa y sólo estaba atada con una cuerda. El banco de arena estaba bastante lejos, allá en medio del río, pero no perdí el tiempo, y cuando por fin llegué a la balsa estaba tan agotado que si hubiera podido me habría quedado allí tumbado a recuperar el aliento. Pero no podía. Al saltar a bordo, grité:

—¡Sal, Jim, y suelta amarras! ¡Bendito sea Dios, nos hemos librado de ellos!

Jim salió corriendo y se me acercaba con los brazos abiertos de alegría, pero cuando lo vi a la luz de un relámpago se me subió el corazón a la boca y me caí al agua de espaldas, pues se me había olvidado que era el rey Lear y un árabe ahogado, todo al mismo tiempo, y me dio un susto mortal. Pero Jim me sacó del agua e iba a abrazarme y a bendecirme, y todo eso de alegría al ver que había vuelto y que nos habíamos librado del rey y el duque, pero voy y digo:

—Ahora no, dejémoslo para el desayuno, ¡para el desayuno! ¡Corta amarras y deja que se deslice la balsa!

Así que en dos segundos fuimos bajando por el río y la verdad era que daba gusto volver a ser libres y estar solos en el gran río sin nadie que nos molestase. Me puse a dar saltos y carreritas y a chocar los talones en el aire unas cuantas veces, porque no podía evitarlo; pero hacia la tercera vez oí un ruido que conocía muy bien, y contuve el aliento y escuché a ver qué pasaba, y claro, cuando estalló el siguiente relámpago encima del agua, ¡ahí llegaban!, ¡venga de darle a los remos de forma que su bote corría como una bala! Eran

el rey y el duque.

Así que me caí deshecho entre los troncos y renuncié a todo; tuve que aguantarme mucho para no echarme a llorar.

Capítulo 30

Cuando subieron a bordo, el rey se me echó encima, me agarró del cuello de la camisa y dijo:

—¡Conque tratando de huir, muchachito! Te habías cansado de nosotros, ¿verdad?

Y yo respondí:

—No, majestad, no es así... ¡Por favor, pare, majestad!

—Entonces, ¡cuéntanos rápido qué pensabas hacer, o te saco las tripas a pedazos!

—De verdad, le voy a decir justo lo que pasó, majestad. El hombre que me sujetaba se portó muy bien conmigo y no hacía más que decir que tenía un hijo de mi edad que se había muerto el año pasado y que le resultaba muy triste ver a un muchacho en una situación tan peligrosa, y cuando se quedaron sorprendidos al encontrar el oro y se abalanzaron hacia el ataúd, me soltó y me dijo: «Vete corriendo, o seguro que te cuelgan», y yo me largué. No parecía que valiese de nada quedarme... Yo no podía hacer nada y no quería que me ahorcasen si podía evitarlo. Así que no paré de correr hasta encontrar la canoa, y cuando llegué aquí le dije a Jim que se diera prisa o todavía podrían venir a agarrarme y ahorcarme, y dije que temía que el duque y usted ya no estuvieran vivos y me puse muy triste, igual que Jim; por eso me he alegrado mucho al verles llegar; pregúntele a Jim si no es verdad.

Jim dijo que así era, y el rey le mandó cerrar la boca y añadió: «¡Ah, sí, seguro! », y me volvió a dar de sacudidas y a decir que estaba pensando en ahogarme. Pero el duque va y dice:

—¡Suelta al muchacho, viejo idiota! ¿Habrías hecho tú otra cosa? ¿Preguntaste tú por él cuando te largaste? Yo no lo recuerdo.

Así que el rey me soltó y empezó a maldecir a aquel pueblo y a todos sus habitantes. Pero el duque va y dice: —Más vale que te maldigas a ti mismo porque eres el que más lo merece. Desde el principio no has hecho ni una cosa con sentido, salvo cuando te inventaste tan tranquilo aquello del tatuaje de la flecha azul.

Aquello sí que estuvo bien; estuvo fenómeno. Y fue lo que nos salvó. Porque de no haber sido por eso nos habrían metido en la cárcel hasta que llegara el equipaje de los ingleses, y entonces, ¡te apuesto a que de allí a la penitenciaría! Pero aquel truco les hizo ir al cementerio y lo del oro nos vino todavía mejor, pues si no se hubieran puesto tan nerviosos y nos hubieran soltado cuando se abalanzaron a mirar lo que había, esta noche habríamos dormido con las corbatas puestas, y corbatas de las que duran para siempre, o sea, más de lo que nos convenía.

Se quedaron callados un momento pensándolo; después el rey va y dice, como recordando algo: —¡Vaya! ¡Y nosotros creíamos que lo habían robado los negros! ¡Yo me puse nerviosísimo! —Sí —dice el duque, así como lentamente y sarcástico—, eso pensábamos.

Al cabo de medio minuto el rey suelta: —Por lo menos, eso pensaba yo.

El duque dice, con el mismo tono: —Por el contrario, lo pensaba yo. El rey se irrita y dice:

—Mira, Aguassucias, ¿a qué te refieres? Y el duque contesta, muy firme:

—Si nos ponemos en eso, quizá me permitas preguntarte a qué te referías tú.

—¡Caray! —dice el rey, muy sarcástico—, pues no lo sé: a lo mejor estabas dormido y no sabías lo que hacías.

Entonces el duque se enfadó de verdad y contestó:

—Bueno, basta ya de estupideces. ¿Me tomas por un imbécil? ¿Te crees que no sé quién escondió el dinero en el ataúd?

—¡Sí, señor! ¡Sé que lo sabes porque lo hiciste tú mismo! —¡Mentira! —y el duque se le echa encima. El rey grita: —¡Quita esas manos! ¡Suéltame el cuello! ¡Lo retiro todo! El duque va y dice:

—Bueno, primero tienes que confesar que escondiste aquel dinero, y que te proponías separarte de mí un día de éstos y volver y desenterrarlo para quedártelo todo.

—Hombre, un minuto, duque: respóndeme a esta pregunta, con toda sinceridad: si no pusiste tú allí el dinero, dilo y te lo creo y retiro todo lo que he dicho.

—Viejo sinvergüenza, no fui yo y tú lo sabes. ¡Que quede claro!

—Bueno, entonces te creo. Pero contéstame sólo una cosa más, y no te enfades. ¿No se te ocurrió llevarte el dinero y esconderlo?

El duque se quedó un momento en silencio y respondió:

—Bueno, no importa que se me ocurriera o no, porque en todo caso no lo hice yo. Pero a ti no sólo se te ocurrió, sino que lo hiciste.

—Que me muera si fui yo, duque, y te lo digo de verdad. No te digo que no fuera a hacerlo, porque sería mentira, pero tú —o quien fuera— te me adelantaste.

—¡Mentira! Fuiste tú y tienes que decirlo o...

El rey empezó a gorgotear y luego jadeó: —¡Basta! ¡Confieso!

Me alegré mucho cuando lo dijo; me hizo sentir mucho más tranquilo que antes. Así que el duque le quitó las manos de encima y dice:

—Si lo vuelves a negar, te ahogo. Está muy bien que te quedes ahí sentado llorando como un niño. Es lo que te corresponde después de lo que has hecho. En mi vida he visto ni a un avestruz que se lo tragara todo, y yo confiando en ti todo el tiempo, como si fueras mi propio padre. Debería darte vergüenza haberte quedado ahí y oír cómo le echaban la culpa a un montón de pobres negros, sin decir ni una palabra por ellos. Me siento ridículo recordando que fui tan imbécil que me creí aquella estupidez. Maldito seas, ahora entiendo por qué estabas tan dispuesto a arreglar lo del déficit: querías quedarte con el dinero que yo había sacado del «sin par» y con una cosa y otra quedarte con todo.

El rey va y dice, todo tímido y todavía con voz jadeante:

—Pero, duque, fuiste tú el que dijiste lo de compensar el déficit, no yo.

—¡Cállate! ¡No quiero oírte ni una palabra! —dice el duque—. Y ahora mira lo que has conseguido. Han recuperado todo el dinero, y encima el nuestro, salvo unas perras. ¡Vete a dormir y no me vuelvas a hablar de déficit ni no déficit en toda tu vida!

Así que el rey volvió al wigwam y buscó compañía en su botella, y poco después el duque empezó a darle a la suya, y al cabo de una media hora volvían a estar tan amigos, y cuanto más amigos más cariñosos, hasta que quedaron roncando, abrazados el uno al otro. Los dos se pusieron muy parlanchines, pero vi que el rey no lo estaba tanto como para olvidarse de que no tenía que repetir que no había sido él quien había escondido la bolsa con el dinero. Aquello me hizo sentir tranquilo y satisfecho. Naturalmente, cuando se pusieron a roncar nosotros estuvimos hablando mucho rato y se lo conté todo a Jim.

Capítulo 31

Durante días y días no nos atrevimos a parar en ningún otro pueblo, sino que seguimos bajando por el río. Ya habíamos llegado al Sur, donde hacía calor y estábamos muy lejos de casa. Empezamos a encontrar árboles llenos de musgo negro, que les caía de las ramas como grandes barbas grises. Era la primera vez que los veía, y aquello daba al bosque un aspecto solemne y triste. Los sinvergüenzas calcularon que ya estaban fuera de peligro y empezaron a trabajar otra vez en los pueblos.

Primero dieron una conferencia sobre la templanza; pero no sacaron lo suficiente para emborracharse los dos. Después, en otro pueblo pusieron una escuela de baile, pero bailaban peor que un canguro, así que a la primera pirueta el público se les echó encima y los expulsó del pueblo. Otra vez quisieron dar lecciones de locución, pero no «locucionaron» mucho, porque el público se levantó y los empezó a maldecir e hizo que se marchasen. Probaron a hacer de misioneros, hipnotizadores, médicos, echadores de la buenaventura y un poco de todo, pero parecía que no tenían suerte. Así que, por fin, se quedaron prácticamente sin dinero y no hacían más que estar tumbados en la balsa mientras ésta bajaba flotando, pensando y pensando, sin decir ni una palabra en todo el día, tristísimos y desesperados.

Por fin empezaron a cambiar y se pusieron a hablar en el wigwam en tono bajo y confidencial dos o tres horas seguidas. Jim y yo nos pusimos nerviosos. No nos gustaba aquello. Pensamos que estarían estudiando alguna faena peor que las anteriores. Lo hablamos muchas veces y por fin decidimos que iban a atracar la casa o la tienda de alguien o que pensaban falsificar dinero, o algo parecido. Entonces nos dio mucho miedo y decidimos que no tendríamos nada que ver con aquello, y que si se presentaba la menor oportunidad nos despediríamos a la francesa y los abandonaríamos. Bueno, una mañana a primera hora escondimos la balsa en un buen sitio a seguro, a unas dos millas por debajo de una aldea que se llamaba Pikesville, y el rey fue a tierra y nos dijo a todos que siguiéramos escondidos mientras él iba al pueblo a ver si alguien se había enterado ya de lo que era «La Realeza Sin Par» («una casa que robar, a eso te refieres», me dije yo, «y cuando termines de robarla vas a volver y te vas a preguntar qué ha sido de mí y de Jim y de la balsa, y ya puedes esperarnos sentados»). Y dijo que si no volvía al mediodía, el duque y yo sabríamos que todo iba bien y tendríamos que reunirnos con él.

Así que nos quedamos donde estábamos. El duque estaba nervioso, sudoroso y de pésimo humor. Nos reñía por todo y nada de lo que hacíamos le parecía bien; todo lo encontraba mal. Desde luego que estaban preparando algo. Me alegré mucho cuando llegó el mediodía y no había vuelto el rey; ahora iban a cambiar las cosas, y a lo mejor encima se presentaba una oportunidad. Así que el duque y yo fuimos al pueblo y nos pusimos a buscar al rey; al cabo de un rato lo encontramos en la trastienda de una taberna de mala

muerte, medio bebido, con un montón de borrachos que lo provocaban para divertirse mientras él los maldecía y los amenazaba con todas sus fuerzas, tan bebido que no podía ni andar ni hacerles nada. El duque se metía con él por ser un viejo idiota y el rey le respondía, así que en cuanto vi que aquello se calentaba, me fui a toda mecha y corrí por el camino del río abajo como un ciervo, porque había visto nuestra oportunidad y decidí que ya podían esperarnos sentados antes de volver a vernos a Jim y a mí. Llegué sin aliento pero contentísimo y grité:

—¡Suelta amarras, Jim; todo está arreglado!

Pero nadie me respondió ni salió del wigwam. ¡Jim había desaparecido! Pegué un grito y luego otro y otro, y me puse a correr por el bosque arriba y abajo pegando voces y gritos, pero para nada: Jim había desaparecido. Entonces me senté y me eché a llorar; no pude evitarlo. Pero no me pude quedar sentado mucho tiempo. Al cabo de un rato volví al camino tratando de pensar lo que tendría que hacer, me encontré con un muchacho que iba andando y le pregunté si había visto a un negro desconocido vestido de tal y tal forma, y él va y dice:

—Sí.

—¿Dónde? —pregunté.

—Por la casa de Silas Phelps, dos millas más abajo. Es un esclavo fugitivo y lo han pescado. ¿Lo estabas buscando?

—¡Y tanto! Me lo encontré en el bosque hace una o dos horas y me dijo que si gritaba me iba a sacar los hígados y que me quedase quieto, donde estaba, que es lo que he hecho. Allí he estado desde entonces, porque me daba miedo salir.

—Bueno —va y dice él—, ya no tienes que tenerle miedo porque lo han pescado. Se fugó de no sé dónde en el Sur.

—Menos mal que lo han agarrado.

—¡Hombre, y tanto! Daban una recompensa de doscientos dólares por él. Es como encontrarse dinero en el suelo.

—Sí, es verdad, y podría haber sido mío si yo hubiera sido mayor. Yo lo vi primero. ¿Quién lo pescó? —Un tipo raro, un desconocido, que vendió su derecho a él por cuarenta dólares porque tiene que ir río arriba y no puede esperar. ¡Imagínate! Pues yo sí que esperaría aunque fueran siete años.

—Lo mismo digo yo —respondí—. Pero a lo mejor es que sus derechos no valen tanto si los vende por tan poco. A lo mejor es que ahí hay algo que no es legal.

—Pues te digo que no, que es de lo más legal. Yo mismo he visto el anuncio de la recompensa. Da todos los detalles de él, hasta el último, como si fuera en un cuadro, y dice de qué plantación viene, más allá de Nueva Orleans. No, señor, ya puedes apostar a que no hay nada raro. Oye, dame tabaco para mascar, ¿tienes?

No me quedaba nada, así que se marchó. Fui a la balsa y me senté en el wigwam a pensar. Pero no se me ocurría nada. Pensé hasta que me dolió la cabeza, pero no veía forma de salir de aquel problema. Después de todo el viaje y lo que habíamos hecho por aquellos desalmados, todo se había terminado, todo se había deshecho y destrozado, porque habían tenido la mala sangre de jugarle una pasada así a Jim y volver a convertirlo en un esclavo para toda su vida, y encima entre desconocidos, por cuarenta sucios dólares.

Una vez me dije que sería mil veces mejor que Jim fuera esclavo en casa, donde estaba su familia, si es que tenía que ser esclavo, así que mejor sería escribirle una carta a Tom Sawyer para que dijese a la señorita Watson dónde estaba. Pero en seguida renuncié a la idea por dos cosas: estaría indignada y enfadada por su mala fe y su ingratitud al escaparse de ella, así que lo volvería a vender río abajo, y si no, todo el mundo desprecia naturalmente a un negro ingrato y se lo recordarían a Jim todo el tiempo, para que se sintiera desgraciado y deshonrado. Y, ¡qué pensarían de mí! Todo el mundo se enteraría de que Huck Finn había ayudado a un negro a conseguir la libertad, y si volvía a ver a alguien del pueblo tendría que ser para agacharme a lamerle las botas de vergüenza. Así son las cosas: alguien hace algo que está mal y después no quiere cargar con las consecuencias. Se cree que mientras pueda esconderse no tendrá que pasar vergüenza. Y ésa era mi situación. Cuanto más lo estudiaba más me remordía la conciencia, y más malvado, rastrero y desgraciado me sentía. Y, por fin, cuando de repente me di cuenta del todo de que era la mano de la Providencia que me daba en la cara y me decía que mi maldad era algo conocido de siempre allá en el cielo, porque le había robado su negro a una pobre vieja que nunca me había hecho nada malo, y ahora me demostraba que siempre hay Alguien que lo ve todo y que no permite que se hagan esas maldades más que hasta un punto determinado, casi me caí al suelo de miedo que me dio. Bueno, hice todo lo que pude para facilitarme las cosas diciéndome que me habían criado mal, de manera que no era todo culpa mía, pero dentro de mí había algo que repetía: «Estaba la escuela dominical y podrías haber ido; y si hubieras ido te habrían enseñado que a la gente que hace las cosas que tú has hecho por ese negro le espera el fuego eterno».

Aquello me hizo temblar. Y decidí ponerme a rezar y ver si podía dejar de ser un mal chico y hacerme mejor. Así que me arrodillé. Pero no me salían las palabras. ¿Por qué no? No valía de nada tratar de disimulárselo a Él. Ni a mí tampoco. Sabía muy bien por qué no salían de mí. Era porque mi alma no

estaba limpia; era porque no me había arrepentido; era porque estaba jugando a dos paños. Hacía como si fuera a renunciar al pecado, pero por dentro seguía empeñado en el peor de todos. Trataba de obligar a mi boca a decir que iba a hacer lo que estaba bien y lo que era correcto y escribir a la dueña de aquel negro para comunicarle dónde estaba; pero en el fondo sabía que era mentira, y Él también. No se pueden rezar mentiras, según comprendí entonces.

De manera que estaba lleno de problemas, todos los problemas del mundo, y no sabía qué hacer. Por fin tuve una idea y me dije: «Voy a escribir la carta y después intentaré rezar». Y, bueno, me quedé asombrado de cómo me volví a sentir ligero como una pluma inmediatamente, y sin más problemas. Así que agarré una hoja de papel y un lápiz, sintiéndome muy contento y animado, y me senté a escribir:

«Señorita Watson, su negro fugitivo Jim está aquí dos millas abajo de Pikesville y lo tiene el señor Phelps, que se lo devolverá por la recompensa si lo manda a buscar.

»HUCK FINN»

Me sentí bien y limpio de pecado por primera vez en toda mi vida y comprendí que ahora ya podía rezar. Pero no lo hice inmediatamente, sino que puse la hoja de papel a un lado y me quedé allí pensando: pensando lo bien que estaba que todo hubiera ocurrido así y lo cerca que había estado yo de perderme y de ir al infierno. Y seguí pensando. Y me puse a pensar en nuestro viaje río abajo y vi a Jim delante de mí todo el tiempo: de día y de noche, a veces a la luz de la luna, otras veces en medio de tormentas, y cuando bajábamos flotando, charlando y cantando y riéndonos. Pero no sé por qué parecía que no encontraba nada que me endureciese en contra de él, sino todo lo contrario. Le vi hacer mi guardia además de la suya, en lugar de despertarme, para que yo pudiera dormir más, y vi cómo se alegró cuando yo volví en medio de la niebla, y cuando volvimos a encontrarnos otra vez en el pantano, allá lejos donde la venganza de sangre, y todos aquellos momentos, y cómo siempre me llamaba su niño y me acariciaba y hacía todo lo que podía por mí, y lo bueno que había sido siempre, hasta que llegué al momento en que lo había salvado cuando les dije a los hombres que teníamos la viruela a bordo y lo agradecido que estuvo y que había dicho que yo era el mejor amigo que tenía en el mundo el viejo Jim, y el único que tiene ahora, y después, cuando miraba al azar de un lado para el otro, vi la hoja de papel.

Me costó trabajo decidirme. Agarré el papel y lo sostuve en la mano. Estaba temblando, porque tenía que decidir para siempre entre dos cosas, y lo sabía. Lo miré un minuto, como conteniendo el aliento, y después me dije:

« ¡Pues vale, iré al infierno!», y lo rompí.

Eran ideas y palabras terribles, pero ya estaba hecho. Así lo dejé, y no volví a pensar más en lo de reformarme. Me lo quité todo de la cabeza y dije que volvería a ser malo, que era lo mío, porque así me habían criado, y que lo otro no me iba. Para empezar, iba a hacer lo necesario para sacar a Jim de la esclavitud, y, si se me ocuría algo peor, también lo haría, porque una vez metidos en ello, igual daba ocho que ochenta.

Después me puse a pensar en cómo conseguirlo y le di un montón de vueltas en la cabeza, hasta que encontré un plan que me iba bien. Así que vi cuál era la posición de una isla arbolada que estaba un poco río abajo, y en cuanto empezó a oscurecer un poco salí a escondidas con mi balsa y la escondí allí, y después me acosté. Dormí toda la noche y me levanté antes de que amaneciera, desayuné, me puse la ropa de la tienda y el resto en un hatillo y tomé la canoa para ir a tierra. Llegué a donde me pareció que debía de estar la casa de Phelps y escondí el hatillo en los bosques; después llené la canoa de agua y de piedras y la hundí donde pudiera volver a encontrarla cuando quisiera, más o menos un cuarto de milla abajo de un pequeño molino de vapor que había en la orilla.

Después me puse en camino, y cuando pasé por el molino vi un letrero que decía «Serrería de Phelps», y cuando llegué a las casas, dos o trescientas yardas más allá, estuve muy atento, pero no se veía a nadie, aunque ya había amanecido del todo. Pero no me importó porque todavía no quería encontrarme con nadie: sólo quería ver cómo era todo aquello. Según mi plan iba a aparecer allí, viniendo del pueblo, y no desde el río. Así que eché un vistazo y me encaminé derecho al pueblo. Bueno, al primero que vi al llegar fue al duque. Estaba poniendo un cartel de «La Realeza Sin Par» (tres representaciones), igual que la otra vez. ¡Qué cara más dura tenían aquellos dos sinvergüenzas! Me planté a su lado antes de que él pudiera ni moverse. Pareció asombrarse y dijo:

—¡Hola! ¿De dónde sales tú? —y después añade, como si estuviera muy contento—: ¿Dónde está la balsa? ¿La has puesto en buen sitio?

Y yo contesté:

—Hombre, eso era lo que iba a preguntar yo a vuestra gracia. Entonces no pareció estar tan contento y preguntó:

—¿Por qué me lo ibas a preguntar a mí?

—Bueno —voy y digo yo—, cuando vi al rey ayer en aquella taberna me dije que tardaríamos horas en llevárnoslo a casa hasta que se hubiera serenado, así que me puse a dar vueltas por el pueblo para hacer tiempo y esperar. Vino un hombre que me ofreció diez centavos si lo ayudaba a llevar un bote al otro lado del río y a volver con una oveja, así que me fui con él; pero cuando la

estábamos llevando al bote y el hombre me dio la cuerda y fue detrás del bote para empujar, la oveja resultó demasiado para mí solo y se soltó y se echó a correr, y nosotros detrás de ella. No teníamos perro, así que tuvimos que correr tras ella por todo el campo hasta que se cansó. No la pescamos hasta el anochecer; después la llevamos al otro lado y yo me fui hacia la balsa. Cuando llegué y vi que había desaparecido me dije: «Se han metido en líos y se han tenido que ir, y se han llevado a mi negro, que es el único negro que tengo en el mundo, y ahora estoy en un país extraño y no tengo nada mío, no me queda nada de nada ni tengo forma de ganarme la vida», así que me senté a llorar. Me quedé dormido en el bosque toda la noche. Pero, entonces, ¿qué ha pasado con la balsa? ... Y Jim. ¡Pobre Jim!

—Que me ahorquen si lo sé; me refiero a lo que ha pasado con la balsa. El viejo imbécil hizo un negocio y sacó cuarenta dólares, y cuando lo encontramos en la taberna, unos patosos se habían puesto a jugarse medios dólares con él y le habían sacado hasta el último centavo salvo lo que se había gastado en whisky, y cuando fui a llevarlo a casa a última hora de la noche y vimos que había desaparecido la balsa nos dijimos: «Ese pequeño sin vergüenza nos ha robado la balsa y se nos ha escapado río abajo».

—No me iba a escapar sin mi negro, ¿no? El único negro que tenía en el mundo, mi única propiedad. —Eso no se nos había ocurrido. La verdad es que calculo que habíamos llegado a considerarlo como nuestro negro; sí, eso es; Dios sabe que nos habíamos molestado bastante por él. Así que cuando vimos que había desaparecido la balsa y nosotros sin un centavo, no quedaba más remedio que intentar otra vez «La Realeza Sin Par». Y aquí ando desde entonces, más seco que un desierto. ¿Dónde están esos diez centavos? Dámelos.

Yo tenía bastante dinero, así que le di diez centavos, pero le rogué que se lo gastara en algo que comer y que me diera algo, porque no tenía más dinero y no comía desde ayer. No dijo ni palabra. Al momento siguiente se me echó encima diciendo:

—¿Crees que ese negro se va a chivar de nosotros? ¡Como se chive le sacamos la piel a tiras!

—¿Cómo va a chivarse? ¿No se ha escapado?

—¡No! El viejo imbécil lo vendió y no lo repartió conmigo y ahora ya no queda nada.

—¿Que lo ha vendido? —dije, y me eché a llorar—; pero si era mi negro, así que era mi dinero. ¿Dónde está? Quiero a mi negro.

—Bueno, no te va a llegar tu negro y se acabó, así que basta de lloriquear. Vamos: ¿crees que te atreverías a chivarte de nosotros? Que me cuelguen si

me fío de ti. Caray, si fueras a chivarte de nosotros...

Se calló, pero nunca había visto al duque lanzar una mirada tan horrible. Yo seguí llorando y dije: —No quiero chivarme de nadie, y además no tengo tiempo de hacerlo; tengo que buscar a mi negro. Parecía como molesto y se quedó con los programas revoloteándole encima del brazo, pensando y arrugando la frente. Por fin dijo:

—Te voy a decir una cosa. Tenemos que pasar aquí tres días. Si prometes que no te vas a chivar y que no vas a dejar que se chive el negro, te digo dónde está.

Así que se lo prometí y él continuó: —Un campesino que se llama Silas Ph...

Y después se calló. O sea, que había empezado a contarme la verdad, pero cuando se calló y empezó a pensar y a reflexionar, calculé que estaba cambiando de opinión. Y eso era. No se fiaba de mí; quería asegurarse de que no le iba a crear problemas los tres días enteros. Así que al cabo de un momento va y dice:

—El hombre que lo compró se llama Abram Foster, Abram G. Foster, y vive cuarenta millas campo a través, en el camino de Lafayette.

—Muy bien —dije yo—. Eso lo puedo recorrer en tres días. Y me marcho esta misma tarde.

—No, ni hablar, te marchas ahora mismo, y no pierdas el tiempo ni te pongas por ahí a charlar. Ten la boca bien cerrada y ponte en marcha; así no tendrás ningún problema con nosotros, eme oyes?

Ésa era la orden que quería yo recibir y la que estaba esperando. Quería libertad para llevar a cabo mis planes.

—Así que largo —dice—, y puedes contarle al señor Foster lo que quieras. A lo mejor consigues que se crea que Jim es tu negro, porque hay idiotas que no exigen documentos, o por lo menos eso me han dicho que pasa aquí en el Sur. Y cuando le digas que la octavilla y la recompensa son falsos, a lo mejor te cree cuando le expliques por qué se repartieron. Ahora largo y dile lo que quieras, pero cuidado con darle a la sin hueso en ninguna parte, hasta que llegues allí.

Así que eché a andar hacia el campo. No miré atrás, pero tuve la sensación de que me estaba vigilando. Pero sabía que podía conseguir que se cansara de mirarme. Seguí andando hacia el campo lo menos una milla antes de pararme; después deshice el camino por el bosque hacia la casa de Phelps. Calculé que más valía empezar con mi plan sin pérdida de tiempo porque quería evitar que Jim dijera nada hasta que se marcharan aquellos tipos. No quería problemas

con gente así. Ya estaba harto de ellos y quería perderlos de vista para siempre.

Capítulo 32

Cuando llegué estaba todo en calma, como si fuera domingo, hacía calor y brillaba el sol; los esclavos se habían ido a los campos y no se oía más que ese zumbido de los insectos y las moscas en el aire que le hace a uno sentir tan solo como si todo el mundo se hubiera muerto y desaparecido, y si sopla una brisa y hace temblar las hojas, se siente uno triste porque es como si fueran los espíritus que dicen algo, unos espíritus que llevan muertos muchos años, y siempre piensas que están hablando de ti. En general, le dan a uno ganas de estar muerto, y de haber acabado con todo.

La casa de Phelps era una de esas plantaciones de algodón muy pequeñas, que son todas iguales. Una valla de troncos en torno a un patio de dos acres; una entrada hecha de troncos aserrados y puestos en el suelo, como escalones de diferentes alturas para pasar por encima de la valla y para que se suban en ella las mujeres cuando van a montar a caballo; unos matojos de hierba en el patio, pero en general todo muy árido y liso, como un sombrero viejo y desgastado; una casa grande de troncos dobles para los blancos: troncos acabados con los agujeros tapados con adobe o mortero y con esas separaciones que se encalan de vez en cuando; una cocina de troncos redondos con un pasillo ancho y abierto pero techado que llevaba a la casa, una cabaña de troncos para ahumar carnes detrás de la cocina, tres pequeñas cabañas de troncos para los negros, puestas en una fila al otro lado de la cabaña para ahumar, otra cabaña aislada contra la valla de atrás y unas casetas del otro lado; un depósito para la cal viva y un gran caldero en el que hervir el jabón junto a la caseta; un banco junto a la puerta de la cocina, un cubo de agua y una calabaza; un perro dormido al sol; más perros dormidos a un lado y al otro, arbustos y moreras en un sitio junto a la valla; al otro lado de la valla, un huerto y un plantel de sandías, y después los campos de algodón y más allá los bosques.

Di la vuelta y trepé por encima de la portezuela de atrás junto a donde estaba la cal viva, y fui a la cocina. Al cabo de unos pasos oí el zumbido sordo de una rueca y entonces comprendí que más me valdría estar muerto, porque es el ruido más solitario de todo el mundo.

Seguí adelante, sin hacerme ningún plan concreto, confiando sólo en que la Providencia me pusiera las palabras acertadas en la boca cuando llegara el momento, pues había advertido que la Providencia siempre me ponía en la boca las palabras exactas si la dejaba en paz.

Cuando estaba a mitad de camino, primero un perro y después otro se levantaron, así que naturalmente me paré frente a ellos, totalmente inmóvil. ¡Y menudo jaleo armaron! Al cabo de un cuarto de minuto se podría decir que yo era como el eje de una rueda y que los radios eran los perros, un círculo de quince de ellos que me daba vueltas, con los cuellos y las narices apuntados hacia mí, ladrando y aullando, y llegaban cada vez más; se los veía saltar las vallas y salir de las esquinas por todas partes.

De la cocina salió corriendo una negra con un rodillo de amasar en la mano gritando: «¡Fuera! ¡Tú, Tige! ¡Tú, Spot! ¡Fuera, digo!» Y les dio un golpe primero a uno y luego a otro, que se fueron aullando, y después siguió el resto, y al cabo de un segundo la mitad de ellos volvieron, meneando las colas y haciéndose amigos míos. La verdad es que los perros no son malos bichos.

Y detrás de la mujer aparecieron una niña negra y dos niños negros que no llevaban nada puesto más que unas camisas de lino y se agarraban al vestido de su madre y me miraban desde detrás de las faldas muy tímidos, como hacen todos. Entonces salió corriendo de la casa la mujer blanca, que tendría cuarenta y cinco o cincuenta años, sin sombrero y con el huso de la rueca en la mano, y detrás de ella sus hijos blancos, que eran igual de tímidos que los negros. Sonreía de oreja a oreja, y va y dice:

—¡Eres tú por fin! ¿Verdad?

Solté un «sí, señora» antes de pensármelo.

Me abrazó y después me tomó de las dos manos y me las estrechó muchas veces, sin parar de decir: «No te pareces tanto a tu madre como yo creía, pero la verdad es que no me importa nada. ¡Me alegro tanto de verte! ¡Dios mío, Dios mío, si es que podría comerte! ¡Niños, es vuestro primo Tom! A ver si lo saludáis.

Pero agacharon las cabezas, se llevaron los dedos a la boca y se escondieron detrás de las faldas de su madre. Entonces ella siguió diciendo:

—Lize, deprisa, prepárale un desayuno caliente ahora mismo. ¿O ya desayunaste en el barco?

Dije que había desayunado en el barco. Entonces ella fue hacia la casa agarrándome de la mano, y los niños vinieron detrás. Cuando llegamos me hizo sentar en una silla de rejilla y ella se sentó en un taburete bajo frente a mí, agarrándome de las dos manos, y va y dice:

—Ahora puedo mirarte bien y, Dios me bendiga, tenía tantísimas ganas de verte todos estos años, y ¡por fin has llegado! Llevábamos esperándote dos días o más. ¿Por qué has tardado tanto? ¿Es que embarrancó el barco?

—Sí, señora... es que...

—No me digas sí señora; dime tía Sally. ¿Dónde embarrancó?

No sabía exactamente qué decir, porque no sabía si el barco vendría río arriba o río abajo. Pero hago muchas cosas por instinto, y mi instinto decía que vendría río arriba desde Orleans más o menos. Pero aquello tampoco me servía de mucho, porque no sabía cómo se llamaban las barras de esa parte. Vi que tendría que inventarme una barra u olvidarme de cómo se llamaba en la que habíamos embarrancado o... Entonces se me ocurrió una idea y la solté.

—No fue lo de embarrancar... Aquello no nos hizo retrasar casi. Fue que reventó la cabeza de un cilindro.

—¡Dios mío! ¿Algún herido?

—No, señora. Mató a un negro.

—Bueno, menos mal; porque a veces esas cosas matan a alguien. Las Navidades pasadas hizo dos años que tu tío Silas venía de Nueva Orleans en el viejo Lally Rook y reventó la cabeza de un cilindro y dejó inválido a un hombre. Y creo que después murió. Era baptista. Tu tío Silas conocía a una familia de Baton Rouge que conocía muy bien a la suya. Sí, ahora recuerdo que efectivamente se murió. Le dio la galgrena y le tuvieron que amputar. Pero ni así se salvó. Sí, fue la galgrena, eso fue. Se puso todo azul y se murió con la esperanza de una resurrección gloriosa. Dicen que daba miedo verlo. Tu tío ha ido al pueblo todos los días a buscarte, y acaba de volver a salir hace sólo una hora; debe de estar a punto de volver. Debes de habértelo encontrado por la carretera, ¿no? Ya mayor, con una...

—No, no he visto a nadie, tía Sally. El barco llegó justo al amanecer, dejé mi equipaje en el muelle y fui a darme una vuelta por el pueblo y también por el campo para hacer tiempo y no llegar demasiado temprano; por eso he llegado por la parte de atrás.

—¿A quién le diste el equipaje?

—A nadie.

—¡Pero, niño, te lo van a robar!

—No, donde lo escondí no lo creo —dije.

—¿Cómo es que desayunaste tan temprano en el barco? Aquello se estaba poniendo dificil, pero respondí.

—El capitán me vio levantado y pensó que más valía que comiese algo antes de desembarcar, así que me llevó a las camaretas de arriba, donde comen los oficiales, y me dio todo lo que quería.

Me estaba poniendo tan nervioso que no estaba atento. Pensaba todo el tiempo en los niños; quería llevármelos a sacarles algo de información para

averiguar quién era yo. Pero no había forma. La señora Phelps no hacía más que hablar. Al cabo de un rato me dieron escalofríos por todo el cuerpo porque dijo:

—Pero aquí estamos venga de hablar y todavía no me has dicho nada de mi hermana ni de los demás. Ahora pararé de darle a la lengua y te toca a ti; cuéntamelo todo, dime cómo están todos hasta el último de ellos, cómo les va y lo que hacen y lo que te han dicho que me digas y todo lo que recuerdes.

Bueno, comprendí que estaba en un auténtico apuro. La Providencia me había apoyado hasta ese momento, pero ahora me tocaba arreglármelas como pudiera. Vi que no valía de nada tratar de empezar: tenía que confesar la verdad. Así que me dije: «Ahora tengo que arriesgarme otra vez a decir la verdad». Abrí la boca para empezar a hablar, pero ella me agarró, me escondió detrás de la cama, y va y dice:

—¡Aquí llega!, agacha más la cabeza; bueno, así está bien, ahora no te puede ver. Que no note que estás aquí. Quiero gastarle una broma. Niños, no digáis ni una palabra.

Vi que me estaba metiendo en otra buena pero no valía de nada preocuparse; no había nada que hacer más que quedarme callado y tratar de escapar cuando estallara la tormenta.

Apenas pude ver al viejo cuando entró porque después me lo tapó la cama. La señora Phelps dio un salto y preguntó: —¿Ha llegado?

—No —respondió su marido.

—¡Santo cielo! —dijo ella—, ¿qué puede haberle pasado?

—No me lo puedo imaginar —dijo el anciano—, y debo confesar que no me siento nada tranquilo.

—¡Tranquilo! —dijo ella— ¡Yo estoy a punto de volverme loca! Tiene que haber llegado, lo que pasa es que no lo has visto por el camino. Estoy segura de que ha sido eso. Algo me lo dice.

—Pero, Sally, es imposible que no lo haya visto, y lo sabes.

—Pero, ay Dios mío, Dios mío, ¿qué dirá mi hermana? Tiene que haber llegado. Tiene que ser que no lo has visto. Tiene...

—Bueno, no me preocupes más de lo que ya estoy. No sé cómo demonio entenderlo. Ya no se qué pensar y no me importa reconocer que estoy asustadísimo. Pero no es posible que haya llegado porque no podría llegar sin que lo hubiera visto yo. Sally, esto es horrible, sencillamente horrible... ¡Seguro que le ha pasado algo al barco!

—¡Mira, Silas! ¡Mira allí! ¡Por el camino! ¿No viene alguien?

Él saltó a la ventana junto a la cabecera de la cama y le dio a la señora Phelps la oportunidad que buscaba ella. Se inclinó a los pies de la cama y me dio un tirón para hacerme salir; y cuando su marido se volvió de la ventana allí estaba ella, toda sonriente y radiante como un sol, y yo a su lado, calladito y sudoroso. El anciano me contempla y dice:

—Pero, ¿quién es ése? —¿Quién te crees que es? —No tengo ni idea. ¿Quién es? —¡Es Tom Sawyer!

¡Os juro que casi me caigo al suelo! Pero no tuve tiempo de cambiar de táctica; el viejo me agarró de la mano y me la estrechó una y otra vez, y todo el tiempo la mujer bailaba en torno a nosotros riéndose y llorando; después se pusieron los dos a preguntarme montones de cosas acerca de Sid y de Mary y del resto de la tribu.

Pero si ellos se alegraron, aquello no era nada en comparación conmigo, porque era como volver a nacer. Me alegré montones de enterarme de quién era. Bueno, se me quedaron pegados dos horas, y por fin, cuando tenía la lengua tan cansada que casi no podía ni moverla, les había dicho ya más cosas de mi familia (quiero decir de la familia Sawyer) de las que hubieran podido ocurrir a seis familias Sawyer juntas. Y les expliqué todos los detalles de cómo se había reventado la cabeza de un cilindro en la desembocadura del río Blanco y nos había llevado tres días arreglarlo. Lo cual estaba muy bien y funcionó estupendamente, porque ellos no sabían si hacían falta tres días para arreglarlo. Si les hubiera dicho que habíamos reventado un perno les habría dado igual.

Ahora yo me sentía muy tranquilo por una parte y muy intranquilo por la otra. El ser Tom Sawyer me resultaba fácil y cómodo y lo siguió siendo hasta que al cabo de un rato oí que bajaba por el río un barco de vapor. Entonces me dije: «¿Y si viene Tom Sawyer en ese barco? ¿Y si llega en cualquier momento y me llama por mi nombre antes de que pueda hacerle un guiño para que no diga nada?»

Bueno, no podía dejar que pasara, porque lo fastidiaría todo. Tenía que ir al camino y pararlo a tiempo. Así que le dije a aquellos dos que iría al pueblo a buscar mi equipaje. El anciano quería venir conmigo, pero le dije que no, que podía conducir yo mismo el caballo y que prefería que no se molestara por mí.

Capítulo 33

Así que me puse en marcha hacia el pueblo con la carreta, y cuando estaba a mitad de camino vi que venía otra carreta, y efectivamente era Tom Sawyer,

así que me paré y esperé hasta que llegó. Le dije: «¡Frena!», y se paró a mi lado, abrió una boca de a palmo, y así se quedó; tragó saliva dos o tres veces, igual que un cura cuando se le seca la garganta, y después dijo:

—Yo nunca te hice nada malo. Y tú lo sabes. Así que, ¿por qué has vuelto a perseguirme? Le respondí:

—No he vuelto... Nunca me fui.

Cuando oyó mi voz se tranquilizó algo, pero todavía no estaba convencido del todo. Dijo: —No me hagas nada malo, porque yo no te lo haría a ti. ¿Me juras que no eres un fantasma?

—Te lo juro —respondí.

—Bueno... Yo... Bueno, claro que debería bastar con eso, pero la verdad es que no entiendo nada. Mira, ¿es que nunca te asesinaron?

—No. Nunca me asesinaron... Fue un truco mío. Acércate a tocarme si no me crees.

Eso fue lo que hizo, y se quedó convencido, y se puso tan contento de volver a verme que no sabía que hacer. Quería enterarse de todo inmediatamente, porque era una gran aventura misteriosa, de manera que era lo que le gustaba. Pero yo le dije que dejara todo aquello para más tarde y le dije a su cochero que esperase, y nos apartamos algo y le conté el problema que tenía y le pregunté qué le parecía mejor hacer. Dijo que se lo dejara pensar un momento y no le dijera nada. Así que se quedó pensando y pensando, y al cabo de un momento va y dice:

—Está bien; ya lo tengo. Pon mi baúl en tu carreta y di que es el tuyo; y vuelve despacito, para llegar a la casa hacia la hora calculada; yo voy a deshacer un poco de camino para volver a empezar y llegar un cuarto de hora o media hora después que tú, y al principio no tienes que decir que me conoces.

Respondí:

—Muy bien, pero espera un momento. Queda algo más: algo que no sabe nadie más que yo, y es que ahí hay un negro que quiero robar para liberarlo, y se llama Jim; el Jim de la vieja señorita Watson.

Y él va y dice:

—¡Cómo! pero si Jim ya...

Se paró y siguió pensándolo, y luego voy yo y digo:

—Ya sé lo que vas a decir. Vas a decir que es un asunto sucio y ruin, pero, ¿qué me importa a mí? Yo soy ruin y voy a robarlo y quiero que te quedes

callado y no digas nada. ¿Quieres?

Se le iluminó la mirada y dijo: —¡Te voy a ayudar a robarlo!

Me quedé como de piedra, como si me hubieran pegado un tiro. Aquello era lo más asombroso que había oído en mi vida, y tengo que decir que Tom Sawyer decayó mucho en mi estima. Sólo que no podía creérmelo. ¡Tom convertido en un ladrón de negros!

—¡Bueno, vamos! —dije—. Estás de broma. —De broma, nada.

—Bueno, pues —dije yo—, bromas o no, si oyes decir algo de un negro fugitivo no olvides que tú no sabes nada de él y yo tampoco.

Entonces él sacó su baúl y lo puso en mi carreta, y se marchó por su camino y yo por el mío. Pero, naturalmente, se me olvidó que tenía que ir despacio de lo contento y lo lleno de ideas que estaba, así que llegué a casa demasiado temprano para un viaje tan largo. El viejo estaba en la puerta y dice:

—¡Hombre, qué maravilla! ¡Quién habría pensado que esa yegua era capaz de correr tanto! Ojalá le hubiéramos tomado el tiempo. Y no ha sudado ni una gota, ni un gota. Es una maravilla. Hombre, ahora no aceptaría ni cien dólares por esa yegua, de verdad que no, y sin embargo antes la habría vendido por quince y me habría quedado tan contento.

No dijo nada más. Era la persona más inocente y más buena que he visto en mi vida. Pero no era de sorprender, porque no sólo era agricultor, sino también predicador, y tenía una iglesita de troncos en la trasera de la plantación que había construido él de su propio bolsillo para que sirviera de iglesia y de escuela, y nunca cobraba nada por predicar, y la verdad era que lo hacía muy bien. Allá en el Sur había muchos agricultores—predicadores, como él, que también hacían lo mismo.

Al cabo de una media hora apareció la carreta de Tom en la puerta principal y la tía Sally la vio por la ventana, porque sólo estaba a unas cincuenta yardas, y dijo:

—¡Vaya, ha venido alguien! ¿Quién será? Pues parece que es un desconocido. Jimmy —que era uno de sus hijos—, ve corriendo a decirle a Lize que ponga otro plato para la comida.

Todo el mundo echó a correr a la puerta principal porque, naturalmente, no llegan desconocidos todos los años, así que resultan más interesantes que la fiebre amarilla. Tom ya había cruzado la puerta e iba hacia la casa; la carreta se volvía hacia el pueblo y todos estábamos amontonados a la entrada. Tom llevaba la ropa comprada en la tienda y tenía un público, que era lo que más le gustaba en el mundo a Tom Sawyer. En circunstancias así no le resultaba nada

difícil darse todos los aires que hiciera falta. No era un chico para llegar manso como una oveja; no, llegaba con calma y con aires de importancia, como un carnero. Cuando llegó delante de nosotros se quitó el sombrero muy elegante y muy fino, como si fuera la tapadera de una caja dentro de la que hubiera mariposas durmiendo y no quisiera molestarlas, y va y dice:

—¿El señor Archibald Nichols, supongo?

—No, muchacho —dijo el anciano—. Siento decirte que tu conductor te ha engañado; la casa de Nichols está unas tres millas más allá. Pasa, pasa.

Tom echó una mirada por encima del hombro y dice: —Demasiado tarde, ya no se ve.

—Sí, se ha ido, hijo mío, y debes entrar y comer con nosotros, y después engancharemos la yegua y te llevamos a casa de Nichols.

—Ah, no puedo causarles tanta molestia; ni pensarlo. Iré a pie... No me importa la distancia.

—Pero no te vamos a dejar que vayas a pie; eso no sería la hospitalidad del Sur. Pasa sin más.

—Sí, por favor —dijo la tía Sally—; no es ninguna molestia. Debes quedarte. Son tres millas largas y hay mucho polvo; no podemos dejar que vayas a pie. Y, además ya les he dicho que pongan otro plato cuando te vi llegar, así que no debes desilusionarnos. Pasa adentro, que estás en tu casa.

Así que Tom les dio las gracias con mucha animación y cortesía y se dejó persuadir; una vez dentro dijo que era de Hicksville, Ohio, y que se llamaba William Thompson, e hizo otra reverencia.

Bueno, no dejó de hablar y de hablar y de hablar inventándose cosas de Hicksville y de toda clase de gente que se le iba ocurriendo, y yo me iba poniendo nervioso y preguntándome cómo me iba a ayudar aquello a salir del apuro; por fin, mientras seguía hablando, se levantó y le dio a tía Sally un beso en plena boca y después volvió a sentarse en su silla tan tranquilo e iba a seguir hablando; pero la tía Sally dio un salto, se limpió la boca con el dorso de la mano y dijo:

—¡Atrevido, maleducado!

Él pareció dolerse, y va y dice: —Me sorprende, señora.

—Te sorpre... Pero, ¿quién te crees que soy? Me dan buenas ganas de agarrar y... Pero, ¿qué es eso de darme un beso?

Él pareció encogerse, y dijo:

—No era con mala intención, señora. No quería disgustarla, yo ... yo... Creí

que le gustaría.

—¡Menudo idiota! —agarró el huso de la rueca y pareció que iba a darle un golpe con él—. ¿Por qué iba a gustarme?

—Bueno, no sé. Es que... Es que... Me dijeron que así sería.

—Te dijeron que así sería. Pues el que te lo dijera es otro lunático. Nunca he oído nada igual. ¿Quiénes te lo dijeron?

—Bueno, todo el mundo. Eso fue lo que dijeron, señora.

Ella apenas podía aguantarse, echaba fuego por los ojos y movía los dedos como si quisiera arañarlo, y dijo:

—¿Quién es todo el mundo? Dame sus nombres o habrá un idiota menos en este mundo. Tom se levantó, con aire apurado, dándole vueltas al sombrero, y dijo:

—Lo siento, y no me lo esperaba. Me lo dijeron. Me lo dijeron todos. Todos me dijeron «dale un beso», y dijeron que le gustaría. Lo dijeron todos, hasta el último, pero lo siento, señora, y no volveré a hacerlo. De verdad que no.

—¿Conque no volverás a hacerlo, verdad? ¡Hombre, te lo aseguro!

—No, lo digo de verdad; no volveré a hacerlo jamás hasta que me lo pida usted.

—¡Hasta que te lo pida yo! ¡Bueno, no he oído cosa igual en toda mi vida! Te aseguro que vas a ser el Matusalén más tonto de la creación antes de que yo te pida nada semejante. .. Ni a ti ni a nadie como tú.

—Bueno —dice Tom—, me sorprende muchísimo. No sé por qué, pero no lo entiendo. Dijeron que le gustaría y yo también lo creí. Pero... —se calló y miró lentamente a un lado y a otro, como si quisiera encontrar una mirada amistosa en alguna parte, y por fin se detuvo en el anciano y le preguntó—: ¿No creía usted, caballero, que le gustaría que la besara?

—Pues no; yo... yo... creo que no.

Entonces siguió mirando hasta que se detuvo en mí y preguntó:

—Tom, ¿no creías tú que la tía Sally abriría los brazos y diría: «Sid Sawyer...»?

—¡Dios mío! —dijo ella, interrumpiéndole y dando un salto hacia él—, criatura insolente, mira que engañarla a una así... —e iba a darle un abrazo pero él la apartó y dijo:

—No, primero me lo tiene que pedir.

Así que ella no perdió el tiempo, sino que se lo pidió y lo llenó de abrazos y de besos una y otra vez, y después se lo pasó al viejo, que hizo lo propio. Y cuando volvieron a tranquilizarse un poco dijo ella:

—Pero Dios mío, nunca he visto una sorpresa igual. No te estábamos esperando a ti en absoluto, sino únicamente a Tom. Mi hermana nunca me dijo que fuera a venir más que él.

—Porque sólo pensó enviar a Tom —dijo él—, pero yo le supliqué y le supliqué y a última hora me dejó venir también; así que cuando bajábamos por el río, Tom y yo pensamos que sería una gran sorpresa que llegase él primero a la casa y después apareciera yo como de repente, haciéndome el desconocido. Pero nos equivocamos, tía Sally. Esta casa no es sana para los desconocidos.

—No, ni para los niños insolentes, Sid. Tendría que haberte dado una bofetada; sabe Dios desde cuándo no me llevaba una sorpresa así. Pero no importa, no me importa la forma: estoy dispuesta a aguantar mil bromas así con tal de que estéis aquí. ¡Menuda función habéis representado! No voy a negarlo, casi me quedo putrificada de asombro cuando me diste el beso.

Cenamos en aquel ancho pasaje abierto entre la casa y la cocina, y en la mesa había suficiente para siete familias y todo estaba caliente; nada de esa carne fibrosa y dura que se guarda en una fresquera en un sótano húmedo toda la noche y que por la mañana sabe igual que un pedazo de caníbal viejo y frío. El tío Silas rezó una acción de gracias muy larga, pero mereció la pena, y las cosas no se enfriaron ni pizca, como he visto que pasa montones de veces con ese tipo de interrupciones.

Pasamos toda la tarde hablando; Tom y yo estuvimos alerta todo el tiempo, pero no valió de nada, porque no dijeron ni palabra del negro fugitivo y nos daba miedo ser nosotros quienes sacáramos el tema. Pero aquella noche, a la hora de cenar, uno de los muchachos va y dice:

—Padre, ¿no podemos Tom y Sid y yo ir a ver la función?

—No —contestó el viejo—. Creo que no va a haberla, y aunque la hubiera no podríais ir, porque el negro fugitivo nos ha contado a Burton y a mí todo lo que pasa en esa función escandalosa, y Burton dijo que se lo iba a decir a la gente, así que creo que hemos echado del pueblo a esos gandules presumidos.

¡Así estaban las cosas! Pero no podíamos hacer nada. Tom y yo teníamos que dormir en la misma habitación y en la misma cama, así que como estábamos cansados nos despedimos y nos fuimos a acostar inmediatamente después de cenar, salimos por la ventana y bajamos por el pararrayos para ir al pueblo, pues no creía que nadie fuera a decirles ni palabra al rey y al duque, así que si no corría yo a avisarles, seguro que se iban a meter en un buen jaleo.

Por el camino Tom me contó que todo el mundo se había creído lo de mi asesinato y que padre había desaparecido en seguida y no había vuelto, y el jaleo que se armó cuando Jim se escapó, y yo le conté a Tom toda la historia de nuestros caraduras de «La Realeza Sin Par», y todo lo que me dio tiempo a contarle de nuestro viaje en balsa, y cuando llegamos al pueblo, hacia la parte del centro (serían ya las ocho y media), apareció un montón de gente corriendo con antorchas, dando gritos y aullidos y golpeando cacerolas y soplando en cuernos; nos hicimos a un lado para dejarlos pasar y vi que llevaban al rey y el duque montados en un rail, es decir, supe que eran el rey y el duque, aunque los habían embadurnado de alquitrán y plumas y no parecían seres de este mundo, sino una especie de plumeros monstruosos. Bueno, lamenté verlos y lo sentí por aquellos pobres sinvergüenzas, como si ya no pudiera tener nada contra ellos. Resultaba horrible contemplarlo. Los seres humanos pueden ser terriblemente crueles unos con otros.

Vimos que habíamos llegado tarde, que no podíamos hacer nada ya. Preguntamos a algunos de los rezagados qué había pasado y dijeron que todo el mundo había ido a la función con caras de inocentes y se habían quedado tan tranquilos y en silencio hasta que el pobre del rey estaba en medio de sus piruetas en el escenario; entonces alguien dio una señal y todo el público se levantó y se lanzó contra ellos.

Así que volvimos a casa y yo ya no me sentí tan orgulloso como antes, sino como encogido y avergonzado y como si tuviera la culpa, aunque no había hecho nada. Pero es lo que pasa siempre; no importa que uno haga las cosas bien o mal, porque la conciencia no tiene sentido común y siempre se le echa a uno encima pase lo que pase. Si yo tuviera un perro amarillo que no fuera más inteligente que la conciencia de las personas, lo envenenaría. Ocupa más espacio que todo lo demás, y sin embargo, no sé por qué, no vale para nada. Tom Sawyer dice lo mismo.

Capítulo 34

Dejamos de hablar y nos pusimos a pensar. Al cabo de un rato Tom dice:

—Oye, Huck, ¡somos tontos de no haberlo pensado antes! Te apuesto a que sé dónde está Jim.

—¡No! ¿Dónde?

—En aquella cabaña que hay junto a la de la cal viva. Escucha una cosa: cuando estábamos comiendo, ¿no viste que un negro iba a llevar algo de comida?

—Sí.

—¿Para quién te crees que era la comida?

—Para un perro.

—Yo también. Bueno, no era para un perro.

—¿Por qué?

—Porque también llevaba una sandía.

—Es verdad, ya lo vi. Mira que no habérseme ocurrido que los perros no comen sandías. Eso demuestra que uno puede ver las cosas y no verlas al mismo tiempo.

—Bueno, el negro abrió el candado al entrar y lo volvió a cerrar al salir. Cuando nos levantamos de la mesa le devolvió al tío una llave, y te apuesto a que era la misma. La sandía indica que es un hombre; la cerradura, que está preso, y no es probable que haya dos presos en una plantación tan pequeña donde toda la gente es tan buena y tan amable. El preso es Jim. Muy bien, me alegro de haberlo averiguado como los detectives; de otra forma no me gustaría. Ahora tienes que empezar a pensarlo y estudiar un plan para robara Jim; yo estudiaré otro y seguiremos el que más nos guste.

¡Qué cabeza para no ser más que un muchacho! Si yo tuviera la cabeza de Tom Sawyer, no la cambiaría por ser duque, ni piloto de un barco de vapor, ni payaso de circo, ni nada que se me pueda ocurrir. Me puse a pensar un plan, pero sólo por hacer algo. Sabía muy bien de dónde iba a venir el mejor plan. En seguida Tom va y dice:

—¿Listo?

—Sí —respondí.

—Bueno, cuéntamelo.

—Mi plan es éste —dije—. Podemos enterarnos fácil de si es Jim el que está ahí. Después, mañana por la noche saco mi canoa y traemos mi balsa de la isla. A la primera noche oscura que tengamos le sacamos la llave de los pantalones al viejo cuando se vaya a la cama y nos vamos río abajo con Jim, escondiéndonos de día y navegando de noche, como hacíamos antes Jim y yo. ¿No funcionaría ese plan?

—¿Funcionar? Claro que funcionaría, como dos y dos son cuatro. Pero es demasiado sencillo; no dice nada. ¿De qué nos vale un plan que no plantee ningún problema? Resulta demasiado soso. Hombre, Huck, no crearía más sensación que si fuera un robo en una fábrica de jabón.

No dije nada, porque no esperaba nada diferente, pero sabía muy bien que

cuando él tuviera su plan listo, no se le podría hacer ninguna de esas objeciones.

Y así pasó. Me dijo lo que era y en un momento comprendí que valía por quince de los míos en cuanto a elegancia, y que dejaría a Jim igual de libre que mi plan, y que además podrían matarnos a todos. Así que me quedé muy contento y dije que podíamos ir adelante con él. No necesito contar aquí lo que era porque sabía que iría cambiando. Sabía que lo cambiaría a cada momento según fuéramos avanzando, metiendo nuevas aventuras en cuanto tuviera una oportunidad. Y así lo hizo.

Bueno, había una cosa de la que no cabía duda, y era que Tom Sawyer hablaba en serio y que efectivamente iba a ayudar a robar al negro para liberarlo. Aquello era lo que me dejaba asombrado. Se trataba de un chico que era respetable y bien criado y que tenía una reputación que perder, y allá en casa tenía familia también con reputación, y era listo y no un atontado, y sabía cosas, no era un ignorante, y no era mezquino sino amable, y sin embargo ahí estaba sin ningún orgullo ni santurronerías ni sentimientos, dispuesto a meterse en un asunto así y a llenarse de vergüenza y llenar de vergüenza a su familia, delante de todo el mundo. Yo no podía comprenderlo en absoluto. Era absurdo y comprendía que tendría que decírselo y demostrarle que era buen amigo suyo y dejar que lo abandonara donde estaba y se salvara. Y empecé a decírselo, pero me hizo callar y respondió:

—¿Te crees que no sé lo que hago? ¿No sé lo que hago en general?

—Sí.

—¿No he dicho que iba a ayudar a robar al negro?

—Sí.

—Pues eso.

No dijo más y yo tampoco. Ya no valía la pena, porque cuando decía que iba a hacer algo siempre lo hacía. Pero aunque no entendía cómo estaba dispuesto a meterse en una cosa así, lo dejé y no me volví a preocupar de aquello. Si estaba decidido a hacerlo, yo no podía evitarlo.

Cuando volvimos, la casa estaba toda apagada y en silencio, así que fuimos a la cabaña junto a donde estaba la cal viva para examinarla. Cruzamos el patio para ver lo que hacían los perros. Ya nos conocían y no hicieron más ruido que cualquier perro de campo cuando aparece alguien por la noche. Cuando llegamos a la cabaña miramos por la parte de delante y por los dos lados, y del que yo no conocía (que daba al norte) vimos el agujero cuadrado de una ventana, bastante alto, con una sola plancha de madera clavada. Voy y digo:

—Esto está muy bien. Ese agujero es lo bastante grande para que Jim salga por él si arrancamos la tabla. Y va Tom y dice:

—Eso es más sencillo que andar a pie y más fácil que engañar a un tonto. Yo diría que podemos encontrar una forma algo más complicada, Huck Finn.

—Bueno, entonces —respondí—. ¿Qué te parece si hacemos un agujero entre los troncos como aquella vez que me asesinaron?

—Eso ya es algo —dijo—. Resulta misterioso, complicado y está bien, pero seguro que podemos encontrar algo que dure por lo menos el doble. No hay prisa, vamos a seguir mirando.

Entre la cabaña y la valla, por el lado de atrás, había un cobertizo pegado a la cabaña por la parte del tejado y hecho de planchas de madera. Era igual de largo que la cabaña, pero estrecho: sólo unos seis metros de ancho. La puerta estaba del lado sur y tenía un candado. Tom fue al caldero del jabón y anduvo buscando, y volvió con esa cosa de hierro con que levantan la tapadera, así que hizo saltar una de las agarraderas del candado. Se cayó la cadena, abrimos la puerta y entramos, la cerramos y al encender una cerilla vimos que el cobertizo sólo estaba construido junto a la cabaña, sin paso hacia ella, que no tenía un suelo, y no había nada más que unas cuantas azadas y palas oxidadas, unos picos y un arado roto. Se apagó la cerilla y nosotros nos fuimos y volvimos a poner la agarradera, de forma que la puerta quedó cerrada igual de bien que antes. Tom estaba encantado, y va y dice:

—Ahora todo está en orden. Lo vamos a sacar por un túnel. ¡Nos llevará una semana!

Después fuimos a la casa y yo entré por la puerta trasera (no hay más que tirar de una cuerda de cuero, porque allí no cierran las puertas), pero a Tom Sawyer no le pareció lo bastante romántico, y lo único que le valía era subir trepando por el pararrayos. Pero después de trepar hasta la mitad tres veces y fallar y caerse las tres, y en la última casi romperse la cabeza, pensó que mejor sería renunciar, pero después de descansar decidió que lo intentaría una vez más a ver cómo le iba, y esa vez logró llegar.

Por la mañana nos levantamos al amanecer y bajamos a las cabañas de los negros para acariciar a los perros y hacernos amigos del negro que le llevaba la comida a Jim, si es que era a Jim al que se la llevaba. Los negros acababan de terminar de desayunar y empezaban a ir a los campos, y el negro de Jim estaba llenando una escudilla de metal con pan y carne y otras cosas, y mientras los otros se marchaban le llevaron la llave de la casa.

El negro tenía cara de buenos amigos, muy sonriente, y llevaba el pelo todo atado en ricitos con pedazos de hilo. Era para alejar a las brujas. Dijo que aquellas noches las brujas se lo estaban haciendo pasar muy mal y haciéndole

ver todo género de cosas raras y oír todo género de palabras y ruidos raros, y que según creía nunca había estado tanto tiempo embrujado en toda su vida. Se puso tan nervioso hablando de sus problemas que se olvidó de todo lo que tenía que hacer. Entonces Tom le dijo:

—¿Para quién es esa comida? ¿Vas a darles de comer a los perros?

El negro empezó a sonreír lentamente hasta que se le llenó la cara, como cuando se tira un ladrillo a un charco de barro, y dijo:

—Sí, señorito Sid, a un perro. Un perro muy curioso. ¿Quiere venir a verlo?

—Sí.

Le di un golpe a Tom y le dije en voz baja: —¿Vas a ir ahí al amanecer? Ése no era el plan.

—No, no lo era, pero ahora sí es el plan.

Así que, maldita sea, allí fuimos, pero no me gustó lo más mínimo. Cuando llegamos casi no se veía nada de oscuro que estaba, pero allí estaba Jim, sin duda alguna, y nos podía ver, y gritó:

—¡Pero, Huck! ¡Y Dios mío! ¿No es ése el sito Tom?

Yo sabía lo que iba a pasar, era lo que esperaba. No sabía qué hacer, y aunque lo supiera no lo habría hecho, porque apareció el negro diciendo:

—¡Por todos los santos! ¿Los conoce a ustedes, señoritos?

Ahora ya se veía bastante bien. Tom miró al negro, muy fijo y como preguntándose algo, y va y dice: —¿Quién nos conoce?

—Pues este negro fugitivo.

—No creo; pero, ¿por qué se te ha ocurrido?

—¿Que por qué? ¿No acaba de decir ahora mismo que les conocía? Tom va y dice, como extrañado:

—Bueno, esto sí que es curioso. ¿Quién ha dicho nada? ¿Cuándo lo ha dicho? ¿Qué ha dicho? —y se vuelve hacia mí, muy tranquilo, y va y me dice—: ¿Has oído tú a alguien decir algo?

Naturalmente, no podía decir más que una cosa, así que respondí: —No; yo no he oído a nadie decir nada.

Después se vuelve hacia Jim y lo mira de arriba abajo como si nunca lo hubiera visto antes y le pregunta: —¿Has dicho algo tú?

—No, señor —dice Jim—; yo no he dicho nada, señor.

—¿Ni una palabra?

—No, señor, no he dicho ni una palabra.

—¿Nos has visto antes de ahora?

—No, señor; no que yo sepa.

Así que Tom se vuelve hacia el negro, que estaba todo apurado y confundido, y dice, muy severo: —Pero, ¿qué te pasa? ¿Por qué has pensado que alguien ha dicho algo?

—Ay, son esas malditas brujas, señorito, y ojalá que me hubiera muerto, de verdad. Siempre están con ésas, señorito, y casi me matan de los sustos que me dan. Por favor, no se lo diga usted a naiden, señorito, o si no el viejo señor Silas me va a reñir porque él dice que no existen las brujas. Ojalá que estuviera aquí ahora... ¡A ver qué decía! Seguro que no encontraba forma de explicarlo esta vez. La gente que es terca se muere de terca; nunca quieren mirar las cosas a ver qué es lo que pasa de verdad, y cuando uno lo ve y se lo cuenta, van y no se lo creen.

Tom le dio diez centavos y le dijo que no se lo diríamos a nadie y que fuera a comprarse más hilo para atarse el pelo, y después mira a Jim y va y dice:

—Me pregunto si el tío Silas va a ahorcar a este negro. Si yo agarrase a un negro lo bastante ingrato para escaparse, no lo entregaría; lo ahorcaría yo.

Y mientras el negro iba a la puerta a mirar la moneda de diez centavos y morderla para ver si era buena le susurra a Jim en voz baja:

—Que no se enteren de que nos conoces. Y si oyes cavar por las noches somos nosotros que vamos a ponerte en libertad.

Jim no tuvo tiempo más que para agarrarnos de las manos y apretárnoslas. Después volvió el negro y dijimos que volveríamos otra vez si él quería y dijo que sí, sobre todo si era de noche, porque las brujas le atacaban de noche, y entonces sí que le convenía tener gente a su lado.

Capítulo 35

Faltaba todavía casi una hora para desayunar, así que nos fuimos al bosque, porque Tom dijo que necesitábamos algo de luz para ver mientras cavábamos pero que un farol daba demasiada y nos podía meter en jaleos, así que necesitábamos reunir un montón de esa madera podrida fosforescente que llaman «fuego de zorro» y que no da más que una especie de resplandor suave cuando se coloca en un sitio oscuro. Sacamos un montón, la escondimos entre

las hierbas y nos sentamos a descansar, cuando Tom va y dice, como descontento:

—Maldita sea, todo esto es de un fácil que da asco. Por eso resulta tan dificil organizar un plan complicado. No hay un guardián al que drogar y tendría que haber un guardián. Ni siquiera un perro al que darle algo para que se duerma. Y luego, Jim está encadenado por una pierna, con una cadena de diez pies, a la pata de la cama; ¡pero si basta con levantar la cama y quitar la cadena! Y el tío Silas se fía de todo el mundo. Manda la llave a ese negro de chorlito y no manda a nadie a vigilar al negro. Jim podría haberse escapado por esa ventana antes de ahora, sólo que no puede echar a correr con una cadena de diez pies en la pierna. Maldita sea, Huck, es el sistema más absurdo que he visto. Tiene uno que inventarse todas las dificultades. Bueno, no podemos evitarlo, tenemos que hacerlo lo mejor que podamos con el material que tenemos. En todo caso nos queda algo: es más honorable sacarlo en medio de dificultades y peligros cuando la gente que tenía la obligación de crearlos no lo ha hecho y ha tenido uno que inventárselos por sus propios medios. Basta con pensar en el asunto ese del farol. Si no vemos más que los hechos en sí, sencillamente tenemos que fingir que eso del farol es peligroso. ¡Pero podríamos trabajar con una procesión de antorchas si quisiéramos, creo yo! Ahora que lo pienso tenemos que buscar en cuanto podamos algo que haga de serrucho.

—¿Para qué necesitamos un serrucho?

—¿Que para qué necesitamos un serrucho? ¿No tenemos que aserrar la pata de la cama de Jim, para quitar la cadena?

—Pero si has dicho que basta con levantar la cama y sacar la cadena...

—Bueno, eso es típico de ti, Huck Finn. Se te ocurren las mismas cosas que a un niño de escuela. ¿Es que no has leído un libro en tu vida? ¿El barón Trenck, o Casanova, Benvenuto Cellini, o Enrique IV, o cualquiera de esos héroes? ¿Quién ha oído hablar de liberar a un preso de una forma tan sencilla? No, la forma en que lo hacen las mejores autoridades es aserrar la pata de la cama en dos y dejarla así y comerse uno el serrín, para que no lo puedan encontrar, y poner algo de polvo y grasa en torno al sitio, para que ni el senescal más astuto perciba la menor señal de que está aserrado y se crea que la pata de la cama está perfectamente bien. Después, la noche que está uno listo, da una patada a la pata y se cae la cama, se saca la cadena y ya está. No hay más que hacer que llevar la escala de cuerda a las murallas, bajar por ella, romperse la pierna en el foso, porque las escalas de cuerda siempre miden diecinueve pies menos de lo necesario, ya sabes, y allí están los caballos y los vasallos de confianza que te recogen, te montan y te llevan a tu Languedoc o tu Navarra o donde hayas nacido. Es una gozada, Huck. Ojalá que esta cabaña

tuviera un foso. Si hay tiempo, la noche de la fuga cavamos uno.

Y yo voy y digo:

—¿Para qué queremos un foso cuando vamos a sacarlo por debajo de la cabaña?

Pero no me oyó. Se había olvidado de mí y de todo lo demás. Tenía la barbilla apoyada en la mano y pensaba. Al cabo de un momento da un suspiro y menea la cabeza; después vuelve a suspirar y dice:

—No, eso no estaría bien; no es del todo necesario.

—¿El qué? —pregunté.

—Hombre, cortarle la pierna a Jim —me contestó.

—¡Caray! —dije—, no veo ninguna necesidad. Y, además, ¿para qué le quieres cortar la pierna? —Bueno, es lo que hacen algunos de los autores más autorizados. No le pueden arrancar la cadena, así que le cortan la mano y tiran. Y una pierna sería todavía mejor. Pero nosotros tendremos que renunciar a eso. En este caso no hay suficiente necesidad, y además Jim es negro y no comprendería los motivos ni la costumbre europea, así que lo dejaremos pasar. Pero, en cambio, otra cosa sí: podemos hacer tiras las sábanas y confeccionarle una escala de cuerda muy fácil. Y se la podemos enviar dentro de un pastel; casi siempre se hace así. He comido pasteles peores.

—Pero, Tom Sawyer, qué cosas dices —comenté—; a Jim no le vale de nada una escala de cuerda. —Tiene que valerle de algo. Más bien qué cosas dices tú; no sabes nada de esto. Necesita una escala de cuerda; les pasa a todos.

—¿Qué diablos va a hacer con ella?

—¿Hacer con ella? La puede esconder en la cama, ¿no? Es lo que hacen todos y tiene que hacerlo él también. Huck, parece como si nunca quisieras hacer las cosas bien; quieres inventártelo todo a cada vez. Supongamos que no hace nada con ella. ¿No la tiene ahí en la cama para dejar una pista cuando haya desaparecido? ¿Y no calculas que buscarán pistas? Pues claro que sí. Y, ¿no les piensas dejar ninguna? ¡Eso sí que estaría bien, te lo aseguro! Nunca he oído nada por el estilo.

—Bueno —dije yo—, si eso es parte del reglamento y la necesita, pues le hacemos una, porque yo no quiero faltar a los reglamentos; pero te digo un cosa, Tom Sawyer, si nos ponemos a rasgar sábanas para hacerle a Jim una escala nos vamos a meter en líos con la tía Sally, de eso puedes estar seguro. A mí me parece que una escalera de corteza de nogal no cuesta nada y no hay que estropear nada, y se puede meter igual dentro de un pastel y esconder en un colchón de paja o igual de bien que cualquier escala de cuerda, y en cuanto

a Jim, no tiene experiencia, así que a él no le importa qué tipo de...

—Ay, caray, Huck Finn, si yo fuera tan ignorante como tú cerraría la boca, te lo aseguro. ¿Quién ha oído hablar de un prisionero de Estado que se escape con una escalera de corteza de nogal? Resulta totalmente ridículo.

—Bueno, está bien, Tom, hazlo como quieras, pero si quieres seguir mi consejo, deja que le lleve prestada una sábana de las que están tendidas.

Dijo que estaba bien, y eso le dio otra idea, y dijo: —Toma prestada una camisa también.

—¿Para qué queremos una camisa? —Para que Jim escriba un diario. —Diario, tu abuelita... Jim no sabe escribir.

—Supongamos que no sabe... Puede hacer palotes en la camisa ¿no? Sobre todo si le hacemos una pluma con una cuchara vieja de peltre o con el trozo de una duela de barrilviejo.

—Pero, Tom, le podemos arrancar una pluma a un ganso, y resulta mejor, y más rápido, además.

—Los prisioneros no tienen gansos corriendo por las mazmorras para ponerse a arrancarle plumas, so tonto. Siempre hacen las plumas con el trozo más duro, más difícil y más complicado de un viejo candelabro de cobre o algo a lo que le puedan echar mano, y les lleva semanas y semanas y meses y meses afilarlo, porque tienen que hacerlo frotándolo contra la pared. Ellos no utilizarían una pluma de ganso aunque la tuvieran. No está bien.

—Bueno, entonces, ¿con qué le hacemos la tinta?

—Muchos lo hacen con el orín del hierro y lágrimas, pero eso son los prisioneros más vulgares y las mujeres; los autores más autorizados utilizan su propia sangre. Jim puede hacerlo, y cuando quiera enviar cualquier mensaje misterioso de lo más corriente para que el mundo sepa dónde está cautivo, lo puede escribir en el fodo de un plato de estaño con un tenedor y tirarlo por la ventana. Es lo que hacía siempre la Máscara de Hierro, y además resulta estupendo.

—Jim no tiene platos de estaño. Le dan de comer en una escudilla.

—Eso no importa, le podemos conseguir algunos.

—Y nadie podrá leer lo que dice en el plato.

—Eso no tiene nada que ver con el asunto, Huck Finn. Lo único que tiene que hacer él es escribir en el plato y tirarlo. No hay que leerlo. Pero si la mitad de las veces no se puede leer nada de lo que escriben los prisioneros de Estado en un plato de estaño, ni en ninguna otra parte.

—Bueno, entonces, ¿para qué vale echar a perder esos platos? —Pero, maldita sea, no son los platos del prisionero.

—Pero son de alguien, ¿no?

—Bueno, supongamos que sí. ¿Qué más le da al prisionero?

Y entonces se interrumpió porque oímos que sonaba el cuerno del desayuno. Así que nos fuimos a la casa.

Aquella mañana tomé prestadas una sábana y una camisa blanca del tendedero y encontré un saco viejo para meterlas; bajamos a buscar el «fuego de zorrro» y también lo metimos en el saco. Yo decía que aquello era tomar prestado, porque así lo llamaba siempre padre, pero Tom decía que no era tomar prestado sino robar. Dijo que estábamos representando a prisioneros y que a los prisioneros no les importa cómo consiguen las cosas con tal de conseguirlas y que a nadie le parece mal. No es ningún crimen que un prisionero robe lo que necesita para fugarse, dijo Tom; está en su derecho, y mientras estuviéramos representando a un prisionero teníamos perfecto derecho a robar cualquier cosa que hubiera por allí si nos valía para salir de la cárcel. Dijo que si no fuéramos prisioneros sería muy diferente, y que había que ser mezquino y ordinario para robar cuando no se era prisionero. Así que nos pusimos de acuerdo en robar todo lo que nos valiese de algo. Y sin embargo, un día, después de aquello, organizó un lío tremendo cuando yo robé una sandía del huerto de los negros y me la comí, y me hizo ir a darles a los negros diez centavos sin explicarles por qué. Tom dijo que lo que había querido decir es que podíamos robar cualquier cosa que necesitáramos. «Bueno», dije yo, «yo necesitaba la sandía». Pero él dijo que no la necesitaba para salir de la cárcel; ahí estaba la diferencia. Dijo que si hubiera querido esconder dentro un cuchillo y pasársela a Jim para matar con él al senescal, habría estado bien. Así que lo dejé, aunque no le veía la ventaja a representar el papel de prisionero si tenía que ponerme a pensar en cosas tan difíciles de distinguir cada vez que viera una oportunidad de llevarme una sandía.

Bueno, como iba diciendo, aquella mañana esperamos hasta que todo el mundo se fue a trabajar y no se veía a nadie en el patio. Después Tom llevó el saco al cobertizo mientras yo me quedaba unos pasos atrás para hacer la guardia. Al cabo de un rato salió y nos sentamos a hablar en el montón de leña. Va y dice:

—Ahora ya está todo en orden, salvo las herramientas, y eso es fácil.

—¿Herramientas? —pregunté.

—Sí.

—¿Herramientas para qué?

—Hombre, para cavar. No vamos a hacer un túnel con los dientes, ¿verdad?

—¿No nos basta con esos picos y esas palas viejos para sacar a un negro?

Se volvió hacia mí, con una cara de pena que daban ganas de llorar, y va y dice:

—Huck Finn, ¿has oído hablar en tu vida de un prisionero que tenga picos y palas y todas esas comodidades en el armario para hacer un túnel? Lo que te quiero preguntar, de suponer que todavía te quede un mínimo de razón, es qué motivo sería ése para convertirlo en un héroe. Hombre, pues también le podrían prestar la llave y se acabó. Picos y palas... Pero si no se las darían ni a un rey.

—Bueno, entonces —dije yo—, si no necesitamos picos y palas, ¿qué es lo que necesitamos?

—Un par de cuchillos de cocina.

—¿Para hacer un túnel por debajo de esa cabaña?

—Sí.

—Maldita sea, Tom, eso es una bobada.

—No importa que sea una bobada, es lo correcto y es como se hacen las cosas. No existe otra forma que yo sepa, y eso que he leído todos los libros que dan información sobre esas cosas. Siempre lo hacen con un cuchillo, y no cavando en la tierra, fijate; por lo general, es en la piedra. Les lleva semanas y semanas y semanas, y todo el tiempo sin parar y sin parar. No tienes más que fijarte en uno de esos prisioneros de los calabozos subterráneos del castillo Deef, en el puerto de Marsella, que fue así como hizo un túnel; ¿cuánto tiempo calculas que se pasó cavando?

—No lo sé.

—Bueno, pues echa un cálculo.

—No lo sé. Un mes y medio.

—Treinta y siete años... Y salió en la China. Eso es lo que está bien. Ojála que el fondo de esa fortaleza fuera de piedra.

—Jim no conoce a nadie en la China.

—¿Qué tiene que ver eso? Tampoco aquel tipo. Pero siempre te vas por las ramas. ¿Por qué no hablas del asunto principal?

—Bueno... A mí no me importa dónde salga, con tal de que salga; y calculo que a Jim tampoco. Pero de todas formas hay otra cosa: Jim es

demasiado viejo para aguantar hasta que hagamos un túnel con un cuchillo. No durará tanto.

—Pues sí que durará. No creerás que va a llevarnos treinta y siete años hacer un túnel en la tierra, ¿verdad?

—¿Cuánto tiempo nos llevará, Tom?

—Bueno, no podemos arriesgarnos a tardar todo lo que deberíamos, porque a lo mejor el tío Silas no tarda tanto en recibir noticias de Nueva Orleans. Se enterará de que Jim no es de allí. Entonces lo que hará será poner un anuncio sobre Jim, o algo parecido. Así que no podemos arriesgarnos a tardar tanto en el túnel como deberíamos. Para hacerlo bien, calculo que tendríamos que tardar un par de años; pero no podemos. Con las cosas tan en el aire, lo que yo recomiendo es que nos pongamos a cavar de verdad a toda la velocidad que podamos y después podemos decirnos que tardamos treinta y siete años. Luego podemos sacarlo y llevárnoslo corriendo en cuanto haya una alarma. Sí, calculo que eso es lo mejor.

—Bueno, tiene sentido —dije yo—. Hacer como que fueron treinta y siete años no cuesta nada; no hay problema, y si hace falta, no me importa fingir que tardamos ciento cincuenta años. A mí no me cuesta ningún trabajo si me pongo a ello. Así que voy a irme a buscar un par de cuchillos de cocina.

—Búscate tres —dice él—; nos hace falta uno para convertirlo en serrucho.

—Tom, si no va contra el reglamento ni contra la religión que te lo sugiera —dije yo—, hay un serrucho viejo y oxidado medio tapado debajo de la tejavana que está detrás del ahumador de carne.

Me miró como cansado y desalentado y dijo:

—No se te puede enseñar nada, Huck. Ve a buscar los cuchillos, y que sean tres —y así lo hice.

Capítulo 36

Aquella noche, en cuanto calculamos que todos se habían dormido, bajamos por el pararrayos, nos encerramos en el cobertizo y sacamos nuestro montón de «fuego de zorro» y nos pusimos a trabajar. Despejamos todo a nuestro alrededor, unos cuatro o cinco pies a lo largo del tronco de abajo. Tom dijo que ya estábamos justo detrás de la cama de Jim y que cavaríamos por debajo, y cuando llegáramos allí nadie se daría cuenta de que había un agujero, porque la colcha de Jim colgaba casi hasta el suelo y habría que

levantarla para mirar por debajo para verlo. Así que nos pusimos a cavar con los cuchillos hasta casi medianoche, cuando nos sentimos cansadísimos, con las manos llenas de ampollas, y sin embargo casi no se notaba lo que habíamos hecho. Por fin dije yo:

—Esto no va a durar treinta y siete años; este trabajo es para treinta y ocho años, Tom Sawyer.

No dijo nada. Pero suspiró y en seguida dejó de cavar y luego vi que pensaba durante un rato. Después dijo:

—Esto no marcha, no va a funcionar. Si fuéramos prisioneros funcionaría, porque tendríamos todos los años que quisiéramos sin ninguna prisa, y no podríamos cavar más que unos minutos al día, mientras cambiaban la guardia, de forma que no nos saldrían ampollas en las manos, y podríamos seguir constantemente, un año tras otro, y hacerlo bien, como hay que hacer las cosas. Pero nosotros no podemos perder tiempo, tenemos que darnos prisa; no tenemos tanto tiempo. Si pasamos otra noche igual, tendríamos que descansar una semana para que se nos curasen las manos; tardaríamos todo ese tiempo en volver a tocar un cuchillo de cocina.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer, Tom?

—Te lo voy a decir. No está bien, y no es moral, y no me gustaría que se supiera, pero es la única forma: tenemos que sacarlo con los picos y hacer como que son cuchillos de cocina.

—¡Eso es hablar! —dije yo—. Cada vez piensas mejor, Tom Sawyer. Lo que conviene son los picos, sean morales o no, y lo que es a mí me importa un pito la moral. Cuando se me ocurre robar un negro, o una sandía, o un libro de la escuela dominical, no me importa mucho cómo con tal de hacerlo. Lo que quiero es mi negro o mi sandía o mi libro de la escuela dominical, y si lo que mejor viene es un pico, con eso es con lo que voy a sacar a ese negro, o esa sandía, o ese libro de la escuela dominical, y me importa un pimiento lo que digan de eso los autores más autorizados.

—Bueno —va y dice—, hay una excusa para utilizar los picos y hacer como que son otra cosa en un caso así; si no, yo no lo aprobaría, ni permitiría que se infringiera el reglamento, porque lo que está bien está bien y lo que está mal está mal, y uno no tiene por qué hacer las cosas mal cuando no es ignorante y sabe lo que está bien. Estaría bien que tú sacaras a Jim con un pico, sin fingir que es otra cosa, porque no sabes qué es lo que está bien, pero no estaría bien que lo hiciera yo, porque sí lo sé. Pásame un cuchillo de cocina.

Tenía el suyo a su lado, pero le pasé el mío. Lo tiró al suelo y dijo: —Dame un cuchillo de cocina.

Yo no sabía qué hacer, pero después lo pensé. Busqué entre las herramientas viejas y encontré un pico, se lo pasé y él lo agarró y se puso a trabajar sin decir ni una palabra.

Siempre era así de especial. Todo principios.

Entonces yo agarré una pala y nos pusimos a dar al pico y la pala, por turnos, como posesos. Así seguimos una media hora, que fue todo lo que aguantamos; pero a cambio habíamos hecho un buen agujero. Cuando subí al piso de arriba miré por la ventana y vi que Tom hacía todo lo que podía con el pararrayos, pero no conseguía subir de lo agrietadas que tenía las manos. Por fin dijo:

—Es inútil, no puedo. ¿Qué crees que debo hacer? ¿No se te ocurre nada?

—Sí —dije yo—, pero supongo que no está en el reglamento. Sube por las escaleras y haz como que son un pararrayos.

Así lo hizo.

Al día siguiente, Tom robó una cuchara de peltre y un candelabro de cobre de la casa para hacerle unas plumas a Jim, además de seis velas de sebo, y yo me quedé en torno a las cabañas de los negros esperando una oportunidad y robé tres platos de estaño. Tom dijo que no bastaba, pero yo le contesté que nadie vería jamás los platos que tirase Jim, porque caerían entre los matojos y las malas hierbas debajo de la ventana, así que los podíamos recuperar para que los volvieran a utilizar otra vez. Entonces Tom se convenció. Después, va y dice:

—Ahora lo que tenemos que estudiar es cómo llevarle las cosas a Jim. —Se las damos por el agujero —dije—, cuando lo hayamos terminado.

Me miró despectivo y dijo algo así como que nunca había oído una idea tan idiota, y después se puso a estudiarlo. Al cabo de un rato anunció que ya había descubierto dos o tres formas, pero que todavía no era necesario decidirse por una. Dijo que primero teníamos que avisar a Jim.

Aquella noche bajamos por el pararrayos poco después de las diez, con una de las velas, escuchamos bajo la ventana y oímos roncar a Jim, así que se la tiramos adentro y no lo despertamos. Después nos pusimos a darle al pico y la pala, y al cabo de unas dos horas y media habíamos terminado el trabajo. Nos metimos en la cabaña por debajo del catre de Jim y estuvimos buscando hasta que encontramos la vela y la encendimos, y nos quedamos mirando un rato a Jim hasta comprobar su aspecto fuerte y sano, y después lo despertamos lentamente y con suavidad. Se alegró tanto de vernos que casi se echó a llorar y nos llamó sus niños y todas las cosas cariñosas que se le ocurrieron, y nos pidió que buscáramos un cortafríos para quitarle la cadena de la pierna

inmediatamente y que él se pudiera marchar sin perder tiempo. Pero Tom le demostró que aquello no sería reglamentario y se sentó a contarle nuestros planes y cómo podíamos cambiarlos en un momento si había motivos de alarma y que no tuviera ningún temor, porque nos encargaríamos de que se escapara, sin duda. Entonces Jim dijo que estaba bien y nos quedamos un rato charlando de los viejos tiempos, y después Tom hizo un montón de preguntas, y cuando Jim le dijo que el tío Silas venía a diario o cada dos días a rezar con él y que tía Sally le visitaba para ver si estaba cómodo y tenía suficiente comida y que los dos eran muy amables, Tom dijo:

—Ahora ya sé cómo organizarlo. Te enviaremos algunas cosas con ellos.

—Ni se te ocurra; es una de las ideas más idiotas que he oído en mi vida —dije yo, pero no me hizo caso y siguió adelante. Era lo que pasaba cuando había hecho un plan.

Entonces le dijo a Jim que tendríamos que pasarle el pastel con la escala de cuerda y otras cosas de buen tamaño con Nat, el negro que le llevaba la comida, y tenía que estar alerta y no sorprenderse ni dejar que Nat lo viera cuando las abría, y que las cosas pequeñas las meteríamos en los bolsillos de la chaqueta del tío y tenía que robárselas, y que si teníamos la oportunidad ataríamos cosas en las cintas del mandil de la tía o se las pondríamos en el bolsillo del mandil, y le dijo lo que serían y para qué. También le pidió que llevase un diario escrito con sangre en la camisa y todas esas cosas. Se lo dijo todo. Jim no entendía la mayor parte, pero reconoció que como éramos blancos sabíamos más que él, así que se quedó tan contento y afirmó que lo haría todo tal como se lo había dicho Tom.

Jim tenía bastantes pipas de maíz y tabaco, así que lo pasamos muy bien en su compañía; después salimos a cuatro patas por el agujero y fuimos a acostarnos, con las manos en carne viva. Tom estaba muy animado. Dijo que aquello era lo más divertido de su vida y lo más intelectual, y que si pudiera arreglárselas nos pasaríamos la vida en ello y dejaríamos a Jim para que lo sacaran nuestros hijos, pues creía que a Jim le gustaría cada vez más a medida que se fuera acostumbrando. Dijo que de seguir así duraría por lo menos ochenta años y batiría todos los récords de tiempo. Y añadió que nos haría famosos a todos los que hubiéramos intervenido en aquello.

Por la mañana fuimos al montón de leña, partimos el candelabro de cobre en varios pedazos más manejables y Tom se los metió en el bolsillo con la cuchara de peltre. Después fuimos adonde estaban las cabañas de los negros, y mientras yo distraía a Nat, Tom metió un trozo del candelabro en medio del pan de borona que había en la escudilla para Jim y fuimos con Nat a ver cómo salía el asunto, que funcionó estupendamente; cuando Jim le dio un mordisco casi se rompió todos los dientes, y aquello era señal de lo bien que marchaba

todo. Lo dijo el propio Tom. Jim no dijo de qué se trataba, sino que hizo como que era una piedrecita o alguna de esas cosas que se meten siempre en el pan, ya sabéis; pero a partir de entonces nunca le pegó un mordisco a nada sin antes haberle clavado el tenedor tres o cuatro veces.

Y mientras estábamos de pie en aquella penumbra, aparecieron dos de los perros que se habían metido en el agujero debajo del catre de Jim y siguieron llegando y llegando hasta que hubo once de ellos y apenas quedaba sitio ni para respirar. ¡Diablos, se nos había olvidado cerrar la puerta del cobertizo! El negro Nat no hizo más que gritar «Brujas» una sola vez y se arrodilló en el suelo entre los perros y empezó a gemir como si se estuviera muriendo. Tom abrió la puerta de golpe, tiró por ella un trozo de la carne de Jim y los perros se lanzaron a buscarla, y en dos segundos él mismo salió, volvió y cerró la puerta, y comprendí que también había cerrado la otra. Después se puso a hablarle al negro, en plan muy comprensivo y cariñoso, preguntándole si se había imaginado que había vuelto a ver algo. El negro levantó la cabeza, parpadeó y dijo:

—Sito Sid, se va usted a creer que soy un tonto, pero que me muera aquí mismo si no me ha parecido ver casi un millón de perros, o de diablos o de algo. Le aseguro que sí, sito Sid. Los toqué ... Los toqué, señorito; estaban por todas partes. Dita sea, ojalá pudiera echarle la mano encima a una de esas brujas sólo una vez, una vez nada más, es lo único que pido. Pero sobre todo que me dejen en paz, eso sería lo mejor.

Tom va y dice:

—Bueno, te voy a decir lo que pienso. ¿Por qué vienen aquí precisamente a la hora del desayuno de este negro fugitivo? Es porque tienen hambre, y nada más. Tienes que hacerles un pastel de brujas. Eso es.

—Pero, por Dios, sito Sid, ¿cómo voy a hacerles un pastel de brujas? No sé cómo se hace. En mi vida había oído hablar de nada semejante.

—Bueno, entonces tendré que hacerlo yo mismo.

—¿Querrá usted hacerlo, mi niño? ¿Querrá de verdad? ¡Besaré el suelo que pisa usted, de verdad! —Muy bien, te lo haré porque se trata de ti y porque te has portado bien con nosotros y nos has enseñado al negro fugitivo. Pero tienes que andarte con mucho cuidado. Cuando aparezcamos tienes que volverte de espaldas, y entonces, pongamos lo que pongamos en la escudilla, tienes que hacer como que no lo ves. Y no tienes que mirar cuando Jim vacíe la cazuela, porque puede pasar algo. No sé qué. Sobre todo, no toques las cosas de las brujas.

—¿Tocarlas, sito Sid? ¿Qué me dice usted? No les pondría ni un dedo encima, aunque tuviera cien mil millones de dólares, de verdad.

Capítulo 37

Aquello quedó arreglado. Entonces nos fuimos al vertedero del patio de atrás, donde tienen las botas viejas, los trapos, las botellas rotas y las cosas gastadas y todo eso, y estuvimos buscando hasta que encontramos una palangana vieja de estaño, tapamos los agujeros lo mejor que pudimos para hacer el pastel en ella y la bajamos al sótano para llenarla de harina robada, y cuando íbamos a desayunar encontramos un par de clavos que, según Tom, vendrían muy bien para que un prisionero escribiera su nombre y sus penas en las paredes de la mazmorra, y dejamos uno de ellos en el bolsillo del mandil de la tía Sally, que estaba colgado en una silla, y el otro lo clavamos en la cinta del sombrero del tío Silas, que estaba en el escritorio, porque oímos decir a los niños que su padre y su madre pensaban ir aquella mañana a ver al negro fugitivo, y después fuimos a desayunar y Tom dejó la cuchara de peltre en el bolsillo de la chaqueta del tío Silas, pero como tía Sally todavía no había llegado tuvimos que esperar un rato.

Cuando llegó estaba toda acalorada, colorada y de mal humor, y casi no pudo esperar a la bendición de la mesa, sino que se puso a servir el café con una mano y a darle con el dedal en la cabeza al niño que tenía más cerca, mientras decía:

—He buscado por todas partes y no entiendo qué ha pasado con tu otra camisa.

Se me hundió el corazón entre los pulmones y los hígados y todo eso y se me clavó en la garganta un trozo duro de corteza de maíz, así que me puse a toser, la eché por toda la mesa y le di a uno de los niños en un ojo, de forma que se retorció como si fuera un gusano en el anzuelo y soltó un grito como un indio en pie de guerra, y Tom se puso rojo como una amapola, y entonces se armó un buen lío durante un cuarto de minuto o así y yo por mí lo habría confesado todo allí mismo a las primeras de cambio. Pero después todo se volvió a arreglar, porque la sorpresa nos había agarrado a todos en frío. El tío Silas dijo:

—Resulta de lo más curioso. No puedo comprenderlo. Sé perfectamente que me la quité, porque...

—Porque ahora no tienes más que una puesta. ¡Qué cosas dices! Ya sabía yo que te la habías quitado y lo recuerdo mejor que tú, porque ayer estaba en el tendedero y la he visto yo misma. Pero ha desaparecido y no hay más que hablar, así que tendrás que ponerte una roja de franela hasta que encuentre el

tiempo para hacerte otra. Y será la tercera que te haga en dos años. Sólo en coserte camisas me paso la mitad del tiempo, y lo que no entiendo es qué diablo haces con ellas. Lo lógico sería que a tu edad ya hubieras aprendido a cuidarlas un poco.

—Ya lo sé, Sally, y lo intento todo lo que puedo. Pero no debe de ser todo culpa mía, porque ya sabes que no las veo ni tengo nada que ver con ellas salvo cuando las llevo puestas, y no creo que haya perdido ninguna llevándola encima.

—Bueno, eso no es culpa tuya; ya las habrías perdido si pudieras, creo yo. Además no ha desaparecido sólo la camisa. También falta una cuchara, y no es eso todo. Había diez y ahora sólo quedan nueve. A lo mejor la ternera se ha comido la camisa, pero lo que te aseguro es que la ternera no se ha comido la cuchara.

—¿Qué más falta, Sally?

—Faltan seis velas, eso es lo que falta. Las velas se las pueden haber comido las ratas, y calculo que eso es lo que ha pasado; me pregunto por qué no se lo llevan ya todo, porque tú te pasas la vida diciendo que les vas a tapar los agujeros y nunca lo haces, y si no fueran idiotas se dormirían en tu cabeza, Silas, y ni te enterarías; pero no les puedes echar a las ratas la culpa de lo de la cuchara, de eso estoy segura.

—Bueno, Sally, será culpa mía y lo reconozco; lo he dejado pasar, pero te aseguro que mañana tapono todos los agujeros.

—No corre prisa; con que los tapes el año que viene basta. ¡Matilda Angelina Araminta Phelps!

Golpe de dedal y la niña saca los dedos del azucarero sin decir ni palabra. Justo entonces llega al pasaje la negra y dice:

—Señora, falta una sábana.

—¡Falta una sábana! ¡Bueno, qué pasa aquí!

—Hoy mismo taparé los agujeros —dice el tío Silas, con cara de arrepentimiento.

—¡Vamos, cállate! ¿Te crees que las ratas se han llevado la sábana? ¿Dónde ha desaparecido, Lize? —Le juro por Dios que no tengo ni idea, sita Sally. Ayer estaba en el tendedero pero ha desaparecido; ya no está ahí.

—Esto parece el fin del mundo. Jamás he visto cosa así. Una camisa, una sábana, una cuchara y seis ve...

—Sita —llega diciendo una negra clara—, falta un candelabro de bronce. —Fuera de aquí, descarada, ¡o te doy con una sartén!

Bueno, estaba hecha una furia. Empecé a esperar una oportunidad. Pensé que lo mejor era irme al bosque hasta que mejorase el tiempo. Siguió gritando, organizando una insurrección ella sola, mientras todos los demás estábamos mansos y callados, hasta que el tío Silas, con aire muy sorprendido, se sacó la cuchara del bolsillo. La tía se calló, con la boca abierta y alzando las manos, y lo que es yo, ojalá hubiera estado en Jerusalén o donde fuera. Pero no mucho tiempo, porque va ella y dice:

—Ya me lo esperaba. Así que la tenías en el bolsillo, y seguro que tienes todas las demás cosas. ¿Cómo ha llegado ahí?

—De verdad que no lo sé, Sally—dice él, como pidiendo excusas—, o sabes muy bien que te lo diría. Estaba estudiando mi texto de Hechos 17 antes de desayunar y calculo que la metí allí, sin darme cuenta, cuando lo que quería era poner mi Nuevo Testamento, y debe de ser eso porque lo que no tengo es el Nuevo Testamento, pero lo comprobaré, y si el Nuevo Testamento está donde estaba antes, sabré que no lo guardé y eso demostrará que dejé el Nuevo Testamento en la mesa y que agarré la cuchara y...

—¡Bueno, por el amor de Dios! ¡Déjame en paz! Ahora fuera todos y no volváis a acercaros a mí hasta que me haya tranquilizado un poco.

Yo la habría oído aunque estuviera hablando sola, y tanto más cuanto que lo dijo en voz alta, y me habría levantado para obedecerla aunque me hubiera muerto. Mientras pasábamos por la sala, el viejo agarró el sombrero y se le cayó el clavo, pero él se limitó a recogerlo y dejarlo en la repisa sin decir ni palabra, y se marchó. Tom lo vio, se acordó de la cuchara y dijo:

—Bueno, ya no vale de nada enviar cosas con él, porque no es de fiar —y añadió—, pero en todo caso nos ha hecho un favor con lo de la cuchara, sin saberlo, así que vamos a hacerle uno nosotros sin que lo sepa él: vamos a tapar los agujeros de las ratas.

Había montones de ellos en el sótano y nos llevó toda una hora, pero hicimos el trabajo bien, sin olvidar nada. Después oímos unos pasos en las escaleras, apagamos la luz, nos escondimos y apareció el viejo, con una vela en una mano y un montón de estopa en la otra, igual de distraído que siempre. Empezó a buscar por todas partes, primero uno de los agujeros y luego otro, hasta verlos todos. Después se quedó inmóvil unos cinco minutos, quitándole el sebo a la vela y pensando, hasta que se dio la vuelta lento y pensativo hacia las escaleras diciendo:

—Bueno, la verdad es que no recuerdo cuándo lo hice. Ahora podría demostrarle que no es culpa mía lo de las ratas. Pero no importa: dejémoslo así. Calculo que no valdría de nada.

Subió las escaleras hablando solo y después nos marchamos nosotros. Era

un viejo muy simpático, y sigue siéndolo.

A Tom le preocupaba mucho cómo encontrar otra cuchara, porque decía que la necesitábamos; así que se puso a pensar. Cuando se decidió, me dijo lo que teníamos que hacer; después fuimos a esperar adonde estaba el cesto de las cucharas hasta que vimos que llegaba la tía Sally y Tom se puso a contar las cucharas y a ponerlas a un lado mientras yo me escondía una en la manga, y Tom va y dice:

—Oye, tía Sally, sigue sin haber más que nueve cucharas. Y ella responde:

—Vamos, seguid jugando y no me molestéis. Yo sé las que hay. Las he contado yo misma.

—Bueno, yo las he contado dos veces, tía, y no me salen más que nueve.

Ella pareció perder la paciencia, pero naturalmente vino a contarlas, como hubiera hecho cualquiera.

—¡Por el amor del cielo, no hay más que nueve! —dijo—. Pero, qué demonio, ¿qué pasa con estas cosas? Voy a volver a contarlas.

Entonces yo volví a meter la que había escondido y cuando terminó de contar dijo:

—Por todos los demonios, ¡ahora hay diez! —dijo, muy irritada e inquieta al mismo tiempo. Pero Tom va y dice:

—Pero, tía, yo no creo que haya diez.

—No seas tonto, ¿no me has visto contarlas?

—Ya lo sé, pero...

—Bueno, voy a volverlas a contar.

Así que yo mangué una y no salieron más que nueve, igual que la otra vez. Ella se puso nerviosísima y se echó a temblar por todas partes de enfadada que estaba. Pero siguió contando y contando hasta que se confundió tanto que contó también el cesto como si fuera una cuchara, así que tres veces le salió bien la cuenta y tres veces le salió mal. Entonces agarró el cesto, lo tiró al otro lado de la habitación y le pegó una patada al gato, y dijo que nos fuéramos y la dejáramos en paz, y que si volvíamos a fastidiarla, nos iba a despellejar vivos. Así que nos quedamos con la cuchara que faltaba y se la dejamos en el bolsillo del mandil mientras ella nos ordenaba que nos marcháramos, y a Jim le llegó junto con el clavo antes del mediodía. Estábamos muy contentos con todo aquello, y Tom dijo que valía el doble de los problemas que nos había causado, porque ahora no podría volver a contar las cucharas dos veces sin confundirse ni aunque le fuese la vida; y aunque las contara bien, no se lo iba a creer, y dijo que cuando se le hubiera cansado la cabeza de contar,

renunciaría y amenazaría con matar a cualquiera que le pidiese que volviera a contarlas otra vez.

Así que aquella noche volvimos a poner la sábana en el tendedero y le robamos una del armario, y seguimos metiéndola y sacándola un par de días hasta que ya no sabía cuántas sábanas tenía y ni siquiera le importaba porque no se iba a amargar la vida con aquello ni a contarlas otra vez aunque le costara la vida; antes preferiría morir.

Así que ahora todo estaba en orden en cuanto a la camisa y la sábana, la cuchara y las velas, con la ayuda de la ternera; las ratas y las cuentas que no salían, y en cuanto a lo del candelabro no importaba, con el tiempo se olvidarían de él.

Pero lo del pastel nos dio mucho trabajo; no nos creaba más que problemas. Lo preparamos en el bosque y lo cocinamos allí, y por fin lo tuvimos hecho y muy satisfactorio; pero nos llevó más de un día y hubo que utilizar tres palanganas llenas de harina antes de terminar con él, y nos quemamos por todas partes y el humo se nos metía en los ojos; porque la cuestión es que no queríamos sacar más que una costra y no lográbamos que se mantuviera bien, porque siempre se hundía. Pero, naturalmente, por fin se nos ocurrió algo que saldría bien, que era cocinar la escala también con el pastel. Así que aquella noche fuimos a ver a Jim, rasgamos la sábana en tiritas y las retorcimos todas juntas, y antes de que amaneciera teníamos una cuerda estupenda que bastaría para ahorcar a alguien. Hicimos como que nos había llevado nueve meses trenzarla.

Por la mañana la llevamos al bosque, pero no entraba en el pastel. Como estaba hecha de toda una sábana, había cuerda suficiente para cuarenta pasteles si hubiéramos querido, y encima quedaría para la sopa, para salchichas o para lo que quisiera uno. Podríamos haberla utilizado para toda una cena.

Pero no necesitábamos tanta. Lo único que necesitábamos era suficiente para el pastel, así que el resto lo tiramos. No cocinamos ninguno de los pasteles en la palangana, porque temíamos que se fundiera la parte soldada, pero el tío Silas tenía un calentador de cobre estupendo que estimaba mucho, porque había pertenecido a uno de sus antepasados, y que tenía un mango largo de madera que había llegado de Inglaterra con Guillermo el Conquistador en el Mayflower o en uno de esos barcos de los peregrinos y estaba escondido en el desván, con un montón de cacharros antiguos y de cosas valiosas, no porque valiesen para nada, que no lo valían, sino porque eran como reliquias, ya sabéis, y lo sacamos en secreto y lo llevamos al bosque, pero nos falló en los primeros pasteles porque no sabíamos usarlo bien, aunque en el último funcionó estupendo. Pusimos pasta por todos los

bordes, la llenamos con una cuerda de trapos y luego lo cubrimos todo con pasta y cerramos la tapa, y encima le pusimos unas ascuas y nos apartamos cinco pies, con el mango largo, tan tranquilos y tan cómodos, y al cabo de quince minutos nos salió un pastel que daba gusto verlo. Pero quien se lo comiera tendría que llevarse un par de barriles de palillos para los dientes, porque si aquella escala de cuerda no se los tapaba todos es que yo no sé de lo que estoy hablando, y encima le iba a quedar un dolor de estómago para los restos.

Nat no miró cuando pusimos el pastel de brujas en la escudilla de Jim y colocamos los tres platos de estaño en el fondo de la cazuela debajo de la escudilla, así que a Jim le llegó todo perfectamente, y en cuanto se quedó solo rompió el pastel y escondió la escala de cuerda en el colchón de paja, marcó unos garabatos en un plato de estaño y lo tiró por el agujero de la ventana.

Capítulo 38

Lo de preparar las plumas fue un trabajo bien difícil, igual que pasó con el serrucho, y Jim dijo que lo de la inscripción iba a ser lo más difícil de todo. Era lo que tenía que grabar el prisionero en la pared. Pero era necesario; Tom dijo que tenía que hacerlo; no había ni un solo caso de un prisionero de Estado que no dejara una inscripción, con su escudo de armas.

—¡Mira lady Jane Grey —va y dice—; mira Gilford Dudley; mira el tal Northumberland! Pero, Huck, digamos que es mucho trabajo. ¿Qué vas a hacerle? ¿Cómo te las vas a arreglar? Jim tiene que dejar su inscripción y su escudo de armas. Es lo que hacen todos.

Y Jim va y dice:

—Pero, sito Tom, yo no tengo escudo de armas; no tengo nada más que esta vieja camisa y ya sabe usted que ahí tengo que escribir el diario.

—Bueno, Jim, es que no comprendes; un escudo de armas es muy diferente.

—Bueno —dije yo—, en todo caso Jim tiene razón cuando dice que no tiene escudo de armas, porque no lo tiene.

—Eso ya lo sabía yo —dice Tom—, pero te apuesto a que ya lo tendrá antes que salga de aquí, porque va a salir como está mandado, sin ninguna mancha en su historial.

Así que mientras Jim y yo íbamos afilando las plumas en un ladrillo, Jim la suya con el cobre y yo la mía con la cuchara, Tom se puso a trabajar pensando

en el escudo de armas. Al cabo de un rato dijo que se le habían ocurrido tantos que no sabía cuál escoger, pero había uno que le parecía su favorito. Va y dice:

—En el escudo pondremos una barra de oro en la base diestra, un aspa morada en el falquín, con un perro, couchant, en franquís, y bajo el pie, una cadena almenada, por—la esclavitud, con un chevron vert con una punta dentada y tres líneas vectoras en campo de azur, con las puntas de los dientes rampantes en una dancette; de timbre, un negro fugitivo, sable, con el hatillo al hombro sobre barra de bastardía, y un par de gules de apoyo, que somos tú y yo; de lema, Maggiore fretta, minore atto. Lo he sacado de un libro; significa que no por mucho madrugar amanece más temprano.

—Recontradiablo —dije yo—, pero, ¿qué significa todo el resto?

—No tenemos tiempo que perder con eso —va y dice él—; hay que ponerse a cavar como condenados.

—Bueno, en todo caso —pregunté—; por lo menos dime algo, ¿qué es un falquín?

—Un falquín... Un falquín es... Tú no necesitas saber qué es un falquín. Ya le enseñaré yo a hacerlo cuando llegue el momento.

—Caramba, Tom —dije yo—; creí que lo podrías contar. ¿Qué es una barra de bastardía?

—Ah, no lo sé. Pero es necesaria. La tiene toda la nobleza.

Así era él. Si no le venía bien explicar una cosa, no la explicaba. Ya podía uno pasarse una semana preguntándosela, que no importaba.

Como tenía arreglado todo aquello del escudo de armas, empezó a rematar aquella parte de la tarea, que consistía en planear una inscripción muy triste, porque decía que Jim tenía que dejarla, igual que habían hecho todos. Se inventó muchas, que escribió en un papel, y cuando las leyó, decían:

«1. Aquí se le rompió el corazón a un cautivo.

»2. Aquí un pobre prisionero, abandonado por el mundo y los amigos, sufrió una vida de penas.

»3. Aquí se rompió un corazón solitario y un espíritu deshecho marchó a su eterno descanso, al cabo de treinta y siete años de cautiverio en solitario.

»4. Aquí, sin casa ni amigos, al cabo de treinta y siete años de amargo cautiverio, pereció un noble extranjero, hijo natural de Luis XIV.»

A Tom le temblaba la voz al leerlo, y casi se echó a llorar. Cuando terminó no había forma de que decidiera cuál tenía que escribir Jim en la pared, porque todas eran estupendas, pero por fin decidió que dejaría que las escribiese

todas. Jim dijo que le llevaría un año escribir tantas cosas en los troncos con un clavo, porque además él no sabía hacer letras; pero Tom le prometió dibujárselas para que Jim no tuviera más que seguir el dibujo. Y poco después dijo:

—Ahora que lo pienso, esos troncos no valen; en las mazmorras no tienes troncos; tenemos que hacer las inscripciones en una piedra. Tenemos que traer una piedra.

Jim dijo que la piedra era peor que los troncos; que le llevaría tantísimo tiempo escribirlas en la piedra que jamás se escaparía. Pero Tom dijo que me dejaría ayudarle. Después echó un vistazo para ver cómo nos iba a mí y a Jim con las plumas. Era un trabajo de lo más latoso, duro y lento, no me venía nada bien para quitarme las llagas de las manos, y casi no parecíamos avanzar, así que Tom va y dice:

—Ya sé cómo arreglarlo. Necesitamos una piedra para el escudo de armas y las inscripciones melancólicas, y podemos matar dos pájaros de un tiro. Donde el molino hay una piedra enorme de moler que podemos traer para escribir las cosas en ella y además afilar las plumas y el serrucho.

No era mala idea, y tampoco era mala piedra de moler, pero decidimos intentarlo. Todavía no era medianoche, así que nos fuimos al molino y dejamos a Jim con su trabajo. Agarramos la piedra y empezamos a llevarla rodando a casa, pero resultaba de lo más difícil. A veces, hiciéramos lo que hiciéramos, no podíamos impedir que se cayera, y a cada momento estaba a punto de aplastarnos. Tom dijo que seguro que se llevaba a uno de nosotros por delante antes de que lográsemos terminar. Llegamos a medio camino y ya estábamos agotados y casi ahogados de sudor. Vimos que no había nada que hacer; teníamos que ir a buscar a Jim. Así que levantó la cama, sacó la cadena de la pata del catre, se la puso al cuello y salimos a rastras por el agujero hasta donde estaba la piedra, y Jim y yo nos pusimos a empujarla y la hicimos correr de lo más fácil, mientras Tom supervisaba. Era el chico que mejor supervisaba del mundo. Sabía hacer de todo.

Nuestro agujero ya era bastante grande, pero no lo suficiente para meter por él la piedra; entonces Jim agarró el pico y en seguida lo agrandó. Después Tom dibujó las frases en ella con el clavo y puso a Jim a trabajar, con el clavo haciendo de buril y un perno de martillo; dijo que trabajara hasta que se acabara la vela y que después podía acostarse y esconder la piedra de molino debajo del colchón y dormir encima de ella. Luego le ayudamos a volver a poner la cadena en la pata del catre y nos preparamos para acostarnos. A Tom se le ocurrió algo, y va y dice:

—Ah, ¿hay arañas aquí?

—No, señor, gracias a Dios que no, sito Tom.

—Muy bien, ya te traeremos algunas.

—Pero, por Dios, mi niño, no quiero arañas. Me dan miedo. Prefiero hasta las serpientes de cascabel. Tom se quedó pensando un momento, y va y dice:

—Es una buena idea. Y calculo que ya se ha hecho alguna vez. Tiene que haberse hecho; es lógico. Sí, es una idea fenómena. ¿Dónde la tendrías?

—¿Tener qué, sito Tom?

—Hombre, una serpiente de cascabel.

—¡Por todos los santos del cielo, sito Tom! Pero es que yo si veo que entra aquí una serpiente de cascabel salgo volando por esa pared de troncos, aunque tenga que romperla a cabezazos.

—Hombre, Jim, al cabo de un tiempo ya no le tendrías miedo. Podrías domesticarla.

—¡Domesticarla!

—Sí, es fácil. Todos los animales agradecen los gestos de cariño y las caricias; ni se les ocurriría hacer daño a una persona que las acaricia. Lo puedes ver en cualquier libro. Inténtalo, es lo único que digo; inténtalo dos o tres días. Puedes hacer que al cabo de poco tiempo te quiera, que duerma contigo y no se talo dos o tres días. Puedes hacer que al cabo de poco tiempo te quiera, que duerma contigo y no se separe de ti ni un momento; que te deje ponértela en el cuello y meterte la cabeza en la boca.

—Por favor, sito Tom... ¡No diga esas cosas! ¡No puedo aguantarlo! Me dejaría que le metiera la cabeza en mi boca, ¿como un favor, verdad? Apuesto a que tendría que esperar mucho tiempo antes de que se lo pidiera yo. Y, además, no quiero que duerma conmigo.

—Jim, no seas tonto. Un prisionero tiene que tener un animalito de compañía, y si nunca se ha probado con una serpiente de cascabel, puedes alcanzar más gloria por ser el primero en intentarlo que de cualquier otra forma que se te pueda ocurrir de salvar la vida.

—Pero, sito Tom, yo no quiero esa gloria. La serpiente va y le muerde en la barbilla a Jim, y entonces, ¿dónde está la gloria? No, señor, no quiero hacer nada de eso.

—Maldita sea, ¿no puedes intentarlo? Sólo quiero que lo intentes... No necesitas seguir adelante si no sale bien.

—Pero el problema se acaba si la serpiente me muerde mientras yo lo estoy intentando. Sito Tom, yo estoy dispuesto a intentar casi cualquier cosa

que parezca razonable, pero si usted y Huck me traen una serpiente para que la domestique, me largo, eso se lo aseguro.

—Bueno, entonces déjalo, déjalo, ya que te pones tan terco. Podemos conseguirte unas culebras y atarles unos botones en las colas y hacer como que son serpientes de cascabel; supongo que tendremos que contentarnos con eso.

—Eso lo podría aguantar, sito Tom, pero maldito si no podría arreglármelas sin ellas, le aseguro. Nunca había comprendido que esto de estar preso fuera tanto lío.

—Bueno, siempre lo es cuando se hacen bien las cosas. ¿Hay ratas por qui?

—No, señor, no he visto ninguna.

—Bueno, te traeremos algunas ratas.

—Pero, sito Tom, yo no quiero tener ratas. Son los bichos más asquerosos que hay, y se le suben a uno encima y le muerden en los pies cuando está tratando de dormirse. No, señor, prefiero las culebras, si es que hace falta, pero nada de ratas; no me gustan para nada, y lo digo de verdad.

—Pero, Jim, tiene que haber ratas... Lo dice en todos los libros. Así que no armes más jaleo con eso. A los prisioneros nunca les faltan ratas. No hay ni un solo caso. Y las domestican, las acarician y les enseñan trucos, y así aprenden a ser de lo más sociable. Pero hay que tocarles algo de música. ¿Tienes algo para tocar música?

—No tengo más que un peine de madera, un pedazo de papel y un birimbao, y no creo que vaya a gustarles mucho un birimbao.

—Seguro que sí. A ellas les da igual la clase de música. Un birimbao resulta fenómeno para una rata. A todos los animales les gusta la música, y en las cárceles les encanta. Sobre todo, la música triste, y con un birimbao es la única música que se puede tocar. Siempre les interesa; salen a ver qué te pasa. Sí, te va a ir muy bien, lo tienes todo. Lo que hace falta es que te sientes en la cama por las noches antes de dormirte, y que por la mañana hagas lo mismo y toques el birimbao; toca «Se ha roto el último eslabón», que es lo que les encanta a las ratas, y cuando lleves tocando dos minutos verás que todas las ratas, las serpientes y las arañas y todo eso empiezan a preocuparse por ti y salen. Y vendrán todas a hacerte compañía, y lo pasarán estupendo.

—Sí, supongo que ellas sí, sito Tom, pero, ¿cómo se lo va a pasar Jim? Que me ahorquen si lo entiendo. Pero si es necesario lo haré. Calculo que más vale tener a los animales contentos y no andar con problemas en casa.

Tom se quedó pensando si faltaba algo, y al cabo de un momento va y dice: —Ah, se me ha olvidado una cosa. ¿Crees que podrías criar una flor

aquí?

—No sé, pero a lo mejor sí, sito Tom, aunque aquí está bastante oscuro y no me vale de mucho una flor, y me iba a resultar muy difícil.

—Bueno, inténtalo de todas formas. Ya lo han hecho algunos otros prisioneros.

—Calculo que aquí podría crecer uno de esos barbascos que echan colas como un gato, sito Tom, pero no merecería la pena ni la mitad del trabajo que daría.

—No lo creas. Te traeremos una pequeñita y la plantas en ese rincón y la vas cultivando. Y no la llamas barbasco, sino pitchiola, que es un nombre que hace muy bonito en una cárcel. Lo mejor es que la riegues con tus lágrimas.

—Pero si tengo montones de agua de la fuente, sito Tom.

—No necesitas agua de la fuente; lo que hace falta es que la riegues con tus lágrimas. Es lo que hacen todos.

—Pero, sito Tom, yo puedo criar un barbasco así de grande con agua de la fuente, mientras que con las lágrimas apenas crecerá.

—No se trata de eso. Hay que hacerlo con lágrimas.

—Se me morirá, sito Tom, seguro que sí; porque yo casi nunca lloro.

Así que Tom no sabía qué hacer. Pero lo pensó y dijo que Jim tendría que llorar todo lo que pudiera con una cebolla. Prometió que iría a las cabañas de los negros y le pondría una en secreto en el café de Jim por la mañana. Jim dijo que prefiriría que pusiera tabaco en el café, y puso tantos problemas con aquello, y con lo del trabajo y el problema de cultivar el barbasco, lo del birimbao y las ratas y lo de acariciar a las serpientes y las arañas y todo lo demás, encima de lo que tenía que hacer con las plumas y las inscripciones y los diarios y todo aquello, que dijo que estar prisionero era lo más difícil que había hecho en su vida, hasta que Tom perdió la paciencia con él y le respondió que había recibido más oportunidades que ningún prisionero del mundo para hacerse famoso y sin embargo no sabía agradecerlo, y que con él no se podía hacer más que perder el tiempo. Así que Jim dijo que lo sentía y que no volvería a portarse igual, y después Tom y yo nos fuimos a la cama.

Capítulo 39

Por la mañana fuimos al pueblo, compramos una ratonera de alambre, la llevamos a casa y destapamos el mejor de los agujeros de las ratas, y al cabo

de una media hora ya habíamos metido en la ratonera quince de las mejores; después la agarramos y la pusimos a salvo debajo de la cama de tía Sally. Pero mientras estábamos buscando arañas, el pequeño Thomas Franklin Benjamin Jefferson Elexander Phelps la encontró y abrió la portezuela para ver si salían las ratas, y salieron, y cuando volvimos la tía Sally estaba subida en la cama armando la de todos los diablos mientras las ratas hacían todo lo que podían para que no se aburriera. Entonces nos sacudió con el palo y tardamos por lo menos otras dos horas en atrapar otras quince o dieciséis, por culpa de aquel tonto de crío, y tampoco eran las mejores, porque el primer cargamento había sido inmejorable. En mi vida he visto un grupo de ratas mejor que el de aquel primer cargamento.

Conseguimos una variedad espléndida de arañas, escarabajos, ranas y orugas, entre una cosa y otra, y casi nos llevamos un nido de avispas, pero no lo conseguimos. La familia estaba en casa. No renunciamos inmediatamente, sino que aguantamos todo lo que pudimos, porque intentamos cansarlas o que nos cansaran a nosotros, como ocurrió al final. Entonces nos fuimos a poner una pomada en las picaduras y casi volvimos a quedar bien, aunque no podíamos sentarnos a gusto. Luego salimos a buscar las serpientes y agarramos un par de docenas de serpientes de agua y de serpientes domésticas y las pusimos en un saco en nuestra habitación, con lo que dio la hora de la cena después de un día entero de trabajo; ¿que si teníamos hambre? ¡No, naturalmente que no! Cuando volvimos no quedaba ni una maldita serpiente; no habíamos atado bien el saco y no sé cómo habían encontrado la salida y se habían ido. Pero no importaba mucho, porque tenían que seguir por alguna parte de la casa. Así que pensamos que ya las volveríamos a encontrar. No, durante muchos días no escasearon las serpientes en aquella casa. Se las veía colgando de las vigas y otras veces metidas en algún sitio, y generalmente se le caían a uno en el plato o se le metían por el cuello, casi siempre donde no era apetecible. Bueno, eran todas muy bonitas con sus rayas y todo, y aunque hubiera un millón no le habrían hecho daño a nadie, pero eso a la tía Sally no le importaba; le daban asco las serpientes, fueran de la raza que fuesen, y no las aguantaba en ninguna forma, y cada vez que se le caía una encima, estuviera haciendo lo que fuese, dejaba de hacerlo y se iba corriendo. Nunca he visto una mujer así; se oían sus gritos hasta Jericó. Ni siquiera era capaz de agarrar una con las tenazas. Si se daba la vuelta y se encontraba con una en la cama echaba a correr y se ponía a pegar gritos de forma que daba la impresión de que se había incendiado la casa. Fastidiaba tanto al viejo que dijo que casi le daban ganas de que no se hubieran creado las serpientes. Pero hombre, si después de que ya no quedara ni una sola en la casa desde hacía una semana la tía Sally todavía no se había repuesto; tan asustada seguía que cuando estaba sentada pensando en algo, si le tocaba uno en la nuca con una pluma pegaba un salto que se salía de los zapatos. Era muy curioso. Pero Tom dijo que todas

las mujeres eran iguales. Dijo que por algún motivo u otro estaban hechas así.

Nos daba una paliza cada vez que se encontraba con una de las serpientes, y decía que eso no era nada en comparación con lo que nos iba a hacer si le volvíamos a llenar la casa de ellas. Las palizas no me importaban, porque en realidad no eran nada, pero sí me importaba lo difícil que nos resultó encontrar otro montón. Pero las conseguimos, junto con los demás bichos, y en vuestra vida habéis visto una cabaña tan animada como la de Jim cuando todas salían a oír la música y se acercaban a él. A Jim no le gustaban las arañas y a las arañas no les justaba Jim; así que se quedaban esperando y después le hacían la vida imposible. Y él decía que entre las ratas y las serpientes y la rueda de molino casi no le quedaba sitio en el catre, y en lo que le quedaba no se podía dormir, porque aquello no paraba, y que aquello no paraba porque ellas nunca dormían todas al tiempo, sino que hacían turnos, de forma que cuando se dormían las serpientes estaban de guardia las ratas y cuando se acostaban las ratas les tocaba de guardia a las serpientes, así que siempre tenía un montón de bichos debajo de él y el otro montón haciendo un circo encima, y si se levantaba para buscar un sitio nuevo las arañas se le echaban encima al hacer el cambio. Dijo que si alguna vez se escapaba, no volvería a ser prisionero ni aunque le pagaran un sueldo.

Bueno, al cabo de tres semanas todo estaba en perfecta forma. La camisa le había llegado en seguida dentro de un pastel, y cada vez que una rata mordía a Jim éste se levantaba y escribía algo en el diario mientras la tinta estaba fresca; las plumas estaban hechas, las inscripciones y todo lo demás se había quedado ya grabado en la piedra; la pata del catre estaba serrada en dos y nos habíamos comido el serrín, que nos dio un dolor de estómago de miedo. Creíamos que nos moriríamos todos, pero no. Era el serrín más indigesto que he visto en mi vida, y Tom decía lo mismo. Pero también decía que teníamos todo el trabajo hecho, por fin, aunque estábamos todos agotados, sobre todo Jim. El viejo había escrito dos veces a la plantación al sur de Orleans para que fueran a buscar a su negro fugitivo, pero no había recibido respuesta, porque esa plantación no existía, así que dijo que pondría un anuncio sobre Jim en los periódicos de Saint Louis y de Nueva Orleans, y cuando mencionó los de Saint Louis me dieron escalofríos y vi que no teníamos tiempo que perder. Tom dijo que había llegado el momento de las cartas anónimas.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Advertencias a la gente de que va a pasar algo. Unas veces se hace de una forma y otras de otra. Pero siempre hay algún espía que advierte al gobernador del castillo. Cuando Luis XVI se iba a escapar de las Telerías, fue una criada. Así está muy bien, y las cartas anónimas también. Haremos las dos cosas. Lo normal es que la madre del prisionero se cambie de ropa con ellas y se quede dentro del castillo, y él saldrá vestido con la ropa de la madre. Vamos

a hacerlo también.

—Pero, oye, Tom, ¿para qué queremos avisar a nadie de que va a pasar algo? Que se enteren ellos solos, es cosa suya.

—Sí, ya lo sé. Pero no puedes contar con ellos. Es lo que han hecho desde el principio: nos han dejado que lo hagamos todo nosotros. Están tan confiados y tan atontados que ni siquiera se fijan en nosotros. Así que si no se lo avisamos, no habrá nada ni nadie que se entrometa, y después de todo el trabajo y de lo que nos hemos preocupado con esta fuga, saldrá como si no hubiera pasado nada; no tendrá ningún valor... ¡No llamará la atención!

—Pues lo que es por mí, Tom, eso es lo mejor.

—¡Caray! —exclamó, con aire de desagrado, así que le dije:

—Pero no voy a quejarme. Lo que tú decidas vale para mí. ¿De dónde vamos a sacar a la criada?

—Eso te toca a ti. Te cuelas en mitad de la noche y te llevas el vestido de esa chica de piel clara.

—Pero, Tom, entonces tendrá problemas por la mañana, porque puede que no tenga otro.

—Ya lo sé, pero no te hace falta más que un cuarto de hora para llevar la carta anónima y meterla por debajo de la puerta principal.

—Entonces, muy bien, de acuerdo; pero igual la podría llevar sin cambiarme de ropa. —Entonces no parecerías una criada, ¿no?

—No, pero de todas formas nadie va a ver lo que parezco o dejo de parecer.

—Eso no tiene nada que ver. Lo que importa es que cumplamos con nuestro deber y no nos preocupemos de si alguien nos ve hacerlo o no. ¿Es que no tienes principios?

—Muy bien, no digo nada; yo soy la criada. ¿Quién es la madre de Jim?

—La madre soy yo. Me pondré un vestido de la tía Sally.

—Bueno, entonces tendrás que quedarte en la cabaña cuando nos marchemos Jim y yo.

—No mucho tiempo. Rellenaré de paja la ropa de Jim y la dejaré en la cama en representación de su madre disfrazada; Jim me quitará a mí el vestido de la negra, se lo pondrá y nos evadiremos juntos. Cuando un prisionero fino se escapa, se llama una evasión. Por ejemplo, es lo que dicen siempre cuando se escapa un rey. Y lo mismo pasa con el hijo de un rey; no importa que sea un hijo natural o antinatural.

Así que Tom escribió la carta anónima y aquella noche yo robé el vestido de la chica de color claro, me lo puse y metí por debajo de la puerta principal lo que me había dicho Tom. Decía:

«Cuidado. Se acercan problemas. Estad muy atentos.

UN AMIGO DESCONOCIDO»

A la noche siguiente clavamos en la puerta principal un dibujo de una calavera y unas tibias que hizo Tom con sangre, y a la otra noche clavamos en la puerta de atrás otro dibujo de un ataúd. Jamás había visto a una familia tan asustada. No podían haber estado más asustados aunque la casa se hubiera llenado de fantasmas esperándolos detrás de cada mueble y debajo de las camas o flotando en el aire. Si una puerta daba un portazo, la tía Sally pegaba un salto y decía «¡ay!», y si caía algo, pegaba un salto y decía «¡ay!», y cuando uno la tocaba antes de que ella se diera cuenta, hacía lo mismo; no podía mirar a un lado y quedarse satisfecha, porque decía que siempre había algo detrás de ella, así que se pasaba el tiempo dándose la vuelta de repente y diciendo «¡ay!», y antes de terminar de darse la vuelta se volvía a retorcer y decía lo mismo, y le daba miedo acostarse, pero tampoco se atrevía a quedarse sentada. Así que las cosas marchaban muy bien, dijo Tom; según él, nunca había visto nada igual de bien. Comentó que en eso se veía las cosas bien hechas.

Así que, dijo, ¡a ponerlo todo en marcha! Así que a la mañana siguiente, justo al amanecer, preparamos otra carta, y estábamos pensando cuál era la mejor forma de entregarla, porque a la hora de cenar les habíamos oído decir que iban a poner a un negro de guardia en cada puerta toda la noche. Tom se bajó por el pararrayos para ver cómo estaban las cosas, y como el negro de la puerta trasera estaba dormido se la metió en la camisa por detrás y volvió. La carta decía:

«No me traicionen, deseo ser su amigo. Hay una banda desperada de asesinos del territorio indio que van a robarles su negro fugitivo esta noche, y han intentado meterles miedo para que se queden en casa y no les molesten. Yo soy de la banda, pero me he arrepentido y quiero dejarla y volver a llevar una vida honrada y quiero traicionar sus proyectos infernales. Llegarán a medianoche exacta desde el norte, junto a la valla, con una llave falsa, e irán a la cabaña del negro para llevárselo. Yo tengo que quedarme atrás y tocar una corneta si veo que hay peligro, pero lo que voy a hacer es balar como una oveja en cuanto lleguen y no tocar la corneta; entonces, mientras le quitan las cadenas, ustedes pueden ir a dejarlos encerrados y matarlos cuando quieran. No hagan más que lo que les digo yo; porque si no seguro que sospechan algo y organizan un desastre. No deseo ninguna recompensa, sino saber que he actuado bien.

UN AMIGO DESCONOCIDO»

Capítulo 40

Después de desayunar nos sentíamos tan bien que sacamos la canoa para ir a pescar al río, con unos bocadillos, y nos divertimos mucho; fuimos a donde estaba la balsa, vimos que estaba bien y llegamos a casa tarde para la cena, y los vimos tan asustados y preocupados que ya ni sabían a dónde mirar y nos obligaron a irnos a la cama en cuanto terminamos de cenar sin decirnos lo que pasaba, ni palabra de la nueva carta, pero no hacía falta, porque estábamos más enterados que nadie, y en cuanto subimos la mitad de la escalera y la tía Sally se dio la vuelta nos fuimos a la alacena del sótano, sacamos abundante comida, la subimos a nuestra habitación y nos acostamos. Hacia las once y media nos levantamos y Tom se puso el vestido de la tía Sally que había robado para irse con la comida, pero dijo:

—¿Dónde está la mantequilla?

—Saqué un buen pedazo —dije— en un trozo de pan de borona. —Bueno, pues la dejaste ahí puesta; aquí no está.

—Podemos pasar sin ella —respondí.

—También podemos pasar con ella —dijo él—, así que vuelve al sótano y tráela. Después te bajas por el pararrayos y te vienes. Voy a poner la paja en la ropa de Jim para que represente a su madre disfrazada y estar listo para balar como una oveja y largarnos en cuanto llegues tú.

Así que se marchó y yo me fui al sótano. El trozo de mantequilla, del tamaño de un puño, estaba donde lo había dejado, así que me fui con el trozo de pan de borona donde lo había puesto y subí al piso principal, pero apareció la tía Sally con una vela y yo lo metí todo en el sombrero y me lo calé en la cabeza. Cuando me vio dijo inmediatamente:

—¿Has bajado al sótano?

—Sí, señora.

—¿Qué estabas haciendo allí?

—Nada.

—¡Nada!

—No, señora.

—Bueno, entonces, ¿qué es lo que te ha dado para bajar a estas horas de la

noche?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? No me digas esas cosas, Tom. Quiero saber lo que estabas haciendo ahí abajo.

—No estaba haciendo nada, tía Sally. Que me muera si no es verdad.

Calculé que ahora me dejaría marchar, y en general es lo que habría hecho, pero supongo que estaban pasando tantas cosas raras que todo lo que no fuera transparente como un cristal le ponía nerviosa, así que va y dice, muy decidida:

—Entra ahí en la sala y quédate hasta que vuelva yo. Has ido a hacer algo que no debías y te apuesto a que me entero de lo que era antes de haber terminado contigo.

Así que se marchó mientras yo abría la puerta y entraba en la sala. ¡Dios mío, cuánta gente había allí! Quince labradores, y cada uno de ellos con un arma. Me sentí de lo más mal, me dejé caer en una silla y me quedé sentado. También ellos estaban sentados, algunos hablando un poco, en voz baja, y todos inquietos y nerviosos, tratando de fingir que no lo estaban; pero yo sabía que sí porque no hacían más que quitarse los sombreros y volvérselos a poner, rascarse las orejas y cambiar de asiento y abrocharse y desabrocharse. Yo tampoco estaba tranquilo, pero de todas formas no me quité el sombrero.

Lo que me apetecía era que llegara la tía Sally y me diera la paliza para acabar con el asunto, si quería, y me dejara marcharme a decirle a Tom cómo habíamos exagerado todo y en menudo avispero que nos habíamos metido, de forma que pudiésemos dejar de hacer el tonto y largarnos con Jim antes de que a aquellos palurdos se les acabara la paciencia y se nos echaran encima.

Por fin llegó y empezó a hacerme preguntas, pero yo no podía contestarlas a derechas y no sabía qué decir, porque aquellos hombres estaban tan nerviosos que algunos querían empezar inmediatamente y lanzarse encima de aquellos bandoleros, porque como decían no faltaban más que unos minutos para la medianoche, mientras otros trataban de frenarlos y esperar a que llegara el balido; mientras tanto, allí estaba la tía Sally venga de hacer preguntas, y yo todo tembloroso y a punto de desmayarme de miedo que tenía, y cada vez hacía más calor y la mantequilla estaba empezando a derretirse y a correrme por el cuello y por detrás de las orejas, hasta que uno de aquéllos va y dice:

—Yo estoy por ir primero a la cabaña inmediatamente y agarrarlos allí cuando lleguen.

Casi me desmayé y me goteó un chorro de mantequilla por la frente.

Cuando la tía Sally lo vio se puso blanca como una sábana, y va y dice:

—Por el amor del cielo, ¿qué le pasa a este chico? ¡Seguro que tiene la fiebre cerebral y se le están saliendo los sesos! Todo el mundo vino corriendo a ver qué pasaba, ella me quitó el sombrero y con él salió el pan y lo que quedaba de la mantequilla; entonces me abrazó, diciendo: —¡Qué susto me has dado! Y cuánto me alegro de que no sea nada peor, porque no tenemos más que problemas, y es que las desgracias nunca vienen solas, y cuando he visto eso creí que te ibas a morir, porque imaginaba por el color que era como si los sesos se te fueran a ... Dios mío, Dios mío, ¿por qué no me dijiste lo que habías bajado a buscar? No me habría importado. ¡Ahora vete a la cama y que no te vuelva yo a ver hasta mañana!

Subí las escaleras en un segundo, bajé por el pararrayos en otro y busqué el cobertizo en medio de la oscuridad. Casi no podía ni hablar de preocupado que estaba, pero le dije a Tom lo más rápido que pude que teníamos que largarnos sin perder ni un minuto: ¡la casa estaba llena de hombres armados!

Le brillaron mucho los ojos, y va y dice:

—¡No! ¿De verdad? ¡Hombre, Huck, si tuviéramos que hacerlo otra vez, seguro que hacíamos venir a doscientos! Si pudiéramos aplazarlo...

—¡Rápido! ¡Rápido! —contesté—. ¿Dónde está Jim?

—Ahí a tu lado; si alargas el brazo lo puedes tocar. Ya está vestido y todo lo demás está. Podemos irnos y dar la señal del balido.

Pero entonces oímos las pisadas de los hombres que se acercaban a la puerta y el ruido que hacían al abrir el candado y que uno de ellos decía:

—Os he dicho que era demasiado temprano; no han llegado: la puerta está cerrada. Vamos, algunos de vosotros vais a la cabaña, los esperáis en la oscuridad y los matáis cuando lleguen, y el resto os dispersáis por ahí y ponéis atención para oírlos llegar.

Así que entraron, pero en la oscuridad no nos podían ver y casi todos nos pisaron mientras nosotros tratábamos de meternos debajo de la cama. Pero conseguimos meternos allí y salir por el agujero, rápido pero sin hacer ruido. Jim primero, yo después y Tom el último, que era lo que había ordenado Tom. Ya estábamos en el cobertizo y oímos las pisadas de los que andaban al lado. Así que nos arrastramos hasta la puerta y Tom nos paró allí y se puso a mirar por la grieta, pero no veía nada de oscuro que estaba, y nos susurró que escucharía hasta que los pasos se alejaran más, y cuando nos diera un codazo Jim tenía que salir el primero y él el último. Así que arrimó la oreja a la grieta y escuchó, escuchó y escuchó, y los pasos seguían dando vueltas al lado todo el tiempo; por fin nos dio un codazo y nos marchamos doblados en dos, sin

respirar ni hacer el menor ruido, avanzando a escondidas en fila india hacia la valla hasta que llegamos allí y Jim y yo la saltamos; pero Tom se enganchó los pantalones en una astilla que había en el tronco de arriba, así que tuvo que tirar para soltarse, de forma que la astilla se le rompió e hizo un ruido, y cuando se dejó caer para seguirnos, alguien gritó:

—¿Quién va? ¡Responde o disparo!

Pero no respondimos; nos pusimos en pie y echamos a correr. Entonces oímos unas carreras y un ¡bang, bang, bang!, y, ¡cómo silbaban las balas! Les oímos gritar:

—¡Ahí están! ¡Van al río! ¡A seguirlos, muchachos, y soltad los perros!

Así que se echaron a correr a toda velocidad. Los oíamos bien porque llevaban botas y pegaban gritos, pero nosotros ni llevábamos botas ni gritábamos. íbamos camino del molino, y cuando se nos acercaron mucho nos metimos entre las matas, dejamos que pasaran y luego nos pusimos detrás de ellos. Habían tenido a los perros bien callados para que no asustaran a los ladrones, pero ahora ya los habían soltado y llegaban haciendo tanto ruido que era como si fueran un millón, pero eran los nuestros, así que nos paramos hasta que nos alcanzaron, y cuando vieron que no éramos más que nosotros y que no les ofrecíamos ninguna aventura, se limitaron a saludar y salieron corriendo hacia donde sonaban los ruidos y los gritos, y nosotros volvimos a remontar hacia el río, corriendo detrás de ellos hasta que casi llegamos al molino y luego salimos entre los arbustos adonde estaba atada mi canoa, nos metimos en ella y echamos a remar como locos hacia mitad del río, sin hacer más ruido que el necesario. Luego pusimos la proa con toda tranquilidad hacia la isla donde estaba mi balsa y los oímos gritarse y ladrarse los unos a los otros ribera arriba, hasta que estábamos tan lejos que los ruidos fueron apagándose y desapareciendo. Cuando llegamos a la balsa, voy y digo:

—Ahora, viejo Jim, vuelves a estar libre, y te apuesto a que nunca volverás a ser esclavo.

—Y lo habéis hecho muy bien, Huck; estuvo muy bien planeado y muy bien hecho y no hay naide en el mundo que pueda hacer un plan tan complicado y espléndido como éste.

Todos estábamos muy contentos, pero Tom el más contento de todos porque le habían dado un balazo en una pantorrilla.

Cuando Jim y yo nos enteramos no nos sentimos tan contentos como antes. Le hacía mucho daño y sangraba, así que lo tendimos en el wigwam y desgarramos una de las camisas del duque para vendarlo, pero él va y dice:

—Dadme esas tiras; lo puedo hacer yo solo. Ahora no paréis, no os quedéis

por aquí, con una evasión que va tan bien. ¡A los remos y en marcha! ¡Muchachos, ha salido estupendo! De verdad que sí. Ojalá nos hubieran encargado a nosotros la evasión de Luis XVI, y entonces en su biografía no habrían escrito eso de «Hijo de San Luis, asciende al cielo»; no, señor; le habríamos hecho cruzar la frontera, eso es lo que habríamos hecho con él y además con toda facilidad: ¡a los remos... a los remos!

Pero Jim y yo estábamos consultándonos, y pensando, y al cabo de un minuto o así voy y digo: —Dilo tú, Jim.

Y él dice:

—Bueno, esto es lo que me parece a mí, Huck: si fuera él al que estábamos liberando y le pegasen un tiro a uno de los muchachos, ¿diría él: «Adelante, salvadme y no penséis en un médico para salvar a ese otro»? ¿Haría eso el sito Tom Sawyer? ¿Diría eso? ¡Puedes apostar a que no! Bueno, entonces, ¿vas a decirlo, Jim? No, señor, yo no doy un paso fuera de aquí sin un médico; aunque tardemos cuarenta años.

Yo ya sabía que por dentro era blanco y calculaba que iba a decir lo que había dicho, así que ahora todo estaba bien y le dije a Tom que iba a buscar a un médico. Se puso a armar un jaleo, pero Jim y yo nos pusimos firmes y no quisimos ceder; así que él dijo que se apearía y que desamarraría la balsa él solo; pero no le dejamos. Después nos echó una bronca, pero no valió de nada.

Así que cuando me vio que estaba preparando la canoa dijo:

—Bueno, entonces, si tenéis que ir, os voy a decir lo que debéis hacer cuando lleguéis al pueblo. Cerráis la puerta y le vendáis los ojos al médico bien vendados y le hacéis jurar que sus labios están sellados; le dais una bolsa llena de monedas de oro y después lo sacáis y os lo lleváis haciéndole dar vueltas por todas las callejas en la oscuridad. Luego lo traéis aquí en la canoa, dando vuelta entre las islas, lo registráis y le quitáis la tiza y no se la devolvéis hasta que haya vuelto al pueblo, porque, si no, marcará la balsa con tiza para volverla a encontrar. Es lo que hacen todos.

Así que le dijimos que lo haríamos y nos marchamos, y Jim tenía que esconderse en el bosque cuando viera venir al médico hasta que volviera a marcharse.

Capítulo 41

El médico era viejo; un anciano muy simpático y amable. Cuando lo desperté le dije que mi hermano y yo estábamos en la Isla Española de caza

ayer por la tarde y habíamos acampado en un trozo de balsa que encontramos, pero que, hacia medianoche, debía de haberle dado un golpe a la escopeta mientras soñaba, porque se había disparado y le había dado en la pierna. Queríamos que fuese a curársela sin decir nada ni comentárselo a nadie, porque pretendíamos volver a casa aquella tarde para sorprender a la familia.

—¿De qué familia sois? —pregunta.

—De la familia Phelps, río abajo.

—Ah —dice, y al cabo de un minuto repite—: ¿Cómo dices que se pegó un tiro?

—Tuvo un sueño y se disparó —le respondí.

—Extraño sueño —comentó.

Así que encendió el farol, agarró el botiquín y nos pusimos en marcha. Pero cuando vio la canoa no le gustó; dijo que estaba muy bien para una persona, pero que no parecía segura para dos. Y yo voy y digo:

—Ah, no tenga usted miedo, señor, nos llevó a los tres con toda facilidad.

—¿Qué tres?

—Pues a mí y a Sid... y... y las escopetas; eso quería decir.

—Ah.

Pero puso el pie en la regala y la hizo moverse, meneó la cabeza y dijo que buscaría otra mayor. Pero todas estaban con cadena y candado, así que se metió en mi canoa y dijo que esperase hasta que volviera, o que si no podía seguir buscando, o que quizá más valiera que volviese a casa y preparase a la familia para la sorpresa, si es lo que quería. Pero le dije que no, así que le expliqué cómo encontrar la balsa y él se puso en marcha.

En seguida se me ocurrió una idea. Me dije: «¿Y si no puede arreglarle la pierna en dos patadas, como dice el dicho? ¿Y si le lleva tres o cuatro días? ¿Qué vamos a hacer? ¿Quedarnos esperando hasta que se lo cuente a alguien? No, señor; ya sé lo que voy a hacer. Esperaré, y cuando vuelva, si dice que tiene que volver, me iré con él aunque sea a nado, lo atamos y nos lo llevamos río abajo, y cuando Tom ya esté curado le pagamos lo que sea, o todo lo que tengamos, y después le dejaremos desembarcar».

Entonces me metí en un montón de leña para dormir algo, y cuando me desperté, el sol ya estaba bien alto. Salí corriendo a casa del médico pero me dijeron que se había ido por la noche y todavía no había vuelto. «Bueno», pensé, «parece que a Tom le va mal, así que me voy derecho a la isla». Y me puse en marcha, pero al dar la vuelta a la esquina casi me doy de frente con el tío Silas. Va y dice:

—¡Hombre, Tom! ¿Dónde has estado todo este tiempo, pillastre?

—No he estado en ninguna parte —dije—, más que a la caza del negro fugitivo con Sid.

—Bueno, ¿dónde habéis ido? —pregunta—. Tu tía estaba preocupada.

—Pues no tenía motivo —dije yo—, porque estaba muy bien. Seguimos a los hombres y a los perros, pero corrieron más que nosotros y nos perdimos, pero creímos que los habíamos oído en el agua, así que sacamos una canoa, los seguimos y cruzamos al otro lado, pero no los vimos; entonces seguimos ribera arriba hasta que nos cansamos, dejamos atada la canoa y nos quedamos dormidos, y no nos hemos despertado hasta hace una hora; entonces vinimos remando a ver qué pasaba y Sid ha ido a la oficina de correos a ver si se entera de algo y yo ando dando una vuelta a ver si consigo algo de comer antes de ir a casa.

Así que nos fuimos a la oficina de correos a buscar a «Sid», pero tal como yo sospechaba, no estaba allí; así que el viejo retiró una carta que le había llegado y nos quedamos esperando un rato más. Como Sid no apareció, el viejo dijo que nos fuéramos y que Sid volviera a casa a pie, o en la canoa, cuando terminase de hacer el tonto por el pueblo, pero que nosotros volveríamos en la carreta. No conseguí que me dejase quedarme a esperar a Sid, porque dijo que no serviría de nada, y tenía que volver con él para que la tía Sally viese que estábamos bien.

Cuando llegamos a casa, la tía Sally se alegró tanto de verme que se echó a reír y llorar al mismo tiempo mientras me abrazaba y me daba una de aquellas palizas suyas que ni se notaban, y luego dijo que a Sid le iba a hacer lo mismo cuando volviera a casa.

La casa estaba llena de agricultores y sus mujeres que habían ido a comer y que no paraban de hablar. La peor era la vieja señora Hotchkiss, que le daba a la sin hueso como una descosida. Va y dice:

—Bueno, hermana Phelps, he registrado esa cabaña por todas partes y creo que el negro estaba loco. Se lo he dicho a la hermana Damrell, ¿no es verdad, hermana Damrell? Le he dicho, está loco, con estas mismas palabras. Ya me habéis oído todos: está loco, es lo que digo; y es que se nota en todo. No hay más que ver esa piedra de molino, es lo que digo; que naide me diga que no está loco alguien que va y se pone a escribir todas las locuras en una piedra de molino, es lo que digo yo. Aquí a tal y tal persona se le partió el corazón, y tal y cual sufrió treinta y siete años, y todo eso: hijo natural de Luis no sé qué, y todas esas bobadas. Está chalado, eso es lo que yo digo y lo digo para empezar, en medio y para terminar: ese negro está loco; está loco; más loco que Naducobonosor, eso es lo que digo yo.

—Si no hay más que ver esa escala hecha de trapos, hermana Hotchkiss —dice la vieja señora Damrell— ; ¿para qué dimonios iba a querer...

—Lo mismo que estaba yo diciendo hace un momento a la hermana Utterback, y si no que lo diga ella. Ella ha visto esa escala de trapos, es lo que digo yo; sí, miradla, eso es lo que digo yo; ¿qué iba a hacer con ella? La hermana Hotchkiss dice...

—Pero, cómo dimonios metieron esa piedra de molino allí? Y, ¿quién hizo el agujero? Y, ¿quién...?

—¡Es lo que digo yo, hermano Penrod! Estaba diciendo, pásame ese platito de melaza, por favor, estaba diciendo a la hermana Dunlap hace un minuto, ¿cómo metieron allí esa rueda de molino? Y sin ayuda, fijaos, ¡sin ayuda! Ahí está el asunto. No me digáis a mí, digo yo; tuvieron ayuda, digo yo, y mucha ayuda, eso es lo que digo yo; montones de ayuda, digo yo; a ese negro le han ayudado una docena, y lo que es yo, les daría de latigazos a todos los negros que hay aquí hasta averiguar quiénes fueron, eso es lo que digo yo; y, además, digo yo...

—¡Una docena dices! Ni cuarenta podrían haber hecho tantas cosas. No hay más que ver esos serruchos hechos con cuchillos de cocina y todo lo demás, el cuidado con que están hechos; no hay más que ver la pata de ese catre serrada con ellos, que es una semana de trabajo para seis hombres... No hay más que ver esa muñeca negra hecha de paja en la cama y no hay más que ver...

—¡Tienes toda la razón, hermano Hightower! Es lo que le estaba diciendo aquí al hermano Phelps. Dice, «¿qué le parece todo esto, hermana Hotchkiss?», dice. ¿Qué me parece qué, hermano Phelps?, digo yo. «¿Qué te parece la cama de ese catre serrada así?», dice él. ¿Que qué me parece?, digo yo. Lo que me parece es que no se ha serrado sola, digo yo; alguien lo ha hecho, digo yo; ésa es mi opinión, valga lo que valga; quizá no valga nada, digo yo, pero valga o no valga, es mi opinión, digo yo, y si a alguien se le ocurre otra mejor, digo yo, que la diga, digo yo, y nada más. Le digo a la hermana Dunlap, digo yo...

—Bueno, que me ahorquen, tiene que haber habido toda una pandilla de negros que se hayan pasado todas las noches de cuatro semanas para haber hecho tanto trabajo, hermana Phelps. No hay más que ver esa camisa; ¡toda llena hasta la última pulgada con esa escritura africana secreta hecha con sangre! Tiene que haber habido un montón de ellos todo el tiempo, o casi. Hombre, daría dos dólares porque alguien me la leyese, y en cuanto a los negros que la escribieron, les daría de latigazos hasta...

—¡Gente que lo ayudara, hermano Marples! Bueno, de eso podrías estar

seguro si hubieras estado en esta casa de un tiempo a esta parte. Pero si robaban todo lo que podían, y eso que nosotros estábamos atentos todo el tiempo. ¡Robaron esa camisa del tendedero!, y en cuanto a la sábana con la que hicieron la escala, Dios sabe cuántas veces la robaron; y harina y velas y candelabros y cucharas y el calentador antiguo y casi mil cosas que ya ni recuerdo, mi vestido nuevo de calicó, y eso que yo y Silas y mi Sid y mi Tom estábamos vigilando todo el día y toda la noche, como os estaba diciendo, y ninguno pudimos ver ni oír nada de lo que hacían, y ahora, en el último minuto, se nos escapan en nuestras narices y nos engañan, y no sólo nos engañan a nosotros, sino también a los ladrones del territorio indio, y van y se escapan con ese negro sin que nadie les toque un pelo, ¡y eso con dieciséis hombres y veintidós perros persiguiéndolos justo cuando se escapaban! Os digo que en mi vida he oído cosa igual. Ni unos espíritus podían haberlo hecho mejor ni con más inteligencia. Y calculo que tienen que haber sido espíritus, porque vosotros ya conocéis a vuestros perros y no los hay mejores; ¡y esos perros no les encontraron la pista ni una vez! ¡Que me lo explique quien lo entienda! ¡A ver quién sería capaz de entenderlo!

—Bueno, la verdad es que...

—Por Dios santo, jamás...

—Dios me bendiga, no lo hubiera cre...

—Ladrones de casas, además de...

—Por Dios y todos los santos, a mí me daría miedo vivir en una...

—¡Miedo vivir! Hombre, si yo tenía tanto miedo que casi ni me atrevía a acostarme, ni a tenderme, ni a sentarme, hermana Ridgeway. Pero si es que robaban hasta... Dios mío, podéis imaginaros en qué estado me encontraba yo ayer a medianoche. ¡Os juro que tenía miedo de que se llevaran a alguien de la familia!

Había llegado a un punto en que ya no podía ni razonar. Ahora de día, parece una bobada, pero me decía: «Ahí están mis dos pobrecitos chicos dormidos, ellos solitos en el piso de arriba, en ese cuarto», y de verdad os digo que me daba tanto miedo que subí las escaleras y los cerré con llave. Eso fue lo que hice, y lo que haría cualquiera. Porque, sabéis, cuando tiene una tanto miedo cada vez es peor porque la cabeza empieza a dejar de funcionarle a una, se le ocurren las cosas más absurdas, y con el tiempo llega una a pensar: «Supongamos que yo fuera un muchacho y estuviera ahí arriba con la puerta sin cerrar y fuese...» —Se calló con un aire como asombrado, y después volvió la cabeza lentamente, y cuando me miró a mí... me levanté y me fui a dar un paseo.

Me dije: «Podré explicar mejor cómo es que no estábamos esta mañana en

la habitación si me voy a un lado y lo pienso un poco», y así lo hice. Pero no me atreví a irme muy lejos, porque me había mandado a buscar. Se fue haciendo tarde, se marchó toda la gente y entonces yo entré y le dije que a Sid y a mí nos habían despertado los gritos y los ruidos, y como la puerta estaba cerrada y queríamos ver lo que pasaba, bajamos por el pararrayos y los dos nos hicimos un poco de daño, así que no podríamos hacerlo más. Después fui a contarle todo lo que le había dicho antes al tío Silas, y entonces ella dijo que nos perdonaba y que de todas formas era lo lógico y lo que cabía esperar de unos muchachos, porque todos los chicos éramos unos locos, que ella supiera, y con tal de que no nos hubiera pasado nada, creía que era mejor sentirse agradecida de que estuviéramos vivos y bien y de seguir queriéndonos, en lugar de preocuparse por cosas que ya habían pasado. Me besó, me acarició la cabeza, se quedó muy pensativa y al cabo de un momento pega un salto y dice:

—¡Dios me bendiga, casi es de noche y todavía no ha llegado Sid! ¿Qué le habrá pasado a ese chico? Ahí vi mi oportunidad, así que también yo di un salto y voy y digo:

—Voy al pueblo, a traerlo —digo.

—No, ni hablar —dice ella—. Te quedas donde estás; ya basta con que se pierda uno. Si no llega para la hora de cenar, irá tu tío.

Bueno, no llegó a la hora de cenar, así que inmediatamente después salió el tío.

Volvió hacia las diez un poco intranquilo: no había encontrado ni rastro de Tom. Tía Sally está muy intranquila; pero el tío Silas dijo que no había motivo, que eran cosas de muchachos y que éste aparecería por la mañana sano y salvo. Así que ella tuvo que callarse, pero dijo que en todo caso se quedaría sentada a esperarlo y dejaría una luz encendida para que pudiera verla.

Y después, cuando me fui a la cama, subió conmigo y trajo su vela, me arropó y me trató tan bien que me sentí un ruin, como si no pudiera mirarla a los ojos. Se sentó en la cama para quedarse charlando un rato largo conmigo y dijo que qué chico más espléndido era Sid; parecía como si no quisiera dejar de hablar de él, venga de preguntarme de vez en cuando si yo creía que se podría haber perdido o hecho daño, o quizá ahogado, y que ahora mismo podría estar sufriendo en alguna parte, o muerto, sin tenerla a ella para ayudarlo, mientras le caían las lágrimas en silencio, y yo le decía que Sid estaba bien y que seguro que volvería a casa por la mañana. Ella me apretaba una mano, o me daba un beso, y me pedía que lo repitiera y que no parase, porque le hacía mucho bien y lo estaba pasando muy mal. Cuando se iba a marchar me miró a los ojos muy fija y muy afectuosa, y va y dice:

—Tom, no voy a cerrar la puerta con llave, y ahí están la ventana y el pararrayos, pero vas a ser bueno, ¿verdad? ¿Y no te vas a ir? Hazlo por mí.

Dios sabe cuánto quería yo salir a ver lo que pasaba con Tom, y que no pretendía otra cosa; pero después de aquello no me habría ido ni aunque me hubieran dado reinos enteros.

Pero no podía dejar de pensar en ella y en Tom, así que dormí muy inquieto. Aquella noche me bajé por el pararrayos dos veces y fui a la entrada principal, y allí la vi sentada con su vela a la ventana, mirando al camino sin parar de llorar, y pensé que ojalá pudiera hacer algo por ella, pero no podía, salvo jurar que jamás haría nada para volver a apenarla. La tercera vez que desperté fue al amanecer, bajé por el pararrayos y allí seguía ella, con la vela casi terminada, con la vieja cabeza apoyada en la mano; se había quedado dormida.

Capítulo 42

El viejo volvió al pueblo antes de desayunar, pero no encontró ni huellas de Tom, y los dos se quedaron sentados a la mesa, pensando sin decir nada, con un aire muy triste mientras se les enfriaba el café, y sin comer nada. Al cabo de un rato el viejo va y dice:

—¿Te he dado la carta?

—¿Qué carta?

—La que me dieron ayer en la oficina de correos.

—No, no me has dado ninguna carta.

—Bueno, se me debe de haber olvidado.

Se puso a buscar en los bolsillos y luego fue a alguna parte a buscar dónde la había dejado, la trajo y se la dio. Va ella y dice:

—Pero si es de Saint Petersburg, de mi hermana.

Decidí que otro paseo me sentaría bien, pero no podía ni moverme. Antes de que pudiera abrirla la dejó caer y se echó a correr, porque había visto algo. Y yo también. Era Tom Sawyer acostado en un colchón y el viejo médico y Jim con el vestido de calicó de ella, con las manos atadas a la espalda, y un montón de gente. Escondí la carta detrás de lo primero que se me ocurrió y salí corriendo. Ella se lanzó hacia Tom, llorando, y va y dice:

—¡Ay, ha muerto, ha muerto, seguro que ha muerto!

Tom volvió la cabeza un poco y dijo algo que demostraba que no estaba bien de la cabeza, y ella subió las manos al cielo y dijo:

—¡Está vivo, gracias a Dios! ¡Y con eso me basta! Le dio un beso y se fue corriendo a la casa a preparar la cama, dando órdenes a derecha y a izquierda a los negros y a todo el mundo, a toda la velocidad que podía y a cada paso que daba.

Seguí a los hombres para saber lo que iban a hacer con Jim, y el viejo médico y el tío Silas siguieron a Tom a la casa. Los hombres estaban rabiosos y querían ahorcar a Jim para dar un ejemplo a todos los demás negros de los alrededores, para que no trataran de escaparse como había hecho Jim ni organizaran tantos jaleos y tuvieran a toda una familia casi muerta del susto días y noches. Pero los otros dijeron: «No, eso no se puede hacer; ese negro no es nuestro, y seguro que aparece el dueño y nos hace que paguemos por él». Así que se enfriaron un poco, porque la gente que tiene más ganas de ahorcar a un negro que ha hecho algo es siempre la misma que no quiere pagar por él cuando ya les ha servido para lo que querían.

Llamaron de todo a Jim y le dieron de golpes en la cabeza de vez en cuando, pero Jim no decía nada; nunca se le escapó que me conocía. Se lo llevaron a la misma cabaña, le pusieron su propia ropa y lo volvieron a encadenar, pero esta vez no a la pata de un catre, sino a una argolla enorme clavada en el tronco de abajo, y también le encadenaron las manos y las dos piernas y dijeron que no le darían nada de comer más que pan y agua hasta que apareciese su dueño o lo vendieran en una subasta, si es que no llegaba al cabo de un cierto tiempo, y rellenaron el agujero que habíamos hecho y dijeron que todas las noches habría un par de agricultores con escopeta vigilando la cabaña y con un bulldog a la puerta. Para entonces ya habían terminado su trabajo, y estaban a punto de marcharse con una especie de maldición general de despedida cuando apareció el médico viejo, que vio todo aquello y va y dice:

—No lo tratéis peor de lo necesario, porque no es un mal negro. Cuando llegué donde encontré al muchacho vi que no podía sacarle la bala sin algo de ayuda y que tampoco estaba en condiciones de dejarlo para ir a buscarla, y fue empeorando y empeorando, y al cabo de un rato perdió la cabeza y ya no dejaba que me acercara; decía que si le marcaba la balsa con una tiza me mataría y todo género de absurdos. Cuando vi que no podía hacer nada por él, me dije: «Necesito que alguien me ayude», y justo entonces apareció ese negro no sé de dónde y dijo que me ayudaría, y bien que me ayudó. Claro que pensé que debía de ser un negro fugitivo, pero así estaban las cosas, y tuve que quedarme allí todo el resto del día y toda la noche. ¡Os aseguro que ha resultado dificil! Tenía un par de pacientes con las fiebres y naturalmente me habría gustado ir al pueblo a verlos, pero no me atrevía porque el negro podía escapar y entonces sería culpa mía; sin embargo, no se me acercó ni un esquife

al que pudiera llamar. De manera que allí tuve que quedarme hasta que amaneció esta mañana, y nunca he visto un negro que supiera cuidar mejor de un enfermo ni fuera más fiel, aunque para eso tenía que poner en peligro su libertad, y encima estaba agotado y se veía claramente que en los últimos tiempos había tenido mucho que hacer. Por eso me gustó ese negro; y os aseguro, caballeros, que un negro así vale mil dólares y debe recibir buenos tratos. Yo no tenía todo lo que necesitaba y el muchacho iba recuperándose igual que si estuviera en casa, y quizá mejor porque había mucha tranquilidad, pero allí estaba yo con los dos en mis manos, y allí tuve que quedarme hasta que amaneció; entonces aparecieron unos hombres en un esquife, y la suerte fue que el negro estaba sentado junto al jergón con la cabeza apoyada en las rodillas, dormido como un tronco; así que les hice señales en silencio, y se acercaron, lo agarraron y lo ataron sin que él se enterase de lo que pasaba, y no hemos tenido ningún problema. Como el muchacho también estaba medio dormido, envolvimos los remos con unos trapos, enganchamos la balsa y la remolcamos en silencio, y el negro no armó ningún jaleo ni dijo ni una palabra desde el principio. No es un mal negro, caballeros; eso es lo que tengo que decir de él.

Alguien dijo:

—Bueno, eso dice mucho de él, doctor, todo hay que decirlo.

Entonces también los demás se ablandaron un poco, y me alegré mucho de que el viejo médico se portara así de bien con Jim, y también de que aquello coincidiera con lo que había pensado de él, porque me pareció que era un hombre de buen corazón desde que lo vi. Entonces todos decidieron que Jim había actuado muy bien y que merecía alguna compensación. Así que todos prometieron, inmediatamente y de todo corazón, que no volverían a maldecirlo.

Después salieron y lo encerraron. Esperé que dijeran que podían quitarle una o dos de las cadenas, porque eran pesadísimas, o que podría comer algo de carne y de verdura con el pan y el agua, pero ni se les ocurrió, y calculé que más me valía no meterme en el asunto, sino contarle la historia del médico a la tía Sally como pudiera en cuanto pasara la tormenta que se me echaba encima; me refiero a las explicaciones de cómo se me había olvidado mencionar que a Sid le habían pegado un tiro cuando me puse a contar cómo habíamos pasado aquella noche él y yo remando entre las islas en busca del negro fugitivo.

Pero tenía tiempo de sobra. La tía Sally se quedó con el enfermo todo el día y toda la noche, y cada vez que veía al tío Silas con aquella cara tan larga, me escapaba de él.

A la mañana siguiente me enteré de que Tom iba mucho mejor, y dijeron que la tía Sally había ido a echarse una siesta. Entonces fui a la habitación y, si

lo encontraba despierto, calculé que podíamos inventarnos una historia que la familia se tragara. Pero estaba dormido y además muy pacífico, y pálido, no con la cara toda encendida como cuando llegó. Así que me senté y esperé a que despertara. Al cabo de una media hora llegó en silencio la tía Sally y allí estaba yo, ¡otra vez en un aprieto! Me hizo un gesto para que no dijera nada y se sentó a mi lado, y empezó a susurrar que ahora todos podíamos estar contentos, porque todos los síntomas iban muy bien y llevaba mucho tiempo durmiendo, cada vez mejor y más tranquilo, y que apostaba diez a uno a que cuando se despertara ya habría recuperado todo el sentido.

Nos quedamos allí mirándolo y al cabo dé un rato se movió un poco, abrió los ojos con toda naturalidad, miró alrededor y dijo:

—¡Hola! ¡Pero si estoy en casa! ¿Cómo ha sido? ¿Dónde está la balsa?

—Todo va bien —respondí yo.

—¿Y Jim?

—Igual —dije, pero sin mucho convencimiento. Pero él no se dio cuenta y dijo:

—¡Bien! ¡Espléndido! ¡Ahora estamos en orden y a salvo! ¿Se lo has dicho a la tita? Iba a decir que sí, pero intervino ella y va y dice:

—¿El qué, Sid?

—Hombre, cómo lo organizamos todo.

—¿Qué todo?

—Hombre, todo lo que ha pasado. Es lo único que contar; cómo pusimos en libertad al negro entre Tom y yo.

—¡Dios mío! ¿Que lo pusisteis en ...? ¡De qué habla este chico! ¡Dios mío, Dios mío, se le ha vuelto a ir la cabeza!

—No, no se me ha ido la cabeza; sé perfectamente lo que digo. Sí que lo pusimos en libertad entre Tom y yo. Decidimos hacerlo y lo hicimos. Y además con mucho estilo. —Se había puesto en marcha y ella no logró pararlo, sino que se quedó allí sentada mirándolo y mirándolo y dejó que siguiera adelante. Comprendí que no tenía ningún sentido que interviniera yo—. Pero, tita, nos ha costado muchísimo trabajo, semanas enteras, horas y horas todas las noches, mientras todos dormíais. Tuvimos que robar velas y la sábana y la camisa y tu vestido y las cucharas y los platos de estaño y los cuchillos de cocina y el calentador, la piedra de moler y la harina y todo género de cosas, y no puedes imaginarte el trabajo que nos costó hacer los serruchos y las plumas y las inscripciones y todo lo demás; no tienes ni idea de lo que nos divertimos. Tuvimos que hacer los dibujos de los ataúdes y lo

demás, las cartas anónimas de los ladrones y subir y bajar por el pararrayos, y hacer el agujero de la cabaña y la escala de cuerda y meterla cocinada dentro de un pastel y enviarle cucharas y cosas para que trabajase, que te metíamos en los bolsillos del mandil...

—¡Dios me ampare!

—...Y llenarle la cabaña de ratas y de serpientes y todo lo demás para que le hicieran compañía a Jim, y después tú le hiciste a Tom quedarse tanto tiempo aquí con la mantequilla dentro del sombrero que casi lo estropeaste todo, porque los hombres llegaron antes de que hubiéramos salido de la cabaña y tuvimos que salir corriendo y nos oyeron y nos dispararon y a mí me dieron, y nos apartamos del camino y dejamos que pasaran, y cuando llegaron los perros no les parecimos interesantes, sino que se fueron adonde más ruido había; nosotros sacamos la canoa y fuimos a la balsa y estábamos a salvo y Jim era un hombre libre, ¡y lo hicimos todo solos y fue estupendo, tía!

—Bueno, ¡en mi vida he oído cosa igual! Así que fuisteis vosotros, granujas, los que organizasteis todo este jaleo y nos habéis dejado a todos sin saber qué pensar, casi muertos del susto. Me dan más ganas que nunca de hacéroslo pagar en este mismo momento. ¡Pensar que me he pasado aquí, noche tras noche... espera a ponerte bien del todo, bribón, y verás cómo te saco el diablo del cuerpo a palos!

Pero Tom estaba tan orgulloso y tan contento que no podía pararse, y siguió dándole a la lengua mientras ella intervenía y escupía fuego todo el tiempo, los dos a la vez, como una reunión de gatos, y al final ella dice:

—Bueno, pásatelo todo lo bien que puedas ahora, porque te aseguro que como vuelva a cogerte hablando con él...

—¿Hablando con quién? —pregunta Tom, dejando de sonreír y con aire sorprendido.

—¿Con quién? Pues con el negro fugitivo, claro. ¿Qué te creías?

Tom me miró muy grave, y va y dice:

—Tom, ¿no me acabas de decir que estaba bien? ¿No se ha escapado?

—¿Él? —dice la tía Sally— ¿el negro fugitivo? Claro que no. Aquí lo han vuelto a traer sano y salvo, y está en la misma cabaña, a pan y agua, ¡y cargado de cadenas hasta que vengan a reclamarlo o lo vendamos!

Tom se sentó de golpe en la cama, con la mirada encendida y abriendo y cerrando las ventanillas de la nariz como si fueran agallas, y me grita:

—¡No tienen derecho a tenerlo encerrado! ¡Largo!, y no pierdas un minuto. ¡Suéltalo! No es ningún esclavo. ¡Es tan libre como el que más!

—¿De qué habla este chico?

—Lo digo de verdad, tía Sally, y si no va nadie iré yo. Lo he conocido toda la vida igual que aquí Tom. La vieja señorita Watson murió hace dos meses y sintió vergüenza de haber pretendido venderlo río abajo y lo dijo, y le dio la libertad en su testamento.

—Entonces, ¿para qué demonios querías ponerlo en libertad, si ya era libre?

—¡Bueno, ésa sí que es una pregunta, he de decirlo, típica de una mujer! Hombre, pues porque quería probar la aventura, y habría sido capaz de meterme en sangre hasta el cuello para... ¡Dios santo, TÍA POLLY!

¡Que me muera ahora mismo si no estaba allí, justo al lado de la puerta, con un aire tan complaciente y satisfecho como un ángel que se acabase de hartar de pastel!

La tía Sally saltó hacia ella y casi le arrancó la cabeza de un abrazo. Se puso a llorar con ella, y yo encontré un buen sitio debajo de la cama, porque me dio la sensación de que aquello se estaba poniendo bastante difícil para nosotros. Miré por debajo y al cabo de un rato la tía Polly se soltó y se quedó contemplando a Tom por encima de las gafas, ya sabéis, como si estuviera haciéndolo pedacitos. Y después va y dice:

—Sí, más te vale mirar a otro lado; es lo que haría yo en tu caso, Tom.

—¡Ay Dios mío! —dice la tía Sally— ¿es que ha cambiado tanto? Pero si ése no es Tom, es Sid; Tom está... pero, ¿dónde está Tom? Estaba aquí hace un momento.

—Quieres decir dónde está Huck Finn.. . ¡a ése te refieres! Calculo que no he criado a un bribón como mi Tom todos estos años para no conocerlo cuando lo veo. Estaría bueno. Sal de debajo de la cama, Huck Finn.

Eso fue lo que hice. Pero no me sentía muy contento.

La tía Sally se convirtió en una de las personas que menos comprendía nada que yo haya visto en mi vida, salvo una, y ése fue el tío Silas, cuando vino y se lo contaron todo. Podría decirse que fue como si se emborrachase, y todo el resto del día se pasó sin comprender nada. Aquella noche predicó un sermón en la reunión de la iglesia que le dio una reputación fenómena, porque no lo habría entendido ni la persona más vieja del mundo. Así que la tía Polly le dijo a todo el mundo quién era yo, y tuve que confesar que estaba en una situación tan mala que cuando la señora Phelps me tomó por Tom Sawyer... —y entonces ella intervino y dijo: «Vamos, vamos, llámame tía Sally, ya estoy acostumbrada y no hay por qué cambiar las cosas»—, que cuando la tía Sally me tomó por Tom Sawyer tuve que aceptarlo, porque no podía hacer otra cosa,

y yo sabía que a Tom no le importaría, al contrario, le encantaría por tratarse de un misterio y lo convertiría todo en una aventura y se quedaría contentísimo. Así salieron las cosas, y él hizo como que era Sid y me las facilitó todo lo que pudo.

Su tía Polly dijo que Tom tenía razón en lo que había dicho de que la vieja señorita Watson había declarado libre a Jim en su testamento, así que, claro, Tom Sawyer se había metido en todo aquel lío y toda aquella aventura para liberar a un negro que ya era libre, y por eso yo no lograba entender hasta aquel momento y aquella conversación cómo podía Tom ayudar alguien a poner en libertad a un negro con la forma en que lo habían educado a él.

Bueno, la tía Polly dijo que cuando la tía Sally le escribió que Tom y Sid habían llegado sanos y salvos se había dicho: «¡Vaya vaya! Era de esperar, por haber dejado que se marchara solo sin nadie que lo vigilase. Así que ahora tengo que ponerme a recorrer todo el río abajo, mil cien millas, y averiguar en qué está metido el muchacho esta vez, porque no había modo de que tú me contestaras».

—Pero si aquí no llegaban noticias tuyas —va y dice la tía Sally.

—¡Vaya, qué raro! Pero si te he escrito dos veces para preguntarte a qué te referías al decir que había llegado Sid.

—Bueno, hermana, pero nunca me llegaron.

La tía Polly se dio la vuelta muy lenta y severa, y va y dice: —¡Tú, Tom!

—Bueno... ¿qué? —contesta él, como enfadado.

—No me vengas preguntando qué, insolente; dame esas cartas.

—¿Qué cartas?

—Esas cartas. Te aseguro que si tengo que echarte mano, te voy a...

—Están en el baúl. Ya está dicho. Y están igual que estaban cuando me las dieron en correos. No las he visto. No las he tocado. Pero sabía que iban a crear problemas y pensé que no te corrían prisa y que...

—Bueno, te mereces una paliza, de eso no hay duda. Te escribí otra para decirte que iba a venir, y supongo que...

—No, llegó ayer; todavía no la he leído, pero llegó bien, ésa la tengo yo.

Yo hubiera apostado dos dólares a que no, pero calculé que quizá era más seguro no apostar. Así que no dije nada.

Capítulo último

La primera vez que pude ver a Tom a solas le pregunté en qué había pensado cuando lo de la evasión, qué pensaba hacer si la evasión salía bien y lograba poner en libertad al negro que ya antes era libre. Respondió que lo que había planeado desde un principio, si lográbamos sacar a Jim y ponerlo a salvo, era seguir con él por el río en la balsa y tener montones de aventuras allí, y después decirle que era libre y llevarlo de vuelta a casa en un barco de vapor, bien fino, y pagarle por todo el tiempo que había perdido y escribir por adelantado para que todos los negros fueran a recibirlo y a llevarlo bailando al pueblo con una procesión de antorchas y una banda de música. Entonces sería un héroe y nosotros también. Pero yo calculé que ya estaba bien tal como estaban las cosas.

No tardamos nada en quitarle las cadenas a Jim, y cuando la tía Polly, el tío Silas y la tía Sally se enteraron de lo bien que había ayudado al médico a cuidar de Tom, le hicieron muchas zalemas y lo mimaron mucho y le dieron de comer todo lo que quería para que lo pasara bien y no tuviese que hacer nada. Le hicimos subir al cuarto del enfermo, donde estuvimos charlando mucho tiempo, y Tom le dio a Jim cuarenta dólares por haber hecho de prisionero con nosotros con tanta paciencia y haberlo hecho todo tan bien, y Jim casi se murió de contento y se puso a gritar:

—Vaya, Huck, ¿qué te decía? ¿Lo que te dije en la isla de Jackson? Te dije que tengo muchos pelos en el pecho y que eso es una buena señal, y te dije que había sido rico una vez y que iba a volver a ser rico otra vez, y ahora se ha cumplido, ¡míralo! ¿Te enteras? No me digas que no: las señales son señales y no lo olvides; ¡yo sabía que iba a volver a ser rico, tan seguro como que el sol sale por el Este!

Después Tom se puso a hablar y hablar y dijo que una de aquellas noches nos podíamos escapar los tres y reunir una banda en busca de aventuras estupendas entre los indios, en su territorio, durante dos semanas o tres. Yo dije que muy bien, que me iba perfectamente, pero no tenía dinero para comprarme la ropa y calculaba que no me lo iban a mandar de casa, porque probablemente padre ya habría vuelto y el juez Thatcher se lo habría dado todo y él se lo habría bebido.

—No, nada de eso —y va y dice Tom—; ahí sigue todito: seis mil dólares y más; tu padre no volvió nunca. Por lo menos hasta que me vine yo aquí.

Jim dijo, como muy solemne: —No va a volver más, Huck. Y yo voy y digo:

—¿Por qué, Jim?

—No importa por qué, Huck, pero no va a volver más. Pero yo insistí, así

que al final él va y dice:

—¿No te acuerdas de aquella casa que estaba flotando río abajo y había dentro un hombre, todo tapado, y yo entré y lo destapé y no te dejé que pasaras? Bueno, pues ya puedes pedir tu dinero cuando quieras, porque era él. Tom ya está casi bien y lleva la bala colgada al cuello con una caja de reloj, y siempre mira qué hora es, así que ya no hay nada más que escribir. Yo me alegro cantidad, porque si hubiera sabido lo difícil que era escribir un libro, no me habría puesto a ello, y no pienso volver a hacerlo. Pero calculo que tengo que marcharme al territorio antes que naide, porque la tía Sally va a adoptarme y a cevilizarme, y no lo aguanto. Ya sé lo que es pasar por eso.